

VIAJES  
DE  
FR. GERUNDI

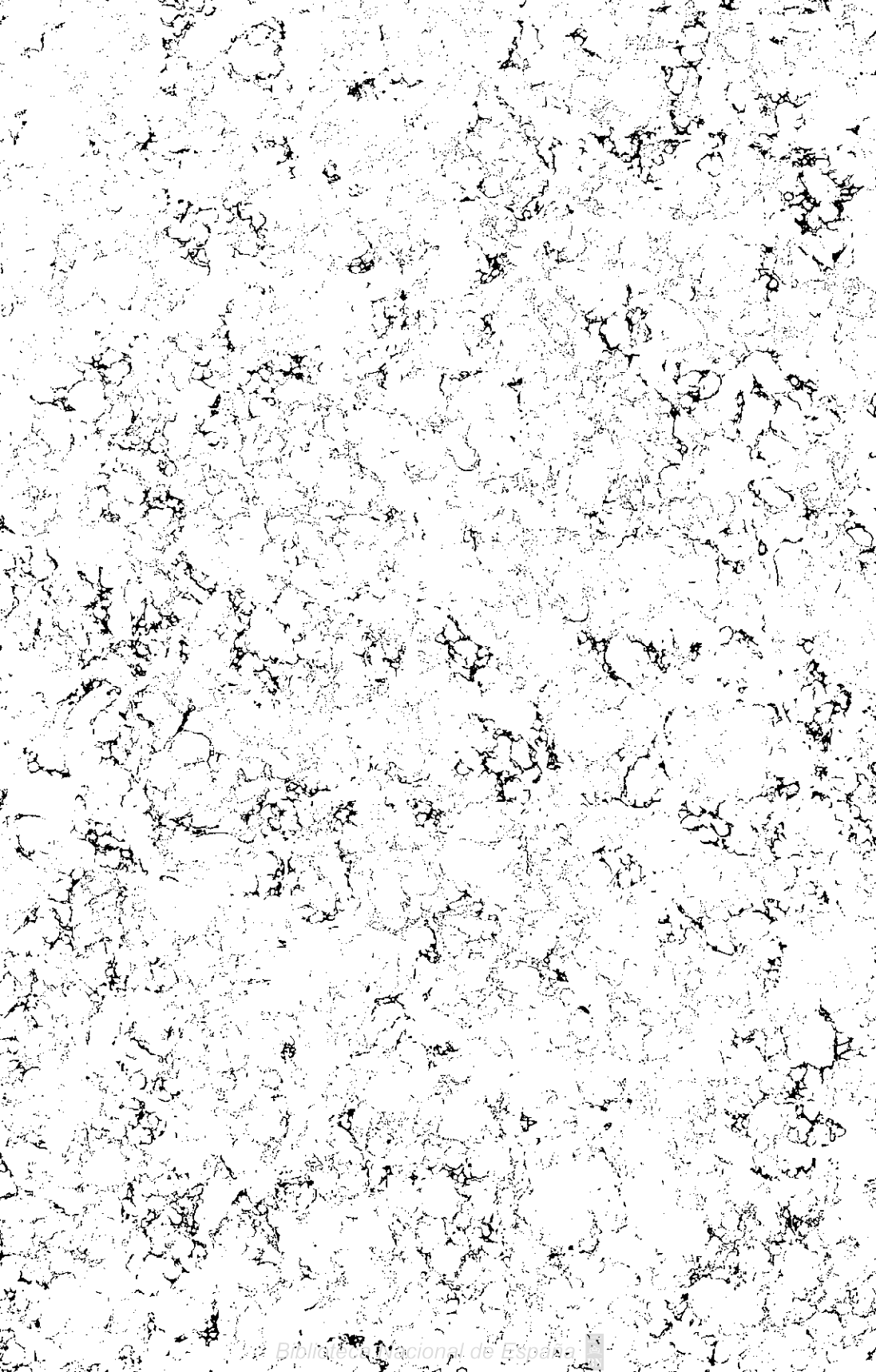
1

1  
45905



45.005













VIAJES DE FRAY GERUNDIO.



VIAJES  
DE  
**FR. GERUNDIO,**  
POR FRANCIA, BÉLGICA, HOLANDA  
Y ORILLAS DEL RHIN.

**TOMO I.**



**MADRID: 1862.**

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO,  
calle de Sta. Teresa, núm. 8.



Ahí te envío, lector hermano, esta última página del tomo primero de mi *Viaje*.... y no te asombre el vice-versa de llamar *última página* á la que para tí aparecerá la *primera*, y así se presenta en efecto en el orden de foliacion; pues para mí ha sido la última, puesto que te la escribo despues de terminado el tomo: y como no se trataba de adjudicacion de mayorazgo por derecho de primogenitura, no he tenido reparo, yo Fr. Gerundio, en dar la primacía de lugar á la que ha sido la postrera en nacer.

Digo que te envío, lector amado, esta primera y última página, para preparar tu ánimo á que mires con indulgencia esta série de artículos de viaje, que no sé cómo llamar, si relacion, ó reseña, ó apuntes, ó memorias, ú observaciones, ó recuerdos: ni sé en verdad qué nombre merezcan, pero tú les darás el que en



tu discrecion y buen juicio te parezca mas acomodado, ó bien los dejarás sin nombre, que por eso ni ellos ni yo nos habremos de querellar.

Ellos han sido escritos sin pretensiones de ningun género. Yo no me he propuesto mas que dar á conocer á mis compatriotas llana y sencillamente algunas cosas y costumbres de los pueblos y paises que he recorrido, y en que no habia visto ocuparse otras plumas, que á haber querido tomarse este trabajo, lo hubieran desempeñado mucho mejor que yo.

Lo que sí te protesto es que he procurado decir verdad, y presentar las cosas tales como ellas se presentaron á mi pobre gerundiana investigacion. Si no las conocí bien, habrá habido error, no falsedad. Esto no sé si admite indulgencia; á tu generosidad lo dejo, hermano lector.

El segundo tomo comprenderá el paseo por Bélgica, Paises-Bajos, y márgenes del Rhin hasta la vuelta á España. Algo menos conocidos son estos paises para la generalidad de los españoles que la Francia, y de consiguiente algo mas curiosa podrá ser tambien su descripcion. Asi lo quisiera, lector carísimo, tu reconocido y devoto hermano

FR. GERUNDIO.



# VIAJES DE FR. GERUNDIO.

---

## LA SALIDA DE MADRID.

Era la noche del 16 al 17 de agosto de 1841; el sol y la ley habian sufrido eclipse aquel día; parcial é invisible el uno, total y visible la otra. La luna nueva habia entrado á las nueve y cuarto de la noche, y á la misma hora habia salido Tirabeque de la celda con los aprestos de viajar; el equipage y la capillada 363 quedaban en prensa, el uno en la vaca de la silla de postas y la otra en la imprenta de la calle del Sordo; hacía una hora que San Roque y San Jacinto, que estuvieron de guardia el dia 16, habian dejado la consigna á San Pablo y Santa Juliana que entraban el 17; los latigazos y voces del mayoral José María interrumpieron las campanadas del reloj del Buen Suceso que sonaban la una, y á esta hora en punto arrancó el coche de la

*Mala* de la casa de correos con la redaccion de Fray Gerundio junta y entera vía torcida de Francia.

Las causas de esta salida pertenecen ya á la historia, y punto redondo.

Fumando el conductor, voceando el mayoral, durmiendo Tirabeque, y envuelto yo en mi capote y en mis pensamientos, llegamos á Alcobendas á la hora en que se levantan los aldeanos y se acuestan los de la córte, sin haber despertado Tirabeque hasta que extrañó la falta de movimiento del coche que paró cerca de una especie de venta.

—¿Qué es esto, señor? preguntó hostezando.

—¿Qué ha de ser? le dije; que en atencion á haber sido robado hácia este sitio el último correo, parece que aquí nos paramos á tomar escolta de un destacamento de infantería que de resultas ha dispuesto el gobierno establecer aquí.

—Señor, segun eso todavía estamos en España. Y diga vd., mi amo; el robar una vez el correo en un sitio ¿es señal de que en aquel sitio y no más estará el peligro siempre?

El ruido del carruage que volvió á rodar me impidió darle la respuesta. Un cabo y un soldado á pie que se volvió á los cien pasos, en lo qual obró con la prudencia de un general, constituian nuestra nueva escolta. Yo le pregunté á Tirabeque si un tal refuerzo de infantería no le parecia oportunísimo para quien va corriendo la posta, pero él, picado sin duda de que no

hubiera contestado yo á su pregunta anterior, calló como un cartujo, ó bien creyó prudente dejar la respuesta al gobierno.

Las siete nos dieron en la aldea de Venturada á los 33 años justos de haber sido quemada por los paisanos de Mr. Salvandy (1) en su retirada de Madrid. Entramos en las ásperas sierras de la Cabrera; enseñé á Tirabeque el ex-convento de franciscanos que se deja á la izquierda, de no muy grata recordacion para cierto título de Castilla, que probó allí las delicias del cláustro, y las dulzuras del gobierno absoluto; dimos vista al famoso *Pico de la Miel*, que en lo del *pico* pudiera bien apostárselas al mas charlatan saca-muelas ó al mas palabrero diputado, pero en lo de *la miel*, por mi padre San Francisco que así tiene usurpado el atributivo como esos que se suelen decir *pico de oro*, y no le tienen sino de muy mediano ó ínfimo metal. Pasamos por entre aquellos inmensos montones de sueltas piedras, tan desordenadamente por la naturaleza unas sobre otras colocadas, como yacen en nuestros interminables fárragos hacinadas al desgaire nuestras leyes; y llegamos á desayunarnos á Buitrago.

---

(1) Embajador francés en aquel tiempo cerca de la corte de España.

## MODELO DE ADMINISTRACION.

La calle por que teníamos que entrar en aquella antigua y sonora villa estaba en reparacion, y tres maderos colocados á su embocadura en forma de horca Caudina intimaban la prohibicion de entrar por allí los carruages. Sin embargo el intrépido zagal, que en su eserupulosidad por la observancia de las leyes parecia un subdelegado del gobierno, comunicando á las mulas sus enérgicas órdenes acompañadas de interjecciones espresivas, se entró de rondon y conquistamos á Buitrago en agosto de 1841 con mas decision y en menos tiempo que pudiera conquistarla de los moros don Alfonso VI de Castilla en 1083. Nadie se metió con el atropellador: en España el que acomete vence, aunque sea un zagal.

Allí manifestaron el mayoral y Tirabeque su deseo de desayunarse, en cuya virtud entramos en la posada de Presas, y echando mano Pelegrin al chocolate que iba de repuesto mandó hacer dos pocillos. Tomados éstos y pedida la cuenta, resultó importar cuatro reales, lo cual escandalizó á Tirabeque y dió ocasion á sérias contestaciones entre el posadero y él.

—¿Cómo qué? decia Pelegrin rebosando de ira; ¿con que aqui la administracion cuesta largas dos terceras partes mas del valor del capital?

—Si señor, respondió Presas, y en esto no hago mas

que acomodarme al sistema de administracion que felizmente nos rige.

A tál contestacion nada tuvo Tirabeque que replicar, convencido de que aquel Presas no era sino uno de tantos Presas de nuestra administracion; satisfizo el pedido, y continuamos nuestro viaje.

### SOMOSIERRA.

Creo que ningun español que tenga entrañas de sentir y alma española, podrá ver sin dolor y compasion el triste y miserable cuadro que ofrecen á su vista los infelices pueblos y los no menos infelices habitantes del país y puerto de Somosierra. Aquellas húmedas cabañas, aquellas chozas ó tugurios que llaman casas, aquellas mugeres envueltas en toscos sayales, aquellos niños desnudos, aquellas albarcas de cuero á medio adobar que los hombres se ajustan á las piernas con correas del mismo género, aquellos pálidos y macilentos semblantes en que sin necesidad de inscripciones se lee el hambre y la miseria, no pueden menos de excitar sensaciones dolorosas é impresiones de amargura y compasion.

Lamentábame, yo Fr. Gerundio, de aquellos desgraciados, y oyéndome Tirabeque repuso:

—La verdad, señor, yo no sé por qué estos ciudadanos han de estar así, porque ellos han tenido Estatuto, ellos han tenido Constitucion del 12, ellos tienen

ahora Constitución del 37, ellos han tenido gobiernos moderados, ellos han tenido gobiernos exaltados..... Señor, yo no sé qué les puede faltar ni qué más pueden apetecer.

—¡Ay, Pelegrin, Pelegrin! esclamé: eso prueba bien lo poco que se han ocupado, lo nada que han cuidado unos y otros de mejorar la suerte de los infelices pueblos, que ojalá en esto y no en fatigosas é interminables cuestiones y quisquillas de partido hubieran pensado alguna vez!

—Ande vd., señor, que estas gentes no van á los ministerios ni se dejan ver en los salones de las córtes.

—¿Pero no los vé alguna vez el ministro que pasa por aqui, ó el diputado que viaja por estos lugares?

—Sí señor, pero los ven de prisa y para un poco la atención; y aunque los vean, llegan luego á Madrid y... ya sabe vd. la virtud del agua de la Cibeles (1).

Distrajéronnos algun tanto de nuestras reflexiones lás cristalinas aguas que se deslizan de aquellas sierras, que en otra parte servirian para fábricas y manufacturas, y allí sirven para cristalizar é inutilizar el camino en tiempo de invierno; y tropezando con la venta de Juanilla advertimos que habíamos salido ya de la provincia de Guadalajara y entrado en la de Segovia.

---

(1) Hermosa fuente de Madrid, á cuyas aguas ha dado Fr. Gerundio la misma virtud que á las del Leteo.



## Y PROSIGUE SU CAMINO.

A nadie le importará mucho saber si comimos bien ó mal en Castillejo, sino á la empresa de postas, y á ésta supongo yo que le bastará saber que se podía comer mejor. Ni el viajero tiene gran cosa que observar en Boceguillas, Fresnillo, Serezuela, Caravias, Honrubia y Milagros, sino los pocos milagros que nosotros hemos hecho con tantos y tan limpios riachuelos y torrentes como de aquellas colinas se desgajan, y cuyos caudales, nosotros los españoles como bastante acaudalados yá, dejamos correr en plena libertad sin coartársela de modo alguno con esos estorbillos que llaman fábricas con que suelen tiranizar las aguas los tontos de los estrangeros.

Al mismo tiempo que nos alcanzó á nosotros la noche alcanzamos nosotros á Aranda de Duero.

Si como era Fr. Gerundio hubiera sido Cervantes, me hubiera alegrado más de entrar en aquella antigua villa, bastára que hubiese nacido en ella su único protector el arzobispo de Toledo don Bernardo de Sandoval y Rojas. No me pesó sin embargo el verla, aunque á media luz, y mucho menos el que se nos agregaran allí dos hermanos arandinos con el niño Moisés (1),

---

(1) Hago aquí mención de este Moisés, porque, como verán mis lectores en el discurso de estos viajes, parece que estoy destinado á viajar con nombres del antiguo testamento.

los cuales cenando juntos en Bahabon tuvieron la bondad de ocuparse de hablar de Fr. Gerundio y Tirabeque, recordando algunas de sus capilladas, sin que ellos supiesen, ni por la imaginación se les pasara, ni nosotros nos diéramos por entendidos de que Fr. Gerundio era el que les estaba haciendo plato, y Tirabeque el que cuidaba de suministrar el vino.

La noche me impidió ver al pasar por Lerma el palacio de los Duques, y por consecuencia el sitio en que Felipe V. en 1722 entregó á la infanta doña Mariana para esposa del rey Luis XV. de Francia; justamente de aquel reyecito dichoso, cuyos papeles nos trae ahora el señor Salvandy para dorarnos su tenacidad en no querer presentar sus credenciales de embajador al regente de España sino precisamente á la reina Isabel, pues dice que así lo hizo entonces el embajador español con el susodicho niño Luis XV., siendo regente del reino el duque de Orleans: que por cierto que el tal antecesor del amigo Luis Felipe tuvo ingeniatura para acomodar sus dos hijas con los dos infantes hijos de nuestro rey..... Y volviendo al señor Salvandy..... pero volvamos á nuestro camino, que no es este el lugar de ocuparnos de Salvandys, y capilladas tiene nuestra reverencia que sabrán ocuparse de él.

Fuimos pues dejando atrás á la antigua Termes, y la salida del sol nos proporcionó ver á lo lejos las torres de Burgos: pero aquí me permitirán mis lecto-

res descansar un poco, porque llevo andadas cuarenta y una leguas mortales, que me parece una jornada regular.

### ENTRADA Y SALIDA DE BURGOS.

«Yo te saludo, patria del Cid y de Fernan Gonzalez, cuna de Pedro el Cruel y del tercer Enrique, de Lain Calvo y Nuño Rasura, de la primera Leonor, y de San Julian obispo de Cuenca.....

—Y de San Lesmes su limosnero, señor, que si santo fué el amo, no lo fué menos su Tirabeque, y tan burgalés fué el uno como el otro, y sin quitar la gracia de la santidad al obispo, mas gracia encuentro yo en que llegára á ser santo el que le administraba la hacienda, que tengo para mí que no se aviene muy bien la santidad con el oficio de administrador de la hacienda de otro, á lo menos en estos tiempos que nosotros alcanzamos.

Así interrumpió Tirabeque el saludo que al divisar las agujas de la catedral de Burgos dirigia yo Fr Gerundio lleno de emocion á la antigua capital de Castilla la Vieja. Sin embargo, despues de la competente reprension por su impertinencia, proseguí: «Yo te saludo, ciudad de recuerdos y de glorias, rival de la imperial Toledo, que en las Córtes de Alcalá te otorgára el Rey don Alonso XII. la primacía en hablar cuando dijo: *«Hable Burgos, que yo lo haré por Tole-*

do:» á tí, ciudad de los concilios y de las córtes, de los Alfonsos y de los Fernandos, de los Mendozas y de los Pachecos: á tí, patria de los valientes y sóbrios castellanos que armados de carabinas y chuzos, y vestidos de calzon corto y media de seda salieron á batir y domeñar el año ocho de este siglo las formidables huestes Napoleónicas, orgullosas con los laureles de Austerlitz, Jena y Friedland, cuya noble arrogancia, si no fué coronada por el éxito, demostró al menos el ciego ardor de los castellanos por la independencia de su patria.»

De esta manera saludaba yo Fr. Gerundio á aquella ciudad de memorias históricas desde las orillas del espeso monte que poco antes de llegar se encuentra, cuando el buen Pelegrin me llamó de repente la atención diciendo:

—Señor, mire vd. cómo corre y cómo brinca por allí un conejito: ¡viva la libertad absoluta! Si tuviera por aquí una escopeta, desde aquí mismo le alumbraba un tiro que le hacía caer dando vueltas.

—¡Bravísimo, señor lego, bravísimo! ¿Con que «viva la libertad, y si tuviera aquí una escopeta desde aquí mismo le alumbraba un tiro?» Así entienden muchos la libertad, Pelegrin; libertad para perseguir al inocente cuando bien les venga, y para tirarle un tiro cuando de su destruccion les pueda resultar provecho. Y sobre todo, ¿te parece que un miserable conejito es cosa para llamar la atención de un viajero

observador y reverendo que vá buscando cosas de bulto y de sustancia?

—Señor, ésta de mucho bulto no es, pero de sustancia debe serlo, que los conejos de esta tierra tienen fama de muy sustanciosos; además que un viajero pienso que no debe despreciar nada de cuanto vea, aunque parezcan cosas menudas, que todo podrá venirle bien, y de cosas menudas se sirve Dios, y á veces hace con ellas mas que con las grandes.

En esto observó un gran edificio que á la derecha en una colina se veía.

—¿Qué es aquello de la derecha; mi amo? me preguntó.

—Aquella, le contesté, debe ser la famosa Cartuja de Burgos, ó sea de Miraflores, que este nombre le dió don Enrique III., su fundador, mientras que fué palacio de recreo suyo, pues monasterio no fué hasta que el rey don Juan el II. lo cedió á la órden de Cartujos.

—Y diga vd., mi amo,

¿Qué se hizo el rey don Juan?  
Los infantes de Aragon,  
¿Qué se hicieron?

—;Válgame Dios, Pelegrin, y qué inoportunamente has traído esos versos de Juan de Mena! Si preguntáras:

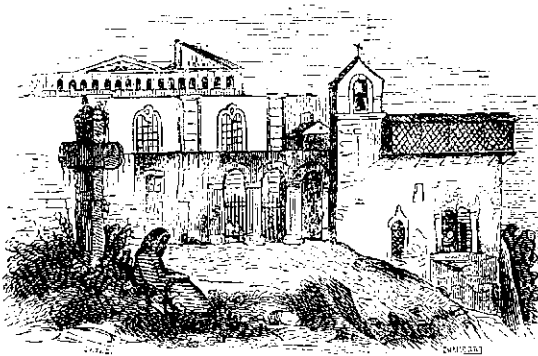
¿Qué se hicieron los Cartujos?  
Los bienes que poseían  
¿Qué se hicieron?

Y sus cuadros y dibujos,  
Y las rentas que tenían,  
¿Dónde fueron?

Por lo demas ese rey don Juan y su hijo el infante don Juan allí deben estar en dos magníficos sepuleros que poseía la Cartuja, y de los cuales no sé qué habrá hecho el gobierno.

— Señor, yo no pregunté á vd. lo que habia sido de esas rentas y demás, porque supongo habrán pasado á la *Mortificación* (1) como las de todos los conventos.

— Así lo creo, Pelegrin, aunque en eso pudiera haber sus más y sus menos, pues allí tienes bien cerca



el monasterio de las famosas Huelgas, que es ese que está ahí á la izquierda....

—¿Cuál, mi amo? ¿Ese que se ve allí abajo?

—El mismo: las cuales, segun me han informado,

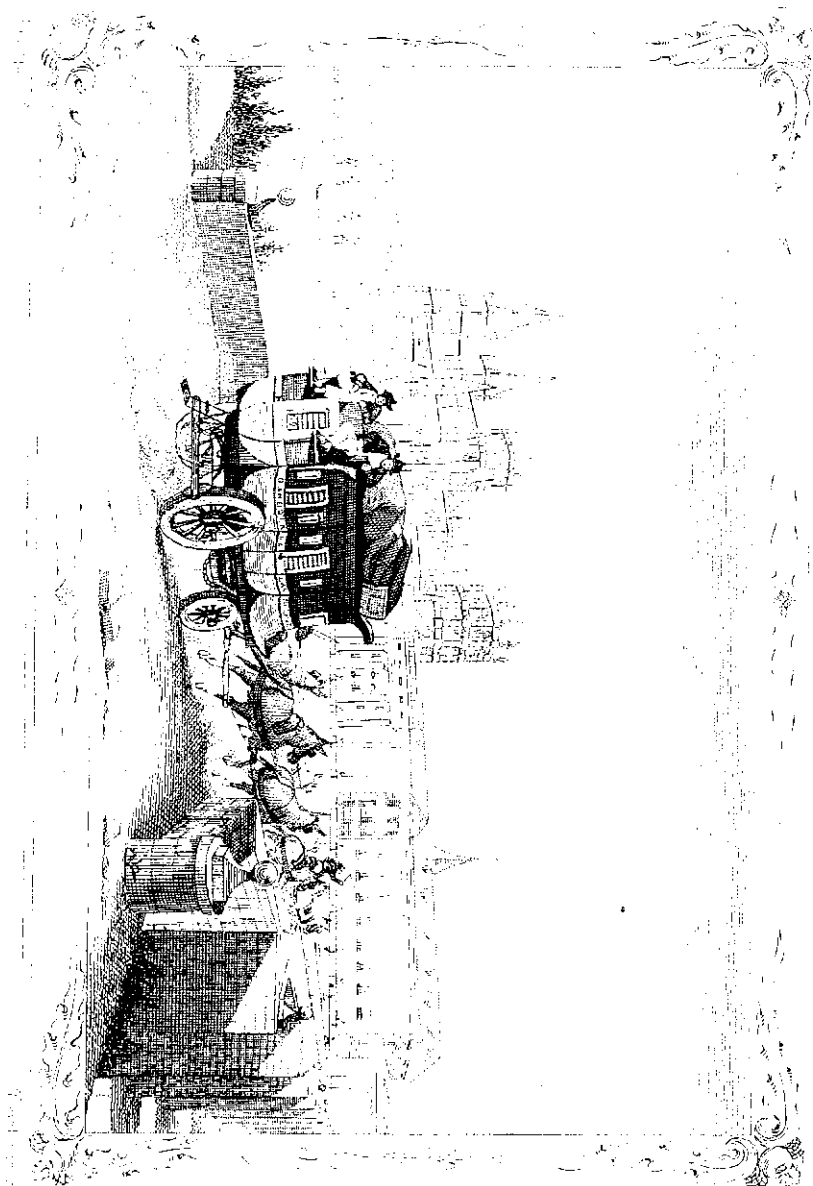
---

(1) A la *Amortización* queria decir Tirabeque





BURGOS.



En este obelisco que adorna la plaza de San Juan, que se ve en la ciudad.





todavía están en posesion de sus bienes y sus rentas lo mismo que antes del decreto de su aplicacion al estado.

—Señor, ¡vd. qué dice! ¿Y qué privilegio tienen estas señoras Huelgas sobre todas las otras religiosas que no huelgan, para que á todas las demás se les haya echado la nacion sobre sus bienes y á estas nó? ¿Porque sean señoras acaso? Pues tan señora pienso yo que era una monja recoleta de lo poco que tuviese, como estas Huelgas de lo mucho que puedan tener.

—Ya ves, hombre; como estas señoras tuvieron por abadesas allá en tiempos antiguos nada menos que á una doña Sol, á una doña Leonor de Castilla, y otras infantas de Castilla y de Leon; como en su iglesia se coronó el rey don Alfonso el Onceno; como en ella don Juan el I. armó de caballeros nada menos que á cien señores etc., etc.

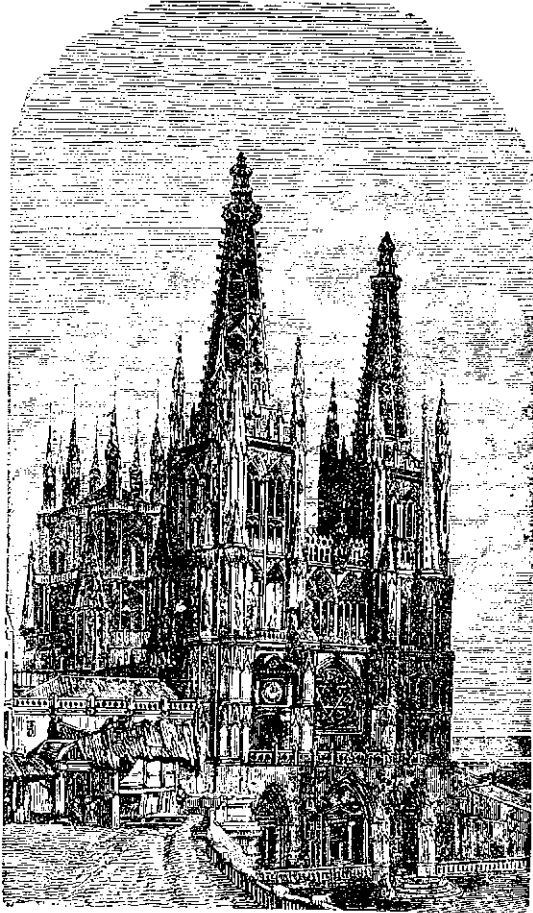
En esto advertí que estábamos pasando el puente que dá entrada á la ciudad, y por bajo de cuyos arcos se deslizan las aguas del rio Arlanzon que bañan los bordes del afamado *Espolon* de Burgos. A lo largo de éste y á nuestra izquierda avistamos cuatro estátuas de piedra que miran hacia la ciudad, y las cuales, si no me engaño, han de representar á los reyes don Alfonso undécimo y don Enrique tercero, á Rodrigo Diaz de Vivar, y Fernan Gonzalez. Las unas con el cetro y las otras con la espada en la mano, todas están en una actitud amenazadora y como apostándose al pueblo y diciendo: «yo os sujetaré, fieros y orgullosos

castellanos.» Cuya aplicacion, que parece deducirse naturalmente de la actitud, no sé hasta que punto y con qué justicia pudiera entrar en la mente del escultor.

Apenas pudimos llegar á divisar el elegante arco de triunfo erigido al emperador Carlos V. en memoria y al poco tiempo de haber destruido las comunidades de Castilla; el cual, artisticamente considerado, es de un relevante mérito por su grandiosidad y belleza, pero mirado políticamente, no deja de ser un perdurable padron del despotismo con que el hermano aquél tuvo el gusto de empañar las proezas suyas y las grandezas nuestras de aquella era. De sentir es que los hermanos burgaleses no puedan enseñar al viajero aquella lámina hermosa de piedra sin obligarle á leer una página de la historia de España grabada con el hierro del despotismo y la opresion.

En las dos horas que alli tenia que detenerse el correo, Tirabeque era de sentir que lo primero que debiamos hacer era almorzar, pero yo le obligué á que diéramos ántes un ligero repaso á la gran notabilidad de Burgos, á la catedral. Y siendo como fué y no podia menos de ser un ligero repaso, ya se supondrá que no voy á hacer aqui una descripcion artistica y facultativa de ella; que si la desea el gerundiano lector, autores tiene á quienes poder consultar y que lo han hecho con mas inteligencia que lo podria yo hacer. Guiábanos un sacristan, al parecer de la escala mayor de los sacristanes, con permiso sea dicho

del hermano don Joaquin María Lopez (1), que como



no reconoce escala alguna en los empleos del gobierno.

---

(1) Célebre orador del parlamento español  
TOMO I.

no sé si la reconocerá en los empleos de los cabildos. Entre las curiosidades que nos enseñó aquel conductor sacro-profano (pues si bien por un concepto pertenecía á la iglesia, por otro era del estado civil, puesto que tuvimos ocasion de conocer á su cónyuge; ó como quien dice, hombre de disciplina exterior eclesiástica, como los arreglos y disposiciones que con tanto *beneplicito* del clero está dando á toda prisa y á raja tabla el ministro de Gracia y Justicia), una de ellas fué *el cofre del Cid*, que se conserva colgado en la pared de una de las capillas laterales de la entrada, y del cual parece que aprecian mucho los extranjeros cada astilla que de él puedan llevar, por llevarnos hasta las astillas de los cofres viejos de nuestros héroes. Y esto no hay que extrañar, porque no solo las astillas, sino los huesos mismos de los cadáveres de nuestros insignes varones nos arrebatan de los sepulcros, si nos descuidamos, como sucedió con los restos del Gran Capitan, que yacian en el ex-monasterio de San Gerónimo de Granada, que cuando fueron el año pasado los académicos comisionados á exhumarlos, se encontraron solamente con medio Capitan, y creíase con fundamento que la otra mitad habian hallado algunos extranjeros el medio de extraerla y apropiársela. Con que si los huesos no están seguros en los sepulcros, ¿qué harán los cofres colgados? Y si los cofres viejos corren peligro, ¿qué hará lo que se guarda en los cofres nuevos?

Contemplaba yo embebecido aquel monumento de



nuestras glorias, cuando advertí que faltaba Tirabeque de mi lado. Dímonos á buscarle por toda la catedral, y al tál niño perdido le hallamos en el templo; pero ¿cómo y en qué lugar? Frente por frente del *Papa-moscas*, y mirándole de hito en hito con un palmo de boca abierta; que no sé quién de los dos estaba hecho mas *Papa-moscas*. Aguardaba Pelegrin á verle mover las mandíbulas y dar las bocadas al tiempo de sonar la hora del relój, pero en vano; habíale los canónigos impedido el ejercicio mandibular para que no sirviese de entretenimiento á los aldeanos y bobalicones, y de estorbo al recogimiento de los devotos.

Recobrado Tirabeque de su embaucamiento, nos volvimos hácia la capilla del célebre *Santo Cristo de Burgos*, al cual vimos de lejos, absteniéndonos de acercarnos en razon á estarse celebrando en ella el sacrificio. Tirabeque le rezó muy devotamente un *Credo*, aplicándole, segun me dijo, por el buen resultado de la ley de culto y clero, y levantándonos los dos, y entablando relaciones inmediatas entre el bolsillo gerundiano, mi mano izquierda, y la derecha del sacristan conductor, que se entendieron en silencio, salimos de la catedral, tomamos nuestro desayuno, y nos dirigimos á la administracion de correos á esperar la hora de partida.

Aquel dia, ¡cosa rara! en la capital de Castilla no se encontró un solo Castellano, y en aquella cristianísima ciudad no se halló un solo Católico.

Es decir (porque no padezca mucho tiempo la reputación religiosa y española de aquel pueblo), aquel día no se recibió en Burgos ni un *Castellano* ni un *Católico* (periódicos). Aviso á la principal de correos de Madrid, aviso á los suscritores á periódicos, y desengaños á Gerundios periodistas.

«Al coche, señores», dijo el mayoral; obedecímosle como doctrinos, y salimos de Burgos.

### VAMOS ANDANDO.

Mucho me detuve ayer en Burgos, por lo cual será preciso hacer hoy mas de prisa la jornada. ¡Ah! las intenciones buenas son, ¿pero cómo he de apresurarme, pobre de mí, si á poco mas de un cuarto de legua se rompió una de las piezas principales del coche, y tuvimos que apearnos todos, y usar de martillos, y de clavos, y de abrazaderas, y de tenazas, y hasta del *yato*, y sentimos que no hubiese allí una fragua ó un taller de carruages, y trabajamos todos como *negros*, (perdónenme los ingleses un lenguaje tan contrario á su sistema de emancipacion), y nos llevó la operacion larga media hora?

Yo no diré que este fracaso consistiera en lo descuidados ó mal parados que tenga los carruages la empresa de postas: porque verdaderamente habia muchos motivos para aquella ruptura; en primer lugar el terreno llano, en segundo el camino bueno, en ter-

cero el piso bien enjuto, y en cuarto que el coche llevaba pocos hombres, bastantes bestias, y casi ningun



peso: circunstancias todas que prueban que el carruaje iba bien acondicionado, por cuya razon la empresa no debe ser responsable de los retrasos del correo.

Pero todos los retrasos pueden resarcirse; y el mayoral siguiendo el ejemplo de las Cortes del año pasado, que al principio se llevaron unos cuantos meses sin hacer nada, y luego en mes y medio nos daban á ley por día, cuando no salimos á ley por mañana y ley por noche, procuró compensar el tiempo perdido, y pasando velozmente, así á lo Balmaseda, (1) por la

---

(1) Gefe de las tropas carlistas, que hizo una rápida escursión por aquel país.

Brújula, que se dice el punto mas alto de España, de no muy grata memoria para el conde Negri (1), por el fértil y ameno valle de Bureba y por el monasterio de Rodilla, antiguo tránsito de una calzada de los romanos, llegamos mas pronto de lo que habíamos creído á Bribiesca; á aquella linda villa, por cuyo modelo hicieron los reyes Católicos la ciudad de Santa Fé en la vega de Granada, y en que tuvieron origen el título de *Príncipe de Asturias* para el heredero presuntivo de la corona de Castilla, y los condestables del duque de Frias, de que hoy es digno ramal el que hace dos años hemos tenido de ministro de Estado y presidente del Consejo de ministros, y que si nos descuidamos nos vuelve, así á lo tonto, á los tiempos en que las Bribiescas se daban en aguinaldo á los Pedros Fernandez de Velasco y otras yerbas.

Aunque no hubiera leído la topografía de aquella villa, ni visto la feracidad de su terreno, hubiérame bastado la comida para conocer que era abundante de pan, vino, ganados, frutas, caza y pesca. Esto era lo que á Tirabeque le importaba, y no su celebridad por las guerras civiles contra don Pedro el Cruel y su hermano don Enrique duque de Trastamara; y en la mesa le dejé apurando los postres para ir yo solo á ver de repente los dos estanques de aguas minerales de 50 pies de circunferencia cada uno, y cuyos nombres pa-

---

(1) Otro jefe realista.

recen puestos por algun político de esta época, pues el uno se llama el Pozo *Blanco* y el otro el Pozo *Negro*, si bien no dejan de ofrecérsenos ejemplares de que uno mismo sabe hacer á *blanco* y á *negro* con envidia-de frescura.

### ENTRE DOS PEÑAS FEROCES.

Al través de dos montañas calizas que se van gradualmente estrechando, fuimos desde el pequeño pueblo de Santa María hasta Pancorbo. Aquellas montañas forman parte de los *Montes de Oca* por los cuales se juntan los Pirineos con las montañas septentrionales de España. Yo no sé si sería la identidad de nombre la que movió al ex-ministro *Montes de Oca* á ir á buscar aventuras por aquel país que dá entrada á la provincia de Alava, pues no veo qué otra razon pudo impulsar á un andaluz á ponerse al frente de una insurreccion alavesa (1). Pero dejemos á este desgraciado, que bien cara pagó su temeridad inoportuna, y coloquémonos con Tirabeque entre las dos peñas feroces que forman la estrecha *garganta*, á cuyo pié está la antigua villa de *Pancorbo*. Al verse Pelegrin entre aquellas formidables rocas que parece van á desplomarse

---

(1) Alude Fr. Gerundio á la insurreccion que estalló en octubre de aquel año, y de que fué una de las víctimas el ex-ministro *Montes de Oca*.

sobre el viajero, y que efectivamente forman uno de los pasos mas imponentes de España, perdió un poco el color y mirando al cielo dijo:

—Señor Dios de las alturas, yo soy un miserable mortal...» y como el estrecho no es mas que de diez á doce pasos, al llegar al «mortal,» se vió fuera de peligro y continuó: «que no temo pasar por los sitios mas peligrosos del mundo.»

El viajero intenta ya en vano descubrir con la vista los restos de la famosa batería de Santa Bárbara, que estuvo en una eminencia sobre el costado derecho del pueblo, y que tan temible se hizo en tiempo de las irrupciones de los moros; y apenas podrá divisar los vestigios de los fuertes de Santa Eufracia, Santa Marta, Animas, Cruz, etc. que en el mismo sitio se construyeron después, y que destruyeron hasta no quedar piedra sobre piedra los cien mil *angulemos* dichosos (1) que en el año 23 vinieron á traernos las cien mil simpatías de acero absoluto de parte de la vecina.

## SAN ISIDRO Y UN COMISARIO DE GUERRA.

Apretaba el sol tan sin piedad como una comision militar por la llanura que desde la garganta de Pancorbo conduce á Miranda de Ebro, punto constantemente guarnecido de nuestras tropas durante la pasa-

---

(1) Cien mil franceses, cuyo general en jefe era el duque de Angulema, que vinieron á abolir el gobierno constitucional.

da guerra civil, de la cual se veían á cada paso reliquias en los fuertes y casas aspilleradas que frecuentemente se ençontraban.

Mientras el conductor despachaba su correo en aquella oficina, Tirabeque y yo nos dimos á echar *una mirada por Miranda*. Nuestros devotos pies nos llevaron insensiblemente al pórtico de un templo, que, si no me es infiel la memoria, era la parroquia de San Isidro. Daré las señas; es la iglesia en cuyo portal hacen ahora los carabineros de Hacienda y dependientes de la aduana el registro de los efectos de mercancías, de manera que á veces acontece que el párroco va á decir misa y halla interceptada la puerta de la iglesia con un maletón revuelto ó con un fardo de géneros de algodón decomisado. Un venerable anciano, al parecer sacristan jubilado sin sueldo, tuvo la bondad de franquearnos la entrada en la iglesia, que es ciertamente bien pequeña y humilde. Hacía de pila del agua bendita una aljofaina de loza como la que ordinariamente usa Tirabeque en su *toilette*, sin exageracion alguna; verdadero emblema de lo que nuestros legisladores han cuidado de subvenir á las atenciones del culto. Enseñónos el anciano un San Isidro que en un altar de la derecha, al lado opuesto de un San Agustín buen mozo, había, y del cual nos dijo:

—Este San Isidro tenía ántes un baston de mucho valor en la mano.

—¿Qué se hizo pues? le pregunté yo.

—Se lo llevó, me dijo, un comisario de guerra que hubo en esta plaza, diciendo que á él le venia muy bien.

—Que me gusta, replicó Tirabeque, la confianza del señor comisario; pero en parte les está á vds. bien empleado, para que otra vez no pongan vds. bastones de precio en manos de un labrador en quien estaría mejor una ahijada y una reja.

—Y si la reja era de plata como la merece el Santo bendito, repuso el sacristan, ¿estaria segura de comisarios?

—Punto para el sacristan, le dije á Pelegrin;» y tomándole del brazo volvimos á buscar la silla de posta.

#### BIEN SERIA, PERO NO ES NECESARIO.

Al pasar la columna de piedra que demarca el límite extremo de Castilla y la entrada de la provincia de Alava, teatro de una guerra sangrienta de siete años entre hijos de una misma patria, no puede dejar de experimentarse una sensacion difícil de definir, porque no sé cuál de las dos impresiones opuestas es mayor y mas fuerte, si la del doloroso recuerdo de su larga duracion y sus horrores, ó la de la dulce satisfaccion de verla terminada y fenecida.

Es de suponer que al llegar aquí esperarán mis lectores, y parece que tienen derecho á esperarlos, que



puesto que entro en un pais tan fértil en reuerlos históricos recientes, que cada paso que por él se dá trae á la memoria un brillante hecho de armas, ó un contratiempo lamentable, ó una imperdonable sorpresa, ó la apatía de un general de division, ó la actividad de un gefe de columna, ó la muerte gloriosa de un héroe, ó el arrojó de un soldado desatendido, ó el bárbaro martirio de un prisionero, ó la valentía de un fanático carlista, ó la peregrinacion de un pretendiente ambulante, ó los decretos sanguinarios de una junta rebelde; en un pais en que cada cerro es una historia, cada colina un catálogo de sucesos, cada valle un compendio de vicisitudes bélicas, cada pueblo un libro de calamidades y desgracias, y cada comarca una galería de cuadros ensangrentados; esperan, digo, que haya yo de exornar mis observaciones de viajero con la reseña de los principales sucesos acaecidos durante la guerra en cada pueblo de mi tránsito.

Bien sería, hermanos míos, pero no es necesario; lo que en la presente ocasion equivale á decir, «no es posible.» Y esta imposibilidad, de que no tiene la mas mínima culpa Fr. Gerundio, puesto que él ni ha sido ni es general, ni gefe de estado mayor, ni coronel, ni comandante, ni auditor de guerra, ni comisario, ni siquiera alférez, ni físico, ni capellan de regimiento siquiera, ni jamás ha pertenecido al ministerio de la Guerra, ni sido oficial de ninguna inspeccion. esta imposibilidad, pues, me hizo esclamar entonces (y es idea

que ha hecho conmigo todo el viaje de ida y vuelta): «¿Es posible, Señor de los ejércitos, que despues de dos años de concluida la guerra, entre tantos militares ilustrados como tenemos, no haya habido una buena alma, sea brigadier, ó coronel, ó comandante, ó capitán, ú ordenador, ú oficial de secretaría, ó ayudante, ó cabo furriel que fuera, que haya concebido el pensamiento de hacer una *guia del viajero*, con una sucinta historia de los principales hechos de armas que hacen interesantes los pueblos de esta carrera: lo cual daría instruccion y entretenimiento al viajante, curiosidad y conocimiento al extranjero, importancia á estas poblaciones, datos á nuestra historia, gloria á nuestras armas, y hasta provecho y aumentos al bolsillo del escritor? ¿Es posible que el pasajero que quiera recordar algunas noticias de este célebre país, haya de tener que brujulear *la Revista militar* de San Miguel, el escaso folleto titulado *El campo y la corte de don Carlos*, ó *les Memoires du Prince Lichnowivski*, tan extranjeras como son, ó bien consultar al tomo á la rústica del zagal que arrea las mulas, ó á la provinciana en media pasta que asiste á la mesa y sirve la comida?»

Ello es que así sucede, y que el viajero que por aquellos históricos pueblos transita, echa de menos un manual de recuerdos para sí, cuanto más para transmitirlos á otros, y no puede dejar de entonar un *Laudamus* á la desidia española, que así ha descuidado un punto de que los extranjeros hubieran sacado un par-

tido incalculable en provecho particular y del país. En fin, lavo mis manos en la materia, y prosigo mi ruta.

### PROVINCIAS VASCONGADAS.

Desde la fértil y deliciosa llanura de la Puebla de Arganzon, bañada por el rio Zadorra de abundante y sabrosa pesca, se divisaba á lo lejos en una altura el famoso castillo de Guevara, que sufrió mas ataques que le esperan ahora al ministerio, y le esperan muchos. Pasamos por el desfiladero de las dos montañas llamadas *las Conchas*, solo comparables á las conchas de cierto galápago francés que figura en primera línea entre los hombres de la Europa moderna; y llegamos á Vitoria á tiempo de ver con la luz del dia la famosa plaza, que aunque hermosa, no me pareció tan admirable como la fama la predica, y que en mi entender tiene que rendir parias á la de Salamanca, perdóneme este parecer el hermano Obaquibel, su arquitecto y director.

Miraba yo á Vitoria como el centro histórico de los cien planes de campaña, allí concebidos ó desde allí desplegados por los cien generales en jefe que tuvieron la mision de concluir la guerra, y de los cuales los noventa y nueve sabe el curioso lector la bienandanza que

tuvieron, y del uno restante los peritos juzgarán. La Vitoria de mediados de agosto indicaba ya sobrado á quien entenderlo quisiera, lo que prometia ser la Vitoria de primeros de octubre, pero como el gobierno no viajaba por allí, estaba *inocente*. Y mientras el gefé político, el hermano Manrique, me confiaba sus temores y me manifestaba la crítica posición en que le tenían los fueristas, Tirabeque debió estar ocupado en bien otro género de observaciones, puesto que vino á interrumpirnos diciendo:

—Señor, bien me decian á mí, que en esta tierra encontraría ya otra clase de doncellas en las posadas: éstas ya son mas guapas, y mas curiositas, y de mejor genio que las de atrás; no tienen más sino que defienden sus fueros como unas perras.

—Retírate de ahí cuanto antes, le dije, impertinente: respeta siquiera á este caballero, ya que no me respetas á mí.

A este tiempo entró tambien el mayoral llamándonos al coche, y aunque sentia igualmente su interrupcion, los mayorales están facultados para no ser impertinentes, y obedecimos sus órdenes con viajera humildad y religioso silencio.

Pasé rezando completas por Ulibarri-Gamboa; y no habia acabado los maitines de San Bernardo cuando nos vimos en la cumbre de la cuesta de Salinas, asi llamada (la villa) de las fuentes y manantiales de sal que á corta distancia de ella brotan en abundancia,

y en cuyas fábricas se pueden elaborar hasta millones de fanegas en caso necesario.

Culebreando el coche por entre los montes de Muzru, Arrambizar, Bedoñalarra é Itturichipi (esto indica bien que estamos ya en el país de *turris eburnea*), dimos vista al Mont-Dragon de don Alonso X., y al Mondragon que fué de don Carlos, caminando por un terreno sembrado de *geodas* y piedras de águila enclavadas en las pizarras y capas ferruginosas de que está bordado, dando aquí principio las colinas sembradas de robles, hayas, castaños y manzanos, lino, judías, nabos y esquisitas berzas; alternadas con las casas de campo, fuentes, arroyuelos, deliciosos paseos, molinos y herrerías, movidos la mayor parte por las aguas del Deva. Mi paternidad saludó reverentemente á la patria del famoso historiador de España don Estéban de Garivay y Zamalloa, que segun las crónicas de familia y la cronología de los apellidos debió ser uno de mis progenitores maternos, fuera de lo que tengo de Gerundio, mientras Tirabeque, á quien di noticia de esta relacion de consanguinidad, se dió á buscar el alma de Garivay que decía debería permanecer por aquellos sitios, puesto que no la habían querido ni en el cielo ni en el infierno (lo que no quiera Dios suceda con la de este su pobre descendiente); y dejando á un lado los famosos baños de Santa Agueda, donde anualmente concurre la mitad de Madrid, unos á dejar allí sus mórbidos humores, y

otros á pasar una temporada de buen humor, nos fuimos dejando deslizar hasta dar vista á la renombrada cuesta de Descarga y á un pueblo que merece

### ARTÍCULO APARTE.

—¿Qué buscas, Pelegrin? le pregunté á mi lego, al ver que no hacía sino asomar la cabeza por la ventanilla del coche.

—¿Qué he de buscar, mi amo? me respondió: busco el monumento, que debe ser lo mas curioso de esta villa.

—Pero, hombre, ¿estamos por ventura ahora en Semana Santa para andar buscando monumentos? Cuanto mas que los monumentos en este pais supongo que estarán en las iglesias como en todas partes, y en vano intentaría verle desde el camino.

—No señor, que este deberá estar en el campo y no en la iglesia: fué donde se dieron el abrazo Espartero y Maroto.

Esta contestacion me hizo conocer que el pueblo á que dábamos vista era *Vergara*, y el lugar en que nos hallábamos *el Campo del Abrazo*, cuya noticia habia dado á Tirabeque el conductor antes que á mí. Entonces yo pasé tambien la vista por todas partes á ver si encontraba algun monumento que recordára á nacionales y estrangeros el suceso mas notable y de mas consecuencias que ha acaecido en la época, pero en

vano. Uno de tela ó de carton se ha puesto provisionalmente en los dos años que se ha celebrado el aniversario *del Convenio de Vergara*, y ni una triste señal se ve que recuerde al transeunte el acaecimiento prodigioso que cambió la faz de la España y ofreció al mundo un testimonio sorprendente de la hidalguía española. Cuando queramos reprender á los estrangeiros su estudiada economía en la promulgacion de nuestras glorias y de nuestros rasgos sublimes, miremos al *Campo del Abrazo*, echémonos á nosotros mismos la culpa, y callémos. A mí tambien me hizo callar el sentimiento y la indignacion.

#### PERO ADELANTE,

Ya no tuve humor para hablar á Tirabeque del antiguo seminario patriótico de Vergara, ni de los ornamentos con que celebró la primera misa San Francisco de Borja, que diz se conservan en él, ni de las sierras de Arlaban, que aun recordaria con orgullo el general Córdoba si no hubiera pasado ya al mundo donde le habrán resuelto la cuestion de si fué ó nó prudente el no seguir hostilizando al enemigo en la retirada, y si sacó ó nó todo el provecho que de la victoria debiera, cosa que cuestionan todavía en este mundo los que dicen que lo entienden. Y con aquel mal humor pasé la cuesta de Descarga; subimos despues á Villareal de Zumarraga, donde nos dieron un

mediano desayuno de café frente á la casa en que el ex-pretendiente (si es que el pobre hombre se ha convencido ya de que puede aplicarse un EX mayúsculo) se llevó algunas temporadas agotando sendos pocillos de chocolate realista de Caracas.

La niebla sostuvo aquel día una reñida y cruda batalla con el sol, defendiendo aquella obstinadamente los fueros que de muy antiguo ejerce casi todas las mañanas en aquellas provincias, y sustentando éste por su parte con no menos teson sus derechos constitucionales y la facultad de estender sus rayos con *unidad solar* igualmente por todos los ámbitos de la monarquía sin reconocer privilegios ni esenciones. La lucha corrió sus alternativas, inclinándose la victoria ya á un lado ya á otro, como acaecia frecuentemente en años anteriores á los ejércitos contendientes en aquel país.

En los lucidos intervalos, ó sea en los ratos en que el sol lograba ventajas sobre la niebla, teníamos ocasion de recrear deliciosamente nuestra vista en aquel pintoresco panorama que forman las colinas y bosques de manzanos agobiados del peso de la fruta á guisa de los pueblos cargados de las contribuciones; en aquellos rientes valles en que crecían los maizales mas espesos que los vicios en la sociedad, y mas verdes que las poesías eróticas de Quevedo y la novela del Barón de F....; en aquellos riachuelos mas torcidos que la marcha de nuestros gobiernos y mas



claros que puede verse nunca la verdad; en aquellos linderos mas bordados que sobrepelliz de capellan de monjas; y en aquellas tierras mas labradas que corazon de pecador arrepentido. Chocábale á Tirabeque el ver las laderas de los cerros cubiertas de lindas guipuzcoanas, con sus vestidos ascados de percal; su sombrerito de paja ó su pañuelito de puntas de cuarto de luna á la cabeza, y sus pies desnudos, trabajando la tierra y desmenuzando los terrones. Embelesado iba él de su laboriosidad y su belleza, mientras yo contemplaba con admiracion un pais trabajado por siete años de guerra civil, y en cuyo aspecto nadie conoceria que habia habido semejante guerra, ni nadie lo creeria si no lo testificasen los partes exagerados de la Gaceta, los infelices mutilados que piden limosna por las calles, los quinientos mil ascensos que ha producido, y los miles de millones que figuran en números arábigos en los presupuestos, y en metálico sonante en las gabetas de los hermanos contribuyentes.

Pelegrin iba de continuo dialogando larga y entretenidamente con los zagales, que vestidos con su blusa azul y su boina encarnada ó celeste, tenian la paciencia de responder con amabilidad á las impertinentes preguntas con que sin cesar los molía, relativas á hechos de la pasada guerra, en que ellos mismos acaecia haber sido actores, confesándolo con ingenuidad y franqueza. A veces le contestaban en un chapurrado

misto de castellano y vascuence de que me pedía á mí interpretación, como si yo pudiera ser espositor de aquella lengua, más que de la que hablan los paisanos de Confucio, aunque hubiera llevado á la mano el diccionario trilingue, latino, castellano y vascuence, del jesuita Larramendi.

Así fuimos dejando atrás los pueblos de Villafranca, Alegría, Tolosa, Andoain, Urnieta y Hernani, hasta que paramos á comer en Astigarraga, pequeña villa situada en terreno elevado en las riberas del Urumea, y rodeada del monte Santiago. La comida fué abundante, delicadamente condimentada, y servida con el mayor aseo. A Tirabeque le gustó extraordinariamente la cidra, ó sea vino de manzanas, que nos presentaron, y se embaulaba vasos que era un alabar á Dios. Pero lo que le gustó todavía mas extraordinariamente fué la hermana Magdalena, que con una especie de plumero ó manojito de tiras de papel se ocupaba graciosamente en espantar las moscas de los platos de vianda mientras nosotros comíamos, ejemplo que no he podido hacer que siga Pelegrin en la celda en nuestra vida normal. Efectivamente la hermana Magdalena tenía toda la gracia, finura y amabilidad de una guipuzcoana, que merecía bien ocupar en la sociedad una escala menos humilde; y en sus contestaciones á los requerimientos é interpelaciones que á su modo le dirigía Pelegrin, poseía el talento de las evasivas con una maestría y oportunidad que ape-









tecería ciertamente para sí un presidente del consejo de ministros para responder á los cargos é interpe-laciones de un diputado cargo-faciente é interpelador.

Menos agradable y halagüeño aspecto presentaba la villa de Urnieta con sus casas quemadas y sus edificios derruidos. Ni era mas halagüeño el que ofre-cía Hernani, que habíamos dejado un cuarto de le-gua antes de Astigarraga. Divisábase á la izquierda el fuerte del alto Oriamendi: dejamos á la misma mano el camino que conduce á San Sebastian, y subiendo por una larga y penosa línea de cuestas y derrumba-deros llegamos á Oyarzun, pueblo aseado y alegre, colocado á la falda y junto á las peñas en que conclu-ye el Pirineo occidental, que va descendiendo por aquella parte con una aparente humildad desmentida por los riscos que todavía ostenta orgulloso, al modo del gigante caído que nos describe Milton. Circúndale espesos y vistosos bosques de manzanos, nogales, ro-bles y otras maderas de construccion, y rodéanle huertas de esquisitas frutas, especialmente de peras que se cultivan de cuenta del comun.

Mientras se verificaba el cambio de ministerio de las mulas, yo me entretuve en examinar una lápida que se vé en la pared de la iglesia, en que hay graba-das hondas y lanzas, cuyo emblema pasa para el vul-go por el antiguo escudo de los cántabros; pero Tira-beque se paró menos en este exámen que en el juego de pelota; y en verdad no sin razon, pues se tiene por

el mejor de Guipuzcoa, y quizá de toda España. Así se lo aseguraba yo á Tirabeque segun las noticias que de él tenia, pero él me replicó:

—Ah, no señor, eso nó; en Madrid los tenemos mucho mejores y en que se juega mejor que en éste.

—¡Mejores que éste!

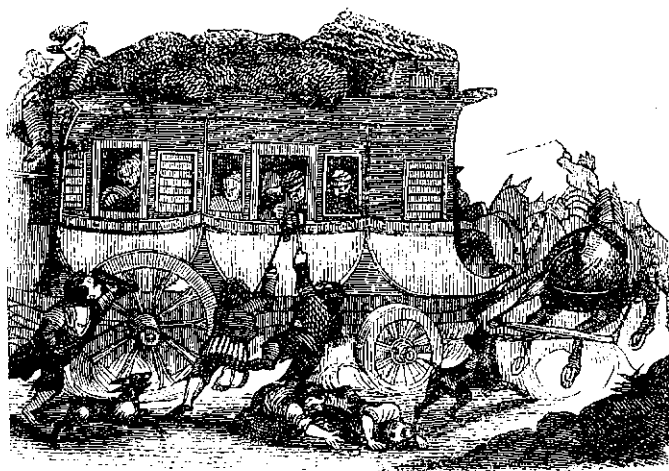
—Sí señor, tenemos allí seis ministerios que son otros tantos juegos de pelota en que se juega con los empleados mejor que pueden jugar aqui los vizcainos éstos, por buenos jugadores que sean.

Aun me duraba la risa de su ocurrencia á la salida de Oyarzun, y hubiérame durado más si no me hubieran distraído las agitadas olas del Océano que desde aquellas alturas se divisaban, como presididas por el pueblo de Fuenterrabía que quedaba á la izquierda.

Desde Oyarzun á Irún vá el viajero continuamente distraído con una escena que pienso sea original en su clase. De repente vé entrar hasta el interior de su asiento, ya la vistosa flor, ya la yerba aromática, ya el racimito de uvas, que unas veces le caen en las manos, otras le sacuden en las narices, y otras le tropiezan en un ojo, sin que vea la mano que le dirige tan estraña y agradable fineza. Se asoma á la ventanilla, y se encuentra con un pequeño canastillo pendiente de la punta de una delgada vara que remata en horquilla; el cual contiene, ó bien un par de manzanas, ó bien un melocoton recién arrancado del árbol. Son mucha-



chos de ambos sexos, procedentes de los caseríos, que desnudos de pie y pierna siguen á carrera el coche para ofrecer á los viajeros aquel agasajo, con la esperanza



y á cambio espontáneo del cuarto ó de los dos cuartos que en premio de su fuerza se prometen, los unos por verdadera pobreza ó necesidad, y los otros por una especie de vicio ya contraído. Nuevo y tierno modo de pedir, que compromete al viajante á un pequeño y gustoso desembolso, si alguna vez no se hicieran ya importunos á fuerza de tanto menudear.

Estamos ya en la *Muy Benemérita y Generosa, Noble y Leal* villa de Irún, que todos estos retumbantes y honrosos títulos mereció de Fernando VII por la glorio-

sa victoria que el 31 de agosto de 1813 ganaron 12,000 españoles al mando del general Freire sobre 18,000 franceses mandados por el general Soult en los célebres *campos de San Marcial* que tenemos á la vista á tiro y medio de fusil: si bien no es la única batalla que hace las glorias de Irún, pues en el año 1522 en el propio mes de agosto y en el mismo monte de San Marcial dieron los españoles otra leccion igual á otros ejércitos de franceses y alemanes.

Buena está su casa concejil, pero endemoniado el piso de sus calles.

—Los pasaportes.

—Tómelos vd.

—Está bien: ¿llevan vds. dinero?

—Sí á vd. le parece, iremos al estrangero sin él.

—Es que tienen que pagar tres reales por cada mil que vds. lleven.

—Tome vd. lo que corresponde.

—Vayan vds. con Dios.

—Queden ustedes con el mismo.

Dando tumbos y vaivenes bajamos por la cuesta de Irún, último pueblo de España, hasta las orillas del Bidasoa; y señalando á Tirabeque la pequeña isla de los Faisanes, célebre por el desafio que en ella tuvieron el emperador Carlos V. y Francisco I.; por haberse efectuado en ella el rescate del Delfín y Duque de Orleans, y por los muchos tratados de paz, capitulaciones matrimoniales y entrevistas de príncipes de ambas

naciones que en ella se han hecho ; isla hoy de término neutral ; llegamos al puente del Bidasoa , mitad español y mitad francés. Permítanme vds. detenerme un rato en medio del puente , porque tengo algunas cosas que contemplar .





# FRANCIA.

## EL PASO DEL BIDASOA.

Colocado por unos momentos en medio de aquel puente de madera de diez y siete arcos, construido el año 23 para que pasáran con mas comodidad y menos riesgo los cien mil hijos de San Luis que á las órdenes de don Luis Antonio duque de Angulema vinieron aquel año á lo que todo el mundo sabe y yo no puedo olvidar, reparaba poco en el curso del Bidasoa, ni me acordaba de sus buenos salmones, ni menos volvía la vista al pueblo de Andaya que detrás de mí tenia, célebre por sus anisetes y aguardientes destilados.

Con el pie izquierdo en territorio francés y el derecho en término español, pintábase en la retina del ojo derecho el centinela español con su chaquetita remendada y su desvaida y humilde gorrilla de cuartel, mientras me estaba hiriendo la pupila del izquierdo la

casaca nueva y el morrion de gala del centinela francés, separados uno de otro casi por el corto espacio que entre mis dos gerundianas piernas mediaba. Haciendo la cabeza un cuarto de conversión á la derecha, veia la miserable garita del compatriota; y convirtiéndola otro cuarto á la izquierda, distinguía la sólida y cómoda garita del extranjero. Notable y triste contraste que el gobierno pudiera bien evitar á poca costa, y debiera evitar en pró del decoro nacional (1).

A pesar de todo eché mano al corazon, le dejé de-



positado en el territorio de España, llené su hueco de amor patrio, lancé un «Adios, hermano, hasta la vis-

---

(1) Ya no solamente no existe el lamentable contraste de que entonces me condolia, sino que posteriormente se han mejorado y pueste

ta,» al centinela, y marché pensativo hasta el extremo del puente, donde encontré ya á Pelegrin mirando embobado á un alto gendarme, que con su talla de cinco pulgadas sobre los cinco consabidos, su espeso *moustache*, su sombrero á lo Napoleon, su casaca de largos faldones y su correa amarilla, tenia en respeto á Tirabeque, pidiéndole el pasaporte, Llegué yo, y hecha exhibicion y entrega del documento, entramos en Behovia.

#### CONOCIMIENTO Y RECONOCIMIENTO.

El coche estaba á la puerta de la aduana y se habia dado principio á la operacion de bajar los equipages. Cada uno echó mano á la llave de su cofre-maleta, y púsose de manifiesto nuestro haber de viajar á la disposicion de los eserutadores sostenidos por las naciones libres. El mas escrupuloso capuchino no escudriña la conciencia del penitente, ni el mas intolerante censor de imprentas del siglo XVII examinaba los escritos con mas minuciosidad que escudriñaron los rincones de nuestras maletas los empleados de aquella aduana, que por cierto no llegan á la mitad de los de las nuestras. Nada debíamos nosotros llevar que no fuese de lícita y

---

bajo tan brillante pié, así el ejército español en general como la guardia civil, institucion análoga á la gendarmería francesa, que hoy uno y otra por fin, en equipo y en todo su porte, pueden competir con las mas lucidas y mejor organizadas tropas de Europa.

permitida introduccion: no asi un hermano que se nos habia reunido en un pueblo de Guipúzcoa, el cual llevaba para su entretenimiento unos libritos franceses, entre ellos *El libro del Pueblo*, y las *Palabras de un Creyente* del *P. Lamennais*, á los cuales les pusieron entredicho, por ser, decian, contrahechos en Bruselas. Respecto á lo contrahecho en Bélgica son inexorables los franceses. Pero los dejaron en depósito para que el interesado los pudiese recoger á su regreso, que esto es lo que hacen con los artículos cuya entrada está prohibida: y no hay que temer, eso nó, que desaparezca nada de lo que allí depositado queda: á la presentacion del resguardo se devuelve infaliblemente el artículo detenido.

Preguntáronnos si llevábamos cigarros, porque esta es mercancía con cuya introduccion no transigen las aduanas francesas, á no pagar un exorbitante derecho; y lo más que permiten al viajero introducir son diez ó doce cigarros contados. Pero nosotros íbamos ya advertidos de esta circunstancia, y habíamos tenido buen cuidado de arreglar el gasto de este renglon con relacion á la distancia, de lo cual no les pesó al conductor, al mayoral y al zagal. Sin embargo, sospechando uno de los aduaneros del volúmen que presentaban los bolsillos de la chaqueta y pantalones de Tirabeque, se acercó á él diciendo:

— *Voyons, monsieur, voyons, s' il vous plait: pardon; je crois que vous portez des cigarres aux poches:*



Y comenzó á palparle y *reconocerle*.

—¿Qué va vd. á hacer, Monsieur? le replicó éste asaz amostazado; yo soy de un pueblo de España que llaman *Mírame y no me toques*, ¿entiende vd?

—*Ah, pardon, s' il vous plait: mais je voudrais bien voir si vous portez des cigarros aux poches.*

—No señor; no llevo *cigarros pochos*, y haga vd. el favor de no tocarme, que basta que yo lo diga: y sobre todo hable vd. de manera que nos entendamos, y no en ese chapurrado que usted gasta; es muy extraño que un empleado del gobierno no sepa hablar mejor el español.

—Por San Hermenegildo bendito, Pelegrin, le dije, ¿ya empiezas á comprometerme con necesidades? Temprano comenzamos por vida mía: ¿no ves que estás ya en Francia? ¿en qué idioma te han de hablar esos señores sino en francés, badulaque? Sométete al registro y calla, que estás en tierra estrangera.

No bien habia empezado el reconocimiento de Tirabeque, cuando acercándose á mí otro de los empleados me dijo:

—Y cómo es que habeis dejado de escribir?

—¿De escribir qué? le pregunté yo.

—El diario *Fr. Gerundio*.

—Pues qué, ¿me conoce vd?

—He visto vuestro nombre en el pasaporte: ¿dónde teneis á vuestro lego Tirabeque?

—Aquí le tiene vd.; éste es:

Tirabeque que se oyó nombrar,

—Señor, me dijo, esta gente nos ha conocido; ¿si estaremos todavía en España?

—Ahí verás, hombre, ahí verás, si tu fama ha penetrado mas acá de los Pirineos.

—Si señor, pero con eso y con todo me registran los bolsillos.

Efectivamente, todos los empleados de la aduana y de la oficina de pasaportes mostraron estar muy al corriente de nuestras gerundianas misiones. Cesó el reconocimiento de Pelegrin, y rodeáronnos todos, no ya á reconocerle, sino á conocerle: reíanse mucho; nos hicieron mil preguntas sobre el objeto de nuestro viaje, y antes de poderles satisfacer fuímos llamados al coche dejándolos con la risa en los labios y la curiosidad en el cuerpo.

### LA MANO DEL GOBIERNO.

Desde que se sale de Behovia se empieza á conocer que se camina por un pais donde hay gobierno: pues desde luego se entra en un ancho y hermoso arrecife, sin un solo bache, sin una sola prominencia, sin una sola desigualdad, formando sus dos orillas dos líneas paralelas de piedras quebrantadas, desmenuzadas y preparadas ya para ocurrir en el momento á la mas pequeña hoya que se forme, y para reemplazar á la primera piedra que falte. De trecho en trecho se encuentran

los peones camineros «pontonniers,» con su chaqueta de uniforme y su sombrero encerado, al cual rodea una prolongada laminita ó cinta de metal amarillo en que se lee el oficio y número que á cada uno corresponde: éstos trabajan incesantemente en allanar y reparar el camino al pié de una estaca clavada á la orilla, en cuyo extremo superior hay una tarjeta de madera barnizada de negro en que se ve repetido el número en blanco. Este sistema es el que con poca diferencia ha adoptado últimamente nuestro director de caminos el señor don Pedro Miranda (1).

El terreno, sin embargo, es todavía desigual por aquella parte, y conserva la fisonomía de las Provincias Vascongadas, si bien las colinas y cerros de que está sembrado son ya de mas fácil acceso y de un declive mas suave. Hijos raquíuticos del gran Pirineo, no parecen ya descendientes de tan robusto padre: son como los descendientes de nuestros grandes de España, que si no conserváran el nombre patronímico de la familia, nadie diría que eran hijos de padres de tan gran provecho y valía.

Aunque el país conserva todavía cierto sabor y tinte español, presenta ya no obstante el aspecto mas

---

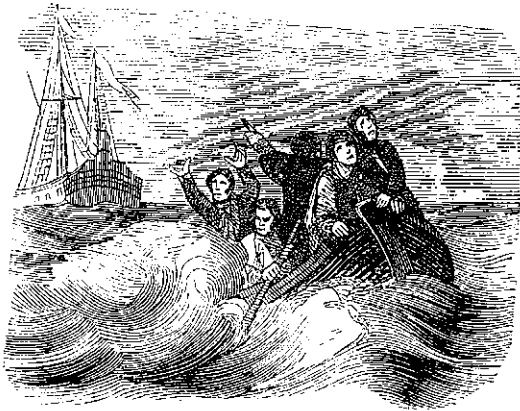
(1) Tambien se ha mejorado notablemente de entonces acá el ramo y servicio de los caminos públicos en España, haciéndose éste á imitación y por el mismo sistema que en Francia se practicaba ya en aquel tiempo.

risueño y animado: es una entrada que indica la prosperidad y riqueza de un gran pueblo. Los frutales, las viñas, el aseo y blancura de las casas, los árboles alineados, las mugeres con cónias y sombreros de paja, los rótulos de las tiendas y posadas, los carruajes que se cruzan, todo demuestra mas movimiento, mas vida, mas animación, si se exceptúa los campanarios de las iglesias, cuyas troneras tapadas con maderas ennegrecidas de las aguas hacen una vista lúgubre y sombría, semejante á la de algunas mugeres que se suelen encontrar á la entrada de los templos envueltas en una larguísima y oscura capa con su correspondiente capuchon, que así esconden sus rostros á los ojos del curioso como las monteras de las torres ocultan las campanas y se tragan su sonido.

De tiempo en tiempo se van viendo á la izquierda las agitadas y peligrosas aguas del golfo de Gascuña, que parece entretenerse en jugar al escondite con el viajero, apareciendo y desapareciendo alternativamente segun que se sube ó se baja los frecuentes repechos. Así se camina antes y despues del pequeño pueblo de Urruña, situado entre Behovia y San Juan de Luz. Esta última villa (donde se casó el hermano Luis XIV en 1660), aunque pequeña, es hermosa y alegre; pero colocada á la desembocadura del río Nivelle que la separa de su arrabal, está sufriendo continuamente el azote de violentas ráfagas y las sacudidas perpétuas de las olas del Océano, que se estrellan mugiendo en sus

murallones de piedra, al modo de las que azotan los muros de Cádiz.

Pásase en seguida por Bidart, en cuya costa acababa de perderse la barca española *Josefa*, que quiera Dios no suceda tal á la barca del Estado con la divergencia que reina en los innumerables sistemas de bogar de sus pilotos, que todos creen entenderlo mejor, y el resultado es que ninguno entiende gran cosa la aguja de marear.



### ¿Y TIRABEQUE?

¡Oh! A Tirabeque no le ha faltado qué observar en la ruta de Bayona: desgraciado de mí que tenía que contestar á sus mil y una preguntas y á su millon y medio de observaciones.

—Señor, estos postillones ya no son como los nuestros; parecen unos señores con estas botas de montar y estos uniformes que traen. Y los atalages de los caballos tampoco son lo mismo.

—Todo es verdad, Pelegrin.

—Pero parecen muy tontos, señor; no saben decir á los caballos mas que *hiu*: aqui no hay *coroneta*, ni *colegiala*, ni *pulida*, ni todos esos nombres con que nos divierten los zagales nuestros.

—Ni pienses ya volver á oír esa letanía de animacion hasta que vuelvas á España.

—¡Ay, mi amo! ¿y qué copete es el que trae aquella diligencia allí encima tan empingorotado? Calla, calla, y viene lleno de gente.

—Eso deberá ser la *imperial* que llaman, que son unos asientos que tienen las diligencias francesas sobre la berlina.

—Señor, señor, mire vd. qué coche tan raro viene allí..... aquí viene otro de otra figura todavía mas rara..... ¡oh Dios mio, qué carro tan grande! Válgame Dios, cuánto vé el que anda por reinos estrange..... ¡ay, ay, ay! señor! ¿vé vd. aquel hombre y aquella muger metidos en dos cestos puestos en un caballo á modo de aguaderas, uno á un lado y otro á otro? (1)

---

(1) Estas cabalgadas son las que llaman allí *cacolets*, parecidas á las *artolas* de las Provincias Vascongadas.

—Aquí, Pelegrin, se conoce que no se perdona manera alguna de viajar, sea á caballo, sea en ruedas.

—¡Ay, qué bonita casa de campo, señor! Mire usted otra aquí á la izquierda.... otras dos estoy viendo allá mas lejos.

—Y verás más probablemente cuanto más nos vayamos acercando á Bayona.

—¿Qué es esto, señor? ¿Otra vez están bajando los equipajes?

—Esta será regularmente la segunda línea de aduanas, donde segun me han informado se hace una especie de segundo registro ó reconocimiento, pero verás como no tocan á nuestras maletas, porque vienen emplomadas y selladas de la de Behovia.

—Diga vd. mi amo, ¿qué quiere decir aquel letrado?

—A ver: «*on donne ici à boire et à manger:*» que aqui se dá de beber y de comer.

—¿Con que primero de beber que de comer? Señor, veo yo que tambien en Francia hay vice-versas: allá regularmente primero se come que se bebe.

—Pues así he advertido que están todos los rótulos de esta clase que he visto hasta ahora.

—Pues si dan todo eso, aunque sea contra el orden, vamos allá, señor, á que nos den algo.

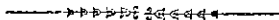
—Bien, pero ten entendido que no lo dan gratis sino por el dinero.

—Entonces ¿para qué dicen que *se dá*?

—Esto te indicará, Pelegrin, y sírvate de gobierno,

que hemos entrado en un país donde todo es mentira, y sobre todo en un país donde nada es *gratis*.

El «*hiu*» del postillon puso otra vez en movimiento los caballos, y sufriendo otras doscientas preguntas de Tirabeque, nos hallamos á las puertas de Bayona á las seis y media de la tarde. Nos apeamos en la casa de postas, y nos encaminamos después á buscar albergue y descanso en el *Hotel du Commerce* ó *Fonda del Comercio*, que así lo reza en ambos idiomas el tablon de sobre la puerta.

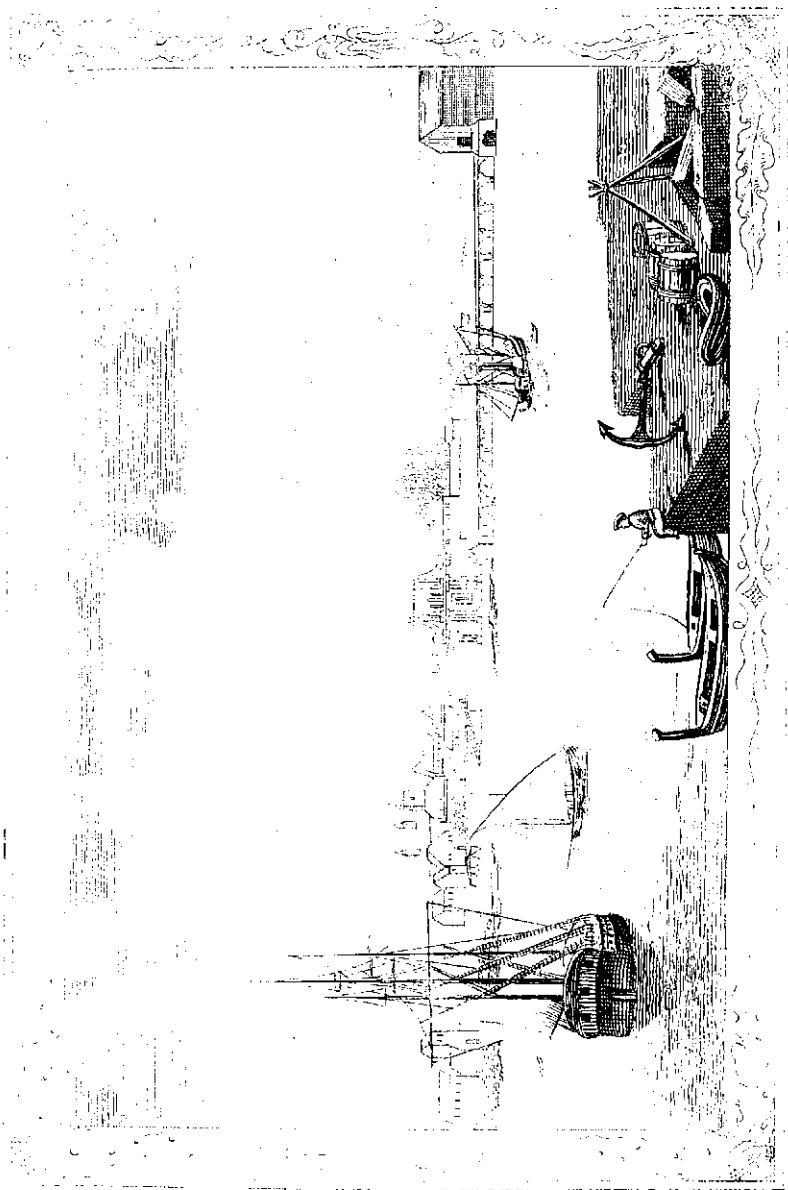








BAYONA.



Enfrendo otras doxixotas prequitas de fadabeque na ballanos e las prexidas de Jacm e los  
seto y no glos a lo hecdo.



# BAYONA.

---

## COSAS GENERALES.

Que Bayona es una plaza fuerte, como ciudad fronteriza; que es puerto de mucho comercio, distante una legua del Océano y seis de la frontera de España; que pertenece al departamento de los Bajos Pirineos; que está situada en la confluencia del Nive y del Adour, los cuales la dividen en tres partes casi iguales que se llaman *Bayona la grande*, *Bayona la chica*, y el barrio de *Sancti Spiritus*, habitado generalmente por comerciantes judíos (si es que el «comerciantes» no está demás hablando de judíos), de origen españoles y portugueses; que tiene una hermosa plaza llamada de *Grammont*; que goza de una campiña sobremanera pintoresca, sembrada de cómodas y lindísimas casas de campo; que posee una buena ciudadela, un delicioso paseo llamado las *Mármas*, y un apéndice de ciu-

dad, ó aldea de recreo nombrada *Biarritz*, célebre por sus baños: que en ella tuvieron origen las *bayonetas*, y que hoy más que por las *bayonetas* de aguda punta es conocida y honrada por las *bayonesas* de esbeltos talles y agraciados rostros, son cosas generales y sabidas de todo el que se haya tomado la molestia de leer cualquiera descripcion geográfica de aquella ciudad.

Que hay en Bayona muchos españoles, establecidos unos y muebles otros; que ha sido, es y será el *refugium fugitivorum* de nuestras cien emigraciones pasadas, presentes y futuras; que para ella fué una cucaña nuestra guerra de siete años, y que no le pesaría que hubiese durado otras siete semanas de años como las de Daniel; que era el cuartel general franco-hispano de los carlistas que no eran de armas tomar, pero sí de conspiraciones urdir, como despues lo fué de los liberales exaltados perseguidos, como en seguida lo fué de los vencidos moderados, como ahora lo está siendo de los del aplastado movimiento de octubre, y como mas adelante lo será sabe Dios de quiénes, porque todavía no hemos concluido (1); que pocos habitantes de Bayona dejan de hablar algo, ó al menos de entender algo el español por el frecuente

---

(1) Esta profecía de fray Gerundio se ha visto por desgracia harto cumplida, pues á la última emigración á que se refiere, se han sucedido posteriormente otras dos ó tres.

roce que con ellos habemos, y que se ven muchas inscripciones y rotulatas en ambos idiomas para la mejor inteligencia de indígenas y de exóticos, cosas son tambien generales, y fácilmente se saben, infieren ó suponen.

### COSAS PARTICULARES.

Pero lo que nadie hasta la presente sabia es que cuando nosotros llegamos al Hotel de Comercio se nos dijo que no habia habitacion desocupada por aquella noche para nosotros (tal era entonces la afluencia de forasteros en aquella ciudad), pero que la habria al día siguiente, y que entretanto podríamos, si gustáramos, alojarnos por una noche en otra casa de la confianza y satisfaccion de *Madame*, á lo cual no tuvimos inconveniente en acceder: y condújonos el mozo-viejo *Cadet*, á la *rue d' Orbe*, donde tomamos posesion de la primera celda provisional francesa. Mas como todavía era temprano, acordámos salir á lo que en España llamamos dar una vuelta, y en Francia *faire un tour* por la ciudad.

Tropezamos al acaso con un gabinete de lectura, y determinamos entrar un rato en él: pero Tirabeque se me detuvo á la entrada diciendo: «*aquí no entro.*»

—¿Y por qué? le pregunté yo.

—Señor, me respondió, mire vd. bien: el primero que he visto de frente es el hermano N.... (1)

—Y eso ¿qué importa? si tales encuentros te retraen, será posible que no entremos en parte alguna. Pero, en fin, te daremos gusto: iremos al café si te parece.

Ibamos á entrar en el café italiano, cuando advierto que se me detiene Pelegrín diciendo:

—Señor, *aquí no bebo*.

—¿Y por qué motivo, hombre?

—Señor, el primero que veo aquí á la entrada es el hermano P..... (2).

—¿Y qué tenemos con eso? Pues si en esas me andas, volvámonos á casa á dormir.

Dirigímonos en efecto á la *rue d' Orbe*; yo pasé á mi habitacion, y cuando Tirabeque volvió á pedir una luz me dijo: «Señor, *aquí no duermo*.»

—Pues estamos habilitados, á fé mía; tú en ninguna parte quieres entrar, en ninguna quieres beber, en ninguna quieres dormir, ¿pues qué hay?

—Que acaba de decirme madama la criada, que habla español, que aquí encima de nosotros en esta habitacion de arriba duerme el general C.....

—Duerma muy enhorabuena, nosotros dormiremos aquí.

—¡Señor!....

(1) Uno de los gefes de partido, emigrados por opiniones políticas\*

(2) Otro de los principales refugiados.



—Vaya, déjame en paz, y á descansar: en pais extraño no debe haber diferencia de opiniones: aquí la única opinion debe ser la de que somos españoles todos.

Por esta ligera muestra conocerá el gerundiano lector que en Bayona en aquel entonces no podia darse un paso sin topar con un hermano de cuenta de la cofradía emigrada. Si quereis saber lo que allí hacian no me lo preguntéis á mí: sucesos trajo octubre que os sabrán responder.

#### LA MISA.

Tan luego como nos levantamos dispuso mi paternidad como buen religioso ir por primera salida á ver la catedral, que es un edificio gótico de muy buen gusto, y oír misa si la encontrábamos. Desde el momento se empieza á notar en los templos franceses otro aire y otro estilo que el de los españoles; en sus capillas y altares domina generalmente una sencillez que ya suele degenerar en desnudez y desamparo: el *altar mayor* que nosotros llamamos, y que ellos llaman *maitre-autel*, es por lo general no el mayor sino el menor, pues consiste comunmente en una mesa con muy pocos adornos: detrás de él está el coro, tambien muy sencillo, y á veces pobre.

Pero lo que á Tirabeque le hizo mas novedad fué el gran número de mugeres de todas clases que en el

templo habia, con elegantes sombreros unas, con altas cóffias otras, y otras con sencillos pañuelos á la cabeza; ni una sola con mantilla, y todas ó bien sentadas sobre las sillas, ó bien arrodilladas sobre ellas; fijos los brazos en una tablita que tienen en la parte superior del respaldo, en que suele estar escrito el nombre de la familia ó persona á que cada silla pertenece, y casi todas con su librito en la mano. Salió un celebrante, y pusímonos á oír misa arrodillados á la española. El sacerdote llevaba el pelo del occiput largo en forma de garnacha, y divisábasele por bajo de la casulla la cola de la sotana que tuvimos por signo de que pertenecía al gremio canonical.

Concluida la misa, le pregunté á Tirabeque qué le habia parecido.

—Bien, me respondió: las ceremonias son como las de España; pero en cuanto al latín, una de dos: ó el latín francés no es como el latín español, ó sé yo mas latín que los canónigos franceses.

—En cuanto á lo primero, Pelegrín, te dispenso la simpleza en gracia de que estamos los dos solos, pues el latín lo mismo es en Francia, que en España, que en todo el mundo: y no te suceda hacer esa observacion delante de gente: y en cuanto á lo segundo, no sé por qué lo puedas decir.

—Señor, á lo menos yo digo «*dominus vobiscum*» claro, y ellos dicen «*dominis vobiscóm:*» y tan bueno debia ser el acólito como el cura, que respondia «*et com*

*espíritu tío;*» ¿si lo saben, qué trabajo les cuesta decir «*et cum spiritu tuo,*» así clarito como yo?

—¿Pero no ves, simplete, que ellos tienen que arreglar la pronunciación al acento que exige la *u* francesa, y á toda la modulación de su idioma?

### COSITAS VARIAS.

Aunque Bayona todavía no es Francia para el español que va buscando novedad en todo, nótese ya sin embargo otra fisonomía y otro gusto en las calles, en los comercios, en las tiendas, en los hoteles ó fondas, y en el afán de rotular y escribir en todas partes, de que mas adelante tendremos ocasion de ocuparnos con mas detenimiento. Pueblo esencialmente comercial, no es notable ni en establecimientos literarios, ni en hombres de reputación científica, ni en el gusto por los espectáculos de público recreo. Estábase concluyendo un magnífico teatro de nueva planta, pero la mayor parte del tiempo tendrá que ser una casa sin inquilinos, porque apenas puede sostenerse allí por temporada una compañía dramática. Las señoras cristianas concurren poco, de temor de incurrir en la formidable censura de los predicadores de la fé de Cristo, y solo las judías son las que asisten con mas frecuencia al teatro, como que allí no van á oír el Evangelio, ni creo que los cómicos se propongan estraviar á nadie de su creencia y

religion. Tal es allí la influencia clerical: ¡y hay quién se queje de ella en España!

Tienen los bayoneses una sala de conciertos sostenida por aficionados, á uno de los cuales tuvo mi paternidad la honra de asistir: no sé qué tál les parecería á los sacerdotes anti-espectaculistas. Había muy buena orquesta, y en este ramo no ha dejado de producir Bayona algunos profesores sobresalientes.

Asaz sentidos y disgustados hallé á los comerciantes, lo mismo franceses que españoles, de la nueva ley de aranceles de España, por la que se les habia privado del beneficio de bandera que gozaba aquel puerto, y por la cual, decían, se perjudica á las arcas del tesoro, se perjudica á los intereses del consulado, se paraliza el comercio de lo lícito, y se fomenta el del contrabando; que son las mismas quejas que á mi paternidad le habian dado de Gibraltar; y las mismas que le daban de todas partes, porque la tál ley de aranceles ha tenido la buena fortuna de disgustar lo mismo á nacionales que á extranjeros, que es todo lo que se puede apeteer.

### PASAPORTES.

El español que llegue á Bayona, cuente con que antes de apearse se le presentará un gendarme en demanda de su pasaporte, en cambio del cual le dará un billete con que pueda reclamarle en la *Mairie* ú oficina

del alcalde. Si el viajero pasa á otro punto de Francia, recogerá de la *Mairie* su pasaporte; procurará visarle del cónsul español; pasará con él á la sub-prefectura; aquí dejará el pasaporte español, y con una papeleta del sub-prefecto se trasladará otra vez á la oficina del *Maire* ó alcalde; éste le proveerá de un pasaporte nuevo, mediante unos francos, y el primitivo llegará con el correo, antes que el viajero, á la prefectura del punto á que se dirija, donde le hallará y podrá reclamar. Hermanos, así se anda en Francia de casa de Anás á casa de Caifás, de casa de Caifás á casa de Herodes, y de casa de Herodes á casa de Pilatos.

Terminadas estas diligencias, y tomados billetes para la *malle-poste* ó silla de correo, al precio cada uno de 40 francos y 2 sous (como unos 160 rs. y 26 maravedises), emprendimos el camino para Burdeos á las dos de la tarde, que es la hora en que diariamente y en punto sale la posta de una á otra ciudad.

### LA MALLE-POSTE.

Desde Bayona á Burdeos, aunque se cuentan cincuenta y cuatro leguas francesas de posta, solo se invierte, yendo en el correo, de unas quince á diez y seis horas. Esto bastará para que suponga el lector la celeridad con que marcharán estos carruages. El viajero que desee ó necesite para sus negocios ó su comodidad la mas ligera detencion, el que piense ó quiera contar

con un pequeño descanso para tomar una taza de té ó un vaso de agua, renuncie desde luego á viajar en la *malle-poste*, porque no le complacerá el conductor, aunque fuese el gran Miramamolin de Persia. Los caballos de tiro esperan preparados á la orilla ó en medio del camino la llegada del correo: la operacion del relevo, ó sea de desenganchar unos y enganchar otros, es cosa de medio minuto (un minuto es lo que tengo entendido les concede el reglamento), y ya está el coche andando. Al relevo siguiente sucede lo propio; se encuentran los caballos dispuestos en el camino, se emplea otro medio minuto en el cambio de gobierno, y el movimiento del carruage sigue instantáneamente al *hii* monótono del conductor.

Desgraciado de aquel á quien ocurra de relevo á relevo uno de los menesteres urgentes á que está sujeto todo fiel cristiano, lo mismo en Francia que en Moscow, porque lo pasará muy mal el infeliz. Y pobre del que incurra en la imprevision de no racionarse antes de emprender la marcha, proveyéndose de las competentes municiones de boca sólidas y líquidas, porque llegará al término del viaje mas estenuado que cesante español.

Desgraciado tambien del carretero que al acercarse la silla de posta no desvie su carruage para que el correo pueda seguir su marcha sin obstáculo ni detencion: ya puede contar de seguro con 50 francos de multa, y con el doble en caso de reincidencia, sin perjuicio de

las penas corporales á que están sujetos por el reglamento de policía. Pero ¡pobre tambien del conductor que trate con grosería á los viajeros, ó tuviese la debilidad de embriagarse, ni aun siquiera de llegar al *accessit*, ó no se presentase con su uniforme y placa correspondientes! El reglamento le marca las penas en que incurre, desde dos dias de cesantía hasta la absoluta destitucion.

Los coches de la *malle-poste* son sumamente cómodos, holgados, perfectamente acondicionados y sólidamente contruidos, con blandos cogines en los asientos, y no duros reclinatorios para recostar la cabeza. Asi es que son los carruages que usan en Francia para viajar las personas regularmente acomodadas, si iben con el inconveniente de tener que asegurar el asiento con bastante anticipacion, pues de otra manera no es fácil lograrle, por lo mismo que es el método de caminar preferido. El que quiera gastar menos, que tome la *diligencia*; pero ármese de resignacion para ir *more testáceo*; esto es, á paso de tortuga; para que lo hagan dias y horas, para no descansar de noche ni de dia, para que el conductor le prescriba templanza y sobriedad en la mesa no dejándole llegar á los postres ni á las copas, y para tener acaso que alternar con monsieur el zapatero y madame la requesonera, que suelen ocupar su competente número 1.<sup>o</sup> de interior. En Francia las *diligencias* son como las *galeras* en España: son unas galeras decentes: los únicos asientos

que se conservan un poco aristocráticos son los de berlina: en los demás es muy espuesto encontrarse con la democracia de los caminos (1).

### LAS LANDAS.

Hechos dos padres maestros íbamos amo y lego dejando atrás los amenos contornos de Bayona, que terminan en *Ondres* para dar entrada al país llamado *Las Landas*.

Estas *Landas*, que se dividen en grandes y pequeñas *Landas*, son unos vastos arenales que comprenden una porcion de leguas de terreno, en que crecen casi esclusivamente bosques inmensos de pinos y alcornoques, y que pueden llamarse la Siberia francesa. Empiezan á las dos leguas de Bayona, y abarcan como las dos terceras partes del camino de Burdeos. Como que el terreno es tan blando y esponjoso, ha habido necesidad de construir en una gran parte del camino lo que los franceses llaman *pavé*, que es un pavimento de piedras cuadradas como de cuarta en cuadro, si bien muy sólido, igual y seguro, pero sumamente incómodo

---

(1) Como el lector comprenderá, esta manera de viajar se refiere á época anterior á los ferro-carriles.



para el viajero, no tanto por su dureza como por el estrepitoso y fastidiosísimo ruido que hace la cristalería del coche, intolerable para una cabeza delicada. De estos hay en Francia muchos.

—¿Sabes, Pelegrin, (le dije á mi lego), que este trozo de camino es incómodo y molesto en demasía?

—Verdad es, mi amo, me respondió; pero dírame yo con una piedra de estas en los pechos con que los arenales de allá de Olmedo y Valladolid tuvieran un camino así empavado como este.

—¿Qué es lo que has dicho? Porque con el ruido que hacen los cristales no se oye bien.

—Digo que diera yo gracias á Dios si el camino de Valladolid á Olmedo, que es un terreno al símil de este, tuviera un empavonado así.

—Hombre, yo no percibo mas sino que hablas de empavado y empavonado, y supongo que querrás significar el pavimento ó empedrado en español y el *pavé* en francés.

—Señor, llámese como quiera, que es lo que menos importa.....

—Habla un poco mas alto.

—Señor, ¿qué mas alto he de hablar si doy unas voces que estoy para mí que si no me oye el gobierno español es porque se hace el sordo á estas cosas?

Efectivamente, á nuestro regreso hemos visto que no oyó el gobierno á Tirabeque por mas que voceaba. Sin duda se lo impidió el ruido de las ruedas y los cris-

tales. Ahora se lo decimos mas de cerca y sin ruido, y probablemente no lo oirá tampoco (1).

Así que llegamos á *Ondres*, que es donde principian las *Landas*.



Habitante de las Landas.

—¡Poder de Dios, mi amo (esclamó Pelegrin), y qué de alcornoques hay tambien en Francia!

—Sí que se ven muchos, le dije: ya tenia yo noticia

---

(1) Lo oyó; y el camino á que nos referimos es hoy uno de los bien acondicionados de España.

de que en este pais de las *Landas* habia unos alcornoques muy solemnes, pero repara como los más están descortezados.

—¿Y por qué estarán así, señor?

—Porque sus cortezas las aprovechan para corchos.

—Lo que yo digo, es, mi amo, que si á muchos hombres les quitáran la corteza como á estos árboles, llévenme el diablo si no quedaban reducidos á meros.....

—Alcornoques veo yo, *Pelegrin* (le dije sin dejarle acabar), tan desnudos, que si las verdades se dijieran como están ellos, serían pocos los que las sufrirían. Mas te digo: si los franceses se desnudáran de la corteza de la cortesanía..... y aun digo más, si á muchos de nuestros patriotas se les despojára de la corteza exterior del patriotismo, habíamos de ver..... vaya, no se puede hablar con este diablo de sonsonete que hacen los cristales.

En *Dax*, mientras se hacia el relevo tuvimos proporcion de ver una fuente cuyas aguas son como los discursos de nuestro diputado *Lopez*, tan caliente que á diez pasos del manantial no se puede soportar el calor que despiden. La catedral solo pudimos verla de lejos, y de ningun modo el gabinete de mineralogia y el hospital civil.

Internados en el corazon de las *Landas*, ya no veíamos en derredor nuestro sino inmensos pinares, cuyas cortezas rajadas desde las cuatro ó cinco varas de altura hasta la raiz en el ancho de un palmo. hacian

con su blancura una visualidad estraña, y que decía Tirabeque remedaba un ejército de blanquillos en emboscada. Hácenles estas cortaduras para que por ellas destile y fluya la resina ó trementina, que se recoge en unos recipientes, especie de artesoncillos, que se ponen al pié de cada pino, de cuyo artículo se hace en el país un ramo de comercio de no poca utilidad. Oída esta esplicacion, me decía Tirabeque:

—Señor, allá tambien tenemos abundancia de pinares en la provincia de Soria y otras del reino, pero nosotros no somos tan crueles como esta gente.

—¿Pues en qué está la crueldad?

—Si señor, aquí están haciendo llorar á los pinos todo el año de Dios para despues convertir sus lágrimas en oro; allá no hacemos llorar á los pinos, porque sería una inhumanidad; allá, lo único que hacemos llorar son las viudas de los patriotas y otras gentes así, pero á los pinos los dejamos que crezcan y se rian de nosotros.

—Sí, porque no sabemos sacar partido de ellos, tienes mucha razon: ¡cuántas y cuántas producciones hay en nuestro suelo que dejamos se rian de nuestra incuria y flojedad!

Pasados *Tartas* y *San Severo*, donde está el sepulcro del famoso general *Lamarque*, se encuentra la capital del territorio de las *Landas Mont-de-Marsant*, pequeña y linda ciudad de 4,000 habitantes, situada en la confluencia de los rios Douze y Midou, el prime-

ro de los cuales empieza allí á ser navegable hasta Bayona, y dá principio al canal de las Landas. Era de noche y no pudimos ver las afamadas bellezas cuya delicada tez y sonrosado color dicen algunos escritores franceses que contrasta tanto con la aspereza y arenosidad del pais.

Encuétrase despues *Roquefort*, donde terminan las Landas, rodeado de rocas, y no tan notable por su cera y su miel, su queso, su cáñamo y sus hornos de cal, como por las hermosas bestias que tiene la honra de producir.

Se entra en seguida en el departamento de la Gironde, ya mas ameno y feraz. El semblante de Tirabeque tambien se iba animando gradual y sensiblemente, y competia en lo risueño con el de la aurora que empezaba á alumbrarnos, y estoy por decir que con el del mismo sol, que allí en aquella tierra parece ya que sale siempre un poco disgustado.

—Se conoce que te alegra la venida del dia, Pelegrin, le dije.

—No, señor, no es eso lo que me alegra.

—¿Será acaso el hallarte en el pais de los girondinos, tan célebres en la asamblea francesa?

—No, señor, tampoco; es que hemos entrado en tierra de viñas, que cada vez van siendo mejores, y esto me va oliendo ya á vino de Burdeos.

—Así es, que si no me engaño, este que hemos pasado hace poco ha de ser *Lagon*; y no debe que-

darnos ya mas que *Castres* y algun otro pueblecito.

Asi entretenidos llegamos á dar vista á la hermosa y sobremanera pintoresca campiña de *Burdeos*; y entramos en la ciudad sin que en todo el camino nos hablara una sola palabra el viajero que se nos habia reunido en *Mont-de-Marsant*.

### EL QUE NO HABLÓ.

Antes de sentar nuestros reales en *Burdeos*, justo es que digamos algo (ya que él no quiso decirnos nada) del viajero de mi párrafo precedente, á quien no mencioné ántes por que en nada alteró nuestras relaciones itinerarias. Era este un francés que se nos reunió en *Mont-de-Marsant* ya muy entrada la noche; único caso en que los conductores se detienen mas del minuto; cuando sube algun nuevo viajero.

Entró sin saludar, y sin saludar se colocó en el asiento del medio; cosa que ya empezó á estrañar *Tirabeque*. A los pocos minutos de marcha, yo fray *Gerundio*, en uso de la costumbre española me tomé la libertad de preguntarle el nombre del pueblo de donde él habia salido, á que me contestó: «*Mont-de-Marsant*.» Hícele otra pregunta con objeto de entrar en conversacion como en España se acostumbra, y tuvo la bondad de callarse la respuesta. Sin duda no me

percibió. En vano esperé oír de su boca alguna otra palabra. «*Mont-de-Marsant*;» hé aquí la única voz que articuló el consocio agregado en todo el camino.

—Señor, ¿es mudo este hombre? me preguntaba Tirabeque.

—Calla, le decía yo, que nos podrá entender.

—Diga vd., mi amo (me volvía á preguntar); ¿son mudos todos los franceses que andan por los caminos?

—Calla, hombre, no me comprometas.

—Si lo digo en español, mi amo, no tenga vd. cuidado: cuanto más que éste debe ser inglés.

Sin pronunciar mas palabra que «*Mont-de-Marsant*» llegamos al término de nuestro viaje; nos apeamos juntos en la casa de postas, se marchó sin despedirse, en lo cual tuvo el mérito de la consecuencia, y el de corresponder los fines á los principios, que no es cosa comun, y no he vuelto á saber mas del compañero de viaje de *Mont-de-Marsant*.

En España desde que entramos en un carruaje nos contamos mutuamente nuestras historias, y nos hacemos amigos: en el estrangero no estrañe el español viandante hacer un viaje entero con algun inglés, y no oírle decir mas que «*Mont-de-Marsant*;» y para esto le costará el trabajo de preguntárselo.

# BURDEOS.

---

## IDEA GENERAL.

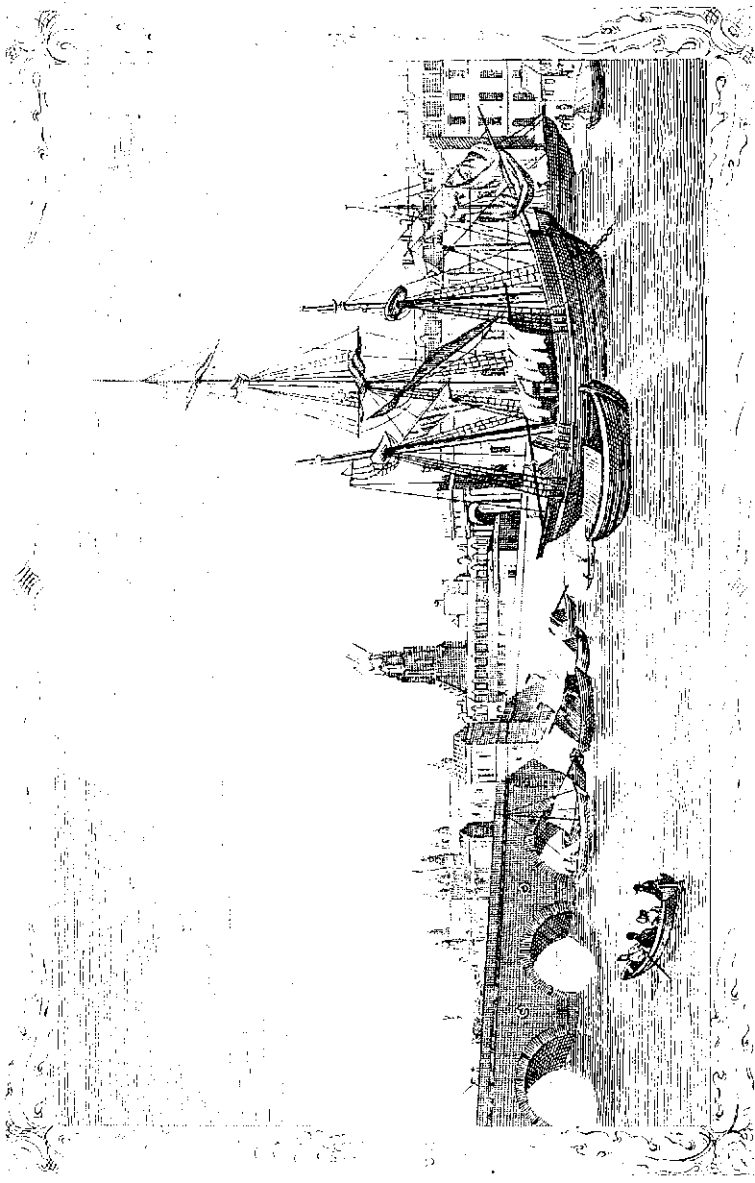
BURDEOS, la capital del departamento de la Gironda, es una de las ciudades mas bellas y mas importantes de Francia. Si se la considera por su posicion topográfica, Burdeos se presenta magnífica y sorprendente. Colocada á la orilla del Garona en forma de un grande arco cuya cuerda tiene una legua de longitud, con su estensa manzana de soberbias casas de sillería, su admirable y atrevido puente de piedra de diez y siete arcos, su bello malecon para contener el rio, su puerto guarnecido de mil velas y cien chimeneas de vapor, su fertilísima y pintoresca campiña, sus paseos, sus quintas, sus pabellones y sus jardines, el panorama que ofrece Burdeos á la vista del espectador poco dejará que desear á la imaginacion mas avara de ilusiones.

Si se la considera por la parte monumental, Bur-









El panorama que ofrece Bayona á la vista del espectador poco después que deseara á la izquierda un momento más acerca de Bayona.



deos ostenta orgullosa su cuartel de *Chapeau Rouge*, sus plazas Real, Delfina y de Tourny, su casa consistorial ú *Hotel de Ville*, su palacio de la Prefectura, el grandioso edificio de la Lonja, sus templos, sus baños y todo el bello conjunto de casas de la ciudad moderna; sin que haya necesidad de llamar la atención del viajero hácia el *Gran Teatro* construido por Luis XIV, puesto que el extranjero que entra por primera vez en Burdeos no puede menos de preguntar naturalmente: «¿qué edificio es este de tan sólida y elegante arquitectura, rodeado de tan magníficas arcadas y cuyo magestuoso frontis decoran esas doce esbeltas estátuas sobre otras tantas robustas columnas?» Pero antes que el conductor revele que es el Gran Teatro suele adivinarlo el viajero, si no desconoce en los trages y emblemas de las estátuas á las hermanas habitadoras del Parnaso.

Si se la considera por la parte de establecimientos de pública utilidad, enseñanza y beneficencia, el observador curioso puede visitar la casa-moneda, la banca, la universidad, la biblioteca de Lebel con sus 105,000 volúmenes, la academia real de ciencias, el musco, el gabinete de historia natural y el de antigüedades, el colegio de sordo-mudos, el hospicio, las escuelas de medicina, de comercio, de náutica, de hidrografía y de equitación, etc. Sin contar otros ciertos colegios, acaso de los mas bien regidos y administrados que se pudiera desear, pero de que no puede

ocuparse un escritor por ventajosas noticias que tenga de su mérito intrínseco.

Si se la considera por la parte mercantil, sabido es que el puerto de Burdeos es uno de los mas concurridos de Europa, y á que arriban embarcaciones de todos los puntos del globo. Y aunque en el dia esté experimentando una sensible decadencia al paso que va creciendo su rival el *Havre*, merced á la no muy acrisolada nota de buena fé que de un tiempo á esta parte han adquirido algunas de sus casas de comercio, Burdeos cuenta siempre con un fondo seguro de riqueza mercantil en la abundancia de los apetecidos vinos que produce su suelo. Por lo demás, el rico mercader de Burdeos siempre ha servido de tipo y hecho un papel muy principal en las comedias de costumbres francesas, y aun en la última del inagotable Scribe, titulada *Una cadena*, no falta la novia de cajon hija de un rico comerciante de *Burdeos*.

Dos comparaciones le asaltan naturalmente al español que visita por primera vez á Burdeos: con Madrid por la parte de edificios, carruages, teatros, tiendas y paseos; y con Sevilla por la del campo, el rio y las producciones. No falta quien recuerde la Vega de Granada, pero esta la reservo, yo Fr. Gerundio, para otro término mas adecuado de comparacion que mas adelante se presentará.

Siendo Burdeos una poblacion de 100,000 almas poco mas ó menos, ocupa una estension como para

200,000 ó más : así es que á pesar de toda la animación que es consiguiente á una población mercante, se está siempre esperando ver mas gente, y esta gente no viene porque no la hay ; era menester para eso, ó aumentar los vivientes ó apiñar las viviendas.

### JEAN Y JEANNETTE, Ó JUAN Y JUANITA.

Cuando nosotros entramos en la patria de Ausonio y de Montaigne llovía en francés que era una maravilla, cosa que parecerá no guardar mucha consecuencia con el sol que dejamos en Langon y Castres, pero que es muy comun en aquella antigua residencia del parlamento y del gobierno de la Guiana. Apenas nos apeamos en la casa de postas, nos vimos rodeados de emisarios ministeriales de los hoteles, que venian á ganar nuestro voto con halagos y pomposas promesas. Yo dí el mio al ciudadano *Jean*, comisario regio del *Hotel de France*, tanto porque llevaba noticias de que era el mejor hotel de Burdeos, como porque me atrajo el oír chapurrar español á dicho recadero, ó *commissionnaire* que llaman. El tipo de estos *commissionnaires* se describirá mas adelante, porque no deja de ofrecer bastante novedad.

El bueno de *Jean* trasladó nuestro equipage en un carretoncito..... y esto de carretoncitos es una circuns-

tancia que como tenía sus ruedas se me ha venido aquí rodada para empezar á notar cómo los franceses han simplificado desde las cosas mas pequeñas el sistema de transportes, conduciendo de una sola vez y con la mayor facilidad los bagajes de tres ó cuatro viajeros, para lo cual necesitaríamos en España la cooperacion de tres mozos de cordel, que desde que hay en el mundo cordeles y mozos no ha alcanzado su talento á inventar otro sistema que el de la simple, ó por mejor decir, de la doble y robusta costilla.

Trasladó, como digo, nuestro equipaje al hotel de Francia, en donde se nos dió un par de habitaciones de las que corrian á cargo de la seccion de la hermana *Jeannette*, que allí está tambien el servicio dividido en secciones por *chambres* ó departamentos á cargo cada uno de una oficiala de cobachucla, á estilo de secretaria del despacho, y todos bajo la presidencia de *Madame Baron*, que es la dueña ó dueño (pues uno y otro se podrá decir de una señora que se llama *Baron*) de aquel hotel, sito en la calle del *Espiritu de las leyes*; y cito esta calle, porque como luego se verá, parece que mi horóscopo en esta parte de Francia era seguir constantemente las huellas al baron de Montesquieu.

Dejemos por ahora á Juan y Juanita (por cuya muestra inferimos que no era solamente la España la tierra de los Juanes), que ellos volverán si les hemos menester.



## LA MESA REDONDA.

Llevamos unos cuantos dias en Francia , y todavía no hemos dicho cómo comen los franceses , á pesar de ser uno de los puntos que llevaba mas en mientes mi buen Pelegrin. Ahora lo veremos en la mesa redonda del *Hotel de France* , que es en comun sentir la mesa mas provista y abundante de Burdeos.

Pero antes de ir á comer diremos algo de la vida y trato que se dá y se pasa en los hoteles.

Estos son generalmente edificios vastos hechos al intento , y distribuidos en veinte , treinta , cuarenta ó mas habitaciones , segun su capacidad y segun la poblacion , todas numeradas , y provistas todas de lo necesario para la comodidad del viajero , como papelera , cómoda , mesa con espejo y avíos de tocador , chimenea ó estufa , cama elegantemente colgada , cubiertas las paredes de papel de color , y alfombrado el piso si es invierno , ó limpio y bruñido si es verano. En el portal está el cuarto del portero , que lleva el libro de entrada y salida de los huéspedes , y entrega ó recoge las llaves cada vez que uno entra ó sale de casa , si bien cada una tiene su número y se coloca en el correspondiente de la tabla ó llavera. Cada habitacion tiene su llamador de campanilla , las cuales todas concurren al cuarto de

la portería, en donde el número de la que se oye sonar ó se vé vibrar avisa el del huésped que ha llamado.

Tan luego como el portero anuncia la llegada de un recién venido sale la señora del hotel á recibir al viajero y preguntarle qué clase de habitacion es la que desea. Y esta y la salida suelen ser las únicas ocasiones en que el huésped vé, como no sea por casualidad, á *Madame*, que se presenta á preguntarle si ha estado contento del servicio, y á rogarle muy dulcemente que no olvide la casa si se le ofrece volver á pasar por allí. Al arribo del viajero acuden presurosos los obsequiosos *garzones* ó sirvientes, disputándose quién ha de ser el primero en echar mano á la maleta y demas utensilios de viajar, y en llevarlos á la habitacion á que están destinados sin olvidarse de preguntar; «*avez vous quelque chose á me commander, Monsieur? ¿qu' est ce que vous desirez?*» ¿Tiene vd. algo que mandarme, caballero? ¿qué es lo que vd. desea?» Esta obsequiosidad es todavía mas exagerada en París, y mas todavía en las ciudades del Norte.

El servicio está reducido á hacer la cama, dar de almorzar y comer, y cada vez que se vuelve á casa de noche, encender el portero la bujía (tambien numerada, porque este gasto es cuenta aparte, y cada huésped paga lo que consume), y entregarla en propia mano, siendo de cargo del huésped llevarla humildemente á su morada, teniendo que hacer oficio de criado de sí mismo, lo cual forma un vice-versa con la finura y

atención que despliegan en otras cosas, que mas de una vez produjo altercados entre Tirabeque y monsieur el portero diciéndole: «Señor monsieur, cargue vd. con esa vela, que así se usa en España, y aquí ni el amo



ni yo venimos á ser criados de vd., que aquí los dos somos amos, porque los dos pagamos, y el que paga quiere ser servido, y á mí no me enseñará vd. cómo se sirve, que lo tengo bien estudiado, porque he seguido esa carrera toda mi vida, menos ahora que estoy de va-

caciones y me toca ser señor.» Pero ni esto bastaba á corregir tan inveterada costumbre y tan tolerado abuso.

Regularmente en todos los hoteles se come á la *table d' hote* ó mesa redonda, á la cual suelen concurrir no solo los huéspedes sino muchos otros que viven de asiento ó por temporada en un pueblo, porque los franceses son muy aficionados á comer fuera de su casa: y éstos, ó bien pagan diariamente los tres, ó cuatro, ó cinco francos de la mesa, ó bien se abonan por mensualidades, en lo cual hacen algun ahorro. Y esto de comer en la mesa redonda es para ellos un ramo de economía; que si economía no fuera, es de fé francesa que no lo hicieran ellos.

El almuerzo, que por lo comun consiste en dos platos fuertes de libre eleccion, con sus correspondientes postres, no está circunscrito á hora tan fija y determinada como la comida. Respecto á ésta, no bien ha sonado las cinco el reloj del hotel cuando ya la campana está llamando á refectorio á la santa comunidad. Mala suerte le cabe al hermano que se descuide unos minutos en acudir al comedor: los franceses no esperan por nadie; cargan á discrecion, y avanzan de tal modo y se municionan con tal prisa, que el que se demore un poco se espone á encontrar pasado en autoridad de comida juzgada el plato que más pudiera apetecer.

Algo pagamos nosotros el aprendizaje de este ejer-

cicio de guerrillas manducatorias, hasta que la experiencia nos enseñó saludables lecciones teórico-prácticas de puntualidad, aplicación y aprovechamiento. Otra lección de economía de tiempo nos enseñó también la experiencia. Al principio seguíamos la práctica española de certificar la terminación de cada vianda con el *aspá* ó *equis* que se forma sobre el plato con cuchillo y tenedor, en signo y demanda del competente relevo que aconseja la decencia. O se desestimaba la solicitud, ó se nos devolvían los documentos impurificados en primera y segunda instancia, ó se nos declaraba cesantes por una porción de tiempo, y entretanto nuestros comensales embulían sus almacenes interiores como si estuviesen en peligro de nunca más comer. Hasta que nos convencimos de que era costumbre en Francia no mudar de cubierto y hacer la campaña entera sin limpiar las armas.

«Señor, me decía Tirabeque, este es un vice-versa de cuatro puntas que deja atrás á todos los de allá.»

Y cuidado que esto mismo sucede en París, como no sea en los *confortables* de primer órden.

Los primeros dias miraba Tirabeque con mucha atención el curso que se daba á los platos, y chocábale que ninguna deferencia se tuviese con las señoras (porque también van señoras á comer á la *table d' hote*), sino que aquello era *primo capientis*, del primero que lo tomaba, como los bienes que en el derecho se dan *pro derelictis*. Ninguna consideracion, ninguna prefe-

rencia, ninguna galantería se tiene con las señoras: reinaba una completa igualdad de sexos: finura francesa.

Cada vianda que veía Tirabeque haberse adelantado otro á tocar antes que él, le parecía que debería ser cosa sabrosa y delicada.

—Señor, me decía con frecuencia, aquello deberá ser cosa esquisita.

—A tí, Pelegrin, todo te parece esquisito antes de probarlo.

—Señor, como veo que se chupan los dedos.

—Eso no te sirva de regla, porque según he observado, es costumbre del país.

—Señor, allá nadie se chupa los dedos sino en metáfora, pero aquí veo que se los chupan de veras.

—Por eso dicen bien, que cada país tiene sus costumbres; y calla, no nos oigan, que fácilmente habrá quien nos entienda.

Esta ligera descripción bastará para dar una idea de la finura de los franceses en la mesa. Y cuenta que en la *table d' hote* del Hotel de Francia se reunían diariamente treinta ó cuarenta personas que por su clase debía suponérselas de la mas esmerada educación.

Inútilmente se esperaría en la mesa de Francia la franqueza y la animación que reina en las españolas. El sistema de individualismo que domina para todo en el país trasciende también á las mesas; cada uno come para sí, y el refran de «oveja que bala bocado pierde,» parece hecho ó nacido en los comedores franceses. Si

en una mesa ó en un carruage de camino se oye una conversacion animada, téngase por cierto que allí comen ó viajan españoles. . . . ¡Y luego los califican á ellos de ligeros y habladores, y á nosotros de graves y un sí es no es facilurnos! ¡Con cuántos vice-versas de estos nos tenemos que encontrar!

### CARRUAGES DE CIUDAD.

Ninguna de las ciudades de Francia que yo he visto, inclusa París, y creo que ninguna de las que dejé de ver, presenta una coleccion de carruages de alquiler tan cómodos, decentes y vistosos como Burdeos. Son carruages que no se desdeñarían arrastrar las mulas de nuestros Grandes de España, por muchos humos aristocráticos que se les quiera suponer. Comparados con ellos nuestros seudo-coches, anti-carretelas, y calesines elementales de la calle de Alcalá, y plazuela del Angel y de las Descalzas, sería como comparar una obra de pergamino con otra en tafilete.

Dividense en tres principales clases, todas bajo el nombre genérico de *voiture* (carruage), á saber, *fiacres*, *citadines* y *cabriolés*, que es como decir, coches, berlinas y birlochos. Dentro de cada *voiture* hay una tarjeta clavada ó colgada en que se lee el precio fijo ó coste determinado del carruage, bien sea por carreras ó bien por

horas, á cuya tarifa tienen que arreglarse alquilante y alquilador. El precio suele ser de 1 franco 25 céntimos (cinco rs.) por carrera, y de franco y medio (seis reales) por la primera hora, si por horas se toma, y un franco por las siguientes, todo con muy corta diferencia segun el género de la *voiture*. Este sistema es general en toda Francia (1).

Ahora recuerdo que no ha muchos dias intentó acá un ensayo de este sistema la empresa de bailes de máscara del Circo Olímpico, fijando el precio de 2 reales por persona y carrera desde los puntos determinados de partida hasta el local del baile para cada carruaje de los ajustados, que se distinguian por una bandera blanca. Pero esta loable tentativa escitó la rivalidad de los comprofesores, hirió su delicadeza y susceptibilidad, produjo una conspiracion cochera, fermentó la conjuracion, y rompió en un borrascoso pronunciamiento la noche misma que se habia puesto en práctica el ensayo, y al grito de «*abajo los privilegios, afuera las reformas, viva la libertad de los transportes,*» emprendieron á pedradas, palos y latigazos con los del convenio; éstos trataron de repeler la fuerza con la fuerza; fueron vencidos en el combate, y pereció la reforma locomotiva la noche misma de su na-

---

(1) Tambien se ha adoptado y puesto en uso este sistema en España desde nuestra primera á nuestra tercera edición.



cimiento. Entreme vd. al pueblo éste con reformas útiles y mejoras positivas.

### OMNIBUS.

Los ómnibus son una cuarta especie de carruaje de ciudad generalizado por toda Europa, cuyo servicio corresponde perfectamente al título que llevan. Son unos carruages largos con dos filas de asientos colocados á la larga tambien, comunmente para catorce personas, y algunos para diez y seis, los cuales sirven para el trasporte de las gentes de unos á otros puntos notables de las poblaciones. En ellos entran *todos* los que quieren (que por eso se llaman *omnibus ó para todos*) hasta completarse el número de las plazas, por la módica retribucion de seis *sous* en París, y de cinco ó menos en los pueblos de provincia; de manera que por esta pequeña cantidad hay la proporcion de trasladarse cómodamente de un extremo á otro de la poblacion, que á veces suele exceder de media legua ó tres cuartos, y aun una entera.

A cada cinco minutos parte el *ómnibus* del punto que tiene marcado, y este corto período es el máximo que tiene que aguardar la persona trasferible ó que va en solicitud de plaza.

El sonido de un clarin tocado por el conductor res-

poussable, avisa cada minuto á los que se hallen en ocasion de optar á alguna plaza la proximidad del momento de partir. Cada empleado que entra á tomar posesion de su destino es anunciado por una campanilla y sentado en el libro manual de entradas y salidas que lleva el conductor; especie de guía de forasteros poco mas variable que la que en España se hace cada año para el conocimiento de los empleados del Estado, pues asi como en aquella son pocos los que llegan al término de la carrera de cada *omnibus*, sino que los más van descendiendo y quedándose en los puntos intermedios del tránsito, asi los empleados de nuestra *Guia* son pocos los que llegan al término del año y figuran al siguiente en el mismo lugar.

Y esto me sugiere, á mí Fr. Gerundio, una idea cuya adopcion pudiera ser de una inmensa utilidad en España. Ya que no prohijáramos aquí el servicio de los *omnibus*, á pesar de sus incalculables ventajas para la traslacion de unos á otros puntos distantes de las poblaciones, (1), adoptáranse á lo menos los *omnibus* desde la córte á las capitales de provincia, y de una á otra capital entre sí, con sus correspondencias como

---

(1) Con posterioridad á la primera edicion de estos apuntes, ha tenido mi paternidad el gusto de ver introducidos y adoptados en Madrid los *omnibus* para los usos en este capítulo indicados, aunque no con gran éxito, en cuyo adelanto no sé si me atreva á lisonjarme de que tuvieran alguna parte las escitaciones aquí hechas.

en los sitios cruceros de las ciudades de Francia, exclusivamente para la traslacion de los empleados del gobierno; que bien seguro es que aunque salieran, no diré cada cinco minutos, pero si cada segundo dia, no les faltaria nunca con que llenar las plazas, y no perderia nada cualquiera empresa que en esta especulacion entrase, á lo menos mientras el gobierno no deje el divertido sistema de jugar con sus empleados al juego de las cuatro esquinas.

Los *omnibus* son un centro fecundo é inagotable de aventuras y de escenas cómicas, por lo mismo que su baratura los pone al alcance y facil adquisicion de todas las clases del pueblo indistintamente. Allí no hay mas ley, ni mas categoría, ni mas derecho de preferencia que los cinco *sous*. Bajo un código de legislacion tan sencillo sucede comunmente que cada *omnibus* es una congregacion moviliaria y accidental de las piezas mas heterogéneas que en la sociedad se conocen. El propietario que tiene su casa en reparacion suele tener que sentarse al lado del albañil que acaba de rebocarle la pieza de comer, y ahora por variar le reboca la falda y manga de la levita con la masa que conserva tierna en su blusa; y monsieur el propietario tiene que sufrir callando el segundo reboque de monsieur el albañil, porque dentro del *omnibus* ya son iguales, y no media entre ellos la categoría del canto de una pala de embadurnar. El juez de la *Cour d' assises* que acaba de sentenciar á una multa de cien francos al dueño

del café del barrio, entra en el *omnibus*, y le toca rozarse codo con codo ó sufrir un pisotón del multado, teniendo que aguantarle silenciosamente, sin que le valgan todos los artículos del código penal. Y el capitalista que intenta regresar á su casa en el *omnibus* que encuentra al paso, se ve precisado á ir á pié, porque la última plaza la ocupó *Mademoiselle* su doméstica, que viene de hacer la compra y entró con su cesta de huevos y ensalada, de cuyo importe sísa los cinco sueldos que le proporciona la comodidad de ir sentada, mientras su amo regresa pedestremente y con paciente humildad.

—*Arretez, cocher, s' il vous plait*, cochero páre vd. si gusta,» grita un jóven desaforado que va bebiendo los vientos; «¿hay plaza?»

—*Oui, Monsieur, oui; montez, s' il vous plait*; si señor, sí, suba vd. si gusta.

Es un enamorado que ha visto entrar en el *omnibus* al objeto de sus amores y sus desvelos, y se apresura á aprovechar la ocasion de decirle dos palabras al oído; entra, y ¡oh fatalidad! entre los dos amantes ciudadanos se ha colocado una vieja aldeana con su enorme tiara de linón que los impide mirarse, y con su serón de patatas que les va lastimando á uno y á otro las rodillas, ó bien un viejo merceder judío que va dando sendos desahogos narífticos á la tabaquera; ítem más el cura de la parroquia que está sentado de frente con su breviario debajo del brazo, y es el confesor de la familia de la señorita.

¿Quiénes son estos dos que van solos en ese *omnibus* que atraviesa?

Son dos enemigos jurados que protestaron no saludarse jamás: un año han huido de encontrarse, y ahora un mismo *omnibus* los cobija.

Donde hay *omnibus* nadie puede decir «de esta agua no beberé.»

## EL PASEO DE TOURNY.

Luego que comimos, determinamos Tirabeque y mi gerundiana persona salir á dar un pasco acompañados de un español, vizcaino honrado, que la Providencia nos deparó en la mesa, el cual se hallaba en Burdeos hacia seis años huyendo prudentemente los compromisos y sinsabores de la guerra civil, y con ánimo de no regresar á su patria hasta que las cosas estuvieran enteramente tranquilas, lo cual lleva consigo la probabilidad de que nuestro apreciable compatriota acabará los días en tierra estraña, aunque viva los años de Matusalen.

Llevónos primero al hermoso pasco de *Quinconces*, entre la ciudad y el rico arrabal *des Chartrons*; dimos despues una vuelta por el espacioso *Jardin público*, y volvimos á recaer al llamado de *Tourny*, desahogado salon dentro de la poblacion misma, y remedo del Pra-

do de Madrid. Muchos y muy diferentes fueron los objetos que en él simultáneamente á nuestra vista se ofrecieron, y que tenían incesantemente dividida nuestra atención. Por una parte las lindas y agraciadas *grisetas* (1), tan renombradas en toda Francia, con sus estudiados y elegantes adornos en la cabeza y su mirar dulce y conquistador; por otra el marqués de Valdespina, ex-ministro de don Carlos, con su brazo manco y su fanático entusiasmo; por otra los *Atcides* ejecutando juegos de fuerza, doblando barras de hierro en el brazo desnudo, y haciendo saltos difíciles por la retribucion de quien espontánea y devotamente quisiera arrojarles al suelo cuatro ó seis *sous*; estos mismos *Atcides* cuyas funciones se anuncian en España con solemnes cartelones y programas, y á quienes se hace el honor de franquear los teatros principales de la córte; por otra el heroe de las atrocidades manchegas, flor y nata de carlistería andante, general *Palillos*, con su levita de palotes y su boina de primeras letras; por otra Gómez y Villarreal, que como gente de otra cuna y de otra estofa no alternaban con los Palillos, ni los Orejitas ni los Basiliros, y aun con el mismo Valdespina del

---

(1) Dize en Burdeos el nombre de *grisetas* á las modistas, damas de mostrador, y otra, mugeres intermedias entre las dos clases alta y baja del pueblo, las cuales se distinguen y tienen fama en todo el país por su general belleza, y por su aseó, sencillez y buen gusto en vestir.









Yo me pezo los fríos y los cielos que me dan  
los días los días en cuando propio refresco.



arremangado brazo; por otra las voces y algarabía de los tenderos ambulantes que guarnecen el paseo gritando á todo gritar: «*la boutique; á quatre sous la piece;*» la tienda; á cuatro sueldos la pieza.

Al apuntar la noche se encendió el alumbrado de gas, y á los ejercicios de los Alcides substituyó una plaga de farsantes; los unos cantando al armónico son de un organillo portátil; los otros entonando malas trovadas acompañadas de un chirriante violín; los otros haciendo juegos de manos; llamándonos sobre todos la atención un jóven guitarrero, que con mucha calma y gravedad y con mucho aire de importancia y de misterio fué colocando en el suelo y en círculo hasta diez ó doce cabitos de vela encendidos; en seguida se plantó en medio del gran corro de espectadores á quienes servían de meta las bujías; sacó misteriosamente unos mamotretos que en una caja encerrados llevaba; los puso en el suelo, abiertos unos y cerrados otros; y en seguida colgándose al cuello la guitarra comenzó á entonar desaforadamente alegres canciones. Centenares de franceses le oían entusiasmados, reían como tontos, y llovían cuartos al farsante trovador, que entre estrofa y estrofa se entretenía muy serio en recoger el fruto de sus cantares.

—Señor, me decía Tirabeque, paréceme que es tierra de mucha farsa ésta.

—Esto no es, le dije, sino el anuncio de la que nos espera ver.

Y con eso nos retiramos aquella noche á descansar.

## GUIA DEL ESTRANGERO EN ESPAÑA.

A galos y españoles  
mis capilladas tocan;  
á hispanos y franceses  
gerundiaré yo ahora.

El lector habrá observado que en lo poco que hasta el presente llevo escrito de mi viaje he procurado examinar con imparcialidad y despreocupacion lo bueno y lo malo de cada pais, y consignar, mal que me pese, las cosas en que ellos nos llevan ventaja, y poner de manifiesto, mal que les pese á ellos, las cosas en que les aventajamos nosotros.

Conforme á este sistema, cuando acaeciére encontrar al paso tal cosa en que ellos y nosotros merezcamos una comun sacudida, no dejaré de cumplir con la obligacion que como Fr. Gerundio me tengo impuesta, asi en la celda como viajando.

Pues como soy Fr. Gerundio,  
yo no sé lo que me dá,  
que aunque vaya de viaje  
no dejo de gerundiar.

Es el caso que habiendo cuidado de proveerme, como á todo viajero le es necesario é indispensable si no quiere viajar á ciegas, de la *Guia del extranjero en Francia*, me dirigí con Tirabeque á una librería donde nos informaron que las encontraríamos, que por mas señas recuerdo haber sido en la calle llamada *Fossés de l' Intendance*, número 61. En efecto, no se habia equivocado el informante: tomé mi *Guia* mediante la traslacion de dominio de ocho francos, y como sea antigua costumbre en mí, cada vez que en una librería entro (y lo peor es que la mala maña se estiende no solo á las librerías públicas sino á las particulares tambien) calarme las antiparras y brujulear cuantos rotulajes y títulos de obras están al alcance de mi gerundiana vista, atisvé una que decia: *Guide du voyageur en Espagne et Portugal.* » ¡Táte! dije para mí; ¡la *Guia del viajero* por España y Portugal escrita en francés! Bueno fuera que te escapáras tú de mi reconocimiento y exámen.

Hízose el cambio del tomo por los ocho francos divididos en otros tantos volúmenes, y llevámosle para ir leyendo en los ratos que la inspeccion de otros objetos de curiosidad no nos lo impidiera.

Estrañamos los españoles, y de ello nos quejamos agriamente y hacemos un artículo de acusacion á los franceses, porque siendo la nacion mas vecina y con quien estamos en mas inmediato y frecuenté contacto, conocen menos la España y están menos informados.

y tienen ideas mas equivocadas de nuestras costumbres que pudieran tenerlas de los habitantes del Indostan. ¿Qué han de hacer sino tenerlas? ¿Y de parte de quién está la culpa? Nuestra es tanto como suya, y suya tanto como nuestra; la podemos partir, y no sé quién saldrá favorecido en la particion. Examinemos la *Guia*.

Cuidado que esta es del año 1841, décima-octava edicion, por *Quetin*, revisada por *Richard*, que es como decir que está administrada con todos los sacramentos de fé moderna.

Pues bien: dice la *Guia*, hablando por ejemplo de la administracion de justicia en España.

«Todas las ciudades, villas y aldeas tienen un corregidor, un alcalde mayor, ó bien un simple alcalde; todos son nombrados por el rey. Los corregidores están encargados de la policia de las ciudades, y la de su distrito: del mando de la fuerza armada; de la ejecucion de las órdenes de la córte; de la tasacion ó precio de los comestibles; de las provisiones y alojamientos de las tropas, y juzgan sin cobrar derechos de las causas de poca importancia.»

Figúrese el hermano lector la idea que traerá de nuestra administracion de justicia un francés que viene á España, y que lo primero que hace es proveerse de la *Guia* y foliarla y estudiarla para conocer las costumbres y el sistema de administracion del pais que vá á visitar.

Continúa la *Guia*: «Los alcaldes mayores tienen

»poco más ó menos las mismas funciones que los cor-  
 »regidores en las ciudades en que faltan éstos. Unos y  
 »otros llevan la espada al lado y el baston en la mano;  
 »honor que no se concede sino á los magistrados de  
 »los supremos tribunales, á los oficiales de estado ma-  
 »yor y de ejército, á los médicos y á algunos algua-  
 »ciles.»

—Señor, interrumpió aquí Tirabeque, por vida de San Meliton bendito que esto ya no se aguanta: las mentiras tienen tambien sus límites, y el descaro debe tener sus términos como todas las cosas.

—Y la exaltacion, Pelegrin, debe ser tambien contenida por una buena dosis de calma: ténela pues, y vamos leyendo.

Habla de las audiencias y chancillerías en el año 41, como pudiera hablar en el año 26 ó en el 1782: para los franceses no se ha hecho novedad. Las universidades están bajo el mismo pié que en el siglo XVII, y las fuerzas militares de mar y tierra no han pasado de 1830.

Se dicen en España, segun la *Guia*, 60.000 misas por dia, y 21.000.000 por año; de ellas la mitad son de fundaciones; la otra mitad, á cuatro reales, producen 43.800,000 reales al año; se predicau 410.000 sermones, que á 20 reales cada uno dan la suma de 8.200.000 reales anuales: los rosarios, votos y exorcismos producen 2.000.000 de reales, los derechos de estola 30.000.000: las cuestaciones,

imágenes y alforjas (así dice la *Guía*; no tiene ella malas alforjas) 34.000.000, que con los productos del diezmo, resulta percibir el clero español *mil cincuenta y un millones y medio* de reales al año.

Hé aquí un buen dato estadístico para el arreglo de la contribucion de culto y clero, sin que ni el gobierno ni los diputados tengan que molestarse en andar continuamente buscando una base cierta y fija para ella.

En artículo de *costumbres* dice la *Guía*; «Los habitantes de la península española han sido desde muy antiguo, y son en todos tiempos muy renombrados por su gusto y afición á la danza.

»En otro tiempo era el *fandango* el que estaba en boga: ahora en la buena sociedad es el *bolero* el que predomina. Sin embargo, estos dos bailes se dividen el entusiasmo casi inesplicable de todos los españoles, cualquiera que sea su rango y su calidad. *Tensed* en su *Viaje á España* dice: «Que si se entrase de repente en una iglesia ó en un tribunal bailando el *fandango* ó el *bolero*, los sacerdotes, los jueces, los abogados, los criminales, el pueblo, serios ó alegres, viejos ó jóvenes, dejarían al momento sus funciones y se pondrían todos á danzar.»

—Conozco, Pelegrin, que estás reventando, y que te cuesta no pequeño trabajo el callar.

—Señor, no lo sabe vd. bien: el fandango y el bolero me está bailando á mí el corazón, y el alma me está rebrincando de corage. ¿Quién les ha dicho á esos autor-



cillos de embrolla que el *bolero* es el baile de la buena sociedad de España? Habrán tenido ellos por buena sociedad algun baile de candil. Lo mismo que eso de que si uno entrara bailando el fandango y el bolero en algun templo ó tribunal, sepondrian tambien á bailar los jueces y los sacerdotes. Que venga, que venga el señor Quetin, ó Quintin, y el señor Richard, y el señor Tusend, y se pongan á bailar en una iglesia ó en una sala de justicia, y verán si bailan los jueces y los curas, ó les baila á ellos el bolero y el fandango sobre las costillas con un buen garrote el portero, ó el alguacil, ó el sacristan, y les enseña á escribir con mas verdad de las costumbres de España. ¡Habrás visto cosa como ella! No parece sino que escriben por hacer burla.

—Pues así son, Pelegrin, otras noticias que acerca de las costumbres españolas suministra esta *Guia*. Así pues no es extraño que los estrangeros tengan tan equivocadas ideas de nuestro pais.

Si tratamos de iudagar la causa de este mal, la encontraremos, como dije al principio del artículo, lo mismo en los franceses que en los españoles: en aquellos por su atrevimiento en escribir á rosa y belloso de países que no conocen, y en estos por la incuria y apatía de no haber escrito una *Guia del estrangero en España*, dando lugar con nuestra indolencia y dejadéz á que los estrangeros emitan ideas adulteradas de nuestro carácter y costumbres, guiándose para ello por las relaciones de algun viajero que visitó la Península

en el siglo XVIII, ó por un libro del tiempo del cardenal Cisneros que se le vino á la mano. De manera que ellos por osados y nosotros por desidiosos, ellos por charlar sin pararse en barras y nosotros por callarnos tan buenas cosas, ellos por escribir y nosotros por no leer, el español amante de su patria que viaja por el extranjero sufre lo que no es decible, y tiene que armarse de resignacion y paciencia al ver que llegan hasta preguntarle si en España se comen peras, si visten todos de jaquetones, si las señoras siguen llevando todas el puñal en la liga, si los enamorados se pasan toda la noche tocando la guitarra debajo de la ventana de su novia, si los toros se corren en los teatros, y poco les falta para preguntar si los españoles andamos en dos piés, de cuyas preguntas y otras semejantes que á mí mismo me han hecho no me faltará ocasion de hablar mas adelante, porque al fin en Burdeos, como no está lejos, ya nos van conociendo un poco (1).

---

(1) No ha sido tampoco inútil é infructuosa para el país esta escitacion de Fr. Gerundio, pues ya el Sr. Mellado, del comercio de libros de esta corte, y acreditado editor de muchas obras literarias, ha publicado una *Guia del extranjero en España*, en que se hallan recogidos cuantos datos y noticias, útiles al viajero, ha permitido reunir nuestra imperfecta administracion; y que si no es aún una obra completa y acabada, es ya de una utilidad inmensa y no conocida hasta ahora, tanto para los naturales del país como para los extranjeros que viajen por España,

## LOS TEMPLARIOS.

No voy á hablar de aquellos caballeros del siglo XII que tanto dieron que escribir en su caida, nó; sigo hablando de Fr. Gerundio y Tirabeque, que con motivo de ser el dia siguiente domingo les dió por visitar templos, y ño solo podrán llamarse templarios los caballeros del Templo sino tambien los que templos visitan y á los templos asisten.

Pero aun no hemos dicho nada del trage y maneras de los

## CLERIGOS FRANCESES.

Constituye su uniforme una larga sotana con cola, sujeta á la cintura con una faja ó ceñidor ancho, comunmente de seda. En la parte superior del pecho, ó sea á la inmediacion del cuello, llevan dos tiritas negras con su filotito de cinta blanca en derredor, circunstancia comun á todas las clases del clero alto y bajo: sombreros de los que en España llamamos de *tres candiles*, si bien no deja de irse introduciendo ahora una especie de canóa, imitando á los de nuestros eclesiásticos, aunque hasta ahora mas pequeños, y muchos usan el redondo ó de copa alta, el cual hace



con el resto del traje una visualidad harto inarmónica, repugnante y plebeya. Los más llevan el pelo en cerneca ó garnacha á la parte occipital; lo cual decia Tirabeque que le olia un poco á pelo de la dehesa. No iba en esto del todo infundado, puesto que los clérigos actuales en Francia salen comunmente de los caseríos, aldeas y pequeñas poblaciones.

Eseusado es pensar en que haya de encontrarse un sacerdote francés sin su breviario ó diurno debajo del brazo. En las calles, en los paseos, en los caminos, de día, de noche, á todas horas y en todas partes, *semper et ubique*, con su diurno en la mano ó debajo del brazo; parece haberse hecho para ellos el verso de Horacio:

*Nocturna versate manu, versate diurna.*

Yo llegué á sospechar si dormían con él. Tan apagado le veía siempre á su costado, que á veces dudaba ya si era un lobanillo de papel, y si la sagrada ordenación en Francia imprimía dos caracteres á un tiempo, uno espiritual é invisible en el alma, y otro visible y de bulto en el cuerpo: tanto más, cuanto se le veía abrir pocas veces, en lo cual no dejaba de entrever, yo Fr. Gerundio, un cierto síntoma de hipocresía.

No me es fácil calificar, á mí, pobre viajero, si es esto, ó es verdadera virtud la que hace que la vida exterior y ostensible de los clérigos franceses aparezca

mas morigerada y canónica, mas evangélica y anti-sectular que la de los eclesiásticos españoles; el que no vistían nunca trages profanos, ni asistan á los paseos concurridos, ni se presenten en espectáculos públicos, ni ostenten el aire marcial y las maneras civiles y militares que se observan en nuestros clérigos de sociedad, puesto que por otra parte su vida privada no debe de ser del todo austera y penitente, si hemos de juzgar por los rubicundos semblantes y rollizas cervicces clericales que generalmente se encuentran, y que con frecuencia hacian decir á Tirabeque que los curas de Francia estaban todos de buen año.

En cuanto á su exterior apartamiento del siglo, tambien tuve ocasion de observar que no le llevaban á tal extremo en la vida doméstica, pues no en una sola casa me llamó la atencion el cuadrito bordado en cañamazo por *Mademoiselle* y dedicado «á mon *Pasteur*,» el paisaje trabajado de felpilla ó de pelo por la hija de confesion con destino á *Mr. le curé*, y la fuente de delicada crema para suavizar la garganta reseca con la peroracion del panegirico de San Luis, y hecha de la mano y pluma de una hermana devota, aplicándose ellos graudemente el «*butyrum et mel comedet*» de la Escritura.

Segun mi paternidad pudo colegir de los informes tomados en averiguacion de causas, el clero de Francia despues de la restauracion conoció y calculó que para conquistar la influencia en el pueblo que durante

la revolucion le habia hecho perder el estravio, las locuras y la inmoralidad de muchos de sus individuos, le era necesaria una reaccion, á lo menos exterior, en el sentido ascético, y de religiosa y modesta compostura; y de aquí el haber adoptado un género de vida al parecer edificante y ejemplar, de que todavía se conserva un resto, que en unos será quizá hipocresía, en otros será acaso virtud.

Lo cierto es que los clérigos, que en el Mediodía de la Francia no escasean ciertamente, siguen ejerciendo en el país un influjo no pequeño, especialmente en las clases populares y en el sexo mas dado á la devocion, en las mugeres. En punto á ilustracion, pienso que en general están distantes de poseerla en el grado que á su ministerio compete, y los sacerdotes españoles que hay allí empleados gozan de bastante aprecio y veneracion, y aun obtendrian mas altos é importantes cargos en la Iglesia por su instruccion y moralidad, si para ello no fuera un motivo de retraccion la cualidad de extranjeros.

### SERMON PROTESTANTE.

Oida aquel dia nuestra misa á lo católico rancio español, nos encaminamos al mejor de los templos protestantes de Burdeos, sito en la *Rue Notre Dame* del ar-

ral *des Chartrons*. Al doblar la esquina de la *Rue du Pavé*, advertimos un bando ó edicto á los bordeleses que empezaba: «*L' autorité est en force:*» embadurnado con cosa que la decencia no permite nombrar. Era que los días antes de nuestra llegada habia habido en Burdeos un simulaero de pronunciamiento con motivo de la ruidosa cuestion del nuevo censo (*recensement*), pero que se habia reducido á cuatro voces, á romper las vidrieras de la *Mairie*, y á pintar del modo que llevo indicado el bando del *Maire*, en que decia que la autoridad estaba en su fuerza y vigor.

Así es que me decia Tirabeque:

—Señor, estos franceses han perdido ya los memoriales en esto de hacer pronunciamientos; si quieren recibir algunas lecciones, que vayan, que vayan allá á nuestra tierra; pero nos lo han de pagar bien, que si nosotros hemos salido maestros, nuestro trabajo nos ha costado, y si buenos pronunciamientos tenemos, buenos azotes nos cuestan. Y si no quieren molestarse en ir allá, que lo paguen como compete, y verán que pronto viene una junta que se lo arregle todo.

En esto llegamos al templo, que encontramos bastante concurrido, especialmente de señoras, de las cuales decía Pelegrin que era una compasion de Dios que unas hermanas que tanto le gustaban, fuera del protestantismo, se hubieran de condenar todas las pobrecitas, solo por no profesar la misma religion que él.

—Punto es este, Pelegrin, le dije, para tratado en otro sitio y mas despacio que aquí.

Con la gravedad circunspeccion y prosopopeya, que los sacerdotes protestantes acostumbra, predicaba *Mr. Monod* sobre el tema: «¿*Pouvez vous mourir tranquille?* ¿Podreis morir tranquilo?»

—Si señor, respondió Tirabeque en voz perceptible; mas que vd. y que todos los que están en este templo, que á lo menos nosotros somos católicos como Dios manda; y aunque somos españoles, sepa vd. que podemos morir tranquilos, porque nosotros ni hemos sido ministros, ni intendentes, ni contratistas siquiera, ni malos empleados, ni conspiradores, ni diputados ambiciosos, ni hemos hecho mas que trabajar lo que hemos podido por aquella pobrecita patria; Dios nos premie los malos ratos.

Las caras se iban volviendo á escuchar al imprudente extranjero que así hablaba, lo cual me movió á tomarle de un brazo y sacarle fuera. A la puerta vimos un cartel de la funcion del dia, que entre otras cosas decia: «precio del sermon 75 céntimos (tres reales.)»

—Señor, me dijo Pelegrin, arregladitos andan los sermones de los protestantes.

—Vamos, anda, que eres un reparon imprudente; no se puede ir contigo á ninguna parte.



## VISPERAS CATOLICAS.

Entre la visita al templo protestante y á otros católicos, era ya la hora de vísperas cuando llegamos al de Santo Domingo. Las vísperas, que tan desairadas y desiertas de gente se celebran siempre en España, son una de las funciones religiosas á que mas concurrencia, especialmente del bello sexo, asiste en el reino vecino. La iglesia, que es harto capaz, se hallaba ya plagada de lujosos sombreros femeninos de las elegantes bordelesas, y de los enormísimos bonetes blancos de las mugeres de la campaña. Pascaba las naves del templo con mesurado paso y ridícula gravedad el reverendo *suizo*, personage extravagante, especie de gendarme de iglesia, actor infalible y altamente dramático en toda funcion religiosa, que armado de pica y espada, sombrero á lo Napoleon, casaca militar de larga falda, calzon encarnado, media blanca, y correage con escudo á guisa de inspector guarda-bosque, cuida de la conservacion del orden en los templos.

Distinguíase entre los devotos muy particularmente uno que arrodillado estaba con un rosario en la mano, cuyas cuentas de enorme magnitud solo podian compararse á las que hace una docena de años debian dar y no dan nunca los ministros de España. El movimien-

to de sus labios y mandíbulas estoy por decir que era mas exagerado que el de la vieja y estéril *Ana*, madre de *Samuel*, cuando tan fervorosamente pedia á Dios en el Tabernáculo que le concediera el hijo que le habia prometido. Pregunté al compatriota que me acompañaba si conocia al rezador de las cuentas gordas, y me informó que era el mas furibundo individuo de la ex-junta carlista de Navarra.

—Reza, reza, hermano, exclamó entonces Pelegrin, que si á fuerza de rosarios has de purgar los rosarios de males que por allá has causado, bien puedes darte prisa á menear las quijadas, y quiera Dios no los ofrezcas por que se verifique la boda aquella que os hace conservar vivas las esperanzas.

A poco llegó *Monseñor el arzobispo*, seguido de un numeroso acompañamiento de curas, que durante los oficios le tributaban un homenaje que pudiera dar celos á la misma Divinidad, si la Divinidad fuera capaz de celos, al cual contribuian por su parte los niños de coro con sus casquetes y sus bonetes encarnados.

Este *monseñor Donnet*, que tal es el nombre del actual arzobispo, es hombre de mediana edad, participante de la robustez clerical francesa, de semblante agraciado y maneras francas, suaves, y de buena sociedad. *Monseñor* hace un papel muy principal en la ciudad y en el país; no hay estampería en que no se encuentre el retrato de *Monseñor*, ni casa de cura donde el retrato de *Monseñor* no ocupe un lugar preferen-

te. Cuando *Monseñor* entraba en el local donde se hacia la distribucion de premios á los alumnos de la *escuela cristiana*, un grito unánime de dos mil gargantas infantiles le saludaba diciendo: «*¡Vive Monseigneur l' Archeveque! ¡Vive le protecteur des infants!*» Cuando asistía á los de las alumnas pobres de las religiosas de Santa Teresa, faltaba poco para que á su entrada se sacase en procesion la imágen de la santa fundadora para recibirle. Mi paternidad tuvo ocasion de hablar á *Monseñor*; y en la conferencia eclesiástica semanal que bajo su presidencia se celebra, anduvo rodando el nombre de Fr. Gerundio mezclado con la cuestion de los límites del sacerdocio y el imperio, de que, gracias sean dadas á su bondad, no salió mi reverencia mal librado.

## SI QUIERES SILLA, DACA LA MONEDILLA,

Réstame hablar de otra costumbre universalmente seguida en los templos católicos francesés; costumbre que está muy en armonía con el móvil de todas sus acciones y pensamientos; la moneda.

Hay en cada iglesia un surtido de sillas para el uso de los fieles; las cuales, concluida la funcion, se amontonan en un rintero dentro de la iglesia misma, lo cual hace una vista desagradable, poco decente, y muy opuesta al decoro del culto. Estas sillas se arriendan

en uno, dos ó tres sueldos cada una, segun la naturaleza de la función, y obra en cada iglesia una tarifa en que se marca el precio de cada silla, como pudiera marcarse el derecho de introduccion de cada mercancía en una ciudad, concebido poco mas ó menos en los términos siguientes:

*Precio de las sillas.*

En una misa rezada. . . . .	2 sous.
En misa cantada. . . . .	3
En misa de primera clase con sermón. . . . .	5
En vísperas comunes. . . . .	2
En vísperas solemnes. . . . .	4

Y así lo demás. Al medio de la misa una ó más mugeres con un saco en la mano va cobrando la contribucion de cada concurrente, ni más ni menos que pudiera hacerlo un cobrador de baneo, ó como pudiera un literero ir recogiendo de cada asistente á su espectáculo el contingente en que tasó el derecho de entrada; y no hay remedio, «si quieres silla, daca la monedilla.» Hasta los templos han hecho los franceses lonjas de comercio.

Mas de una vez amenazó la silla de Tirabeque á las costillas de la cobradora, y solo á fuerza de sermones y reprimendas pudo conseguir que se fuera poco á poco amoldando al derecho de tarifa.

## EL CASTILLO DE MONTESQUIEU.

Al otro día se dispuso entre varios amigos una expedición al castillo ó palacio donde nació y habitó el inmortal baron de *Montesquieu*, distante tres leguas y media al Sur de Burdeos, y un tiro de bala á la derecha de la *Brede*. A esto no me pareció oportuno llevar á Tirabeque.

La mañana estaba suave y apacible, y las huertas, jardines, bosquecillos, viñedos, pabellones y casas de campo que se encuentran en el camino se dejaban ver desde nuestro carruage en toda su belleza. La temperatura del día animaba el paisaje, y el paisaje animaba la conversacion, la conversacion animaba al conductor y el conductor animaba los caballos; de suerte que con todas estas animaciones hicimos el camino sin sentir, y llegamos al pequeño pueblo de la *Brede* con los mejores ánimos para almorzar. Hicimoslo muy decentemente en el *Hotel de Montesquieu*, donde *madame Dessombs* acertó á improvisarnos un discurso lleno de sólidos y sabrosos principios, con sus correspondientes adiciones, enmiendas y sub-enmiendas de postres, que no nos dejó nada que desear. *Madame Dessombs* correspondió perfectamente á la confianza de sus comitentes.

Y aquí en obsequio de la verdad y de la Francia debo decir que no hay aldea miserable donde el viajero no pueda prometerse encontrar un hotel y un servicio de mesa tan decentes y esmerados como pudiéramos desear en España en cualquier capital de provincia.

Aprobada por el regente del hotel nuestra contestación numeraría á su discurso de artículos de consumo, y dejando el carruage en la *Brede*, nos encaminamos á pié hácia el castillo, sirviéndonos de guía por las frondosas calles de árboles que á él conducen una niña de diez á doce años, que aunque de cuna humilde, como lo atestiguan sus pies descalzos y su sombrerito de paja, mostraba una amabilidad y un despejo que parecía haber alcanzado á su educación la influencia del *Espíritu de las Leyes*.

—Vuélvete, niña, que ya se vé desde aquí el castillo.

—Ah, perdon, señores, yo debo acompañar á ustedes hasta allá, porque podrán vds. equivocarse la entrada.

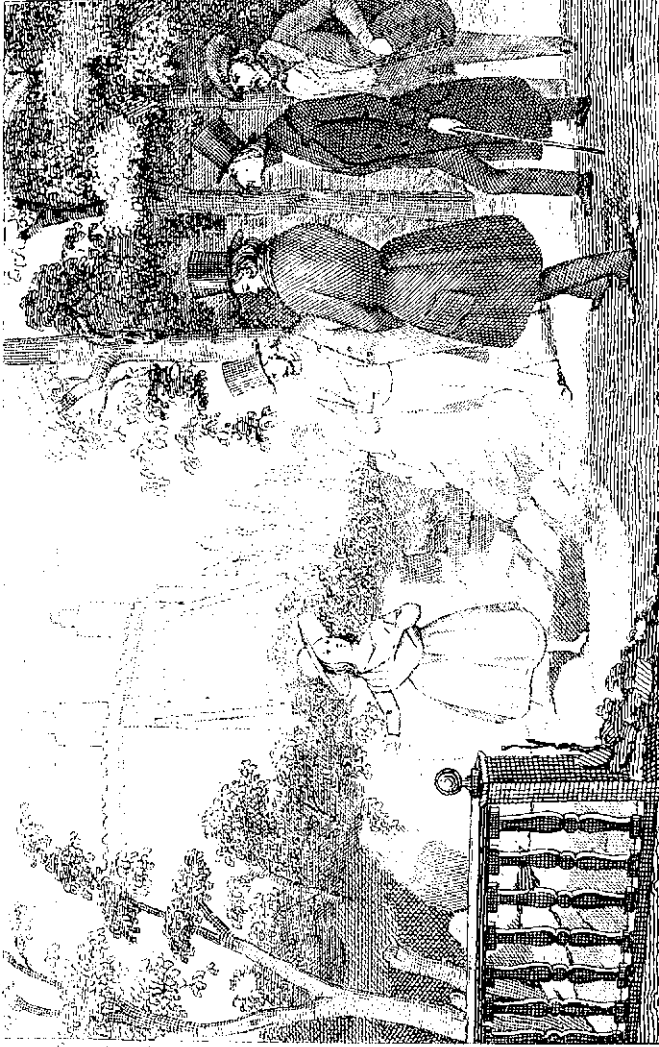
Lo haría, si se quiere, por la esperanza de recibir algunos sous más, pero el resultado es que esta amable obsequiosidad, que se vé hasta en las criaturas, no puede menos de agradecer sobremanera al extranjero.

El castillo de Montesquieu es uno de aquellos monumentos cuya sola vista causa una impresión honda y sublime de recuerdos y filosóficas contemplaciones.









¡Vébede, miáa, que ya se ve de ve aquí el castillo. ebbi podém, señores, qio debo acompañar  
a V. hasta allá, porque podían equivocarse la entrada.



Colocado entre magestuosos bosques, espesos viñedos y alegres praderas, con sus almenas y sus cubos, sus puentes levadizos y sus anchos fosos cuyas aguas le circundan, presenta un cuadro sublime en que lo severo disputa sus encantos á lo risueño y alegre, en que las ideas de las leyendas del siglo XVI. alternan con las graves sensaciones del *Espíritu de las Leyes*, con las profundas de las *Causas de la grandeza y de la decadencia de los romanos*, y con las ligeras y punzantes de las *Cartas Persianas*, que allí nacieron en el siglo XVIII.

«Tal vez bajo este árbol, decia yo, conversó algunos ratos en el *patois gascon* del pais con el humilde labrador de la Breda *el legislador del género humano*, como le llama con disimulable exageracion un escritor compatriota suyo. Tal vez á la sombra de este roble se ocupó en dirimir sus querellas ó en resolver sus consultas como de costumbre tenia.»

Entramos en el castillo, y no bien habiamos llegado al primer patio cuando entró tambien el baron de Montesquieu, nieto y sucesor del escritor insigne, con sus jóvenes hijas. Despues de los saludos de urbanidad y ordenanza, un francés de nuestra comitiva le manifestó que yo era español, escritor tambien (aunque indigno), que queria tener el gusto de visitar con su permiso la morada de su ilustre progenitor, pagando en ello el tributo debido á la sabiduría y á la virtud. El baron nos otorgó su beneplácito, y señalándonos á una de

sus sirvientas diciendo que la siguiéramos, nos hizo un cumplimiento de despedida con la cabeza, y se subió con su familia. Nosotros en observancia de su insinuacion seguimos á nuestra *servicial* castellana, que nos condujo á una habitacion del piso bajo, que habia sido la vivienda del escritor inmortal.

Compónese ésta de tres ó cuatro piezas cuyo pavimento y paredes son todas de madera. En ella se conserva todo el menage de casa tal y conforme se hallaba á la muerte de su habitador ilustre. La cama con sus ropas, las cortinas y pabellones, las sillas, las mesas, los juguetes, hasta la cuna en que fué mecido, todo se conserva en el mismo ser y estado en que él lo usó desde su infancia hasta su muerte. Yo Fr. Geruadio lleno de curiosidad hácia todo lo que tenia relacion con el grande hombre, dirigia mil preguntas á la *cicerona* que nos habia endosado el baron del año 41 del siglo XIX, pero ella á todo respondia: «*je ne sais pas*:» con lo cual me convencí de que mejor que á preguntas de historia tradicional de un sábio me hubiera respondido si le preguntára cómo se hacia un *fricandeau* con tomates, ó una costilla de carnero á la salsa blanca, y que sin duda su amo habia creído que los estrangeros íbamos á visitar la cocina, y no la morada de su progenitor. Yo esperaba sin embargo que él mismo bajaría y entonces podría satisfacer mi curiosidad.

Afortunadamente el francés que nos acompañaba conocia bastante aquel lugar y toda su tradicion.

—¿Veis, Fr. Gerundio, me dijo, esta piedra de la chimenea gastada y rebajada como á tres cuartas del suelo del continuo roce que se conoce ha tenido?

—En efecto que sí.

—Pues bien; aquí es donde, sentado en esta silla, fijaba el pie el ilustre baron de Montesquieu, y aquí es donde, en esta postura, al amor de la lumbre, se pasaba largas horas escribiendo las obras que le hicieron inmortal.

Entonces yo, sentándome en la misma silla y fijando el pié en el propio sitio en que el célebre publicista á fijarle acostumbraba, «aquí, decia yo entusiasmado, aquí nació aquel código de derecho de las naciones, que él tituló humildemente *Espíritu de las leyes*: aquí se escribió acaso el profundo artículo de *Alejandro*: aquí el de *Carlo Magno*, que en solas dos páginas encierra mas principios de política que todas las obras de Baltasar Gracian: aquí el de la *esclavitud de los negros*, en que bajo el disfraz de la ironía festiva se encierran mas admirables reflexiones de humanidad que en un sério y pesado volúmen: aquí se escribieron acaso aquellos pensamientos sublimes de libertad que tan mal siguen despues de dos siglos las naciones que se dicen mas libres: aquí las *Causas del engrandecimiento y decadencia de los romanos*; obra que en espresion de un escritor ilustre no la hubiera hecho mejor un romano de los tiempos florecientes de la república que hubiera reunido el alma de Tácito y la imaginación de Corneille:

aquí la fina y delicada sátira de las *Cartas Persianas*, en que fué lástima vertiera algunas ideas poco religiosas, que con razon le produjeron el desvío del piadoso cardenal de *Fleury*, á pesar de que algo lo cohonestó con haber dicho al tiempo de morir que siempre habia respetado la religion, y que «la moral del Evangelio era el mas bello presente que Dios habia podido hacer á los hombres.» Aquí en este mismo sitio....

Pero nuestra conductora, que acaso estaria ya temiendo que durante mis meditaciones se le pegara el guisado, vino á interrumpírmelas preguntando si gustaba escribir mi nombre en el libro de los visitadores. En efecto, sobre una mesa tienen un libro en que los curiosos que van á visitar aquella venerable morada suelen escribir sus nombres al pié de algun pensamiento dedicado á la memoria de su célebre habitador. Habia un numeroso catálogo de nombres franceses, muchísimos de ingleses, muchos de otros paises, y poquísimos, muy contados, de españoles. Yo tambien consigné el gerundiano nombre debajo de un corto tributo de «honor, admiracion y respeto al inmortal autor del Espíritu de las leyes»: y hecho lo mismo por los de la gerundiana comitiva, y escritos unos cuantos caractéres de plata en la mano de nuestra legacion, que fueron aprobados sin discusion por el jurado de sus cinco dedos, salimos de aquella respectable mansion sin que hubiese parecido monsieur el descendiente del baron de Montesquieu, y con el dis-

gusto de no haber podido ver su heredada y rica biblioteca.

Estrañando mi paternidad el comportamiento del señor baron con unos estrangeros que hacian un viaje solamente por pagar un tributo de su respeto á la memoria de un ascendiente suyo, en lo cual suponía yo que tendria un placer, exclamó uno de aquellos hermanos. «¡Ay, P. Fr. Gerundio! hombres hay que tienen la suerte de no heredar de sus antepasados mas que el título y las tierras de labor; si quiere vd. un ejemplo de la degeneracion de las castas, aqui la tiene vd. en la corta línea de abuelo hasta nieto, en el corto espacio que divide el piso alto del que acabamos de visitar: el abuelo haciéndose querer por su amabilidad y dulzura en la sociedad, como captándose la admiracion por la grandeza de sus obras en el mundo de las ciencias; el nieto dando una criada por conductora á los estrangeros que vienen á rendir admiracion á la memoria de su abuelo: el baron del siglo XVIII dulcificando las penalidades de los infelices aldeanos y colonos: el baron del siglo XIX meditando como acrecerá las rentas de las tierras de pan llevar: el publicista filósofo celhando los cimientos de una legislacion nacional y libre para el gobierno de los pueblos; el propietario de la *Brede* soñando con el triunfo de los legitimistas, y temblando siempre con el miedo de una revolucion en que pueda padecer la riqueza y la propiedad...»

Un aviso de apremio mandado por monsieur el cochero sobre lo adelantado de la hora cortó la antítesis de los dos barones, y obedeciendo todos al superior mandato nos metimos en nuestra *cabaña rodante* como las llamaba el *Chactas* de Chateaubriand, y dimos la vuelta á Burdeos.

### AVENTURILLAS DE UN DIA DE AUSENCIA.

Medianamente habia pasado Tirabeque aquel dia, segun me dijo, echando de menos á cada instante la presencia de su amo. Habíanle sucedido una porcion de aventuras, la mayor parte por efecto de haber tenido que entenderse él solo con estrangeros en un idioma que no poseia ciertamente en el mayor grado de perfeccion.

Desde la hora de almorzar habia empezado á sentir los resultados de los infinitos *quid pro quo* que en sus esplicaciones cometia, en cuyos cambios perdió unas veces y ganó otras. Habia comenzado pidiendo un par de huevos, y en su lugar le presentaron una perdiz, de lo cual infirió que en el estrangero era una cucaña el no ser bien comprendido, especialmente habiendo un amo sobre cuya bolsa recaia la responsabilidad del esceso en gastos de partidas equivocadas. No fué tan feliz en el segundo plato, puesto que por pedir pesca-



do pidió veneno, cosa no muy estraña en un recluta de idioma francés, por la mucha semejanza en la pronunciacion entre *poison* (veneno) y *poisson* (pescado); pero como él no sabia la significacion de la primera voz, y yo no habia tenido la precaucion de advertírsele, parece que se entabló entre él y el garzon Antonio una polémica bastante acalorada, diciendo éste:

—Perdone vd., monsieur Pelegrin, que aqui no se sirve *poison* á nadie.

—¿Cómo que nó? replicaba Tirabeque: ¿no acaba vd. de servírsele á este monsieur que está almorzando aqui á mi derecha? ¿O piensa vd. que los españoles no tenemos ojos en la cara?

—Perdone vd., que eso no es *poison* sino *poisson*. Si le diera á vd. *poison*, se moriría vd. infaliblemente, y la responsabilidad caería sobre mí.

—Pues mire vd., yo quiero morirme con el *poison* que está comiendo aqui este ciudadano de al lado, y si me muero, yo le relevo á vd. de toda responsabilidad: cuando me vayan á tomar declaracion diré que no me le dió vd., sino que lo tomé yo mismo.

El bueno de Antonio, en quien deberia haber mas de socarronería que de falta de comprension, llevó el pescado á Tirabeque, que sin embargo aquel dia no las tuvo todas consigo, recelando si en efecto habria comido algo que pudiera hacerle mal. En seguida pidió una taza de café, y cuando él esperaba que le llevaran manteca que creyó haber pedido, se encontró con una

botella de cerveza, y le faltó poco para romper con ella los cascos á Antonio, achacándolo á que quería divertirse á costa suya, cuando toda la culpabilidad habia estado de parte de él por haber trastrocado las voces *biere* y *beurre*. Con estas y otras equivocaciones habia tenido el pobre Tirabeque un almuerzo azaroso y de continuo chocar con el *garçon*.

En seguida salió á hacerse la barba, para lo cual aunque habia oido nombrar mucho y aun leído muchas veces la muestra de la peluquería de *Bessières* (1), no quiso ponerse en sus manos sospechando si aquel *Bessières* sería el mismo general que tan ingratos recuerdos habia dejado en España, y que por término de su carrera habria venido á parar en peluquero. Y por esto y por estar vecino, en la misma calle *d'Esprit des lois*, prefirió la de *Mr. Desclaux*. Preguntóle desde luego el artista si iba á cortarse el pelo, y como usase la frase de «*la taille des cheveux*,» me refirió Tirabeque que le habia respondido:

—Si señor, ciertamente que aqui son de buena talla los caballos (confundiendo el *chevaux* caballos con el *cheveux* cabellos, y el *taille* corte, con el *taille* talla), lo cual me aseguró que habia producido la mas gracioso

---

(1) En Francia se ejercen simultáneamente las profesiones comp-sitógicas, barbería y peluquería, cosa mas conforme á la analogía de las dos artes, que la costumbre española de encomendarse la primera á los aprendices de cirujano.

sa escena entre el peluquero y él, antes que hubiesen logrado comprenderse.

Al fin le hizo la barba, y seguidamente sin prevenirle de modo alguno comenzó á sacarle las canas de barba y cabello con unas pinzas, sutileza que él no esperaba y que le hizo saltar de la silla, hasta que se enteró del objeto de la oficiosa operacion. Segun cuentas que ajustó después, le salió á dos *sous* cada cana que le ocló al aire el peluquero; item más, catorce ó diez y seis francos que empleó en botes de pomada, jabon de olor y otras chucherías, no habiendo podido resistir á la charla insinuante y cuasi coactiva de *Mr. Desclaur*. Si bien es verdad que éste en cambio tuvo la atencion de regalar al parroquiano un programa de la fiesta que celebraba aquella noche el gremio de peluqueros.

Con este motivo, y para consolarle de estas y otras aventuras de aquel día, tal como la que le pasó con uno de los judíos cambiante de monedas, y otra con el zapatero por no haber acertado ni con la horma ni con la forma que exige la particular estructura de su pié cojo, determiné aprovechar tan buena ocasion y oportuna coincidencia, llevándole á la mencionada funcion.

## LA FIESTA DE LOS PELUQUEROS.

Acostumbran los artistas y artesanos bordeleses á celebrar por aquella estacion sus fiestas populares, divididos en clases, gremios ó profesiones. Tocábale aquel día á la de maestros peluqueros, reunidos en número de treinta; algunos dias después tuvieron tambien la suya los oficiales del mismo arte.

Los dos sitios destinados á la celebracion de estos regocijos eran los *Campos Eliseos* y la *Renaissance de Vincennes*, que es como si dijéramos en Madrid el *Jardín de las Delicias* en el pasco de Recoletos, y el de *Minerva* ó *Chamberi*, lugares de *gaudeamus* y recreo para caballeritos de prima tonsura, damas meritorias, y gente de entre merced y señoría.

Franqueósenos la entrada mediante la modicísima retribucion de seis sueldos por persona. Una abundante y vistosa iluminacion de vasos y farolitos de colores colocados con arte y simetría en las calles de árboles de aquellos vastos jardines hirió nuestra vista agradablemente: bucles y tirabuzones luminosos con que los peluqueros habian sabido ataviar ingeniosamente las cabelleras de los árboles. Sin embargo, como el jardín era tan estenso, aun quedaba mucha parte por iluminar, y no era por cierto la menos concurrida de gentes,



Entremos en el granje y representacion action de teatro, donde el partido del movimiento demagogico  
su operacion "



PIRESTA DE LOS PALACIOS







que en todas partes hay quien haga del oscurantismo un sistema de especulación, y no son solo los ministros de Hacienda donde se huye de la pública subasta para celebrar contratos y sacar mas partido de la negociacion. Concurridísimos estaban los *Campos Eliseos*, tanto de *grisetas* como de galanes de mezcla gris, y como de aldeanas de escofietas superlativas.

Entramos en el grande y espacioso salon de baile, donde el partido del movimiento dominaba sin oposicion. En los walses y rigodones se advertian unas ideas tan exajeradas, unos proyectos de postura, unas proposiciones de pies, unas enmiendas de contorsiones, unas actitudes tan extra-reglamentarias, y unos trages tan de nueva legislacion, que al golpe se traslucia ser una fiesta de peluqueros. Sin embargo, nada habia alli de *descabellado*; eran peluqueros, y de ningun modo hubieran consentido nada que á *descabello* oliese. Nada de desórden tampoco, á no incurrir en la pena marcada en el artículo único del bando de policía, comunicado por medio de un robusto y esteuso renglon, que en derredor del salon se leía, y decia así: «*Il est defendu des gestes et des actions indecents: ceux qui les feront seront immediatement faits sortir du salon: está prohibido hacer gestos y acciones indecorosas; los que las hicieren serán obligados á salir inmediatamente del salon.*» No nos prometíamos nosotros otra cosa de un gremio de peluqueros, cuyo lema *capital* es la decencia y el asco.

El corazon de Tirabeque bailó tambien un rigodon de alegría al oír tocar á la orquesta la sinfonía del *contrabandista español*; oíla la cual nos salimos á ver á un hombre que tenia entretenido un numeroso concurso á su derredor con juegos de manos (porque funcion sin su *joueur de gobelets* en Francia sería manca y defectuosa), sobresaliendo entre ellos el pasarse una barra de hierro candente por la mano, é introducirla después por la boca y garganta; incombustibilidad, que como observó Tirabeque, mas que en los *Campos Eliseos*, le podia ser provechosa en los *Infiernos*, si acaso estaba destinado á dar allí algunas funciones. Hubo después su globo aerostático, á cuya elevacion reparó Pelegrin que las gentes se quedaban con la boca abierta como en España; concluyendo la funcion con unos lindos fuegos artificiales, cuyas flámulas eran casi de tan variados colores como los partidos políticos españoles.

### LAS MONTAÑAS RUSAS.

Pero lo que mas le agradó de toda la diversion fueron las *montañas rusas*, especie de montañas artificiales, inventadas por *Mr. Populus* de París en 1816, así llamadas por la semejanza á las montañas de hielo que suelen hacer los rusos para divertirse en los in-

viernos, resbalando suavemente por ellas, sentados sobre una piel ó en un asiento muy bajo. En estas de Francia, que son de madera, y que han constituido el furor de las diversiones populares por muchos años, se descende rápidamente desde una enorme altura, en pequeños carritos, cuyas ruedas no pueden salirse de los carriles por donde bajan. La velocidad con que se descende es tan rápida, que casi llega á pararse la respiracion y á perderse los sentidos, pues no se tardará mas de un minuto en bajar el cuarto de legua que tendrá de distancia la montaña entre los giros y conversiones que hace desde la cúspide hasta el suelo; pero hay gentes tan ejercitadas en estos juegos que bajan con la mayor serenidad, y con tal confianza que á veces se arrojan dos personas simultáneamente y descienden por los dos carriles en pie y abrazadas sin desasirse en toda la carrera.

Tirabeque lo miraba embobado, y me decia:

—Señor, esto sí que es progreso rápido, y no todo lo que se conoce por allá; esto es mas que republicano, señor.

—Sí, pero dura poco, Pelegrin; y así como el que mucho abarca poco aprieta, así tambien el que mucho corre pronto pára.

—Señor, yo queria echar una carrerita; no cuesta mas que cinco *sous*, y por otra parte no debe haber cuidado, cuando hasta mugeres bajan por la montaña.

Echó, en efecto, Tirabeque su par de carreras, y

hubiérase estado corriendo por la montaña rusa hasta otro día, si yo no le hubiera dado orden de retirarnos á descansar.

### EL CEMENTERIO.

En un pueblo en que tan cómodas, anchurosas y elegantes viviendas disfrutaban los vivos, no era regular que tuviesen una mezquina morada los muertos. Grande y suntuoso es en efecto el cementerio católico de Burdeos; acaso el segundo de la Francia, y no tengo noticia de que haya en España alguno tan magnífico como él. Poblado de árboles frondosos y sombríos, simétricamente colocados; únicos amigos, que despues de haber servido al hombre de recreo y solaz en la vida, no se desdeñan de acompañar sus cenizas en la muerte; dividido en anchas calles, que parten en cuadros aquella ciudad de difuntos, á cuyas orillas se elevan grandiosos mausoleos de piedra, de variadas y caprichosas formas, y de gusto mas ó menos elegante, dejando en medio millares de negras y humildes cruces entre apiñados arbustos, que crecen tambien humildemente sin orden ni alineacion, signo de la clase pobre á que pertenecieron los que yacen al pie de ellas, que hasta al sepulcro llevan los hombres el orgullo de la distincion de gerarquías y la ostentacion de las ri-

quezas, como intentando disputar á la muerte el derecho de igualarlo todo; pendientes acá y allá de los brazos de las cruces y de las puntas de las pirámides multitud de coronas de perpétuas; y rodeados muchos sepulcros de pequeños jardinitos de amarillas y moradas flores, se tendria por un bello paseo de recreacion si donde quiera que se dirija la vista no se leyese una inscripcion fúnebre, ó si no se divisase de trecho en trecho una muger vestida de luto, que arrodillada delante de la tumba de su hijo ó de la lápida que cubre las cenizas de su esposo, llora el desamparo de la viudez ó el desconsuelo de la maternidad.

Sin embargo, quizá no hubiera hecho mencion del cementerio de Burdeos, habiendo de tener que describir después el sin igual del padre *Lachaise* de París, si pudiera dispensarme de consignar la triste y agradable impresion que sentí al encontrar en él la tumba de un célebre artista español. Leia, sí, con admiracion y respeto las inscripciones con que la posteridad honraba la memoria de los hombres célebres del pais (que los monumentos consagrados á la grandeza y la virtud, deben interesar á los hombres de todos los paises), tál como la que la guardia nacional habia hecho esculpir en el túmulo del bravo *Deschamps*, coronel de la legion del Sur, muerto en 1833; y aquellas sus últimas y sublimes palabras: «*Camardus: os dejo en legado la corbata de mi vieja bandera. Mas de una vez ha visto retroceder al enemigo. Colo-*

*cada de hoy más en medio de vosotros, confío en que sabreis mantenerla en el camino del honor.»*

Pero cuando leí: «*Aquí yace el famoso pintor español FRANCISCO DE GOYA,*» sentí una emoción de alegría y tristeza, que no pude disimular. De alegría, por ver veneradas en el extranjero las cenizas de un distinguido compatriota; y de tristeza, al contemplar que los artistas españoles alcanzan en país extranjero siquiera una piedra y una inscripción que recuerda y perpetúa su nombre, cuando en España yacen tantos hombres célebres ignorados bajo una capa de tierra y de yerba que pisa el pueblo con ruda planta, sin imaginar siquiera que está conculcando los restos de quien en vida supo admirar á sus conciudadanos. Y entristecíame también, porque quisiera que los grandes hombres españoles ni vivos ni muertos faltáran de España, y en vida con sus obras y talentos, y en muerte con sus monumentos y sus tumbas estuvieran perpétuamente honrando y ensalzando el país que tuvo la gloria de verlos nacer.

Dirigiendo estaba, yo Fr. Gerundio, la última mirada de cariño y de respeto al célebre autor de *los Caprichos*, cuando se acercó Tirabeque á preguntarme:

—Señor, ¿qué quiere decir aquel letrero que se lee allí en aquella pared?

IENTOT ON DIRA DE VOUS  
CE QU' ON DIT DE NOUS:  
ILS SONT MORTS!

—Eso es muy sencillo, hombre.

Pronto dirán de vos  
lo que hój dicen de nos:  
«¡han muerto!»

—¡Hola, hola, mi amo! La advertencia es un poco seria; vámonos de aquí, si á vd. le parece, que estos muertos, aunque hablan poco, suelen decir mas verdad que los vivos. Y ahora me ocurre que no sería malo que allá en España se pusiera en uso esta máxima para algunos casos, como por ejemplo, cuando los ministros que caen dan posesion á los ministros que suben, debian despedirse siempre diciendo:

*Bientôt on dira de vous  
ce qu'on dit de nous:  
«ils sont morts!»*

Quedad, hermanos, con Dios,  
que ¡pronto dirán de vos  
lo que hoy se dice de nos:  
«¡CAYERON!»

Aun reía yo de la aplicacion de mi buen lego, cuando llegamos á la puerta de la salida: el guarda ó portero debería extrañar el verme salir riendo de un lugar tan fúnebre, pero él tambien se sonrió al leer la inscripcion y divisar el busto de Luis XVIII en el anverso de un franco que pasaba á su dominio; y vayan apuntando partidas menudas los que se hallen con ánimo de viajar.

TEXO I.

9

## EL HOSPICIO.

De regreso acordamos entrar á ver el hospicio ú hospital civil: moderna, elegante y suntuosa obra de arquitectura, y en que, si bien se admira el gusto y material magnificencia del edificio, admira mucho más y deleita y encanta el órden, aseo, esmero y buena administracion, tál, que no sería aventurado el decir que pudiera tomarse por modelo de esta clase de establecimientos de beneficencia. Llamáronnos la atencion las máquinas para lavar la ropa, otra máquina para hacer moler un molino con agua caliente, y mas que todo el ver la oficina de farmacia desempeñada por una seccion de las mismas hermanas de la Caridad, que tienen á su cargo la asistencia de los enfermos, siendo testigos por un buen rato de la facilidad y soltura con que despachaban cada receta que llegaba, que en aquella hora menudearon bastante.

—Señor, me decía Pelegrin, aqui en Francia las mugeres son hombres, fuera del sexo.

—¡Vaya una esplicacion singular, hombre!

—Señor, dígolo, porque ellas son botilleras, ellas son comerciantas, ellas son escritoras, ellas son boticarias, ellas son.....



—Son de mas provecho que tú: y vamos, porque estamos sirviendo de estorbo á estas señoras.

Salimos procurando acreditar que los españoles no miramos con indiferencia á la humanidad doliente, y despedímonos, por último, del portero, de la manera que en Francia, aviso á los viajeros, hay que despedirse de los porteros de todos los establecimientos de cualquiera especie y condicion que sean.

Visitamos además aquel dia el colegio de Sordomudos, el de Señoritas huérfanas, y varios otros institutos, tan útiles como bien organizados, siendo de notar en todos ellos la limpieza y el aseo. Pero ya es tiempo que digamos algo de lo que en Burdeos sorprende más y deja mas duradera y estraña memoria al extranjero, principalmente si es español.

## LOS TEATROS.

Hay dos en Burdeos, el llamado *Varietés* ó *Petit theatre*, donde se representan los alegres *Vaudevilles* y las piezas cómicas ligeras y de menor cuantía, y el *Grand Theatre*, de que queda hecha mencion en otro artículo, destinado á la ópera, al gran baile y á los dramas de mas importancia, ejecucion y espectáculo.

:

Pero antes de pasar á describir las nuevas y singulares escenas que tuve ocasion de presenciar en cada uno de ellos, debo decir dos palabras de la costumbre que hay en punto á espendicion de billetes y distribucion de localidades.

El extranjero que se llegue á la ventanilla del despacho á pedir sus billetes, en vano esperará ver salir su pedido por el pequeño y único agujero que deja abierto la cerrada reja de la ventana.

—¿No me ha entendido vd., señora? Dos billetes de *primerus*.

—*Oui, monsieur, oui; deux billets des premieres.*

—Pues bien, hágame vd. el favor.

—*Oui, monsieur, oui; deux billets des premieres: les voilà.*

—Pero, señora, ¿me da vd. los billetes?

—*Oui, monsieur, oui.*

—Si, señor, si, pero vd. no me los da.

Y así se estará eternamente mientras no vea los francos en la tabla del mostrador. Y esta costumbre de no entregar los billetes sin que vaya por delante la paga es estensiva á los despachos de diligencias, de caminos de hierro, y cualesquiera otros en que los billetes fueren menester.

No hay que temer que en los despachos de los teatros falten nunca billetes de entrada de cualquier localidad que se pidan; jamás dicen: «no hay billetes;» si el teatro está lleno, si no es posible ya entrar, tenga

paciencia el curioso aficionado si perdió su dinero y se ve privado de ver la función. No hay como en España billetes numerados, correspondientes á determinado asiento y con derecho esclusivo é individual inamisible á él: allí un billete de *primeras* faculta para ocupar un asiento de *stalles* ó lunetas, ó uno de palcos principales (*premieres loges*), ó de primeras *galerías* (porque la estructura de los teatros tampoco es igual á la de los de España); y uno de *segundas* dá opción á cualquiera de los palcos segundos, ó de las galerías de segundo orden y otras localidades, como los de *parterre* (patio) le dan á cualquiera de los asientos de su clase, á libre y absoluta voluntad del comprador; de manera que allí la ventaja y la comodidad están de parte de los que se adelantan, ó de los mas atrevidos, ó de los mas forzudos empujantes y empellonistas. El que se descuida un tantito, aunque vaya provisto de su billete de *primeras*, ó tiene que quedarse en pié derecho, ó si ni aun así halla cabida, salirse mústíamente á buscar otra diversion.

Ni aun la eleccion de un asiento da un derecho de posesion permanente y seguro. Si le abandona en un entreacto, escusa de contar con él, porque se habrá posesionado muy frescamente un inmediato sucesor, á no ser que haya dejado alguna prenda, como el pañuelo, el sombrero, un guante ó cosa tál, que ésta se respeta y acata, siempre que su primer poseedor vuelva á ocupar su asiento antes que se levante el telon;

pues de otro modo ha prescrito el derecho y no hay ley que le favorezca y ampare.

No es raro ver á los cumplidos y urbanísimos franceses con el sombrero encasquetado en el acto de la representacion. En el segundo órden de *loges* ó palcos hay algunos destinados *por ley de buen gobierno* á las colegialas de ciertos establecimientos, no literarios ni científicos, pero sí industriales, las cuales se presentan en uso de su prerogativa teatral con la confianza y el encantador desembarazo que da la virtud y el ascetismo de su vida colegial.

Quejámounos en Madrid, y muy justamente, del abusivo comercio que ejercen con los billetes de teatros los revendedores. Pero si alguno quiere saber la altura á que ha llegado este mercado, no tiene sino colocarse una noche á la puerta de los teatros de Burdeos, si es que sus oídos están dotados de tan fuertes tímpanos que puedan sufrir la algarabía de unas cuantas docenas de revendedores gritando á todo gritar: «*me premiere; deux secondes; trois parterres; se-gondes; parterre; premieres.*» Y esto no solamente á la primera hora ó de entrada, sino durante todo el tiempo de la representacion, porque allí hay la costumbre de que muchos que asisten á una ó dos piezas de la funcion, benefician al salir sus billetes para otros que prefieren concurrir solo á la tereera ó cuarta, con la rebaja de una mitad ó tercera parte de precio, de lo cual aprovechándose los revendedores,

se llevan toda la noche haciendo un comercio activo, especie de tráfico de bolsa, en que sufre el papel tantas alzas y bajas, alternativas y oscilaciones, segun la concurrencia que se presente al mercado, siempre atronando con sus voces y desaforados gritos.

La desconfianza en punto á la legalidad de estos documentos llega á tal punto, que antes de tomar el concurrente posesion de su asiento, tiene que sufrir su billete el reconocimiento de tres aduanas por lo menos, y poco falta para que haya que confrontarlo con el libro maestro como los billetes de banco ó los títulos del 5 por 100 de la deuda.

Yo veia sin incomodidad este desórden y llevaba sin alterarme estas impertinencias, por el placer de decir: «loado sea Dios, que encuentre una cosa mas desarreglada que en España, y en que podemos ofrecer á nuestros vecinos lecciones de cultura, de arreglo y de generosidad.»

## LA PLAZA DE TOROS

Al leer este epígrafe nadie creerá que voy á hablar de una costumbre francesa, puesto que en Francia ni hay plazas de toros, ni se conocen estas fiestas, que la civilizacion, la humanidad y el buen gusto tienen tan admitidas en España. Hé aquí el mérito del

viajero: encontrar en un país extraño lo que nadie ve, lo que no ha existido nunca.

Eran las seis y media de la tarde en Burdeos; aun no habia anochecido en Burdeos, y me dirigí al gran teatro de Burdeos. La escena es en Burdeos, señores; se me habia olvidado espresar el lugar en que esto pasaba. Suntuosa entrada, correspondiente á la magnificencia del edificio: déjase el baston en depósito á un guarda-bastones, con arreglo á ordenanza, la cual prescribe tambien se alze el depósito en el último intermedio de la función, mediante una retribucion módica; el mio me habia costado real y medio de primera compra, y los derechos de depósito hicieron subir con el tiempo su coste á cinco pesos fuertes; pero esta curiosa historia se reserva para contada aparte; subí por uno de los ramales de la gran escalera doble, y fuí á tomar posesion de una luneta; una muger tuvo la bondad de abrírmela, porque allí los asientos de luneta están cerrados con llave para que no se escapen, y las mugeres en Francia son las interventoras, contadoras, administradoras, intendentas y subsecretarias de todo lo que pertenece ó tiene relacion con la hacienda.

El teatro, allí *sala de espectáculo*, es tan grandioso por dentro, como da derecho á esperarlo su exterior suntuosidad y grandeza. Ejecutóse primero el *Sakhs-deare enamorado*, y en seguida se dió principio á la ópera *Lucia di Lammemoor*. Era la primera salida (de-

lut) de *Mr. Mezeray*, barítono, y la segunda de *Madememoiselle Prerost-Colom*, prima donna tiple, y de *Mr. Buluc*, primer tenor. En la Santísima Trinidad solo padeció la segunda persona; en esta vamos á ver padecer á todas tres, y lo que es peor, á mí con ellas.

Hay un artículo de reglamento en el *gran teatro* de Burdeos, como en otros muchos de Francia, segun el cual, el cantante que aspira á ocupar plaza en la compañía, tiene que sufrir el ensayo de tres salidas. El público es el juez en este exámen. Si el público aplaude al candidato en estos ejercicios de prueba, la empresa le confiere la plaza; si el público le desecha con demostraciones de desaprobacion, el candidato queda en el mismo acto declarado cesante, y ya puede echarse á pretender por otra dependencia. La eleccion no puede ser mas directa, ni el gobierno mas democrático; la soberanía reside esencialmente en el pueblo; el poder legislativo, el ejecutivo y el judicial están resumidos en uno solo, el pueblo; república lírica completa.

El primer acto se habia pasado sin una votacion decisiva y determinada ni en pró ni en contra de los *debutants*; la cámara popular habia vacilado entre el voto de confianza y el voto de censura; no podia asegurarse quién obtendria la victoria, si la oposicion ó la fraccion ministerial, á pesar de los esfuerzos que ésta hacia para conquistar los votos de los indiferentes á fuerza de palmadas y de *bravos*. Es de saber que en

todos los teatros de Francia hay una seccion de aplaudidores de oficio, que llaman *claqueurs*, ganada por los actores, y que les es siempre devota (*devorée*!); una especie de prensa ministerial, pagada y sostenida á sueldo, ó bien comprometida por medio de alguna plaza ó asiento *gratis*, lo cual, si bien hace resentirse, como es consiguiente, los fondos públicos teatrales, y que los ingresos no correspondan á los gastos, esto les importa poco á los actores, que tienen asegurados sus buenos sueldos; lo que les interesa es procurarse una mayoría que los aplauda, ganar las votaciones y asegurar sus plazas en la empresa.

*Mademoiselle Colom* habia corrido sus riesgos (de caer. *Duluc* se sostenia por respeto á sus buenos antecedentes y á los méritos que habia contraido otra noche en el papel de judío en la ópera *La Judía*. *Mezeray* era el que tenia contra sí una oposicion mas fuerte, por mas que se esforzaban en apoyarle los coros. Y todos tres estaban como unos pobres ministros, puestos á discrecion de la pública censura, y esperando el fallo de la opinion.

¡Oh pobres ministros!  
 ¡oh pobres actores!  
 ¡ah, cuántos sudores  
 os hacen pasar!  
 Con vuestros discursos,  
 con vuestros górgeos,  
 á todos cual reos  
 os hacen estar.



Así se pasó todo el primer acto, sin que se pudiese asegurar cuál sería el resultado de aquella acalorada discusión.

Tres recios y furibundos golpes, sacudidos con un mazo sobre el tablado del foro, en señal y mandato de que se alze el telon, anunciaron que la segunda sesión iba á abrirse. Y en efecto, se abrió, pero bajo los mas funestos auspicios para el pobre *Mezeray*, que hacia el papel de *Asthon*, no del embajador inglés que tenemos ahora en Madrid, sino de *Enrique Asthon*, hermano de Lucía; pues al cantar aquello que dice á Normando acerca de su hermana: «*Tremante l' aspetto*, (la espero temblando),» comenzó una silba tan horrorosa (aquí principia *la plaza de toros*), que aunque despues Normando le decia: «*non temer* (no hay que temer),» bien sabia el baritono *Mezeray* que tenia que temer, y no poco.

Harto justificó sus temores la segunda escena en el gabinete de su casa. Al decirle:

*Apressati, Lucia.*

*Sperai piu lieta in questo dì vederti,  
in questo dì, che d' imeneo le faci  
si accendiamo per te (1).*

Aproxímate, Lucía.

Crea verte mas alegre en el día que Himeneo  
enciende para tí su antorcha:

---

(1) Copio la letra en italiano, por ser mas conocida esta ópera en España en este idioma que en el francés, como allí se cantó.

volvió la grito en todo su furor, y con tal fuerza, que no le iguala la de nuestro circo fáurico cuando Roque Miranda pone como una criba, á fuerza de estocadas, dirigidas á *deum de.tere* la piel de un inocente animal. Así es que la buena Lucía contestaba trémula, y con sobrada razon, aquello de:

*Il pallor fene.to, orrendo,  
che ricopre il volto mio,  
ti rimpróvera tacendo  
il mio strazzio..... il mio dolor.*

La mortal palidez que cubre mi rostro te acusa bastante; ella te dice que eres la causa de los martirios que sufro.

Y ciertamente que lo era el pobre *Mezeray*.

«Cesa,» le decia después, «no prosigas.»

«Si, si, que cesa,» gritaba desahogado el público. Y los silbidos se aumentaban, y crecia la algarabía y la confusion.

«Fuera *Mezeray*, fuera *Mezeray*,» gritaba la cámara democrática, ahogando los aplausos de oficio de la fraccion ministerial. ¡Pero lo que ciega el amor propio! Cuando la *Colon* cantaba: *¡che fia....!* ¿qué será? respondia el bueno de *Mezeray*:

*Suonar di júbilo  
¿sentí la riva?*

¿No oyes sonar los vivos de júbilo?

Continuaban los silbidos y tambien el siguiente canto:

LUCIA. *Un brávido*  
*Mi corre por le venc.*

Un frío de hielo corre por mis venas.

ENRIQUE. *A te s' appresta il talamo.*

Se va á celebrar tu desposorio.

LUCIA. *La tomba a me s' appresta.*

Se celebrará mi funeral.

«Nó, nó, el de *Mr. Mezeray*, el de *Mr. Mezeray*,» gritaba el público, acrecentándose los silbidos horrorosamente. Entonces se convenció *Mezeray* que el voto de censura era lanzado á él, y tocándole cantar:

*¡ora fatale e questa!*

¡Sonó la hora fatal!

volvió la espalda al público, y se retiró precipitadamente abandonando la escena.

Hizo, pues, dimision solemne de su cargo el ministro barítono. La pobre Lucía se sentó en la silla que le estaba preparada para cuando desfalleciese de dolor: la escena por parte de los actores se quedó muda, y por parte del público tomó incremento la algazara, silbando, no ya con los lábios solo, sino con ehiñatos y aun con trompetillas, que para estos casos preparadas llevan. Y cuando á Lucía la tocaba cantar:

*Tu que vedi il pianto mio.....  
tu qui leggi in questo core,  
se respinto il mio dolore.  
como in terra, in cel non é;  
Tu mi toglí, eterno Iddio,  
questa vida disperata.....  
io son tanto esventurata  
che la morte é un ben per me!*

Tú que ves mi llanto, eterno Dios.... Tú que lees en mi corazón... líbrame del peso de una vida que detesto, si es que mis plegarias no son desoídas en tu soberana mansión como en este aborrecido mundo.... ¡Soy tan infeliz, que considero como un bien la muerte!

Esto no lo cantaba ya la *Colom*, sino que lo recitaba *Mezeray* allá trás de las bambalinas, aplicándolo á su situacion muy oportunamente. No parece sino que la escena del *spartitto* se hizo de intento y proféticamente para el caso en que se vieron aquella noche *Mademoiselle Prevost-Colom* y *Mr. Mezeray*.

A todo esto el telon permaneció alzaido, y Lucía,

inmóvil, sentada en su silla, porque así se lo prescribe en tales casos el reglamento teatral, según el cual, nadie puede abandonar la escena.

Contemple el piadoso hermano  
en esta triste estación  
¡cuál de la infeliz Lucía  
estaría el corazón!

Contemplad, almas piadosas,  
en media hora que duró  
¡cuánto el alma padeciera  
de *Mademoiselle Colom!*

El público gritaba y chillaba á su sabor y talaute, sin que allí se viera aparecer para nada la autoridad: la soberanía residía esencialmente en el pueblo. Sin embargo, conociendo sin duda que el gobierno republicano no podía sostenerse sin degenerar en anarquía, oíanse algunas voces pidiendo «*la police, la police* (la policía).» Y así como en nuestras plazas de toros se grita algunas veces: ¡fuego! ¡fuego! ó ¡perros! ¡perros! así se gritaba en aquella plaza de toros: «*!le regisseur! !le regisseur!*» Yo no sabía qué casta de pájaro podía ser este *regisseur*, y me figuré si sería acaso el *Maire* presidente de la municipalidad, ó bien el magistrado de policía. Tirabeque decía que era una de las dos cosas, ó el regidor, ó el corregidor. Hasta que ví salir al proscenio un hombre gordo, vestido de negro con cabos blancos, de toda etiqueta y ceremonia.

Pregunté qué cosa fuese el tal *regisseur*, y me informaron que era el administrador de la empresa, especie también de director de escena, que está siempre preparado y vestido para cuando ocurren tales lances. El buen *regisseur* se dirigió urbanamente al público, y al pronunciar: «*Messieurs....*» una silba descomunada le impidió proseguir su peroración. Esperó á que calmara la tempestad, y volvió á intentar hablar; pero otra vez se quedó en el «*Messieurs.*» A la tercera consiguió que se le escuchase lo siguiente:

—Señores, ¿quieren vds. que vuelva *Mr. Mezeray* á desempeñar su papel?

—No, no, se le respondió de todos los ángulos del teatro. El público admitió definitivamente la dimisión de *Mr. Mezeray*, y el *regisseur* se retiró á comunicar al gabinete la resolución del pueblo.

A poco rato volvió á salir el *regisseur*, y preguntó:

—Señores, ¿quieren vds. que sustituya á *Mr. Mezeray* en el papel de *Asthan Mr. Derivis*?

—Sí, sí, que salga *Mr. Derivis*.

*Mr. Derivis* era otro primer cantante *barítono* de la *Grande Opera* de París, que se hallaba accidentalmente en Burdeos. Ya tenemos, pues, otro ministro reemplazando en comisión á *Mr. Mezeray* por la voluntad de pueblo.

Entonces se bajó el telón: el público tuvo que esperar pacientemente otra media hora, en cuanto se avisaba y ponía el uniforme ministerial *Mr. Derivis*.

Llegó éste, se corrió el telon, y se volvió á principiar por el segundo acto. La salida de *Mr. Derivis* fué aplaudida con un estrépito solo comparable á los silbidos anteriores. La marcha ministerial siguió por el resto de la funcion sin oposicion notable, si bien con parciales muestras de desaprobacion- á algunos miembros del gabinete lírico en varios párrafos del discurso de la ópera. Concluyóse ésta; *Mademoiselle Bellon* bailó la crakowiana y la cachucha española con gracia y aplauso, aunque un tanto desfigurada, y nos fuimos á acostar á las doce y media en Burdeos, habiendo entrado en el teatro á las seis y media en Burdeos, debiendo advertir que esta escena pasó en Burdeos, que ya se me olvidaba espresarlo.

Hasta ahora no hemos visto padecer mas que á dos personas de la trinidad *debutante*. El tenor *Duluc* no habia salido del todo mal librado, y tenia esperanzas de conservarse en el ministerio, pero le faltaba la tercera salida de prueba. Esta se verificó á las pocas noches con la ópera *Los Hugonotes*. Pero, ¡lo que son los partidos! En los pocos dias que habian mediado de una á otra sesion, la fraccion ministerial, que parecia tan compacta y que tan esforzadamente habia sostenido á *Mr. Duluc*, se habia pasado á los bancos de la oposicion, y se habia formado contra él una coalicion horrorosa: el candidato se encontró con muchos *tráns-fugas*, como decia no ha muchos dias por acá un gefe de la coalicion anti-ministerial.

¡Oh pobres ministros!  
 ¡oh pobres actores!  
 ¡ah, cuántos sudores  
 os hacen pasar!  
 Fiad en partidos,  
 creed en alianzas,  
 fundad esperanzas,  
 tendreis un azar.

No tardó la coalicion en desplegar y hacer alarde de todas sus fuerzas, y aunque *Mr. Duluc* habia cantado bien la primera aria de su discurso, fué tál la oposicion sistemática que se levantó en la segunda, que todo el favor que le habia dispensado la versátil cámara cuando era judío se convirtió en guerra cruda cuando le tocaba ser cristiano, aunque hugonote ó calvinista. La famosa y sangrienta jornada de San Bartolomé en el año de 1572, en que tan horrorosa matanza hicieron los católicos capitaneados por el duque de Guisa, en los hugonotes ó protestantes, cuyo suceso se representaba en la ópera, pienso que fué menos ruidosa que la noche del 15 de setiembre de 1841 contra un pobre tenor; y la suerte de *Mr. Duluc* no fué menos azarosa que la del almirante de Coligni. El desgraciado *Duluc* se retiró en medio de los mas atroces silbidos, gritos y demostraciones de desaprobacion de la nueva liga. La sesion se suspendió, y otra vez se pidió desentonadamente en aquella plaza de toros el *regisseur*, la *police*. El *regisseur* salió al cabo de largo rato, y puso en conocimiento del pueblo soberano «que *Mr. Duluc*



no accedía á continuar la representacion, por mas instancias que le habia hecho el gabinete entero y aun la misma autoridad; que hacia decididamente dimision, y que tenia el sentimiento de anunciar que no habia podido encontrarse quien le reemplazára.»

La gritería y el desórden del pueblo soberano llega á su colmo pidiendo que continúe la representacion, y que sinó hará un pronunciamiento en que correrá peligro todo el gabinete filarmónico; que le está privando de una funcion á que tenia un derecho imprescriptible mediante haber pagado su dinero. Entonces el *registreur* ó heraldo volvió á salir y dijo:

—Señores, tengo el honor de anunciar al público soberano, que en atencion á que no puede continuarse la representacion por esta noche con motivo de no hallarse quien reemplace á *Mr. Duluc* á quien vds. en uso de su soberanía acaban de exonerar, se salgan vds. cuanto antes del teatro, recojan á la salida sus billetes, y acudan mañana de diez á cuatro á las oficinas del despacho, y se les volverá religiosamente su dinero.

El pueblo chilló, voceó, se desahogó, pero al fin se sometió humildemente á una órden de la policia. Algunos grupos de rebeldes iban quedando que deshacía la fuerza armada, y todos fuimos saliendo, pensando no mas en recoger nuestro dinerillo al dia siguiente.

Cayeron pues dos de las personas de la trinidad *debutante*; y solo quedó; por una de aquellas combinaciones raras que en las votaciones populares suelen

ocurrir, *Mademoiselle Prevost-Colom*, á quien Dios conserve la fuerza de pulmon necesaria para hacerse oír entre aquellas griterías, y San Blas le mejore la garganta, que no era por cierto de las mas aventajadas.

El público, mi soberano tambien, juzgará ahora si llamé con razon al *gran teatro* de Burdeos *plaza de toros*.

## MOMIAS.

Una de las curiosidades que ofrece Burdeos son las *Mómiás* del subterráneo de San Miguel. Yo manifesté á Tirabeque deseos de verlas, y aun de que me acompañára, puesto que tanto debía ser objeto de curiosidad para él como para mí.

—Y diga vd., mi amo, me preguntó; ¿esas *Mómiás* son casadas, ó solteras? ¿y son francesas ó españolas? Por que si no hablan el español, yo no haré en la visita el mejor papel.

—No seas fátuo, hombre, no seas fátuo: ¿no has oído hablar de las *Mómiás* de Egipto?

—Algo he oído, si señor; y aun me alegro que sean de allí, porque podrán darme noticias de mi amigo Ibrahim-Bajá, que hace mucho tiempo que no sé de él, y no parece sino que le han enterrado.

—Ensarta, ensarta necedades, que á bien que no me cogen de sorpresa.

Las *Mómiás* de Egipto, Pelegrin, se llaman los cadáveres embalsamados que de muy antiguo se han encontrado en aquel país, especialmente en la llanura de Saccara; y aunque estos de Burdeos ni son de aquella procedencia ni están embalsamados como aquellos, sino que se han hallado incorruptos en los sepuleros de un templo despues de un largo número de años de estar enterrados allí, se les dá igualmente el nombre de *Mómiás* por la analogía de la incorruptibilidad.

—Segun eso, mi amo, esas señoras están muertas. Pues entonces haga vd. el favor de ir solo por un día, porque hoy tengo yo poca gana de hacer visitas. Además que vds. tendrán acaso que hablar alguna cosa, y yo no serviré allí mas que de estorbo.

—Ni aun siquiera tienes el talento de cohonestar el miedo, hombre. Por lo mismo me empeño que has de venir conmigo.

—Señor, si es empeño, le acompañaré á vd. y le esderaré en la antesala, como corresponde á un criado.

—No, si allí no hay antesala; entrarás conmigo, que puedes hacerlo con toda franqueza.

—Bien, señor, bien; iré con mucho gusto (aparte): como si me sacáran las muelas.

Salimos por el muelle, y la casualidad de haber encontrado allí un espiñol que solia entretener el día en ver entrar y salir los vapores, nos proporcionó ver al

paso la hermosa fragata *Chateaubriand*, de mil toneladas, que se hallaba varada en el puerto: era nueva, pues parece se habia botado al agua un año hacia, y solo habia hecho un viage á la India. Lujo ya mas bien que aséo se notaba en sus lindas cámaras de esquisito gusto y elegante ornato. Adornaba la mesa de comer el retrato de *Chateaubriand* orlado de los símbolos del Génio del Cristianismo y de los Mártires.

—¿Qué te parece de esto, Pelegrin?

—Señor, si fueran así las *Mómas*, yo las veria de buena gana.

—Cada cosa tiene mérito por su estilo, hombre; tambien creo te han de gustar.

Encaminámonos siguiendo la derecha del muelle hácia la parroquia de San Miguel, y antes de bajar á las catacumbas entramos á visitar el templo, que nada ofrecia de particular y curioso, si no se quiere que lo sea una inscripcion que en el tronco ó epose leía: *Aviso á los extranjeros que visiten esta iglesia.*

—Hola; Pelegrin, esto va con nosotros.

—¿Y qué es lo que nos avisa, mi amo?

—Ahora lo veremos.

«Se invita á los extranjeros que visiten este monumento á que depositen en este tronco una ofrenda en favor de los pobres de la parroquia, que son en gran número.»

—Señor, me gusta el aviso: ¿y por qué no invitan á los del país y no que solo á los extranjeros? Como ton-

tos, señor; á ver si podemos mantener los pobres de la parroquia á costa de los de estrangis: como si cada uno no tuviera en su tierra pobres que mantener. Diga vd., ¿y las Mómias las mantienen tambien á costa de los estrangeros?

—Algo hay de eso, Pelegrin.

—No, pues si comen mucho.....

—Ahora lo verás.

Pasamos á la torre del telégrafo, debajo de la cual está la bóveda en que se conservan los incorruptos cadáveres. Ya la entrada á la habitacion del conserge indica bien lo que ofrece aquella lúgubre mansion; manifesté al guarda-muertos el desco y objeto que allí nos llevaba, y él, acostumbrado á gastar poca conversacion con la falange que está á su cuidado, procedió silenciosamente á encender su mugriento farol, y haciéndonos con la cabeza un signo de que le siguiéramos, nos condujo por una humilde y lóbrega escalera al sarcófago de las *Mómias*. Representábaseme, á mí Fr. Geruadio, la escena de la exhumacion en las *Noches lúgubres de Cadalso*; á Tirabeque creo que nada se le representaba, porque lo mismo fué ver aquella coleccion de enjutos cadáveres que rodean la catacumba que la actitud de don Bartolo en el Barbero de Sevilla es menos inmóvil que la en que él se quedó.

Un si es no es recobrado se hallaba ya cuando nuestro Cicerone comenzó á esplicarnos la historia

de cada mómia, poco mas ó menos en estos términos.

«Este primero que está de pié tiene quinientos años.

»Este otro fué enterrado vivo, lo que se puede conocer todavía por las contorsiones extraordinarias que hizo en la tumba. Ved su actitud.» Tirabeque sobresaltado dió dos pasos atrás, y entonces le dijo el conductor: «Os advierto que vais caminando sobre una superficie de diez y ocho pies de huesos.»

»Estos que veis aquí, continuó, son de una familia que murió envenenada de resultas de haber comido setas (*champignons*): este es el padre; esta es la madre; estos los dos hijos.

»Este que sigue tiene ochocientos años. Este otro ochenta; reparad, todavía conserva los retazos de la camisa con que fué enterrado.

»Este es el cadáver de una negra: aun se le puede reconocer en la frente y en la nariz: ella conserva todavía algunos dientes.

»Este otro de tan enorme y ancho pecho era un mozo de esquina ó porta-cargas (*porte-faix*); sucumbió bajo el peso de dos mil libras: tiene cinco pies y medio.

»Este es un antiguo general que murió en un desafío; ved perfectamente la herida al costado derecho; todavía conserva la barba; reparad qué rubio era.

»Esta es una muger que se enterró hace frescien-tos años, y aun conserva los dientes y algunos cabellos.»







MOMIAS DE DURFOS



Alcanzar de él  
frenobque sobre el lado dió dos pasos atrás, y entonces le dió el conducto en os adrieto que recibí a  
mantenido sobre una superficie de diez y ocho pies de huesos.



—Aproximáos á este otro; meted por aquí un dedo y aun tocáreis el corazón.

—Muchas gracias, amigo, respondió Tirabeque ya mas recobrado; aunque soy español, estas cosas no las veo con las manos, que me basta y aun me sobra con los ojos.

Por este estilo nos fué el hombre informando de la historia tradicional de cada uno de aquellos cuarenta ó cincuenta personajes, que sentados unos, en pie otros, y otros en diferentes actitudes circundan aquella fúnebre morada, en que reposan además fragmentos bien conservados de muchos otros centenares de cadáveres. Luego que pareció haber concluido, le preguntó Tirabeque:

—Y diga vd., señor calavérico, ¿no tiene vd. por aquí algunas viudas ó cesantes españoles?

—Ah, no señor, le respondió; al menos, si los hay, no conozco yo su historia.

—Pues yo sí, le replicó Tirabeque; y aseguro á usted que estarian aquí grandemente y nadie los distinguiría de estas otras *Mómiás*: vd. podía enriquecer bien con ellos esta coleccion.

El conserge no entendió, ya porque Pelegrin no se explicára bien, ya porque no estuviera en antecedentes, que todo contribuiría; y con otro signo de cabeza acompañado del «*allons, messieurs, s' il vous plait,*» nos intimó la retirada. Obedecímosle sin repugnancia: subimos, y al entregarle el franco de costumbre creció

nuestra sorpresa viéndole principiar á registrarnos, no sin preceder el *pardon* de ordenanza, y no contentándose con tocar los bolsillos de la levita, sino exigiendo tambien que nos quitáramos el sombrero. A la verdad un poco me amostazó, á mí Fr. Gerundio, la estraña operacion del hombre del sepulcro, y Tirabeque le hizo un ademan algo mas significativo diciéndole:

—Mire vd., señor sepulturero, que si abajo me ha alumbrado vd. á mí, aqui le voy á alumbrar yo á vd. ¿Le parece al guarda-mómias que acostumbro yo á robar muertos?

Entonces el hombre, conociendo nuestro aire, y pidiéndonos mil perdones, nos esplicó que el dia anterior habia sorprendido á un estudiante de medicina con una cabeza de *Mómia* dentro del sombrero, que llevaba robada, por encargo, á lo que dijo, de su maestro. Dímonos por satisfechos con la esplicacion, y despidiéndonos del hombre sepulcral, salimos otra vez al mundo de los vivos.

### PRIMER CAMINO DE HIERRO.

Los dias que el temporal no estaba apropósito para tomar mi baño matutino, bien en los de *Orleans* sobre el Garona, bien en los de la *Escuela de natacion*, ó bien en los del sólido y magnífico edificio de *Cha-*

*peau rouge*, destinábalos á hacer alguna escursion por las cercanías de la ciudad.

Una de ellas fué á *La Teste*, pueblecito distante unas trece leguas francesas al sur-oeste de Burdeos, cerca del golfo de Gascuña, en terreno de Landas. Primer camino de hierro que se encuentra yendo de España, y el primero (confieso humildemente mi atraso en conocimientos camineros) que veíamos los dos exclaustrados viajeros en toda nuestra vida. Por lo mismo era mayor y mas natural nuestra curiosidad.

Sin embargo, no me detendré ahora á hacer la descripcion de los caminos de hierro, ya porque vendrá mas adelante la Bélgica, que es el pais en que mas abundan y en que están mejor organizados, ya porque el de Burdeos á la Teste dista todavía mucho del estado en que se encuentran otros de la misma Francia, aunque no sea sino por constar éste de un solo carril, y de consiguiente no poder emplearse los convoyes en viajes de ida y vuelta simultáneamente como en los demás, ni por otra parte es el movimiento tan rápido y veloz como el que se experimenta en los caminos belgas. Los coches, sí, son hermosos y bien acondicionados, y participan de la belleza y solidez comun á todos los carruages de Burdeos; de cabida de treinta personas cada uno, divididos en tres cómodos departamentos de á diez.

Cuando Tirabeque vió aquella larga fila de coches, char-á-bancs, wagones y furgones que constituían el

convoy expedicionario, abrió la boca, me encandiló los ojos, se santiguó y dijo:

—¡Qué barbaridad, mi amo!

—¿Pues dónde y cómo, le repliqué, querias tú que se acomodaran las trescientas personas que próximamente has visto acudir á tomar asiento? Y vámonos á buscar el que nos corresponde, porque el convoy se va á poner muy luego en marcha.

—Deje vd., señor, que no corre prisa, porque primero que enganchen los caballos, que tengo para mí que no deberán ser menos de cincuenta ó sesenta para arrastrar todo este tren. . .

—*¡Oh terque quaterque stultus laicus!* ¡Oh tres y cuatro veces estólido lego! ¿Pues no sabes, hombre mil veces lego, que los coches en caminos de hierro no son tirados por caballos si no por esa máquina de vapor que ves liumeando ahí?

—Señor, es verdad que yo habia oido que andaban por vapor; pero creí que era por medio de caballos de vapor.

—Calla, estúpido, calla, no prosigas, no sea que te oigan y desacredites el nombre español: entra ahí cuanto ántes y enmudece.

Entramos; sonaron las ocho y media, y púsose en movimiento el convoy. Apenas habíamos salido á campo raso cuando lo primero que hizo el bueno de Pelegrin fué asomar medio cuerpo por la ventanilla: le tiré del brazo, y le dije:

—Lee, si sabes, ese escrito:

Leyó, y decía: «*Se prohíbe fumar dentro del carriage. Se prohíbe igualmente sacar fuera de las ventanillas la cabeza, brazo ú otra cualquier parte del cuerpo. La empresa no responde de los azares que puedan suceder á los viajeros que no se sujetaren á estas prerenciones.*»

—¡Hola, hola, mi amo! exclamó Tirabeque; está visto que aquí no hay que andarse en bromas; recojámonos hácia adentro, que no me haría gracia desmembrarme á vapor.

—No creo que en este camino, añadí, haya peligro alguno, pero podía por una incidencia casual hallarse algun tropiezo, y entonces no te costaría mas que dejar la cabeza ó el brazo, lo que llevases fuera, y tú seguirías muy sereno hasta concluir la jornada; cuanto mas que el fogon de la máquina siempre va soltando algunas ascuas, y tampoco te gustaría que te se chamuscára la cabellera.

—No, señor, no; asomaré cuando mas un cuarto de nariz.

La rapidez con que se marcha apenas nos permitía ver los camineros que de media en media legua, colocados en pic á la orilla del camino, con una mano puesta sobre el corazon y con el otro brazo estendido, indican que el convoy puede seguir sin inconveniente por el trozo puesto á su cuidado: así como desaparecían instantáneamente las casetillas de madera

de trecho en trecho colocadas, sobre las cuales tremolan en los casos necesarios banderas ó pabellones que sirven de aviso al director del convoy.

Conversando iba entretenidamente, yo Fr. Gerundio, con otro compañero de viage sobre la suavidad del movimiento de los coches, cuando exclamó Tirabeque como con sorpresa:

—¡Señor, señor! ¿qué diablos de tierra es esta en que los pinos bailan la *bolancheira* como si fuesen cristianos?

Yo no pude menos de echarme á reir de la ocurrencia, pues efectivamente, con la celeridad que llevaba el carruage parecia que los bosques de pinos que quedaban á los lados se movian bailando circularmente.

—¿Qué es lo que dice *Monsieur*? me preguntó oyéndome hablar con el viajante francés.

—Observa, respondí yo, y estraña el uso de los habitantes de este país en esto de andar en zancos.

Esta contestacion hizo á Tirabeque reparar lo que hasta entonces no habia observado. Y era cosa que le divertia en gran manera ver á los pastores y pastoras de aquellas laudas, con sus sombreritos de paja las últimas, marchar por aquel terreno pantanoso y arenisco sobre altos zancos, sintiendo en el alma que la velocidad del convoy no le permitiera contemplarlos detenidamente y á su sabor. En las cortas detenciones que hacíamos en cada *estacion* contemplábamos tam-



bien las miserables chozas y rústicas cabañas construidas de ramas de árboles, esparcidas por aquellos estériles y cenagosos campos, en que se cobijan los infelices habitantes del país, pescadores la mayor parte, que mas que moradores de una nacion grande, rica y civilizada, parecen en su traje, ocupaciones y modo de vivir, los primeros pobladores que vinieron al mundo á poco de la creacion.

*Monseñor Denuet* el arzobispo, que tambien iba en la expedicion, se nos separó en la *estacion de Mestras*, donde ya le esperaba una numerosa comitiva eclesiástica, con la cual partió á una feligresía de la comarca. Nosotros continuamos nuestra férrea ruta, y llegamos á *La Teste* á las diez y cuarto, lo que equivale á decir que empleamos siete cuartos de hora en andar las trece leguas francesas, ó sean unas ocho y media de España, incluidas las paradas en las diferentes *estaciones*, alguna de las cuales se hizo mas larga por consideraciones á *Monseñor*.

No bien nos habíamos bajado del carruage, cuando nos vimos circundados de una nube de *Testáceos* (habitantes de *La Teste*), que se disputaban la primacia en ofrecernos sus hoteles, discurriendo cada cual el medio de comprometernos á dar la preferencia al suyo. El uno nos ponía en la mano su billete ó *adresse*, ponderándonos las comodidades y baratura que en él íbamos á gozar; el otro nos le acercaba á los ojos para que nos enteráramos del buen servicio de su fonda nue-

va, desacreditando al anterior; el otro nos metía un puñado de ellos en el bolsillo, diciendo que los dos que nos hablaban eran unos charlatanes; el otro nos decía que no nos fiáramos de los tres, y tomándonos por la mano, añadía que si la queríamos acertar le siguiéramos al hotel de *Chaumont*; el otro nos tiraba de la levita, diciendo que el único hotel acreditado era el de la *Providencia*; el otro decía que en el de *Burdeos* había una asistencia esmerada y casi gratuita, y que todo lo demás que nos dijeran era pura charlatanería; el otro trataba de persuadirnos por medio de una arenga, que nada era comparable al del *Capon fino*, donde había un hermoso jardín para nuestro recreo, hecho casi ex-profeso para nosotros; y todos nos hablaban, y todos nos alargaban billetes, y todos nos asían del brazo, y todos nos empujaban y todos se disputaban nuestro hospedaje, y casi se venían á las manos.

—¿Qué te parece, Pelegrin? le dije á mi lego; ¿dónde opinas tú que vayamos?

—Señor, aquí no hay mas que echarse en manos de la *Providencia*.

El del hotel de la *Providencia* que oyó pronunciar una cosa que le sonaba á *Providence*, se dió por preferido, y repartiendo empellones entre sus cofrades,

—Señores, dijo, *Monsieur* ha optado por el de la *Providencia*; respetad su fallo, y permitid á estos señores que me sigan.

Y volviéndose á nosotros,

—Seguidme, dignísimos viajeros, nos dijo; seguidme, que seguro estoy de que me habreis de dar las gracias.

Seguímosle, pues, no sin que los otros continuaran dirigiéndonos instancias, con la esperanza de que todavía se revocára la sentencia.

Entramos en el hotel; almorzamos lo que la *providencia* se sirvió depararnos, y nos dispusimos á ir á visitar los baños de *La Teste*.

## EL INFANTE DON FRANCISCO DE ESPAÑA.

Desde *La Teste* á los *Baños* hay una legua de todos los diablos, no por la distancia que haya de los olmos á los álamos, como dice el castellano cantar, puesto que allí no se hallan álamos ni olmos, sino pinares y mas pinares, pero por la naturaleza del camino, que es un continuo arenal, entrecortado de lagunas (*marecageux*) y de esponjosas praderas, donde se hundian hasta el eje las ruedas de un malaventurado coche que pudimos encontrar. Nuestra marcha era como las discusiones de los proyectos de contestacion á los discursos de la corona en España, porque cada paso era un pantano, ó un párrafo de dificultades, y gracias á la

resolucion del jóven *Michel*, que como otro Mendez Vigo, cortaba por el atajo sin aprension alguna, fuimos saliendo de ellos, é internándonos por la estrecha y mas enjuta via, que por entre espesos pinos á los baños conduce.

Consisten estos célebres baños de mar en dos grandes, aseados y bien distribuidos establecimientos, situados á la orilla de una vasta ensenada, de mas de dos leguas de estension, que forman las aguas del golfo de Gascuña, y otro tanto distante de la embocadura del Océano. Tanto como ofrece la rada de seguridad y comodidad á los bañistas, otro tanto tienen aquellos sitios de tristes, melancólicos é inanimados, á lo que ayudaba tambien lo nebuloso del día. Las únicas embarcaciones que circulan por aquella ensenada son miserables barquillas y botecitos de pescar, remados por mugeres. Ni una mediana poblacion en sus inmediaciones, ni un pedazo de campo por donde poder pasear, ni en carruage, ni á caballo, ni á pie: aislados los establecimientos entre las aguas de una parte, y los arenosos pinares de otra, por donde no pudiera darse un paso sin embutirse hasta la rodilla y sin rozarse con ásperos arbustos y malorrales, tienen aquellos baños todo el aspecto de un destierro, solo habitable por la necesidad de recobrar la salud (1).

---

(1) Entiéndase que hablamos de su estado en 1841.

—Malencólico es esto por demás, mi amo, dijo Tirabeque; bien desesperado deberá estar el que venga á habitar estas soledades.

—Así es la verdad, Pelegrin, le respondía. Pero has de saber que en estas soledades existe una familia cuya conservacion puede influir grandemente en la suerte de nuestra España.

—Acaso algunos desterrados, señor.

—No estoy lejos, Pelegrin, de darles esa calificación, porque destierros hay que aunque no hayan sido dispuestos por leyes ni sentencias de los tribunales, no por eso dejan de ser destierros mixtos de espontáneos y forzosos. ¡Quién sabe si la mano misma de la reina de nuestra España estará destinada por la Providencia para un individuo de esta familia!

—Señor, según eso, son personas de cuenta las que están aquí; y por lo que vd. se esplica, ó yo soy un bodeque muy completo, ó es la familia del infante don Francisco; pero si así es, extraño mucho que no me haya dicho vd. una palabra hasta ahora....

—*Voilà, Messieurs, le voilà le Prince espagnol*, dijo el cochero Miguel, que le conocia de los frecuentes viajes que hacia á los Baños.

—En efecto, Tirabeque, héle allí al infante asomado á una de las ventanas.

—Señor, ¿aquel de las barbas rubias?

—Aquel, sí; á lo menos antes *rubicundus erat Infans*: no hay duda, aquel es.

Mirábale Tirabeque de hito en hito desde lejos, diciendo:

—¡Pobre hermano Paquito, y qué vida tan tonta te deben estar haciendo pasar aquí en este triste solitario albergue, de la inocencia venerable asilo!

—¿De la inocencia, hombre?

—Sí parece un pobrecito, señor; á lo menos mirado desde aquí....

Entramos luego en su vivienda, que consistía en la mitad de uno de los establecimientos, que tenía arrendada. Visitamos su gabinete de lectura, donde nos entretuvimos en leer algunos periódicos españoles, y evacuada nuestra visita de pura curiosidad é inclinacion española, volvimos á tomar nuestro coche tumbon, y regresamos á *La Teste* á esperar la hora de salida del convoy de vapor para Burdeos.

Esta hora estaba señalada para las cinco en punto, pero se prorogó hasta las cinco y media por consideracion á *Monseñor* el arzobispo, que había avisado tomaría allí el camino de hierro, y aun no había llegado.

—¡Siempre esperar por Monseñor! decía Tirabeque ya un poco amostazado: ¡válgate Dios por Monseñor! ¡Y dicen estos del clero de España! pues allí no se gasta tanta solfa con los monseñores.

Al fin llegó *Monseigneur*, sentado muy apostólicamente en una hermosa carretela, guiada por cocheros que mi dibujante ha querido pintar con trages de otro

siglo para darles mas gravedad de la que tenian, y seguida de una numerosa cohorte eclesiástica en multitud de coches evangélicos y de briosos caballos de pobreza religiosa; agolpáronse las gentes todas á besuquearle la mano, diéronle algunos vivas, entró en el convoy, entramos tambien nosotros, y á poco mas de las siete dieron nuestras humanidades reverendas cima y cabo á la jornada en la casa-administracion del camino de hierro de Burdeos, y trasladándonos á unos de los *omnibus* que allí esperan la llegada de los convoyes, descendimos en el *restaurant de Richelieu* con el piadoso objeto de yantar.

### OTRA ESCURSION EN VAPOR.

Era menester neutralizar la impresion del monótono país que habiamos recorrido aquel día con la de otro mas delicioso y pintoresco. Pocos mas apropósito pudieran proporcionarse para el objeto que las riberas del Garona; los vapores ofrecian facilidad, por nuestra parte habia disposicion, habíala tambien por la de algunos amigos, y vencidas todas estas dificultades se acordó dar un paseo hasta *Langon*, distante unas diez leguas al Sur de la capital.

Multitud de vapores viajan constantemente por las aguas del Garona en una y otra direccion. Hacen la

carrera por la parte del Mediodía, por donde habíamos de ir, *El Telégrafo*, *La Picardía*, *La Esperanza*, *El Montesquieu*, como una docena titulados *El Rayo*, varios con el nombre de *El Garona*, y otros muchos que no tengopresentes. A nosotros nos tocó viajar á la ida en *La Picardía*, que aunque supongo tomaria el nombre del país de Francia así llamado, Tirabeque lo atribuyó á que era largo y angosto como sepultura de pícaro. Iba- mos á bajar á la cámara de popa, cuando nos detuvo el capitán diciendo:

—Perdon, señores, que no es esta la cámara de us- tedes.

—¿Cómo que nó? le contestó Pelegrin: ¿me enseñá- rá vd. á mí cual es la primera cámara?

—Ah, perdon, monsieur; en los demas barcos la primera es la de popa, pero en *la Picardía* es al revés.

—Diga vd., monsieur capitán, ¿y trae vd. ánimo de hacernos muchas picardías como esta? Pero á bien que no me sorprenden estos vice-versas en las cámaras, por que allá tambien algunas veces la primera cámara va delante de la segunda y andan al revés.

—Qué, ¿tambien en la España hay Picardías?

—No señor, allí no hay Picardías vapores; si las hay, son de otra clase: cuanto más que yo hablaba aho- ra del Senado y el Congreso, que á veces va delante el que debia ir detrás.

—Perdon Monsieur, no os entiendo.

—Pues si vd. no me entiende, ¿qué le he de hacer yo?



—Vámonos, Pelegrin, le dije; y cuida de nuestro pequeño equipaje, porque vé lo que dice ese letrado: «no se responde de los efectos de los señores viajeros.»

Y acordamos ir sobre la cubierta para disfrutar mejor de la encantadora perspectiva de las deliciosísimas y fértiles colinas de la márgen izquierda, y de los frondosos y amenos paisajes de la derecha del río. Si deleitosa y pintoresca era la vista de los viñedos, bosques de frutales, caseríos de recreo, sotos, castillos, fondas, cafés, y lindas poblaciones que á cada vuelta del tortuoso curso del río se representaban, no era menos variada y curiosa, aunque de muy diferente género, la que hacia la comitiva viajera. Las bromas, diversiones y pasatiempos de los franceses en los viajes de agua y tierra se reducen á sacar cada uno, tan pronto como se acomoda en su plaza, un periódico ó un libro y ponerse á leer. Centenares de personas nos acompañaban en aquella expedición, y apenas sería el diezmo el que no leía algo: las diligencias y vapores son gabinetes ambulantes de lectura: la conversacion era exclusiva de los cuatro españoles; y mas que á nosotros nos puede admirar el recurso que ellos buscan y necesitan para entretener el camino, les admira á ellos la animacion, jovialidad y confianza que en los viajeros españoles notan siempre con sorpresa, por ser para ellos cosa desconocida.

Por curiosidad nos pusimos á brujulear lo que leía cada uno, y era cosa de ver á las aldeanas que volvían

de vender una cesta de huevos, un cántaro de leche, ó un canastillo de escarola en la ciudad, tirándose de punta á cabo el *Memorial Bordelès*, el *Indicador*, el *Faro de los Pirineos* la *Revista de ambos mundos*, el *Siglo* ó el *Constitucional*. Tal señora recorría las páginas de la *Revolucion de Francia* por *Thiers*; tal jovencita de diez y seis años leía los *Deberes de las madres*, en lo cual no sé si entrarían los deseos de que la comprendieran pronto aquellas obligaciones: y tal barbudo varon foliaba con curiosidad el *Manual de Manuales ó Diccionario de ahorros de la casa*, por *Mr. Dubourg*. De manera que allí todo era vice-versa: la hija leía lo que debía leer la madre, el hombre de las barbas estudiaba el método de condimentar económicamente un ánade ó un faisau y el modo de hacer una nueva salsa de yerbas, que le pertenecía de derecho á las hueveras y hortelanas, y estas repasaban los artículos de fondo de los periódicos de política, que le estaria mejor al varon del espeso bigote. Todo esto nos divertía grandemente á nosotros, y de ello sacábamos no poco partido, sin dejar por eso de esclamar: «¡Cuándo veremos tan generalizada en nuestra España la afición á la lectura! Y ya que no fuese la afición, ¡cuándo lograremos siquiera que las masas del pueblo sepan leer!»

Tambien nosotros al cabo de un rato quisimos substituir la lectura á la conversacion, y uno de los compañeros, que aunque era aragonés, en la eleccion de la obra parecia catalán, sacó las entregas que acababa de

recibir de la «*Historia criminal del gobierno inglés desde los primeros asesinatos de Irlanda hasta el último envenenamiento de los chinos, por Elias Reynault.*» La lectura del prefacio ó prólogo, en que el autor con un nervio, con una vehemencia, con un fuego á que alcanzarán pocos escritos, reseña las atrocidades cometidas por aquellos isleños en todas épocas, guiados por el espíritu de conquista universal que los domina, y escita y provoca á una cruzada general contra ellos, y espone la necesidad de abatir y humillar al coloso britano, nos causó impresiones harto profundas, y nos hizo pensar mas sériamente de lo que á un viaje de recreo competía en la suerte futura de nuestra patria, si no acabamos de aperecibirnos bien de los dominadores planes de los que asesinaron á los irlandeses y envenenaron á los chinos y se van apropiando la China como se apropiaron la Irlanda.

Así llegamos á dar vista al hermoso puente colgante de Langon, y á la bellísima esplanada de San Macario, habiendo empleado poco mas de tres horas en el viaje, despues de haber hecho el vapor mas de veinte detenciones en el tránsito para dejar y recibir los viajeros que en cada pueblecito se quedaban ó de cada pueblecito salian. Desembarcamos pues, y entramos en Langon, donde permanecimos hasta la misma hora del dia siguiente.

Nada diré de lo que en Langon hicimos, por ser cosas que atañen á particulares y amigas personas. Al

regreso nos tocó ir en el vapor *Montesquieu*; y he aquí justificado lo que en otro artículo dije, que por todas partes me tocaba encontrarme con vestigios y recuerdos del autor del *Espíritu de las leyes*.

Entre las cosas que á la vuelta nos llamaron la atencion, y que dan idea de lo que inventan y discurren los franceses para llamar la del público, fueron las caprichosas pinturas de los tablones de anuncios sobre las puertas de las fondas y cafés que se encuentran á las márgenes del rio, y principalmente una en que para decir: «aquí se aloja á pie y á caballo, *ici on loge á pied et á cheval*,» lo tenían dispuesto en esta ingeniosa forma: «*Lci ox.....* (y en seguida *una casa pintado* para significar *LOGE*: A (esta A la formaban dos hombres separados por los pies y tocándose con las cabezas); seguia *un pie pintado* para sustituir á la palabra *PIED*: el *ET* le hacian otros dos hombres en actitudes que formaban una & y el *CHEVAL* estaba representado por un *caballo blanco*. Si así discurren para llamar la atencion en las miserables aldeas, figúrese el lector cuanto inventarán en las populosas ciudades.



### PUENTE DE CUBZAC.

Ya que de escursiones voy tratando, aconsejo á todo extranjero, y mas si es español, ya se halle en Burdeos sin ánimo de pasar mas adelante, ya le tenga de continuar á París, que si quiere admirar el puente colgado mas grandioso, mas atrevido, mas elegante y esbelto

que hay en toda la Francia, y no sé si en otra parte alguna, no deje de hacer una escursion ex-profeso á *Cubzac*, cuatro leguas de Burdeos camino de París, pues visto con la rapidez que es forzoso cuando se vá de paso, no se puede formar una idea cabal de su grandiosidad y belleza.

Pasado el puente de piedra en el arrabal de la Bastida, encontrará de seguro el carruage que guste y de los asientos que le acomode, que le llevará á *Cubzac* en unas dos horas por un precio convencional, siempre mas económico y moderado que si ajustára un carruage ó *voiture de ville* como hicimos nosotros. Y puede estar cierto que da un pasco de los mas deliciosos y entretenidos que pudiera apetecer.

A derecha é izquierda del camino encontrará establecimientos, cuyos títulos pomposos no dejarán de divertirle. «*Taberna del monte Parnaso.*» Que solo los franceses han podido discurrir hacer borrachas á las musas, y convertir en depósito de vino el claro y limpio manantial de la fuente Helicón por dar realce á una taberna. «*Cuadras y cochera de la manzana de oro.*» ¡Ah, pobre Venus, y en lo que ha venido á parar el premio que te valió tu hermosura! A ser pisada por los caballos á trueque de bautizar pomposamente una cuadra. «*Depósito de carbon de la bella Aurora.*»

¡Fuerza de ponderar á lo que obligas!  
al néctar encerrar en cantimplora,  
y á llenar de tizonés á la Aurora,

Y por este orden otros muchos que fuera largo enumerar.

El viajero se sorprende agradablemente al dar vista al nunca bien ponderado *punte de Cubzac* sobre el Dordoña. Desde luego no se sabe qué admirar más, si la elegancia, riqueza, gusto y solidez de la obra, ó el osado y al parecer temerario pensamiento del que se atrevió á proyectar y ejecutar un puente de tan gigantescas dimensiones. Consta de cinco cuerpos suspendidos, sobre cada uno de los cuales descuellan cuatro columnas huecas de hierro, en forma de obeliscos, basadas sobre otros tantos macizos ó pilastras de piedra: á uno y otro extremo del puente hay dos magníficas arcadas de sillares, de á veinte y siete arcos dobles cada una, que juntos componen ciento ocho elegantes y sólidos arcos. Por debajo de cada uno de los cinco cuerpos colgantes pasan sin tropiezo las embarcaciones, hasta bergantines y fragatas. La longitud del puente desde el principio de una arcada al extremo de la otra es de 2,123 metros y 83 centímetros (mas de un cuarto de legua de España.)

El puente de *Cubzac*, visto por bajo asombra, y visto por encima encanta, á lo cual contribuye, además de su magnífica esbeltez, el color blanco de que están barnizados sus obeliscos, sus tirantes de alambres, y sus barandillas, que á lo lejos le hacen semejar un puente de filigrana. Empezóse esta atrevida obra en 1835, y se concluyó en 17 de agosto de 1839, y le

pasaron los primeros el duque y la duquesa de Orleans, segun consta de una inscripcion que se lee en uno de los pilares de un estremo; á cuyo frente se ven esculpidos los nombres (que bien merecen estarlo en letras de oro sobre mármol) de los señores *Du-Ver-gers, Quenot, Rayard de la Vingtrie*, ingenieros directores de la obra.

Tirabeque le contemplaba absorto, si bien receloso de que se hundiera aquella obra aérea, y diera con su lega humanidad en las aguas del Dordoña como otro Icaro, sin que bastára á tranquilizarle el ver pasar por él cuatro ó cinco diligencias á un tiempo, antes le asustaba más el ver como tan enorme peso le hacia cimbrarse.

Sobre la capa ó barniz blanco se leen infinidad de inscripciones, que se conoce ser de los viajeros de todos los países (porque las hay en todos los idiomas) que gustan dejar escritos allí sus nombres, pelados los unos, y los otros precedidos de alguna observacion sobre el mérito admittible de tan grandiosa obra. Entre ellos noté el del duque de Nemours, y los de otras notabilidades que habian participado tambien de aquello del *nómina stultorum*....

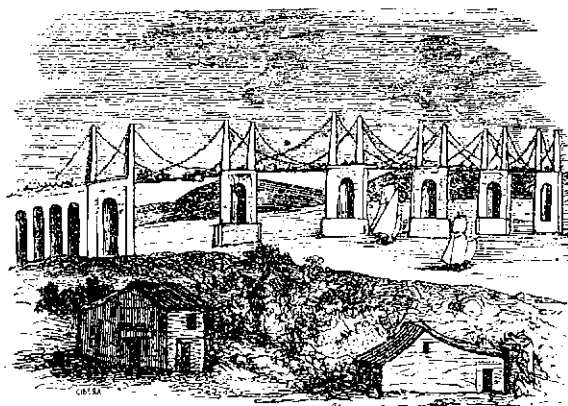
*Mr. Neuville*, redactor de *El Nacional* de París habia dejado escritos estos versos.

*¡Miserable cretin, qui passant sur ce pont,  
ne trouves rien de mieux que d' y mettre ton nom!  
¿N' as tu donc pas songé, miserable hirondelle,  
que s' etait un outrage á cette œuvre immortelle?*



Que vuelto al español, con permiso del cofrade parisiense, equivale á decir: «hombre mezquino y ruin, que al pasar por este puente no encuentras nada mas digno que dejar en él escrito tu nombre, ¿no has pensado, miserable golondrina, que esto era hacer un ultraje á esta obra inmortal?»

La inscripcion del hermano periodista picó un poquillo la emulacion gerundiana; y cayó mi reverencia en la tentacion de echar tambien su musa á puentes; y



sacando el lápiz, dejé allí escrita para que la leyera otro curioso la siguiente españolada:

Tú no tienes, España, patria mía,  
puentes como este puente todavía:  
mas tu gobierno, y júrote que al menos,  
si no mejores, los tendrás tan buenos.

De sobra estaba yo convencido de que lo que es-

cribía no era mas que una fanfarronada poética española, y que para tener nosotros puentes como aquel, necesitábamos tener juicio por unos doscientos años, y que los españoles que nos sucedieran naciesen mas aficionadas á manejar la azada y el martillo que á rozar capas en las esquinas, tomando el sol, como los de nuestros dias: pero yo dije: ahí os queda eso, y el gobierno que lo pague, que hartas deja de pagar mereciéndolo, y al cabo al cabo, si bien se apura, la falta de gobierno es la causa primordial de todo.

—Señor, señor, me voceó Tirabeque desde una de las columnas, aquí hay un nombre de español legítimo; venga vd. acá, que se va vd. á reir.

Me acerqué, y habia en efecto un letrado que decia: «*Joaquín del Olmo con su pichona.*» Todos los de la expedicion celebramos á grandes risas el innegable españolismo del hermano que tal habia puesto. Tirabeque escribió tambien su nombre, y para que nadie dudase la patria del autor, puso: «*Fr. Pelegrín Tirabeque de España, lego de Fr. Gerundio de España.*»

Con esto dispusimos el regreso á nuestro cuartel general bordelés, no pudiendo olvidar en todo el camino, ni mucho tiempo despues, ni dejar de celebrar siempre que de ello nos acordamos, el «*Joaquín del Olmo con su pichona.*»

**AGUA, VINO, CERVEZA, HELADOS, Y OTRAS COSAS POTABLES.**

Omision fuera por cierto de gran cuenta y tamaño, é imperdonable por demás en un viajero observador de minuciosidades, el no hacer commemoración explícita del vino de Burdeos estando en Burdeos. Pero antes es fuerza decir algo del agua, que no es á fé mia artículo que merezca pasarse en silencio.

A cinco cosas puede renunciar el español desde el momento que pase el puente de Behovia; á la alegre vocinglería de los mayórales (como atrás queda observado), á la franqueza en el trato, al agua pura, al cielo claro y al buen chocolate; si bien en este artículo debe hacerse una escepcion honrosa en favor de el del hermano Braulio Poc, fabricante zaragozano establecido en Burdeos. El viajero recorrerá toda la Francia, y aun irá mas adelante, y se volverá á España sin haber podido beber un vaso de agua limpia y cristalina, de aquella que se dice: «limpia, fija y dá esplendor:» sino que, ó bien tendrá que azucararla, ó bien que recurrir al *vinum aquatum*, más que diga Hipócrates lo que quiera, ó bien que prepararla de algun otro modo, porque *sola* es de desagradable y no muy sana potacion; es como los desengaños y las verdades; si se quiere que no amarguen y no hagan mal de estómago, ó no irriten la bilis, es menester dulcificarlas un poco y suavizarles la crudeza. La mala calidad de

este artículo no deja de constituir una de las faltas y privaciones que experimenta el español, máxime si acaba de dejar las finas aguas de Madrid, y aun máxime todavía si el español fuese *abstemio* ó aguado. Sin embargo nadie puede decir; «de esta agua no beberé,» pues harto vemos todos los días que quien mas la echa de *puritano* viene á parar en beber de la fuente más turbia, y no así como quiera á sorbos y á cortadillos, sido de brucees y á trago recio.

Con todo, no era esto lo que más affligia á Tirabique, ni la privacion que más le hacia sufrir. «¡Asi en todas partes, decia, pudiera suplirse esta falta como en Burdeos!» Y en efecto, por vida mia que sabia suplirla muy bien; y euando yo le apercibia por la brevedad con que daba cuenta de las botellas, «¿Qué quiere vd., señor? me respondia: como el agua es tan mala, y este vino de Burdeos es tan flojito y tan limpio, me veo en la triste necesidad de usar de este suplefaltas y pasar estos trabajos más á menudo de lo que quisiera.» Y la enmienda era pedir otra botella y decir: «¿Cómo ha [de ser! Vengan trabajos: ¡hay tan malas aguas en este pais! No hay duda que los vinos de España son mejores, de mas sustancia y mas fuertes; pero no están trabajados con la limpieza que este, señor; asi es que aquellos no apagan la sed como este vinillo. Muy sábía es la providencia, mi amo; en todas partes da á los hombres con qué suplir lo que no hay.»

A los dos días de estancia en aquella capital ya

conocia él la nomenclatura de todos los vinos y estaba al corriente de sus calidades y diferencias. Yo me quedaba asombrado de ver la maestría con que fallaba si el *Saint Julien* era mejor que el *Ordinario*, si el *Chateau-la Tour* era mas ó menos apreciado que el *Medoc*, si el *Leoville* y el *Brannemouton* eran de inferior calidad al *Chateau-Laffite* y al *Chateau-Margaux*, si era todo vino tinto, ó si lo habia tambien blanco en *Grave* y en *Sauterne*, con todo lo demás que á la materia atañe.

En la tierra de los ciegos el tuerto es el rey: por eso en París, en el norte de Francia, y en los reinos que siguen, el vino de Burdeos es muy apreciado, y sucede con él lo que con las reputaciones de los hombres, que la estimacion y el aprecio crecen en razon de la distancia.

Otra de las bebidas que están mas en uso en aquellos paises es la cerveza; pero en vano se busca una que pueda reemplazar á la de Santa Bárbara de Madrid, inclusa la celebrada de Strasburgo: generalmente es como la política española; fea, revuelta y desagradable.

Los helados no están tan en voga como en España, porque no los hace tan necesarios el clima, y están bien lejos de esceder en calidad y delicadeza á los nuestros. En cambio se hace mucho uso de las bebidas gaseosas, que son muy comunes, de las limonadas, la grosella y otros refrigerantes: pero el fuerte en los cafés franceses, como el tiempo no esté demasiado caluroso, son el café, el té, y los *vinos de licores* que ellos llaman: asi como sus pasatiempos son la lectura de pe-

riódicos y el juego del dominó. Hombre hay que antes de acabar una taza de café se ha echado al cuerpo todos los diarios de la capital, y antes de apurar una copa lleva apurados ya los periódicos de todos los departamentos. Yo no he visto una afición al periodismo como la de aquella gente, y el café que no estuviera suscrito á todos los diarios por ejemplares dobles ó triples, *ipso facto* se vería desierto de consumidores.

Mi buen Tirabeque quiso resumir las noticias acerca de las bebidas usuales en aquel país, y entre sus apuntes encontré las décimas siguientes, que son.... como suyas.

Español, si á Francia vas,  
y sed por acaso llevas,  
agua sola no la bebas,  
ó te lleva Barrahás;  
mézclala con algun grás.  
ó no te andes en rodeos,  
bebe vino de Burdeos,  
que no es como el de Santúcar;  
ó échale un terron de azúcar,  
y dale cuatro menéos.

Y te digo con franqueza  
que encontrarás buen café,  
muchos licores, buen té,  
pero muy mala cerveza:  
y has de acudir con presteza,  
si te gustan como á mí  
los helados, porque allí  
si te andas con dilaciones,  
te responden los *garzones*:  
*«pardon, Monsieur, c' est fini.*

**LA RAQUEL Y EL GRACIOSO DE BROCHA GORDA.**

Dos notabilidades dramáticas habia entonces accidentalmente en Burdeos, de aquellas que en las temporadas de verano salen de París á las provincias á recoger algunos miles de francos por via de recreacion y pasatiempo. Era la una la célebre *Mademoiselle Rachel*, esa jóven judía, nacida de humilde cuna, que hace pocos años se dió á conocer en uno de los teatros subalternos de París, y á los veinte y dos de su edad está siendo un prodigio del arte declamatorio, ocupando muy merecidamente el primer rango en el primer teatro francés. Esa inimitable trágica, por cuya boca habla Corneille, y cuyo acento es el pensamiento de Racine. Esa jóven admirable, que á la gracia de la juventud une la magestad de una reina y la dignidad de una matrona; cuyos triunfos se cuentan por el número de representaciones; que con una naturalidad que asombra sin concebirse, parece que tiene en sus labios el secreto de imprimir las sensaciones en el corazon de los espectadores: que aterra cuando quiere, y cuando quiere impacienta, y enternece cuando le conviene enternecer, y consuela cuando es menester consolar, y siempre conmueve, y siempre admira, y siempre arrebatá: que

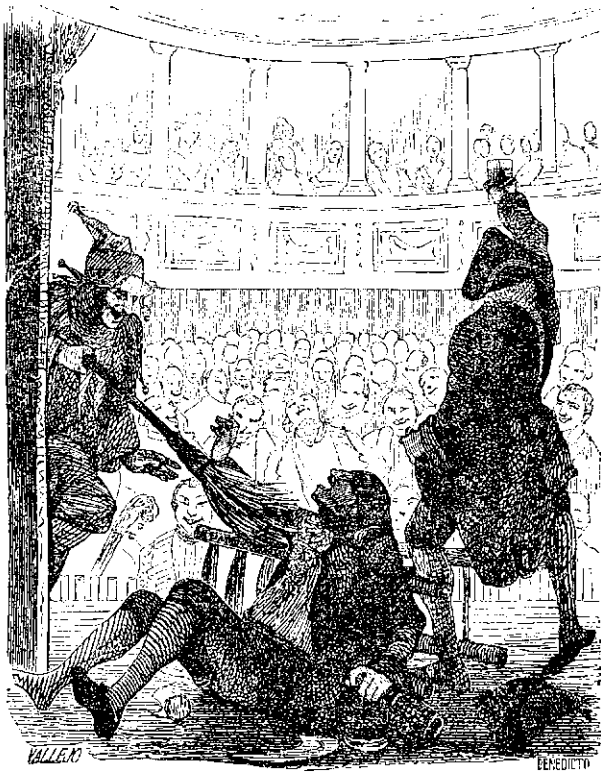
si arranca aplausos en *Mitridates* y en *El Cid*, si la arrojan coronas en *Cinna* y *Los Horacios*, recoge laureles en *Ifigenia* y *Estér*, no alcanza menores triunfos en *Berenice* y *Atalia*; y solo el «*je crois*» en *Polieucte*, dicho de una manera que solo ella lo puede decir, y nadie sino ella lo puede espresar, bastaría para que Corneille, si pudiera alzarse de la tumba, viniera á ceñirla de laureles por su mano.

Yo tuve el gusto de convencerme en Burdeos y en París de la justicia con que ha alcanzado *Mademoiselle Rachel* su fama colosal. Y hoy es el día que Tirabeque no puede recordar sin entusiasmo á la admirable y agraciada judía, á pesar de que asegura y confiesa que de la mayor parte de lo que la oía se quedaba en ayunas: y añade todavía: «como soy cristiano que no puedo echar de la memoria la rabina aquella, señor.»

La otra notabilidad dramática era *Mr. Odry*, el *Cu-bas* francés del teatro de las *Variedades*. En él le vimos ejecutar *Los Saltimbanquis*, su pieza favorita, que le ha conquistado hace muchos años en los teatros de París la fama de *primer bufon del bajo género*, ó sea del mas sobresaliente entre los *graciosos de brocha gorda*. Su salida en Burdeos se habia anunciado con pompa y con estrépito, y las noches que representaba nos atornaban los espendedores de periódicos en los entreactos, con *la biografía y el retrato de Mr. Odry*, pintado en ademan de tocar unos atabales y dirigiendo y ensayando una compañía de *saltimbanquis*. Y era de ver



aquellos franceses, de tan refinado gusto por una parte en las representaciones dramáticas, celebrar con entusiasmo y reír con locura las vulgarísimas gracias, ade-



manes grotescos y tabernarios equívocos de *Mr. Odry*, que acaso en España no hubiéramos tenido paciencia para escuchar, porque *Los Saltimbanquis* no pasa de un estravagante sainete.

Así con razon me decia Tirabeque:

—Señor, aqui tambien hay vice-versas de mucho babilumbo, y á esta gente yo no acabo de entenderla nunca. Por un lado mucha delicadeza, y mucho gusto, y mucha finura en las comedias, y por otro se rien como tontos con estas majaderías, y les gustan que se relamben.

Y era la verdad en el fondo, pues por una parte el lujo y elegancia en lo material de los teatros, así como en los trages y decoraciones, la propiedad y el desembarazo en el decir, la aplicacion oportuna de cada papel á cada actor, aquellas maneras tan dulces é insinuantes sin menoscabo de la bella naturalidad, y aquellas piezas en que se pintan hasta en sus mas pequeñas sombras con delicado pincel y refinada maestría las costumbres de la alta sociedad (todo lo cual tendremos todavía ocasion de admirarlo más en los teatros de París), descubre la cultura de un pueblo, que además de ser por su natural carácter aventajadamente dispuesto á todo lo que sea cómico, lleva subidos muchos grados en la escala de la civilizacion: y por otra parte se vé á este mismo pueblo de tan refinado gusto escénico gozar maravillosamente y entretenerse como un niño, ó como un aldeano, con la farsa mas grotesca y con los espectáculos de mas ordinaria calidad. Tan cierto es que el excesivo refinamiento del gusto conduce á la estravagan-  
cia y á la relajacion.

Dos cosas le hacian á Tirabeque mucha novedad

en los teatros franceses en un principio: la facilidad y propiedad con que se hacia anochecer ó amanecer, se figuraba la noche cerrada ó el dia claro, ó alguno de los crepúsculos por medio del alumbrado de gás: y la frescura y marcialidad con que los actores solian regalar sendos y muy verdaderos ósculos á las bellas actrices, no ya solo en la frente, que esto es allí costumbre admitida en la buena sociedad entre personas de los dos sexos un tanto por algun motivo allegadas, sino que en el *Medecin malgré lui* (ó sea nuestro *Médico á palos*) el tal pseudo-mediquito llevaba la cosa á tal punto de naturalidad que mas de una docena de veces, á vista, ciencia y paciencia del público, aplicó muy resueltamente sus labios á las mejillas del ama de gobierno, alternando muy doctamente entre la derecha y la izquierda: cuyo besuquéo no solo se dejaba ver sino que tambien se dejaba sentir. Cosa era esta que ofendia y no podia tolerar el natural pudor de Tirabeque, y decia que si el tal *Médico á palos* viniera á hacer aquello á España, podia contar de seguro con salir del teatro hecho *Médico á palos* ó *Médico á silletazos* de veras.

---

## LA MUERTE DEL VIAJERO.

Tomados tenía ya los billetes en una de las diligencias llamadas *messengeries royales* para salir de Burdeos á París, y evacuado este negocio acababa de retirarme á mi celdita provisional con el objeto de arreglar mi maleta, cuando entró el *factor* (cartero) con el correo de España. Le abrí... ¡ah! ¡cuán ageno estaba yo de esperar tan fatal noticia! ¡*El viajero que esto escribe habia muerto!* Jamás el verbo *morir* habia tenido pretérito perfecto en primera persona hasta entonces: jamás habia podido decir nadie, «*morí,*» como puedo yo decir ahora: jamás se encontró nadie con nueva tan fatal al abrir el correo.

Algo se me resistía á la verdad el dar fé á la noticia de mi fallecimiento, pero el documento en que se me comunicaba y que me enviaba un amigo, parecia fehaciente. Era un impreso que se habia publicado en Madrid y espendido á grandes voces por todas sus calles, en el cual se daban tan individuales y minuciosas señas de las circunstancias que habian acompañado á mi defuncion, que casi no me dejaban dudar á mí mismo.

«En este instante (decia) acaban de entristecernos » con la funesta noticia de que el redactor del *Fr. Ge-*

»*rundio*, bastante quebrantado en su salud durante el  
 »viaje que emprendió para Bayona, acaba de exhalar  
 »el último suspiro en aquel punto. Añaden igualmente  
 »que luchando con la agonía de la muerte, abrió sus  
 »labios el antes festivo *Fr. Gerundio*, y no queriendo  
 »pasar á mejor vida sin dejar un pequeño recuerdo á  
 »los numerosos suscritores que le honraron, dijo, como  
 »delirando en el último momento: «Yo voy á un mun-  
 »do desconocido para mí... voy á ser juzgado ante el  
 »Dios de las misericordias... pero confío en su gracia,  
 »por que mi conciencia está tranquila... Quise hacer  
 »algo en beneficio de mi patria... hice cuanto pude...  
 »etc.» Aquí (continuaba) diz que se cortaron sus pala-  
 »bras permaneciendo en un largo silencio hasta que se  
 »entregó al descanso de la tumba.»

Venia en seguida un panegírico del difunto, en que se enconñaban magníficamente sus virtudes, y se reseñaban los merecimientos á la buena fama póstuma que se había conquistado en su carrera de escritor, y los beneficios que con su pluma había hecho al país, que no hay como morirse un hombre si quiere verse honrado y favorecido y que se hagan lenguas de él sus semejantes. Pero yo, desconfiando aun de la muerte, y poco crédulo de las alabanzas de los hombres, desde aquella tumba donde descendí vislumbraba el objeto interesado y siniestro que debía guiar en los elogios la pluma del panegirista anunciador. «¿Dejarán, decia yo desde el sepulcro, dejarán estos *laudemus* que me tribu-

tan en muerte de ser de la misma casta y calidad que los que me prodigaban en vida muchos de los que entonces acudían á mi morada á entonarme salmos de alabanza y después se descubrieron enemigos, sin contar otros que todavía no se han descubierto? ¡Ah, míseros mortales! añadía yo desde la huesa: ¡cuándo dejaréis de ser falaces y engañadores!»

Aquella debía ser la época de las muertes de mentirillas, porque recuerdo que aquel mismo día llegó á aquella capital la noticia de la muerte del duque de Burdeos, que para dar un testimonio público de que murió de veras se halla ahora el mocito arreglando su boda con la princesa imperial de Rusia; cosa que parece le hace algunas cosquillas al hermano Luis Felipe, que quisiera mas que el mancebo no hubiera muerto tan de chanza, y que es causa de que no reine en la actualidad la mejor inteligencia entre los gabinetes de San Petersburgo y las Tullerías, pero de lo cual se le dará un pito á la hermana princesa con tal que el ciudadano dé señales inequívocas de estar vivo.

Por entonces anunciaron también los diarios franceses la muerte del distinguido escritor Silvio Pellico, que se hallaba tomando el fresco en las montañas de Suiza, y de consiguiente recibió la noticia con mucha frescura.

Pero el caso mas parecido al mio fué el de *Mr. Desoré Cornillet* en la comedia *Las segundas nupcias* que se representó por primera vez el 18 de mayo de aquel

año en el teatro de *Palais Royal* de París, cuando él mismo leyó en un diario: «Ayer se han celebrado las exéquias de *Mr. Desoré Cornillet*, peluquero premiado por S. M. que vivía *rue Saint-Marc*.... Su oracion fúnebre ha sido pronunciada por *Mr. Seraphin*, su discípulo, que continúa su comercio y acaba de obtener un *brevet* de perfeccion por el tinte de las patillas y bigotes (1).»

La cosa era cómica en verdad; y el duque de Burdeos, Silvio Pellico, Mr. Cornillet y Fr. Gerundio debemos desear no morirnos nunca mas que de este modo, y ciertamente que casi debíamos tener un derecho á ello, porque nadie está obligado á morirse mas que una vez.

Escusado será pintar la graciosa escena que pasó con Tirabeque cuando le di la noticia de mi fallecimiento, la cual no creyó sin embargo tan fácilmente como *Mistriss Patterson*, la muger del tal *Cornillet*, sin duda porque no le interesaba como á ella, ni como á ella le punzaba el deseo de pasar á segundas nupcias, que es una buena predisposicion en una muger para creer fácilmente ó hacer que cree la muerte de su marido. Digo que será escusado pintar aquella escena, porque puede muy bien figurársela el lector conociendo el carácter de mi lego. Convencidos por fin uno y otro de

---

(1) Acto segundo, escena segunda.

que yo vivía, proseguimos en el arreglo de nuestras maletas y nos preparamos para salir de Burdeos.

### ANTES DE SALIR.

Antes de salir debo aconsejar á todo viajero español que si no quiere morir de veras no cometa la indiscrecion de enfermar en los *hotels* de Francia, donde mientras se conserve sano y pague muchos francos tendrá, nó solo quien le sirva, sino quien le estudie los pensamientos y le prevenga los deseos, y quien por darle gusto ande mas por el aire que por la tierra; pero si hace la tontería de caer enfermo, cuéntese *pro derelicto* en latin, ó por *abandonné* en francés, que allá viene á dar en español. Esto es por regla general, y por consiguiente admite escepciones; pero por vida mia que á mí no me tocó en suerte la escepcion en una indisposicion con que me favoreció la Providencia en el *Hotel de France*, en prueba de que se acordaba de mí, como dicen los místicos. La Providencia se acordará, no lo dudo, pero tampoco dudo que *Mademoiselle Jeannette* (la doméstica que dije en otro capítulo me había cabido en suerte por camarista) maldita la miaja que se acordaba del pobre enfermo: sin duda era un poco ascética tambien, y creia bastante el acuerdo de la Providencia.



—Hija mía, hágame vd. favor de un caldito.

—*Pardon, Monsieur, il n'y a pas bouillon*; perdone vd., no hay caldo ahora.

—¿Me hará vd. la gracia de una tacita de té?

—*Pardon, Monsieur, il n'y a pas du feu maintenant*; perdone vd., no hay hambre ahora: es tarde y se han acostado ya los cocineros.

—Tirabeque, hombre, llama á *Jeannette* que traiga el cocimiento ese.

—¿Qué Juaneta ni Juanete, señor, si en toda la mañana he podido dar con ella?

—Toca esa campanilla á ver, hombre.

—Señor, es escusado.... aquí viene ya.

—¿Trae vd. la medicina para el amo?

—*Pardon, Monsieur, c'est le bouillon*.

—¿Qué *bullon* ni qué Cristo, si lo que le toca ahora es la medicina? A ver, á ver.... pero hombre, si esto está como la nieve.... diga vd., señora Juaneta, ¿se enida así á los enfermos en Francia?

—Vé, Pelegrín, vé y caliéntalo tú.

Gracias á que tuve á Tirabeque á mi lado, que sinó fácil hubiera sido que acertára el ciudadano que me envió al otro mundo en el artículo anterior. Semejante asistencia, ó por mejor decir, semejante desasistencia, me movió á dejar tan luego como pude el renombrado *Hotel de France*, y á trasladar nuestras humanidades á la *rue de la Petite Taupe*, casa de *Mr. Bonnin*, destinada casi exclusivamente á hospedage de españoles, dou-

de se obtiene una asistencia de mas confianza y esmero, y mas de casa particular, y donde Tirabeque estaba en grande en razon á que *Mademoiselle Eloyse* en fuerza de asistir á españoles, se entendia con él en español, á pesar de que algunas veces tambien parecia Tirabeque en el modo de producirse, como cuando le decia: «*pardon, Monsieur, que ce tenedor no es el de vd.*»

### ANGULEMA.

Cuatro diligencias salen diariamente de Burdeos á París; dos de la compañía de *Messageries royales* y dos de la de *Laffitte-Caillard*, item más la silla de correo ó *malle-poste*; y el mismo orden se observa vice-versa, de París á Burdeos. Por lo general este es el sistema fijo de comunicaciones entre la capital y los departamentos: cuatro diligencias y un coche-correo salen todos los dias de París para cada capital de departamento, y otras tantas salen cada dia de cada departamento á París, y á veces no bastan para el trasporte de los viajeros: tal es la vida moviliaria de aquel pais (1).

Las ocho y media de la mañana serian cuando nos

---

(1) Escusado será repetir aquí que esto se escribió antes de establecerse en Francia, las líneas férreas generales, tal como la que vá hoy de Bayona á París.

despedimos de los españoles bordeleses nuestros amigos, y al cuarto de hora ya estábamos dando vista al pabellon en que almorzó don Carlos cuando iba camino de Bourges. Pasamos á pie, según costumbre, el ya desierito puente de Cubzac; y volvimos á subir al coche frente al ruinoso castillo de *los cuatro hijos de Aimond*, que ha visto pasar la friolera de veinte y siete siglos. La lectura de algunas obritas y la disección anatómica de un par de pollos suplieron la falta de interés y la poca curiosidad que ofrecen los ocho ó diez pueblecitos que se encuentran hasta llegar á ANGULEMA. Miré el relój, y eran las seis de la tarde.

—Diga vd., mi amo, me preguntó Tirabeque; ¿es esta la patria de aquel buen alhaja que nos llevó á nuestra tierra el año 23 los cien mil amigos?

—¿De quién, del duque de Angulema? No es precisamente su pueblo natal, pero de aqui toma el título.

—Pues entonces no quisiera parar mucho en este pueblo, porque esta gente deberá ser muy realista.

—Lo que serán ahora estos naturales no lo sé, pero si supieras qué realistas tan lindos ha producido en otros tiempos esta ciudad! De aqui fué *Poltrót de Meré*, asesino del duque de Guisa; de aqui fué tambien el famoso *Ravaillac*, asesino de Enrique IV.

—¡Hola, hola, mi amo! Parece que datan ya de algo antiguo estas bromas pesadas con los reyes. Bien hará el hermano Luis Felipe en no venir por esta tierra.

—Pues sábetelo que el bueno de Enrique IV puede de-

cirse que fué el Luis Felipe de aquel tiempo ; porque si este ha tenido *Fieschis* y *Alibeaus* que hayan atentado á su vida, aquel tuvo tambien á *Juan Chatel* y *Pedro Barrera* que intentaron asesinarle antes que *Ravaillac*, al modo que *Jacobo Clemente* asesinó á Enrique III y *Baltasar Gerard* al príncipe de Orange. Solo que todos estos atentados de aquellos tiempos eran nacidos del fanatismo religioso y de las máximas y doctrinas jesuíticas, y los de estos tiempos proceden de una especie de fanatismo político; que en política como en religion hay fanatismo, y uno y otro conducen á los mismos resultados, y no sé cual de los dos será mas peligroso. Pero no creas por eso que Angulema ha producido solamente regicidas y criminales, pues aquí nació tambien el famoso poeta *Balzac*, y la célebre *Margarita de Valois*, hija igualmente de un duque de Angulema, reina de Navarra, y hermana de Francisco I, que fué á Madrid á consolar á su hermano en la prision, y habló á Carlos V. con tal entereza que le obligó á guardar al rey prisionero todas las consideraciones propias de su rango. ¡Oh, amigo! La reina Margarita de Valois fué una reina de mucho provecho: y yo me atrevo á esperar que nuestra Isabel II cuando llegue á la mayor edad fomentará la agricultura, alentará los artistas, protegerá los sábios y embellecerá los pueblos como ella lo hacia. Y no solamente era buena reina, sino tambien una poetisa famosa, como que la llamaron en su tiempo *la décima musa*, y las obras suyas que reco-

piló su ayuda de cámara Juan de la Haya, las tituló «*Margaritas de la Margarita de las Princesas.*»

En esta conversacion íbamos entretenidos cuando nos encontramos subiendo el repecho que conduce á la meseta sobre que está situada la ciudad á una elevacion de 256 pies sobre el *Charente*, que corre al pie de uno de sus arrabales. La vista que se goza desde la muralla y desde el hermoso paseo de Artois es deliciosísima. Desde allí se domina la playa y valle del Anguiena, y los muy justamente celebrados molinos de papel sobre los riachuelos llamados Aguas-claras, el Charran y Boheme. Por lo demas la capital del departamento del Charente, de 15.000 almas de poblacion, no tiene ni hermosas calles, ni edificios notables. Lo mejor que tuvo Angulema para nosotros fué que paramos allí á comer.

No bien habiamos dado principio á esta ocupacion vital, cuando se nos presentaron cuatro filarmónicos, dos de cada sexo, que recorriendo las cuerdas de un arpa, un violín y dos guitarras, comenzaron á recrear los oídos de la comunidad manducante, alternando entre lindas sonatas y alegres cancioncillas, siguiendo después lo que Tirabeque llamaba el «*hagan bien por las benditas ánimas*», que es el platillo que hacen recorrer al rededor de la mesa para que cada hermano se sirva depositar en él lo que á bien tenga; cuyo oficio no ejerce nunca el mas viejo de la compañía lírica, antes bien se encomienda siempre á la mas jóven y mas

agraciada de las musicantes, que no es la parte menos principal de la especulación.

Estas orquestas ambulantes, especies de *murgas* que llamamos en Madrid, son muy comunes en los hoteles y cafés de Francia, y no es raro el ver aparecer en un café á una pseudo-señorita elegantemente alaviada, que con su guitarra colgada del cuello, toca, canta y baila á un tiempo con la mas resuelta marcialidad y desparpajo ante los concurrentes, con la esperanza del producto que le proporcione después el platillo de ánimas que va presentando sobre cada mesa. Al principio todas le parecían á Pelegrín locas, y aun á mí también, pero después llegamos á no hacerles caso, sin que por eso las tuviéramos por mas cuerdas.

Comiendo en Angulema, es de suponer que no nos faltaria el artículo de empanadas de perdiz con eriadillas de tierra, porque este es el renglón de fama de aquella ciudad y país. Solo que nadie pudo entrar de lleno en la cuestión, porque la política y consabida intimación del conductor, «*allons, Messieurs, en voiture, s'il vous plait,*» cerró de repente la sesión manducatoria, y cada hermano se levantó lo mas breve que pudo á ocupar su respectiva plaza en el carruaje.

## POITIERS.

Aunque viniendo de Poitiers á Angulema se encuentran varios pueblos, yendo de Angulema á Poitiers no habia ninguno; y la razon de esta, que parece una paradoja, es muy sencilla, porque á la vuelta los pasamos de dia, y á la ida los pasamos de noche y durmiendo, llegando á esta capital del departamento del Vienne á la hora del desayuno; desayuno que tuvo que limitarse á una taza de té ó de café, pues aunque otra cosa sólida y de más mantener quiera tomar el viajero, como le sucedió á Tirabeque y á algun otro, la empresa de diligencias lo tiene prohibido en el *Hotel de France*, que, como decia muy bien mi Pelegrín, no parece sino que la tal empresa se compone de doctores *Tirteajueras*.

Sin embargo de ser *Poitiers* una poblacion de cerca de veinte y dos mil habitantes, y una de las ciudades mas históricas y mas antiguas de las Galias, antes y despues de la conquista de Julio César, y de tener muchísimos tribunales, establecimientos y corporaciones científicas, industriales, comerciales y literarias, es una ciudad de mucha estension, si, pero de construccion irregular y de no muy bello aspecto. Está situada en una colina pedregosa en la confluen-

cia de los dos rios Clain y Boibre, que la circuyen casi enteramente.

Pasaron los diez minutos, y al coche.

### SANTA CRUZ DE MUDELA.

Seguramente estrañará el lector español, que hallándome en el departamento del Vienne, ó sea en la antigua provincia de *Poitú* de Francia, haya encabezado este artículo con el nombre de una villa de la *Mancha* española. No lo he hecho por otra cosa sino porque al pasar por la ciudad de *Chatellerault* á las cinco leguas de Poitiers, en una pequeña detencion que hicimos pasado el puente, nos salieron al encuentro una porcion de habitantes con cuchillos, puñales, navajas, tijeras y otras garantías españolas, no con el fin de ofendernos con ellas, si no con el de invitarnos á comprarlas; como hacen tambien en *Santa Cruz de Mudela*, al paso de la diligencia. Y es que entre las varias fábricas que hay en aquella ciudad, de encajes, de blanquéos de cera, de tenerías, de armas blancas, etc., hay tambien una muy acreditada de navajas, cuchillos y puñales de diversas formas y caprichosos adornos. Tirabeque se empeñaba en tomar uno de aquellos utensilios, no con otro objeto que con el inocentísimo de picar de cuan-



do en cuando á un hombre gordo que iba en el asiento del medio de la berlina, que además de no hacernos la mejor vecindad asiduamente, se aumentaba la molestia de noche haciendo de nuestros hombros, y mas principalmente del de Tirabeque, centro de gravedad y almohada de descanso de su pesadísima y dormitante corpulencia. Trabajo me costó disuadirle de su punzante pensamiento.

### EL JARDIN DE LA FRANCIA.

Buenas gauas se me escapaban, á mí, Fr. Gerundio, al pasar por el pueblecito de *les Ormes*, de alargarme á la *Haye*, que dista un pequeño paseo, á visitar el sitio en que nació al mundo el gran filósofo de la Francia, *Renato Descartes*: pues si su celebridad movió á la reina Cristina (no á la madre de Isabel II de España, sino á Cristina, reina de Suecia) á enviar un embajador con la esclusiva mision de invitar al filósofo á que le complaciera en ir á su córte, ¿qué extraño es que Fr. Gerundio sintiera no poder visitar el lugar de su nacimiento, teniéndole tan cerca? (1). Pero éntreles vd. á los conductores de

---

(1) Curiosa es la respuesta que dió el hermano *Descartes* al embajador *Chanut* cuando le hizo la invitacion de parte de la reina. «Un

diligencias con proposiciones de entretenerse en visitar pátrias de hombres célebres, cuando no dejan tiempo ni aun para hacer lo que la naturaleza, que manda mas que todos los conductores del mundo, prescribe muchas veces con imperiosa necesidad.

No tuve, pues, mas remedio si no quedarme con las ganas. Continuamos por *Sainte Mauré* y *Montbazou*, y llegamos á las cuatro de la tarde á Tours.

En Tours se come, y se come bien en el *Hotel d'Angleterre*, especialmente en los ramos de volatería y frutas, de que abunda el país. Pero yo no quiero comer, ni quiero detenerme á contemplar la *Calle Real*, que atraviesa la ciudad de un extremo á otro, por mas que sea admirable por su anchura, rectitud y aséo, y por el gusto y uniformidad de sus magníficas casas; ni quiero recorrer sus otras calles, plazas, fuentes y edificios, inclusa la hermosa y ligera catedral gótica; ni quiero ver las ruinas del castillo en que estuvo preso Enrique el Acuchillado; ni me importan los recuerdos de San Martín y de San Grego-

---

hombre (dijo) nacido en los jardines de la Turena, y retirado en una tierra en que hay menos miel que verdad, pero en que acaso hay mas leche que en la tierra prometida á los israelitas, no puede fácilmente resolverse á dejarla para ir á vivir al país de los osos, entre rocas y entre hielos.» Pero á pesar de todo esto, el resultado fué, que vino á acceder á las instancias de la reina, y se fué á Stokolmo, y se pasaba sendas horas con S. M., desde las cinco de la mañana en su biblioteca, y la tierra de los osos no le parecía ya tan áspera.

rio Turonense; ni quiero fijarme ahora en las fábricas de paños, y de cintas, y de gorros, y de grós, y de otras mil manufacturas, inclusas las cuerdas de instrumentos músicos, por mas que tengan fama de ser tan buenas como las de Nápoles. Quiero solo pasar al instante el puente de 1554 pies de largo y 53 de ancho, que tiene sobre el Loire: y tampoco quiero detenerme en él, aunque sea uno de los mejores puentes de Europa, porque lo que quiero es disfrutar todo el tiempo que pueda de la encantadora playa y arrebatadora perspectiva que presentan las dos márgenes del rio por espacio de leguas enteras todo lo largo de la carretera de París.

Quiero gozar del magnífico cuadro que ofrecen esas alamedas alineadas á una y á otra orilla del camino; esas risueñas islas, espesos bosques, y frondosos plantíos que me ocultan la ciudad á la derecha; esa série de colinas que veo á mi izquierda, cubiertas de viñedo y pobladas de árboles frutales, en que se esconden tantas casas de campo, tantas abadías y tantas torres feudales, y esos barcos, que suben y bajan y cortan incesantemente las abundantes aguas de<sup>1</sup> Loire, y toda esta reunion de encantos y bellezas, que con sobrada razon hace llamar la campiña de *Tours* y sus inmediaciones *el jardín de la Francia*.

Dije hablando de la campiña de Burdeos y semejándola en parte á la de Sevilla, que mas adelante vendria otra que haria recordar con mas viveza

la Vega de Granada. En efecto, Granada con su Vega, con su Alhambra, su Albaicin, sus *cármenes* y sus colinas, no deja de parecerse algo á Tours. Pero con dolor y con verdad tiene que confesar un español la ventaja que da á la campiña de Tours el ser regada por un río navegable; su estension de muchas leguas, y la riqueza, gusto y laboriosidad de los habitantes del país. No es extraño que los franceses la elijan para mansion de recreo. y que los ingleses acudan á Tours á gozar y á economizar, porque tiene hasta la ventaja de ser punto donde se vive con economía.

El viajero sintió despedirse de la campiña de Tours al modo que siente un enamorado despedirse de su amada, y quisiera que no viniese nunca la noche, y desearía que sucediera cualquier avería al carruage á trueque de gozar mas tiempo; y embelesado con tan pintoresco panorama, casi se le olvida advertir cuando escribe que *Tours* es la capital del departamento de *Indre y Loire*, y que su poblacion es de unos 24,000 habitantes.

#### AUN PROSIGUE.

Esta deliciosa perspectiva continúa por el espacio de seis leguas, durante el cual se atraviesan los pueblecitos de *Pont de Mont-Louis*, la *Frilliere*, la *Vennerie*, la *Tasserie*, *Sainte-Radegonde*, *Saint-Sympho-*

*rien*, ó por mejor decir, es una continuada poblacion interrumpida de jardines, de viñas, de rocas, de sotos y matorrales, hasta llegar á la ciudad de *Amboise*, que queda sobre la orilla derecha del rio.

Magnífica y bella es lá vista que presenta el castillo de *Amboise*, situado en una colina, máxime si se vé cuando los rayos del sol, próximo á ocultarse, reflejan en su cúpula de cristal. Este castillo sirve de depósito para las piedras de chispa que se sacan de la cantera de Meusne. Hay además en esta ciudad una fábrica de acero y limas, de que se surten todos los establecimientos franceses de artillería. *Amboise* es célebre en la historia por haberse fragado allí la famosa *conspiracion de Amboise* contra los Guisas en 1560, y por las crueles ejecuciones que se siguieron á ella.

La oscuridad de la noche no basta á hacer cesár los encantos de esta entretenida jornada, pues una legua antes de llegar á *Blois*, antigua ciudad sita en forma de anfiteatro en el declive de una colina á la márgen del Loire, se empiezan á descubrir los faroles del largo puente que atraviesa este rio, cuyo resplandor reflejado en las aguas, y aumentado y multiplicado por otra larga série de luces todo lo largo del muelle de la ciudad, que reverberan tambien en las ondas del Loire, semejan un segundo cielo en la tierra, y le hacen al viajero la ilusion de que va á alcanzar las estrellas con la mano, ó que el carruage va á marchar sobre una superficie esmaltada de luceros.

Tampoco cesan los recuerdos de la *conspiración de Amboise*, puesto que en una de las plazas de *Blois* es donde fueron asesinados el duque de Guisa y el cardenal su hermano de orden de Enrique III. Aun se conserva en *Blois* en buen estado un acueducto romano, cortado en peña viva, que atraviesa la ciudad y recibe todas las aguas llovedizas que bajan de las montañas. Su población es de cerca de 15,000 habitantes.

### ORLEANS.

Permítaseme aquí echar un ligero sueño de diligencia: una vez que los pueblos que siguen ofrecen poca importancia y curiosidad. Fuera, sí, reprehensible si pasara por *Orleans* dormido y sin dar cuenta. Sin embargo, ya habíamos parado en la espaciosa plaza de *Martroy*, y Tirabeque aun dormía como un bienaventurado, á pesar de la estrechez y opresión en que le llevaba el hombre corpulento.

—Despierta, Pelegrin, le dije, acompañando el llamamiento verbal con una mamola no nada suave, porque todo se necesitaba para él.

—Oiga vd., señor panzudo, esclamó medio adormitado, creyendo que era el compañero el que le había hecho aquella insinuación: ¿sabe vd. que no me gusta que me manosee ningún francés?

—¿*Monsieur?*

—Pueés, monsieur, monsieur: vds. todo lo componen con monsieur.

—Sosiégate, Pelegrin, que no ha sido el señor, sino yo que he querido despertarte. Y vamos á bajar-nos, porque quiero ver mas de cerea aquella doncella que está allí al extremo de la plaza.

—Señor, no haga vd. calaveradas: ¿doncella y estar en la plaza á las dos de la noche! Por el santo hábito que visto en España, que no diera yo dos *sous* franceses por este doncellage.

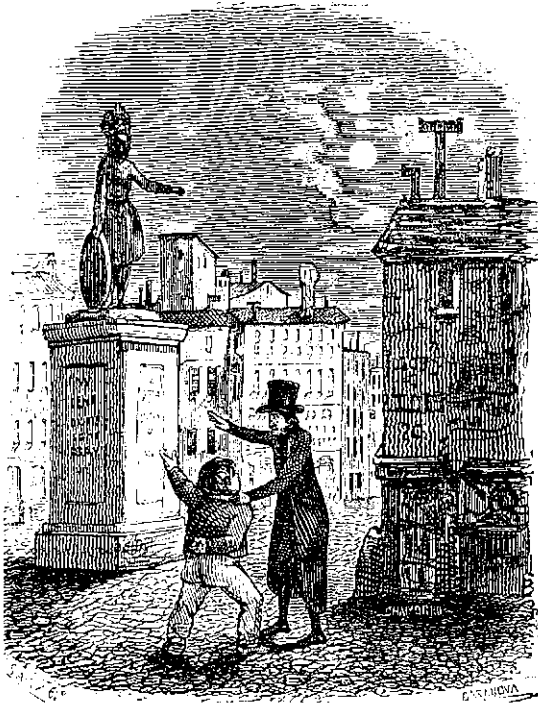
—¿Qué sabes tú, hombre? Pues yo no solo la tengo por doncella, si no por heroina y mártir, y en esto sigo la opinion del abate *Langlet*. Y vamos bajando, que quiero tener el gusto de contemplarla de cerea.

Descendimos, pues, llevando á Tirabeque como á remolque hácia la estremidad oriental de la plaza á favor de una luna como un sol.

—Yo te saludo, dije, *Doncella de Orleans*, immortal heroina, celebérrima *Juana de Arco*, que con un valor inaudito y con una resolucion impropia de tu débil sexo obligaste á los ingleses á levantar el sitio de esta apurada ciudad y pusiste la corona en la cabeza de Carlos VII: yo te saludo, mártir insigne del fanatismo de los obispos y sacerdotes de tu tiempo.....

—Señor, paréceme que no le da á vd. el naipe para requebrar, porque maldito el caso veo que hace de

vd. la muchacha. Vd. no sabe tratar con esta gente: verá vd. como á mí me responde: «hola, chica; ¿qué haces por aquí á estas horas? ¿quieres venirte commi-



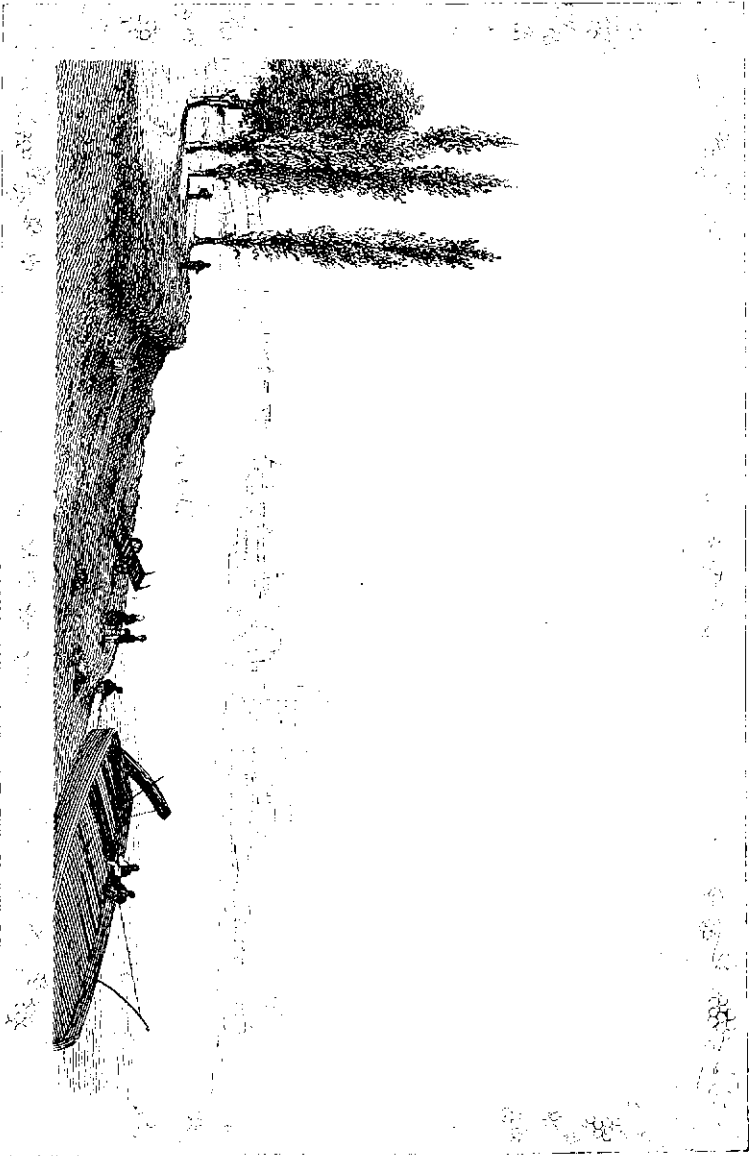
go á París?» Señor, es muda la muchacha, así Dios me salve. »

—Pero, majadero, ¿no conoces todavía que es una estátua de bronce?

—Toma, toma, ¿y para ver uua estátua me despierta vd. y me hace bajar á coger frío?







Un pequeño bote en un momento del día en Santa Lucía, con una de las personas que lo rema.





—Y qué, ¿no merece esta pequeña incomodidad el gusto de ver de cerca la estatua de la *Pucelle ó Doncella de Orleans*, tan célebre en el siglo XV, y cuya historia se ha hecho tan notable, no solo en Francia, si no en el mundo entero?

Volvimos á subir á la diligencia, y á poco rato dejamos la capital del departamento del *Loiret*, con sus 40,000 ó mas habitantes, con sus rios y sus canales, sus fábricas y sus muchos establecimientos, su vasta catedral gótica, su universidad, sus colegios y sus calles tortuosas y mal enlosadas.

### LAS CERCANIAS DE PARIS.

A las campiñas pintorescas de la jornada de *Tours*, suceden al siguiente dia las desagradables y arenosas playas del Orleanés: y fuera de la pequeña ciudad de *Etampes*, cuya posicion á la orilla del *Juine* hace su término mas variado y poblado de árboles y molinos harinosos, todos los demas pueblos que se encuentran, incluso *Arpajon*, *Dongfumeau* y *Berny* (que pertenecen ya al departamento del *Sena-y-Oise*), ofrecen poco atractivo y poco que notar al viajero. El terreno es llano y de labrantío, pero no de la mejor calidad. Las poblaciones, aunque pequeñas, anuncian ya en su gusto y aseo la proximidad á una gran capital, y sobre to-

do se nota un movimiento de carruages de todo género que apenas podrán andarse cien pasos en muchas leguas sin encontrar alguna carruage de transporte de hombres ó de mercancías ó de todo junto. Es una línea que casi no se corta.

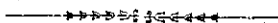
Pero cortémosla nosotros antes de entrar en París, para observar que es tal la seguridad con que se viaja en Francia, lo mismo de noche que de día, y tal la confianza que se lleva, que ni siquiera viene á la imaginación el pensamiento de poder ser asaltado ó robado. En los pueblos donde parten las diligencias y coches



del correo se ve de público cargar los sacos de dinero; sin embargo se emprende la marcha de noche y sin escolta, y á nadie le ocurre la posibilidad de un robo: puede decirse que no se conocen los ladrones sino porque hay una palabra en el diccionario para significarlos. De trecho en trecho ó de distancia en distancia

encuentra el viajero un par de gendarmes á caballo que recorren y vigilan los caminos; pero pienso que pocas batallas se les ofrecerá sostener con los salteadores.

Las dos y media de la tarde serian cuando, pintado el asombro en el semblante de Tirabeque y la viva curiosidad en el de su amo Fr. Gerundio, hicieron los dos exclaustrados su entrada pública en la capital del reino de los franceses, cosa que no habia sucedido jamás hasta aquel dia en medio de tantas novedades como ocurren diariamente en París.



# PARÍS.

---

## PRIMERA DIFICULTAD.

«Pretension exajerada parecería, y sería lo en efecto, la de querer bosquejar el inmenso cuadro que bajo todos títulos ofrece la capital de Francia, reducido á las mínimas dimensiones de unos apuntes de viaje....» Así encabeza *El Curioso Parlante* su primer artículo de PARIS en los *curiosos y bien parlados apuntes* que con el título de *Recuerdos de Viaje* no há mucho ha publicado.

Y yo Fr. Gerundio que tambien *curioséo, parlo, apunto y recuerdo* á mi gerundiano modo las impresiones y observaciones de viaje que he podido á duras penas retener en esta potencia que llaman *memoria*, y que el *Padre Astete*, no sé por qué capricho, colocó la primera en terna de las del alma, debiendo ser la última, á guisa de director general que propone en primer



lugar para un destino á su pariente ó ahijado aunque sea el menos acreedor de los de la terna: digo que yo Fr. Gerundio, al llegar á la populosa capital de la populosa Francia, no solamente reconozco como el *Curioso Parlante* la dificultad, dado que no sea imposibilidad, de encerrar en las estrechas dimensiones de unas memorias de viaje el bosquejo del inmenso cuadro que bajo todos títulos ofrece aquella vastísima poblacion, sino que (con franqueza y humildad sea dicho) he estado mucho tiempo dudoso, incierto, irresoluto, vacilante y perplejo sin saber por dónde empezar, sin saber por dónde entrar en París, que no es lo mismo entrar en un pueblo metido en una diligencia tirada por cinco robustos normandos que entrar con la pluma haciendo letras que se han de volver de molde.

Lo primero es muy fácil, lo segundo se lo doy al mas guapo y al mas pintado, cuanto mas á un Fr. Gerundio que ni es guapo ni entiende de pintarse ni de pintar.

¿Por dónde entraré, decia yo, en ese receptáculo de siete leguas de circunferencia, en cuyo ámbito bullen y hormiguean cerca de un millon de pecadores? ¿En esa ciudad gigante, que orgullosa y soberbia con ser la primera del mundo en establecimientos literarios y científicos, en la variedad y belleza de los monumentos públicos, en el gusto y elegancia de los objetos de lujo y adorno de la industria y las artes, se humilla con repugnancia á ser la segunda de Europa en pobla-

cion, y la cuarta en la estension de territorio? ¿En un pueblo, que en su ambicion, ya que no pueda abarcar la Europa entera dentro de su recinto, ya que no pueda sujetarla á París en lo material como estuvo á pique de conseguirlo en lo formal aquel otro gigante conquistador que no cabia en París ni en Francia (1), ha querido hacerse la ilusion de tener á la Europa dentro de sus muros, construyendo una plaza titulada de *Europa*, donde van á desembocar las calles de *París*, de *Berlin*, de *Viena*, de *San Petersburgo*, de *Stocolmo*, de *Lóndres*, de *Madrid*, y de *Nápoles*: cruzadas por las de *Constantinopla*, de *Roma*, de *Lisboa*, de *Hamburgo*, y de *Amsterdam*, sirviéndoles de retaguardia las de *Venecia*, de *Milan*, de *Florenzia*, y de *Mesina*? ¿Por dónde daré yo principio á hablar de un pueblo en que parece que cansado el Dios de las alturas de llover sobre la tierra agua, nieve y granizo, y otras cosas ordinarias, abrió un dia la mano y derramó sobre los campos donde existió *Lutetia* una granizada de palacios, templos, basílicas, muséos, academias, hospicios, hospitales, bibliotecas, estátuas, jardines, teatros, y todo género y especie de monumentos, como diciendo: «ahí tienes, mortal, donde estudiar toda la vida, y si te mueres de viejo y vuelves á nacer, vuelve tambien á estudiar ahí, que todavía encontrarás alguna nueva leccion.» ¿Por dón-

---

(1) Napoleon.

de principiar á describir un pueblo por cuyo recinto circulan cada día 22,000 carruages con 30,000 caballos, ó 120,000 pies de caballo como diria un portugués? ¿Qué he de decir yo de un pueblo que tiene 30,000 casas, y en que nacen cada año 30,000 ciudadanos al mundo? ¿Por dónde entro yo en una poblacion que se engulle 72,000 bueyes, 16,000 vacas, 74,000 terneras, 365,000 carneros, y 87,000 puercos al año?

Con esta primera y no menguada dificultad estaba batallando, yo Fr. Gerundio de Campazas y del primero de los Carabancheles, cuando con aire de resolucion y de marcialidad tomó Tirabeque la palabra y dijo:

—Señor, déjese vd. de dificultades, y entremos francamente y sin reparo, y yo delante si es menester, por el *Puente Nuevo*, que por alli entramos cuando entramos de veras, sin que nadie se metiera con nosotros, y vaya vd. diciendo lo que se le venga á la mano, y yo delante si vd. quiere, que de todos modos más ha de ser lo que tendremos que callar que lo que podamos decir, y el que quiera verlo todo, que abra la *garbeta* ó el *pulpitre*, y vaya á la casa de postas, y tome de berlina ó de interior, lo que más le acomode, y haga su maletilla....

—Basta, basta, Pelegrin, le dije.

Y alentado con sus justas observaciones, y convencido de la imposibilidad de describir ni científica ni estensamente una poblacion casi indescriptible de suyo, y mucho mas indescriptible por la escasez de las

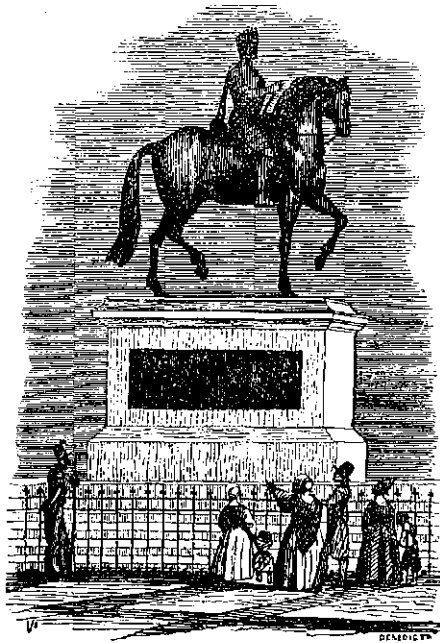
fuerzas y de los conocimientos gerundianos, é incompatible tambien con la naturaleza de una breve reseña y ligeros apuntes de viaje, parecióme que cumplia con la obligacion que como viajero me habia impuesto de pagar un tributo á mi patria y á mis compatriotas trasladando al papel las observaciones que me sujirieron mis gerundianos limitadísimos talentos, y me decidí, siguiendo el consejo de Tirabeque, á entrar en París con la pluma por el mismo sitio que lo habia hecho en ruedas de la diligencia.

### PRIMERAS IMPRESIONES.

Tambien es dificultad el pintar las primeras impresiones que recibe un viajero novicio al entrar por primera vez en París. Por de contado no se la causó muy agradable á Tirabeque el saber que entrábamos por la barrera del *Inferno*, antes lo tuvo por siño algo siniestro y aciago. Ni es tampoco muy grato para el extranjero que va ávido de bellezas, el largo tránsito de calles húmedas, sucias y sombrías que se atraviesan (porque es de saber que la entrada mas ingrata que tiene París es la que se hace yendo de España) hasta llegar al *Pont-Neuf*, que muchos viajeros traducen *Puente Nuevo*, y debe ser *Puente Nueve*, así llamado porque tiene nueve salidas. y mal pudiera denominarse *Puente*

*Nuevo* al que se principió en 1578 y se concluyó en 1609.

Allí ya se empiezan á sentir impresiones de otro carácter, y mas si, como frecuentemente acontece, el encuentro no interrumpido de carruages obliga á hacer sobre el puente una pequeña detencion, y si por casualidad se va en compañía de algun conoecedor que pueda decir: «esta estatua ecuestre de bronce que tenemos á



nuestra izquierda sobre el puente mismo, es la de Enrique IV; de aquel famoso rey que tenia por una de

sus máximas favoritas el llegar á poner la Francia en tal estado que al mas miserable francés no le faltára una gallina para el puchero en cada día de fiesta, y lo consiguió. Ya veis que estamos sobre el *Sena* que atraviesa á París y le divide en dos grandes partes, aunque desiguales: tended la vista por sus aguas, ved las pequeñas embarcaciones que las surcan y los magníficos establecimientos de baños que decoran sus orillas. ¿Veis aquellos ramales que forma su corriente, dejando aisladas una porcion de casas y calles? Pues esas son las islas de *Louvier*, de *San Luis* y de la *Cité*. Reparad en tantos y tan elegantes y variados puentes como cruzan el Sena: ahí teneis el puente *Maria*, el de *Tournelle*, el de *Arcole*, el de *las Artes*, el de *Notre-Dame*, el de *Napoleon*, el de *Austerlitz*, el de *Tullerías*.... he aquí á la izquierda el *palacio de Tullerías*....»

Al oír esto se acabó la paciencia y el silencio de Tirabeque: ya no tuvo calma para mirar al *Instituto de Francia*, al *Hotel de Ville*, á las torres de la catedral de *Notre-Dame*, y otros edificios notables que nos enseñaba la mano de nuestro atento compañero!

—¿Con que ese es el *Palacio de las Tullerías*? exclamó: ¿con que ahí es donde habita mi amigo Luis Felipe?

—Ah, ¿es vuestro amigo? le preguntó el francés.

—¡Oh! mucho, mucho, contestaba Pelegrin: íntimos, muy íntimos; uña y carne.

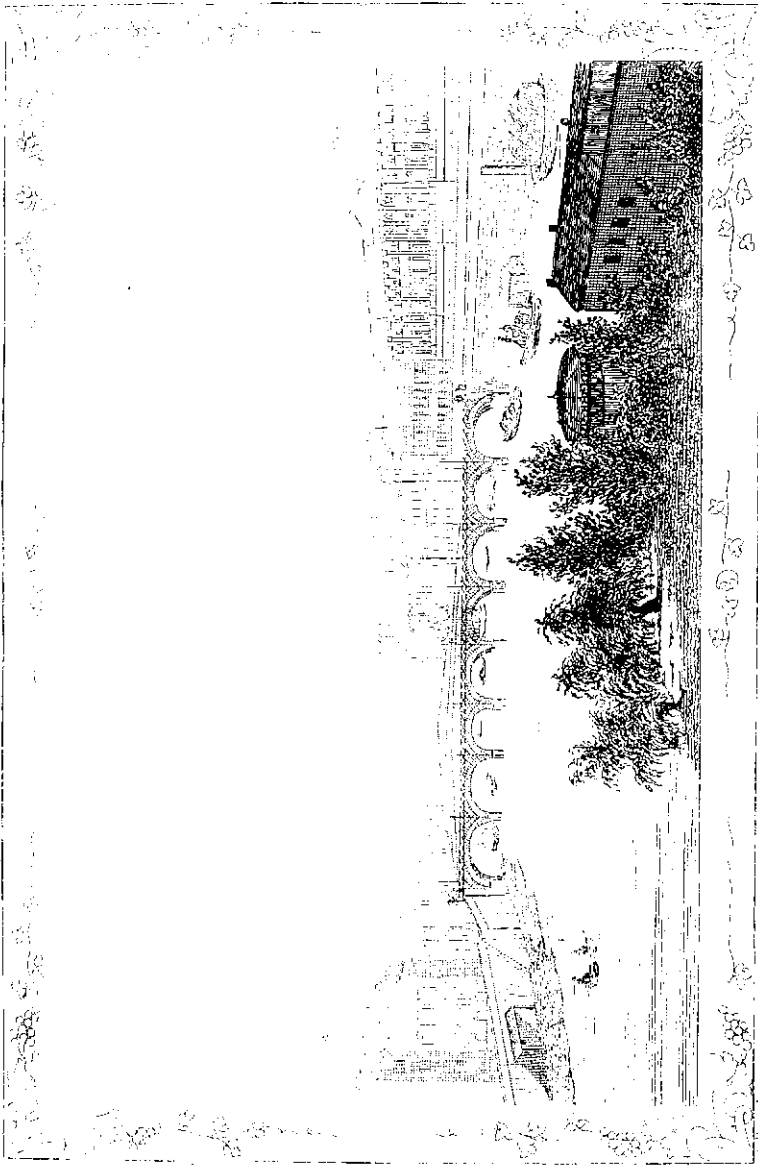
Mirábale el otro sorprendido, como quien no se







PARÍS.



Una vista que se toma: sobre el *Senar*, que atañese a *St. Germs y le Grand*, en dos grandes puentes que se ven desde aquí.



habia figurado nunca que iba en compañía de un sujeto de tan altas relaciones; yo me sonreí, el carruaje echó á andar, y el ruido impidió á Tirabeque dar mas esplicaciones, cosa de que me alegré no poco; y atravesando todavía algunas docenas de calles, dimos fondo en la de *Notre-Dame des Victoires*, punto de partida y paradero de las *Mensagerías reales*.

#### PRIMERA Y SEGUNDA DILIGENCIA.

La primera diligencia del recién llegado á París, como del recién llegado á Roma, ó á Copenhague, ó á Medida-Sidonia, es buscar donde albergarse, y la segunda buscar donde yantar. Porque supongo que el viajero no es ningun *agropollita* que more y duerma en los campos, ni ningun camaleon que se mantenga del aire. Esto último debe ser cosa imposible cuando no lo han conseguido los cesantes de España. Con tan plausible motivo aprovecharé la ocasion para hablar en este capítulo de los *Hoteles* y los *Restaurants*, dos familias muy largas y muy conocidas en París, y con las cuales todo extranjero tiene por precision que entablar relaciones diarias y de la mayor intimidad.

La eleccion de *hotel* en París supone ó debe suponer al menos, una séria consulta y un avance bien calculado sobre las fuerzas bursátiles de cada elec-

tor, porque de entre centenares de *hoteles*, ó sea fondas ó alojamientos, que tiene á escoger, los hallará desde 50 frs. (200 rs.) por día, hasta la humilde pesetuela, en lo cual no entra, por supuesto, como anteriormente llevo indicado, ni el alimento, ni la luz, ni el fuego, ni el servicio ó asistencia, ni mas que pura y netamente el cuarto y la cama.

El español que haya tenido la desgracia de ser ministro de Hacienda, ó director de rentas, ó del tesoro, ó intendente militar, ó arrendatario de sal, tabacos ó aguardientes, ó monopolista de bolsa, ó de cualquier modo haya intervenido en alguno de los infinitos *agios-ó-téos* de esta última década de años, puede muy bien alojarse en el hotel *Meurice*, calle de San Honorato, ó en el de *l'Amirauté*, calle nueva de San Agustín, ó en el *d'Angleterre*, calle de *Las hijas de Santo Tomás*, ó en el de *Wagram*, calle de la Paz, ó en el de *Londres*, plaza de Vandome, ó en el de *Castille*, calle de Richelieu, ó en cualquier otro de los muchos que hay de esta categoría. Pero el que haya tenido la fortuna de no ser mas que pagano, y hacer puestas y llevar codillos en el roscambor gubernamental que hace los mismos años que se juega en España, tiene que acomodarse en alguno de los infinitos adecuados á la *feliz medianía* que decia Horacio Flaco; que, como sentencia de un *Flaco* se mira ciertamente ahora el hacer consistir en eso la felicidad.

La eleccion de *restaurants*, ó restauradores, que asi se llaman los establecimientos donde se va á comer, debe igualmente estar en razon directa del estado de los fondos particulares del elector manducante. Desde el *infimum* de 26 sueldos por comida, por cuyo precio obtiene el candidato una sopa, tres platos y un postre (y además una media botella de vino si su gastronómica prodigalidad se quiere estender á los 30 sueldos) hasta los 20, 30, 40, y mas francos (que no son todavía *máximum*, porque el *máximum* es indefinido), puede todo ciudadano acomodar sus cálculos de bucólica á la que mas le plazca de las escalas intermedias.

Si el prudente lector no pudiese juzgar bastante por sí solo que será una comida de 26 sueldos, le diria que hay una comedia francesa titulada: «*Le diner á sous*: La comida á 32 sous»: y si la comida de 32 ha dado argumento para un drama festivo de costumbres, calcúle el entendido lo que podrá ser una de 26.

La aristocracia metalúrgica (única, y sea dicho de paso, que vá quedando en el dia) puede escojer entre el restaurant de *Lenglen*, calle de Richelieu, el de *Véry* en el Palais Royal, el de *Pedron*, en el boulevard Montmartre, el de *Cadran Bleu*, en el del Templo, el *Rocher-Cancalle*, calle de Montorgueil, *les Vendanges de Bourgogne*, hácia el canal de San Martin. Y el que quiera disfrutar de la belleza de unos salones ricos y

untuosos sin igual, que vaya al *Café inglés*, ó al de *Foi*, ó al de los *Hermanos Provenzales*, al lado del Pasage *Perron*. Pero que no se queje después si la temperatura de su bolsa, que iba á los 30°, se pone á los 13 bajo 0, nivelándose con el frío comun y ordinario en los inviernos de Rusia. De mas humilde escala son el del *Cardenal*, el de *Paris*, el café *Poissonnière*, el de la *Cité* y otros, y sin embargo, acacee que un penitente entra en ellos á tomar una ligera refaccion ó desayuno, y le sale un medio pollo al precio moderado de seis francos, ó *restaura* sus fuerzas con una chuleta, un gajito de uvas y la mitad de una botella de Burdeos por la miseria de siete francos y sesenta céntimos.

El extranjero que vaya con ánimo de estudiar algo las costumbres de París y no lleve la estúpida pretension de lucirse, porque en París la mas necia de las ideas que pueden ocurrir al extranjero es la de hacerse notable por semejantes vías, debe adoptar una especie de sistema de partida doble para comer. Me esplicaré, porque á la verdad, la metáfora no es del todo clara que digamos. Quiero decir, que debe seguirse un sistema ordinario y otro extraordinario: éste para ir recorriendo en dias de humor las diferentes escalas de *restaurants*, á fin de experimentar de todo, y el otro para la prudente economía de una vida metódica y arreglada á los preceptos de la higie-ne, y á la prevision de las otras cien mil necesidades

con que hay que contar en París, todas ellas de mayor cuantía que la del alimento diario: pues si en todas partes es cierto que, «*non de solo pane vivit homo,*» en París tiene un grado de certeza que aturde. Por eso el *restaurant* nuestro de cada día puede ser muy bien de aquellos de entre dos y medio y cinco francos comida; precio y gasto que ni resiente la decadencia social, ni ocasiona quiebra á un presupuesto módico, ni se opono á los preceptos higiénicos, ni produce querellas de parte de los órganos estomacales, como no sean órganos de estómago de Epulon.

Nosotros fuímos el primer día á uno de los de esta clase en *Palais Royal*. O los franceses, cuando comen, no ven mas que la vianda, ó deben estar muy acostumbrados á ver gente embaucada, una vez que no repararon en la actitud de estupefaccion que tomó Tirabeque al entrar en aquel salon sin paredes, como él decia, por estar todas cubiertas de magníficos espejos, sin dejar mas espacio que el que ocupaban las columnas doradas que median entre uno y otro.

—Señor, me decia, este comedor no tiene fin: yo veo lo menos tres mil personas, y todavía no se divisa el remate.

—Calla, simple le dije; ¿no conoces que eso consiste en la multiplicacion de los objetos que se verifica por la refraccion de la luz en los espejos? Pues para eso no se necesitan grandes conocimientos de óp-

tica. Por lo demás no es mas que un salou regular, y las personas que hay en él no pasarán de 200.

Sentámonos á una de las pocas mesas que habia vacantes, y en el momento se nos presentó un *garçon* preguntando: *¿quel potage desirez vous, Monsieur?*

—¿Cómo es eso de *potage*? replicó Tirabeque: pues qué, ¿se come aquí de viernes?

—No, hombre, le respondí yo; *potage* llaman aquí á la sopa.

—Pues señor, bueno irá ello cuando empiezan cambiando los nombres de las viandas. ¿Y qué sé yo qué casta de sopas tienen estos hombres?

—Mira, este librito que ves sobre cada mesa forrado en tafílete contiene el catálogo de artículos que se encuentran en el establecimiento: ábrele, y elige de entre ellos la sopa, y los cuatro ó cinco platos que se dán, aquellos que sean mas de tu gusto.

Abrió Tirabeque *la carte*, que así se llama el tal prontuario, y empezó á leer: «*Potages: au riz, au vermicelle, aux choux, á la julienne, á la condé...*»

—Señor, quédeme yo sin probar bocado si conozco una sola de estas sopas: que traigan esta *juliana*, que por mala que sea no me disgusta su nombre.

—*Julienne, garçon.*

—*Bien Monsieur, bien.*

—Ahora, Pelegrin, ves pensando en lo demás que has de pedir.



—Señor, aquí veo en los HORS-D' OEUVRES, *beurre et radis, artichaux andouillete à la purée, saucisses à la choucroute...* y aquí en las ENTRADAS encuentro *gigot braisé aux jus...* Señor, *gigote abrasando*, que lo comen ellos los muy judíos: ¡toma, toma! mire vd. lo que hay aquí entre los entremeses, *asperges à la sauce et à l'huile; asperges en petits pois*; efectivamente, mi amo, que no se armarán malos entremeses en la comida si andan los *asperges*.

—Pero necio, si *asperges* son espárragos.

—Vaya, vaya, mi amo, mejor será que pida vd., porque sino me temo mucho que hagamos una de lego bárbaro.

Así tuve que hacerlo. A cada plato que pedía respondía infaliblemente el *garçon* con el mayor agasajo y coquetería; «*bien, Monsieur, bien.*» Cada plato que nos llevaba era seguido de un «*le voilà, Messieurs,*» pronunciado con acento de satisfacción y de servicialismo, como quien dice: «vean vds, como les he complacido.»

—¿No te encanta, Pelegrín, le decía yo á mi lego, la dulce amabilidad, la obsequiosidad mimosa de estos garzones comparada con el árido despego y el brusco «*quítrate allá*» de los sirvientes españoles?

—Señor, malo es aquello, me contestaba, porque los de allá en lugar de atraer como el imán, despiden como el erizo, pero la de estos es ya una lagotería, una zalamería que revienta un poco.

Como unas ochenta mesas ocupadas por triple número de concurrentes habria en el salon. Esto en España supondria una animacion y bullicio capaz de producir una cefalalgia horrorosa. En Francia no se oye mas ruido que el de la vagilla y alguna otra conversacion cuasi á *sotto voce*. Los españoles cuando vamos á comer, especialmente en establecimientos públicos, vamos tambien á hablar, vamos á gozar y bromear con los amigos: los franceses cuando van á comer van á comer: llenan su objeto y se marchan. Contribuye tambien mucho á esto la prohibicion de fumar en los *restaurants*, que es el postre mas grato de las reuniones de confianza.

Concurren á comer á los restauradores lo mismo hombres que señoras; y familias enteras establecidas y avecindadas asisten diariamente á comer al restaurador. Desde las cuatro y media de la tarde hasta las siete es un incesante relevo de concurrentes; y puede muy bien calcularse que el número de los que comen diariamente en París en los *restauradores* no baja de *cuatrocientas mil* personas.

### PALAIS ROYAL.

Regularmente el primer punto de París que visita el extranjero recién llegado es el *Palais Royal*, del cual apenas habrá español que sepa leer, que ó no

haya oído hablar ó no le haya visto escrito, pero que al propio tiempo apenas tiene idea de lo que es sino el que ha tenido la proporcion de verle con sus ojos y pasarle con sus plantas.

El *Palacio Real* era un antiguo palacio edificado por el Cardenal de Richelieu, el cual le cedió en su testamento al rey Luis XIII. Luis XIV que habia fijado en él su residencia, lo cedió posteriormente á Felipe de Orleans, su hermano, desde cuya época ha sido siempre propiedad de los duques de Orleans, y por consiguiente lo es hoy de la familia de Luis Felipe. En tiempo de la república le dieron el nombre de *Palacio de la Igualdad* y palacio del *Tribunato*. En 1778 se hallaba el duque de Orleans, poco mas ó menos, tan lucido como se halla hoy la nacion española, es decir tan sobrado de deudas como escaso de recursos; en tan apuradilla situacion el hermano de madame *Genlis*, autora de *Las Veladas de la Quinta*, y aya que fué de Luis Felipe, le aconsejó que construyese una manzana de magníficas casas alrededor del jardin de su palacio, con objeto de beneficiar su producto. Así lo hizo, y resultó unida al palacio una soberbia finca la mas productiva del mundo. En la parte de palacio fué donde hizo su primera mansion temporal la reina Cristina de España cuando se nos largó renunciando la Regencia, amostazada de que la nacion se empeñase en querer lo que ella no quería.

Pero lo admirable de *Palais Royal* no es el pala-

cio propiamente dicho, aunque ostentoso y acaso el mas regular de París. Lo admirable es lo que no es palacio, y pertenece, digámoslo asi, al público. Cuatro galerías de piedra de doscientas arcadas alumbradas de noche con otros tantos mucheros de gas, forman un paralelógramo prolongado cuyos lados tienen un cuarto de legua de longitud. Hállase comprendido en las arcadas un jardín de 817 piés de largo por 350 de ancho, adornado de calles de tilos; en el medio una fuente con un surtidor de canastillo; y á los lados dos elegantes pabellones de verde césped. Detrás de estas cuatro galerías está otra galería llamada *la galerie vitrée*, por estar toda cubierta de cristales, ancha, espaciosa, magnífica, que con frecuencia sirve de *rendez-vous* ó punto de cita para los forasteros y aun para los mismos parisienses. Y todas cinco galerías, lo mismo que el jardín, sirven de paseo á una inmensa afluencia de gentes que de dia y de noche llenan aquel magnífico recinto.

El lujo de las tiendas que las decoran todo en rededor escede á lo que la pluma puede describir, y con razon se aplica á *Palais Royal* el nombre mas grandioso que pudiera discurrirse, llamándole antonomásticamente *la capital de Paris*. Es una ciudad pequeña y de lujo embutida en el corazon de otra ciudad grande. Confinado á *Palais Royal* el mas caprichoso potentado, con prohibicion de salir de aquel recinto, pudiera decir que habitaba la cárcel mas deliciosa del mundo, y

difícilmente alcanzaría á inventar la imaginacion mas fecunda y apetitosa género alguno de capricho que no pudiera satisfacerse sin salir de aquella dorada prision. Si su gusto se pronunciaba por los artefactos de oro, plata y pedrería, menester fuera, por rico que se le suponga al prisionero, que llamára en su auxilio á los ciudadanos Creso y Pluto para que le ayudáran á agotar aquellas tiendas-almacenes. Si su capricho se declaraba por las imitaciones de aquellos preciosos metales, allí tenia donde surtirse á placer de todo lo mas prodigioso, y de mas gusto y elegancia á que han podido llegar los adelantos de la industria en la capital mas inventiva del orbe en este género. Si le daba por ser hombre de modas, y de afeites y remilgos, y por apurar los recursos de la filocomía y la compsiología, las modistas, y los comerciantes, y los peluqueros, y los cosmetistas de casa se le agruparian en torno y le harian ver que ni él ni su familia y dependencias de ambos sexos, aunque fueran mas que los de Egipto, eran bastantes á agotar sus repuestos, ni los recursos de su creacion. Si queria sastres, la dificultad estaria en saber á quién dar la preferencia; y si gustaba proveerse de ropas trabajadas, docenas de judíos de una y otra galería le confundirian con piezas de cuantas especies podria desear.

Si por el contrario, le dominaba la afición á la lectura, librerías y gabinetes tenia en que escoger: si era aficionado á discusiones sábias é instructivas, allí tenia

sociedades científicas y literarias donde poder saciar su filosófica inclinacion. Si era gastrónomo, todo el día de Dios podia andarse de restaurador en restaurador, y aun le faltaria tiempo para recorrerlos todos y buche donde almacenar, de lo ordinario ó de lo esquisito, lo que mas le placiera; y si el cuerpo le pedía alternar entre las bebidas heladas y las espirituosas, entre calés y tiendas de ultramarinos, tenia para ello la mas hermosa proporcion. Si gustaba de pasear á cubierto, nada mas apropósito que la galería de cristal; si en paseo de medio abrigo, allí están las galerías arcadas: si disfrutando de jardín, nada mas fácil; y si queria gozar del aire libre y sin estorbo, no tenia sino salir al hermoso terraplen adornado de jarros y de flores que descansa sobre una bella columnata del átrio de honor.

¿Era acaso aficionado á teatros? Pues bien, se le consultaria el género que mas le agradára. Si era el trágico ó el cómico sublime, solo le costaba bajar unas escaleras, y metiéndose en el *Teatro francés* tendria el gusto de ver á *Mademoiselle Rachel* ejecutar los *Horacios*; ó á *Mademoiselle Maxime* hacer la *Phedra*; ó á *Mademoiselle Pléssy* representar *Un matrimonio en tiempo de Luis XV*, y nada podria quedarle que desear. ¿Quería cosa mas alegre? Poco le costaba ir al otro estremo y entrar en el teatro llamado de *Palais Royal*, y veria á *Toussez* hacer *La sœur de Jocrisse*, ó el vaudeville de *Judit y Holofernes* á *Derval*. ¿Tenia niños y

quería divertirlos? Pues bien, al otro lado está el teatro de *Seraphin*, y se divertirían á su placer los angelitos con las figuras de movimiento y las sombras chinecas, y es seguro que no se acordarian de dar una molestia á su mamá. Y si por último quisiese satisfacer un capricho extravagante, debajo de una galería está el *Teatro de los ciegos*; éntre en aquel subterráneo, y verá salir al *hombre salvaje* á repiquetear los timbales vestido de indio, oirá las habilidades de un ventrilocuo, hallará una mozueta estropeando lastimosamente el papel de María Teresa de Austria, y disfrutará de una orquesta compuesta de ocho ciegos que no hay mas que pedir, y ya lo quisieran ellos ver.

Ultimamente, si mas caprichos tuviera el ilustre desterrado que supongo, más podría satisfacer sin salir del *Palais Royal*. Tirabeque se me encantaba cada vez que le llevaba allí; andaba de tienda en tienda con la boca abierta; y no sé qué aire innegable de españolismo era el que llevaba siempre, que mas de una vez, sin que él hubiera desplegado la boca se le acercó uno de aquellos judíos roperos preguntándole: «Siñor, ¿quiere osté comprarme una livita bien hecha?» Franqueza que á él no le acomodaba mucho, y lo ponía á pique de alterar la tranquilidad de *Palais Royal*.

## LOS BOULEVARTS.

—¡Pero hombre, y aquellos BOULEVARTS!

He aquí una exclamación de ordenanza cada vez que rueda la conversación sobre las bellezas de París.

—¿Y qué son los *boulevarts*?

He aquí la pregunta que sigue infaliblemente á aquella admiración, si hay en el corro alguno que no haya visitado la capital de Francia. La pregunta es sencilla, la respuesta no lo es tanto.

Pero en fin, figúrese el lector una anchísima calle semi-circular colocada casi en el centro de la población; de una legua de longitud, que no habrá menos espacio desde el templo de la Magdalena hasta la plaza de la Bastilla; poblada de altísimas casas, adornada de corpulentos árboles en sus dos orillas, si bien muchos de ellos fueron víctimas de la revolución de julio (sin duda porque los franceses en su revolucionaria sagacidad descubrieron que eran enemigos de la Carta), y no se han vuelto á reponer; cuyas hileras dividen la calzada del medio (por donde pudieran marchar desahogadamente seis coches á la par) de las aceras de los lados (*trottoirs*), anchas como de seis ú ocho varas, y hechas no de baldosa como las de España, sino de asfalto, especie de betun sólido y negruzco,



que se derretiría con los calores del estío en las regiones meridionales, pero que allí resiste bien al calor y constituye un pavimento mas igual, mas suave y mas cómodo que el de nuestros embaldosados.

Imagínese una calle por cuyo centro giran en movimiento continuo centenares de carruages, amen de otros centenares que yacen en quietud esperando quien los ajuste á la hora ó por carreras para partir con la velocidad del rayo.

Figúrese que está viendo discurrir á todas las horas del día y de la noche por sus anchas aceras de betun dos hormigueros de gente que se disputan dos palmos de terreno, donde ir colocando los ambulativos para poder marchar culebreando, sin que por eso se pueda evitar los continuados roces y refregones.

Supóngase que está viendo dos paredes de cristales de 5.500 metros de estension, que tal semeja la cristalería apenas interrumpida de las tiendas mas lujosas y mas elegantes del mundo, dispuestas con tal arte, con tan delicada coquetería, con tan refinado y mimoso estudio para lisonjear el gusto (*flatter*), para robar la atencion y captar la curiosidad y arrebatarse las miradas, que el indiferente como el curioso, el experimentado como el sencillo, no hay nadie que no se sienta atraído como por un imán, como por el influjo oculto de una sirena.

Y á fé que no es broma esto de la sirena, pues

detrás de los cristales de cada puerta, bien de almacén ó de tienda, bien de modista ó de relojería, bien de bastonero ó de fabricante de calzado, esté seguro el transeunte que atisbará una ó muchas sirenas, que vestidas con estudiada sencillez y ataviadas con modesto aliño, ostentan sus gracias detrás de un mostrador, y reservan otras para cuando se abre la portezuela de cristal. ¡Guay del Ulises que llegue á traspasar aquellos umbrales sin taparse con cera los oídos! ¡Pobre del Telémaco que se acerque incauto á aquellas Calipsos sin un Mentor que le agarre de un brazo y le chehe á la calle cuando empiece á sentirse encantado!

Sin embargo, no se crea que los encantos de las ninfas de mostrador se dirigen á otro blanco que al bolsillo del individuo: en cuanto á éste, téngase por cierto que el ciudadano que éntre en una tienda y logre sacarle íntegro, merece la patente de héroe. Escusado le es alegar que no ha llevado ánimo de comprar un artículo sino solamente de informarse de su existencia; la sirena le convencerá muy melodiosamente de que es una equivocacion que padece, y le dará tales razones que el hombre se creerá obligado á no marcharse sin el artículo. En vano objetará que no es el género de su gusto; con dulces argumentos le hará ver la sirena que lo es, y tanto que parece hecho por encargo suyo particular: si achaca no llevar dinero, se le hará creer que lo lleva, ó que no debe llevarlo,

puesto que no lo necesita para disponer de todo el almacén: si insinúa parecerle caro, llegará á persuadirse que debe dar un *plus* sobre lo pedido para evitar la pérdida que sufre madama por su excesiva amabilidad para con él: tal cosa le será presentada que desecha-



rá desde luego por inútil y supérflua, pero esté cierto de que no saldrá á la calle sin un convencimiento íntimo de que ha adquirido el dije de mas absoluta necesidad para la vida, y harán creer á un militar que no puede ser buen guerrero sin un canesú de señora, y á un escritor de crónicas antiguas que no podrá dar una

plumada sin llevarse unas tijeras de bordar. Muchas veces acaece salir un prójimo de una tienda encantada felicitándose de no haber caído en la tentación, y al regresar á su domicilio se encuentra con *Mademoiselle* que le espera con un envoltorio de los artículos á que mas parecia inclinarse: todos los habia comprado sin saberlo. Si son pañuelos de la mano, se los llevarán hechos, porque han previsto que un hombre, y extranjero ademas, no tendrá facilmente quien le haga los dobladillos: si es papel, se lo entregarán timbrado con sus iniciales, sin aumentar por eso el precio de la mercancía. Se necesita ser un Neron del país para dar una repulsa á tanta fineza: un español prefiere con conocimiento sufrir estos dulces y artificiosos ataques de bolsillo á desmentir en ninguna ocasion la galantería española.

Reconozco el ardíd. lo siento y pago.

No se entrará en un comercio sin que apenas llegado le suplique una graciosa beldad que se tome la molestia de sentarse, ni se saldrá de un almacén sin que un atento dependiente le acompañe hasta la puerta y le despida obsequioso. Si la entereza y la heroicidad llega á tal punto que absolutamente no se haga mercado, le dirán con la mayor amabilidad: «siento en el alma no haber acertado á complacer á vd.; en otra

ocasion seré mas afortunada; yo suplico á vd. que este no sea un motivo para que olvide el establecimiento, para lo cual me hará el gusto de admitir esta *adresse.*» ¡Admirable contraste con el adusto: «si á vd. no le acomoda déjelo, que no faltará quien lo lleve,» de esta nuestra dulcísima patria!

En cuanto á las ingeniosas invenciones para llamar la atencion, no puedo dispensarme de indicar algunas de las que mas sorprendieron á Tirabeque. Nos dirigimos por la calle de *Montmartre* al *Boulevard*, cuando al llegar al número 170, tienda de *Mr. Fanon* cajero del rey, ví á Pelegrin pararse, mirar, y soltar una carcajada de risa legítimamente transpirenaica; miré yo tambien, y era *un mono* que detrás de los cristales sentado estaba, con un lente en una mano y un número de la *Cotidiana* en la otra en actitud de estar leyendo muy sério. Reímonos á duo y pasamos al boulevard del mismo nombre.

Otra detencion y otra carcajada me anunciaron alguna otra novedad por el estilo. En efecto en la tienda de *Monsieur Verreaux*, entre mil objetos de lujo y adorno, se veia *una gata* elegantemente vestida en ademan de escuchar con desdeñoso remilgo los amorosos requiebros de *otro mono*, que con un trage arreglado al modelo del último figurin, y mirando de soslayo con aire seductor á su amada coqueta, esperaba impaciente la respuesta de su Zapaquilla.

—Señor, me decia Pelegrin, son muchas monadas

las de estos franceses: se conoce que en este país abundan bastante los monos.

Pasamos al boulevard *Poissonniere*, y nos detuvimos ante un abundante almacén de muñequería. Había muñecos de todas clases, trages, gustos y tama-



ños. Por la parte exterior de los cristales hallábanse cuatro ó seis chiquillos mirando con mucha atención los modelos de dentro, empuñaditos algunos de ellos sobre las puntitas de los pies para alcanzar á ver mejor.

—¡Cuán natural es esto, Pelegrin! le dije á mi lego:

si aun á nosotros que nos afeitamos cuarenta años hace nos entretiene la vista de estos muñecos, ¿qué hará á estos parvulitos que están viendo allá dentro sus efigies, por decirlo así?

—Así es la verdad, mi amo; me da gusto ver lo entretenidos y embelesados que están los pobrecitos.

Mas acaeci6 que de allí á una hora volvimos á pasar por el mismo sitio; y hallamos á los curiosos infantes en la misma actitud. Entonces Tirabeque se acerc6 á una de las niñas y la dijo: «Hija mia, no te causas de estar tanto tiempo en la misma postura?» Pero ¿cuál fué su sorpresa, y cual fué la nia tambien al encontrarnos con que tanto aquella como los demás de la coleccion eran tambien muñecos y muñecas, ni mas ni menos que los de la parte interior! Nos hubiéramos avergonzado si no hubiésemos estado los dos solos.

—Señor, bien me decia vd., que en Francia todo era mentira.

A pesar de esta prevencion, más de una vez le sucedió al pasar por junto á algun almacen de peletería, retirarse de repente horrorizado á la vista de los tigres, leopardos, nutrias, gamuzas, chinchillas, martas, armiños y otros animalejos que empajados detrás de las vidrieras tienen, en tan imponentes actitudes y con tal naturalidad presentados, que efectivamente asustan al pronto y parece que van á echar al que se acerque la zarpa ó el colmillo.

—Pero hombre, ¿de qué te asustas? le decia yo; ¿no sabes ya que aquí todo es mentira?

—Si señor, pero hay mentiras tan respetables que bueno es verlas desde lejos por si acaso son verdad.

—¿Con qué es decir que te asustas de unas pieles?

—Quiá, no señor; parece que me asusto, pero es mentira; en París todo es mentira.

Díjete el primer dia que era menester que entrásemos á peinar nos en una de las peluquerías que encontramos en el boulevard. Aquí, añadí señalando á una, aquí podemos entrar si te parece.

—¿Ahí donde hay dos señoritas detrás de los cristales?

—Allí, sí.

—¡Alabado sea el Divino Señor, mi amo, y qué par de criaturas tan celestiales, tan blancas y tan bien formadas! Entremos aquí, señor, mas que nos cueste doble el peinar nos, y mas que nos pelen al mismo tiempo y nos dejen sin pluma ni cañon, que todo se puede llevar con gusto con tal de recrearse un hombre la vista con un par de francesas tan gallardas. Y diga vd., mi amo, ¿son ellas mismas acaso las que nos han de hacer los rizitos?

Y como ya estuviésemos cerca de ellas, las saludó diciendo:

—*Bon jour, Mesdemoiselles: Mesdemoiselles, bon jour: á votre service, Mesdemoiselles.* Señor, paréceme que tienen mucho barro las niñas, pues no se dig-



nan contestarme siquiera. El demonio de las peluquerillas!.... Porque sean guapas y tengan buenos talles tanta vanidad! *Mesdemoiselles, j' ai l' honneur.....* ¡Bruto de mí, mi amo! si son de cera ¿cómo me habian de contestar?

—Te está bien empleado por necio: ¿no te acabo de decir que aquí todo es mentira?

No es maravilla que así se engañara Tirabeque, porque son tan acabados, tan completamente imitados al natural los modelos de cera que sirven de muestra en las peluquerías, ya representen jóvenes del bello sexo, ya niños ó mancebos del sexo fuerte, que puede asegurarse que los franceses han tocado en este punto el último grado de perfección.

De estos y otro cien mil ingeniosos medios tienen que valerse para llamar la atención en un pueblo donde la misma abundancia de la novedad hace que ya nada llegue á hacer impresion.

## LOS ANUNCIOS.

Otro de los ramos en que los franceses han agotado ya todos los recursos de su fecunda imaginativa es el de los *anuncios*, sea de publicaciones literarias, sea de establecimientos industriales, sea de invenciones nuevas, sea de empresas de trasportes, sea en fin de lo

que quiera. No basta anunciar una cosa ciento y cincuenta días seguidos en ciento cincuenta periódicos diarios que habrá en París; no basta fijar los anuncios en las esquinas de todas las calles; no basta que todas las paredes, y todas las puertas, y todas las fachadas, y todas las cornisas de todas las casas y de todos los edificios, de todas las calles y de todas las plazas, y todos los arboles de todos los paseos, estén atestados de rótulos, anuncios é inscripciones, y que cada calle parezca un *Diario de Avisos*, y que no se pueda fijar la vista ni á izquierda ni á derecha sin verse precisado á leer un catálogo de anuncios: esto es muy poco todavía, porque podrá alguno ir mirando hácia el cielo, y es menester al que en tal direccion mira hacerle leer algo. Y en efecto tiene que leer por fuerza, porque se estrella su vista con anuncios en las chimeneas y en los aleros de los tejados.

Pero esto es muy poco todavía, porque podrá un hombre ir pensativo y meditabundo mirando hácia el suelo, es necesario que allí lea algo tambien, y tiene que leer á fé mia, porque alli en el sitio donde va á pisar encontrará el nombre del dueño de la tienda de al lado escrito en caracteres de bronce embutidos en la piedra ó en la argamasa de la acera, y no podrá escupir sin que caiga la escupitina sobre el nombre de algun fabricante; que los franceses se dejan escupir de buena gana con tal de despachar mejor sus mercancías.

Pero esto es poco todavía, porque podrá alguno ir tan distraído que no fije la vista en ninguna parte, y es necesario sin embargo hacerle leer también. Y lee sin remedio, porque va andando y se encuentra sorprendido con unos papeles que le pone en la mano un incógnito, que sin decir más que «*tenez, monsieur,*» desaparece para nunca más volver. Y estos papeles son los anuncios de una nueva sombrerería que se ha abierto en la *Rue Vivienne*, ó de un depósito de curtidos que se ha establecido en el *Faubourg Saint Denis*, ó el prospecto de unas Memorias traducidas del alemán.

Pero esto no es bastante todavía, y se necesita obligar de otro modo á leer. *Flaneaba* yo (1) por el boulevard de los Italianos con un diputado español, célebre en la cuestión algodónera que tan agitados trae en el día los ánimos de los catalanes, cuando vimos venir hácia nosotros con grave y pausado continente un viejecito que llevaba enarbolada y asida con ambas manos una especie de pendoneta ó estandarte negro, rotulado con gruesos y abultados caracteres blancos, azules, encarnados y de otros diversos colores. Natural era la curiosidad de leer lo que publicaba ó anunciaba aquel original heraldo ó nuevo rey de armas. ¿Y qué os parece, amados lectores míos, que iba proclamando el anciano *porta*? Pues era que invitaba á los que tuviesen

---

(1) *Flanear* en francés es pasear curioseando los objetos sin más objeto que el de la curiosidad.

perros enfermos á que los llevasen al establecimiento titulado *Specialité pour la curation des chiens malades, tenu par Viollat*; «especialidad para la curacion de perros enfermos, por Viollat, en los Campos Eliseos.»

Pero esto no basta todavía, porque por mucho que se escriban los anuncios no pueden leerlos los ciegos, los cuales por serlo no deben estar privados de saber los adelantos que se hacen en la industria. Para ellos es menester anunciar las cosas á viva voz. Recuerdo haber visto en el boulevard de San Antonio á un ciudadano alto, respetable, con la barba hasta el pecho, puesto de pie sobre una mesa, rodeado de un inmenso auditorio, al cual arengaba con voz sonora y penetrante, de esta ó semejante manera: «Señores, vds. saben que el bizarro mariscal del Imperio, duque de N., habia merecido siempre el singular aprecio y confianza del gran Napoleon por su intrepidez, por su instruccion y por sus virtudes. El emperador le confiaba las empresas mas árduas y arriesgadas. Herido mortalmente en la batalla de... por un casco de granada cuando ya llevaba en derrota á los austriacos, dirigió sus últimas miradas al emperador, y con acento entrecortado y moribundo abrazando sus rodillas le dijo:

—Muero gustoso por la gloria de la Francia y por la vuestra.

—¡Ah, mariscal! le contestó el emperador: la muerte os roba á la patria, porque si viviérais no ha-

bria bastantes laureles en Francia para ceñir vuestra frente.

El mariscal exhaló el último suspiro, y las lágrimas



corrieron por las mejillas del *grande hombre*. Pues bien, señores, aquel valiente general bajó á la tumba llevándose un secreto importante que poseía y que le habia

sido de una inmensa utilidad en las campañas. La humanidad tendria que llorar todavía la privacion del importante descubrimiento de que él era depositario, si afortunadamente no se le hubiera trasmitido en confianza á un sargento del ejército invencible que habia sido su asistente. Yo debo á una feliz casualidad el haber llegado á mí este secreto, este utilísimo secreto que hoy tengo el honor de anunciaros para consuelo y alivio de la humanidad doliente. Es un admirable específico, un unguento prodigioso para la curacion de los callos de los pies: aqui teneis estos botecitos, que os vendo al módico precio de 25 sous. Ea, señores, ¿quién me toma un botecito de este milagroso unguento?

Así anuncian los franceses sus cosas. Para publicar un específico anti-callosos revuelven la historia de Napoleon y de los mariscales del imperio.

Mas no pára en esto todavía. En toda la estension de esta serie de anchas calles ó boulevarts hay entre las aceras y la calzada dos hileras de pilares, columnas ó pirámides redondas, muy blanqueadas por la parte que mirá á las casas, y huecas por la que mira á la calzada de los coches, las cuales constituyen uno de los adornos de los boulevarts. Supónese que estos pilares por la parte de las aceras se destinan tambien á la fijacion de anuncios, y que se aprovechan bien para el objeto. Pero ni este, ni el ornato público son los que principalmente se propuso la policía urbana en la colocacion de aquellas columnas cónicas, sino el de que

no faltase en el punto mas concurrido de la ciudad donde poder satisfacer los menesteres naturales, á lo menos los de menor cuantía. Pues bien, cuando el hombre se acerca (y digo el hombre, porque para las mugeres no sirven) á satisfacer la necesidad que se supone, allí mismo en el interior de la columna, en el hueco que sirve de depósito á las sustancias *mictosas* (perdido me he visto para decirlo en latin), allí se estrella el hombre con anuncios: ¡y qué anuncios! Por ejemplo, el «*Point de maladies secrettes* del doctor *Albert*,» porque sépase de paso que el doctor *Albert* debe haberse propuesto que en el centro de París, en las calles intermedias de París, en los arrabales de París, en las afueras de París, y á las 15 leguas en circunferencia de París sea imposible mirar á parte alguna sin encontrarse con el doctor *Albert* y con sus *maladies secrettes*. Por mi cuenta debe llevar ya la centésima vigésima nona edicion de sus anuncios.

Véase pues si la anunciabilidad *usque ad satietatem* es ó nó cualidad *nacional* de nuestros vecinos.

## LA CASA DE FIESCHI.

¡Miseria humana! Se verá acaso con indiferencia la morada de un anacoreta lleno de virtudes, que se consagró á Dios y está en el cielo, y se pregunta con

interés por la vivienda de un famoso asesino, de un *regicida*, como llamó estos días pasados el mentecato marqués de *Boysi* en la cámara de los Pares al Regente de España, cuya loca espresion tan interesantes debates ha producido en la cámara de allá y en las cortes de acá.

Por mi parte sé decir que tan luego como nos vimos en el boulevard del Temple pregunté con viva curiosidad por la casa de *Fieschi*; curiosidad que me avivaba más la que por su parte Tirabeque mostraba también. Pregunté, y nos la enseñaron.

—Héla allí, aquella casita pequeña que hace esquina.

—¿Aquella que no tiene mas fondo que para una ventana?

—La misma: ella es la mas humilde de todo el boulevard; ¿veis sus tres pisos de una sola ventana cada uno?

—En efecto.

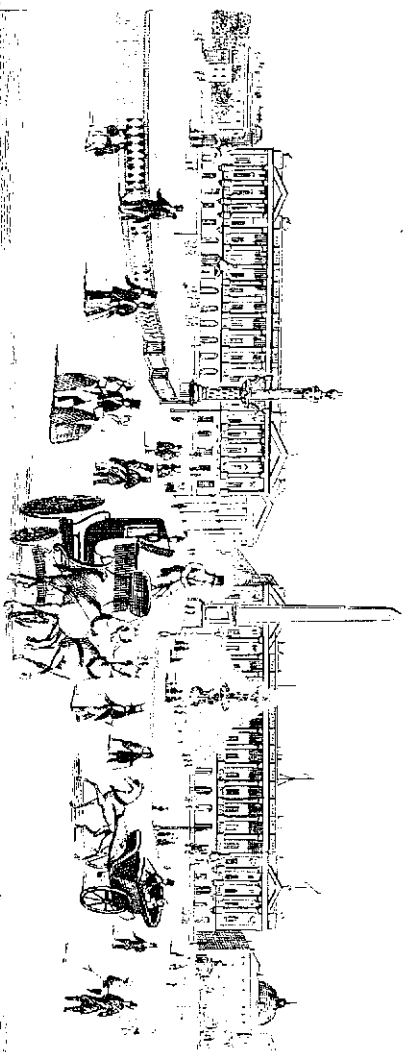
—Pues bien, en el mas alto vivia el regicida, allí colocó la máquina infernal: venid un poco mas acá...; estais en el sitio en que cayó y espiró el general mas benemérito que acompañaba al rey: vos, monsieur (dirigiéndose á Tirabeque), pisais la piedra que enrojeció la sangre de dos valientes oficiales...

Dió Pelegrin un salto súbito hacia atrás, miró á la ventana de *Fieschi*, y el color blanco de su rostro indicaba temer que volviera á asomar por allí otra máquina infernal.





Estoy colocado en el parage mas bello, mas grandioso, mas interesante y mas sublime del mundo.



PLAZA DE LA CONCORDIA





—Ah, no temais: creo que vos no pertenecereis á la familia reinante.

—No señor, pero soy muy amigo de Luis Felipe.

—Vos sois extranjero.

—Para servir á vd., señor monsieur; soy español.

—Entonces..... yo os pido perdon. ¿cómo recibisteis el atentado de Fieschi?

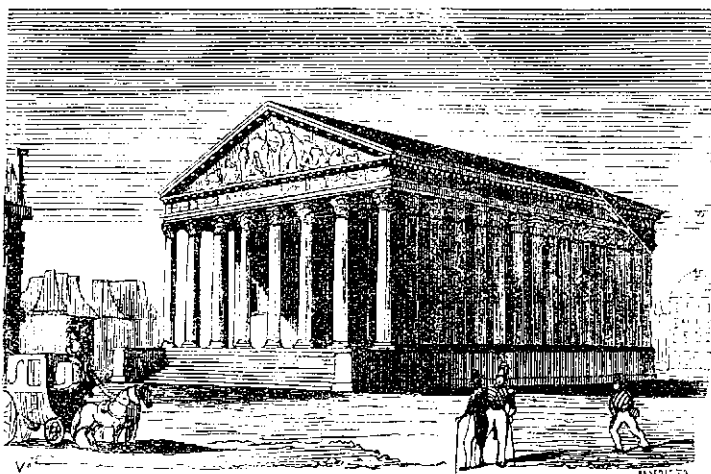
—El atentado de Fieschi... (señor, vámonos, que este hombre me huele á espía) figúrese vd., fué una cosa horrorosa.

—En España, le dije yo, aborrecemos el regicidio tanto ó mas que se puede aborrecer aquí. Y guardéos el cielo, que nosotros tenemos que hacer.

### PLAZA DE LA CONCORDIA.

Estoy colocado en el parage mas bello, mas grandioso, mas magnífico y mas sublime del mundo. Si todo París correspondiera á este sitio, París debería ser la capital del Orbe. Desde aquí estoy viendo las fachadas discordantes pero magestuosas del palacio de las Tullerías. Entre él y yo median sus jardines públicos, con sus fuentes, sus estatuas, sus estanques, sus bosques y sus prados artificiales. A mi derecha, mas allá del elegante puente de Luis XVI que atraviesa el Sena,

veo el suntuoso pórtico de la cámara de los diputados: á mi izquierda, á lo lejos de una soberbia calle, diviso las formas augustas del templo de la Magdalena. Convirtiéndome hácia el Oeste, y estendiendo la vista por los Campos Elíseos alcanzo á ver á su extremo el fa-



La Magdalena.

moso Arco del Triunfo ó de la Estrella, la mas suntuosa obra monumental que tiene París. Todo es magnifico lo que me rodea, todo es régio; bello y sorprendente es todo. Asomado el rey de los francesés á uno de los balcones écntricos de su palacio, puede decir con verdad que goza del espectáculo mas grandioso que puede gozar otro monarca alguno. ¡Conjunto exterior el mas apropósito para despertar el orgullo de la

magestad, si ya no lo hicieran innecesario las humillaciones que los reyes presencian en el interior de sus alcázares!

Contemplando estoy el obelisco de granito rosa de 72 pies de alto y de 500.000 libras de peso que tengo junto á mí. Repaso sus geroglíficos; quisiera leer los nombres de Rhameós y de Sesostris, y los versos que refieren sus trabajos y contienen sus alabanzas; pero confieso humildemente que no entiendo los caracteres egipcios. Reflexiono en el atrevido pensamiento de haber hecho transportar á la capital de Francia un monumento erigido en el Egipto 1580 años antes de la era cristiana; y mas que la osadía del pensamiento y que las dificultades de la ejecucion admiro la sagacidad y astucia de Luis Felipe en haber hecho colocar en este sitio, donde hasta ahora se habian levantado monumentos que unas veces lo eran de adulacion, y otras eran padrones de infamia para los reyes, segun las vicisitudes políticas, un monumento que no puede menos de ser respetado por todas las revoluciones, cualesquiera que ellan sean. ¡Ingeniosa destreza, propia de la capacidad del actual monarca de Francia! ¡Inventar un medio de dominar las revoluciones en lo material como parece proponérselo en lo formal!

Me hallo en medio de un contorno octógono, que solo por esto, faltando á la propiedad, se puede llamar *Plaza*. Un terraplen bordado de candelabros ocupa su centro. A mis cuatro ángulos tengo cuatro esfin-

ges de granito: veinte columnas rostrales que sostienen otras tantas linternas de gas circundan la plaza, y otros veinte candelabros, mas pequeños, constituyen otro círculo concéntrico. A cada lado del obelisco hay dos fuentes colosales, cuyo único defecto, así como el de las columnas y candelabros, es el de estar excesivamente recargadas de oro. Numerosos grupos de estatuas alegóricas rodean estas fuentes. Estoy entre Tritones y Nereidas, entre los Génios de la Navegación, de la Astronomía y del Comercio, entre el Océano y el Mediterráneo, entre la pesca de las perlas y la de los corales, entre la recolección de los cereales y la de las frutas, entre pámpanos y flores, que todo esto representan los graciosos grupos que á la vista tengo.

Veamos qué representan estas otras ocho estatuas colosales que descansan sobre estos dos elegantes pabellones que están de los dos lados de cada puente. ¡Ah! La Guía lo dice; son los emblemas de las ocho ciudades principales de Francia. Esta es la populosa *Lion* sentada entre dos urnas de las cuales se escapan el Ródano y el Saona. Sobre su cabeza coronada de hojas de viña descansa una almenada torre. Su brazo derecho reposa sobre un canastillo lleno de ovillos y lanzaderas; en su derecha tiene una madeja de seda, y con su izquierda sostiene un caducéo: símbolos de la industria de aquella ciudad fabril.

Hé aquí su vecina *Marsella*, coronada de pámpanos y espigas; en una mano tiene un timon y en otra



una rama de olivo cargada de fruto; ella descansa sobre un trozo de mármol de donde arrancan una proa y una popa de navío. ¿Quién será esta cuya erguida cabeza ciñe una corona de laurel, que con su derecha sostiene un gobernalle, y cuya izquierda fuertemente apretada se apoya sobre la culata de un cañon? ¡Ah! es *Brest*... Pero aquí se me acerca un hombre; ¿qué me querrá decir?

—Perdonad, caballero: ¿sabreis decirme lo que significan estas dos figuras de aspecto fiero y belicoso que con las espadas en la mano parece estar desafiando al enemigo? Os he visto con la Guía en la mano, y me he tomado la libertad de acercarme á preguntaros.

—Tendré una complacencia, le respondí, en poder satisfaceros. Consultemos la Guía. Sí: son las dos ciudades guerreras y fronterizas *Lille y Strasbourg*.

—¡Oh! me alegro no haberme engañado: me pareció reconocer á mi ciudad natal.

—¿Sois de alguna de ellas?

—Sí, de *Strasbourg*. Perdonad; vos mostrais ser extranjero.

—En efecto, no os habeis equivocado tampoco.

—Perdonad; ¿sois italiano?

—No.

—¿Inglés?

—Tampoco; soy español (1).

---

(1) Tenga por cierto, seguro é infalible todo español, que lo primero que le preguntarán en Francia es, si es italiano; en seguida si es

—¡Oh, español! tengo un placer en ello. Yo amo mucho á los españoles.

—¿Habeis estado por acaso en España?

—Perdonad; no he estado; pero tengo una idea muy ventajosa de aquel país, y vuestro amable carácter me hace confirmarme en ella.

—¡Ah! perdonad, vos sois demasiado bueno: pero mostráis no conocernos mucho, porque los españoles no amamos las lisonjas.

—¡Ah! yo os pido mil veces perdon: con eso me interesais mas. Muy solo venís.

—Sí, en verdad, hoy he salido solo.

—¿Os habeis acercado á ver el Arco de la Estrella?

—Todavía no.

—Si gustais, os acompañaré de buena gana.

—Con mucho gusto.

Así lo hicimos. Mientras íbamos marchando por los Campos Elíseos adelante, la conversacion de los dos amigos improvisados giraba alternativamente sobre las costumbres de una y otra nación y sobre las bellezas respectivas de sus capitales, contrayéndola tambien á veces á la situacion individual de cada uno.

inglés. En Holanda y Prusia le preguntarán si es italiano, si es inglés, si es belga, si es polaco, si es americano: lo último que se les ocurre preguntar es, si es español. Algunas corajinas me tiene costadas esta posicion en las interrogaciones de averiguacion de patria.

—Perdonad mi atrevimiento, me decia, vos sereis acaso emigrado.

—No ciertamente.

—Yo os pido que me disimuleis: como los españoles sois tan amantes de la emigracion....!

—Yo he venido, le dije, solamente por recreo, ó si quereis, por instruccion y curiosidad, por conocer el país.

—¡Oh diablo! ¡Tambien los españoles viajais por recreo y por instruccion! Yo creía que los españoles viajábais solo por emigracion. Y pues sois tan nuevo en París, aconsejoos mucho cuidado en la eleccion de hotel. ¿En qué hotel vivís, si me es permitida la libertad de haceros esta pregunta?

—En el de\*\*\* las Tres Estrellas.

—¡Oh! soy muy contento de ello. Allí está un amigo mio: ¿puedo saber el número de vuestra habitacion?

—El 10.

—¡Ah! yo tendré el honor de pasar á ofrecer mis respetos al amable habitador del número 10.

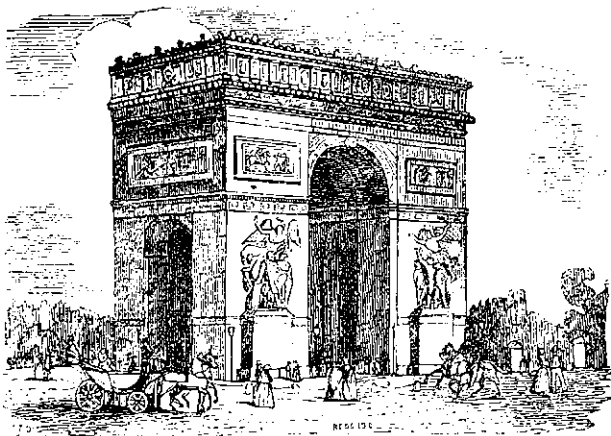
—Sentiré que os tomeis esa molestia.

—Al contrario, tendré en ello un placer inesplicable.

Admirábame mucho, á mí Fr. Gerundio, la estremada obsequiosidad de mi casual compañero, lo cual subió considerablemente de punto al llegar al Arco triunfal de la Estrella.

—Hé aquí, me dijo, un monumento digno de los triunfos de Napoleón: él es el mas sólido, el mas colosal que haya jamás existido.

En efecto, esta obra soberbia, comenzada por Napoleón y concluida por Luis Felipe, no rinde parias á ninguna de cuantas pudieron erigir en este género los orgullosos romanos. Cerca de diez millones de francos (cuarenta millones de reales) se han invertido en la



Arco de la Estrella.

construcción de este arco prodigioso. Admirables grupos de relieves decoran cada una de sus fachadas. En la de la derecha está representada la partida del ejército en 1792: el Génius de la guerra, de estatura colosal, llama la nación á las armas, y guerreros de diferentes edades y uniformes se preparan á combatir. La de la izquierda representa el triunfo de Napoleón, coronado

por la Victoria, en 1810. Sobre él está la Fama proclamando sus victorias, que la Historia va anotando en su gran libro de registro; á sus piés están las ciudades conquistadas. Al lado opuesto se vé la resistencia de la Francia en 1814: un jóven combate esforzadamente por su esposa, sus hijos y su padre: detrás de él un guerrero cae de su caballo herido de muerte, y el Gé-nio del porvenir le alienta á pelear. A la izquierda de esta fachada se presenta la paz de 1815: un guerrero esta envainando su espada: otro de mas edad se ocupa con un toro en los trabajos de la agricultura; una muger y sus hijos están sentados á sus piés, y Minerva coronada de laureles les dispensa su proteccion. Aquí la batalla de Aboukir y la derrota de Mustafá-Bajá con un grupo de turcos: allí la toma de Alejandría con el retrato de Kleber, obra maestra de escultura. Acá las batallas de Austerlitz y de Jemmapes: allá los diputados de la nacion alrededor del altar del país dando las banderas á los guerreros. ¡Admirable animacion de grupos, y magnífica perspectiva de cuadro, la mas grandiosa que acaso se haya ejecutado en piedra! Debajo del grande arco se leen los nombres de 96 victorias, y los de los generales que en ellas ganaron fama y prez; entre todos 384.

—En este catálogo reconocereis muchos nombres españoles, me decia el compañero de Strasburgo.

—En efecto, respondí; pero este es el catálogo de las victorias: el de las derrotas no le habreis visto quizá:

pues aun es mas numeroso en lo relativo á España.

—Ese no le he visto.

—Verdad es que no habeis estado en España, segun me dijisteis poco há.

El silencio fué la única respuesta que me dió.

—Subamos, me dijo después, por la escalera interior y gozareis de uno de los mas bellos puntos de vista que tiene París.

Era de ver á mi obsequioso sócio llevar en propia mano para subir la oscura escalera un farolito, que no permitió llevase un viejo soldado de Napoleon que está de guardian del monumento.

Gozamos en efecto de la bella y grandiosa perspectiva que desde la ancha azotea del arco se disfruta. Al bajar se me adelantó á satisfacer el medio franco que se paga por cada paraguas ó baston que se deja en la portería. Sorprendíame tanta fineza de parte del incógnito.

—Ahora iremos, añadió, si gustais, á dar un paseo por estas afueras, y vereis las deliciosas campiñas de *Neuilly*.

—Perdonad, le contesté: os complacería de buena gana, pero no me es posible, porque tengo que hacer á la una, y solo falta un cuarto de hora.

—¡Ah! yo os ruego que me acompañeis á dar este paseo, que estoy seguro os agradará.

—Y yo os suplico me dispenseis, porque ahora me es imposible.

—Yo os aconsejó que no dejéis de aprovechar esta ocasión para gozar de las delicias de este campo. El día está bueno; vos no debéis regresar sin ver los frondosos bosques de *Neuilly*.

Me costó trabajo poderme evadir de sus apremiantes instancias. Entonces él vicado mi resolución irrevocable:

—Pues bien, me dijo, ya que ahora tenga la desgracia de no poder gozar por más tiempo de vuestra encantadora compañía, mañana tendré el honor de irós á buscar á vuestro hotel de\*\*\* las Tres Estrellas, y de acompañaros á ver las cosas notables de París.

¿Será buena hora las once?

—A las once ya habré salido yo.

—Iré á las diez.... á las nueve, á la hora que gustéis, todas son buenas para mí; mi deseo es complaceros y acompañaros.

Aconsejéos, amados hermanos míos, que si vais á París, os guardais de estos obsequiosos y finos eiccerones encontradizos, que se acercan con estudiado candor al estrangero, y le hablan y preguntan con aire de sencillez, y concluyen espontaneándose á hacer todos los buenos oficios que conocen los habrá de agradecer un estrangero incauto. Guardáos de ellos, os digo, si no quereis ser desplumados en las afueras de *Neuilly* ó en otras estraviadas vías, dónde os sacarán so pretesto de enseñar tal paseo delicioso ó tal edificio extra-muros. Y guardáos de darles vuestro

nombre y las señas de vuestro alojamiento, porque si nó contad de seguro con que vuestro bolsillo será víctima de la astucia y sutileza de estos atentos sócios improvisados. El mio se felicita todavía de la prevision de haber tenido que hacer á la una, de haber renunciado á ver las campiñas de Neuilly, y de haberle dado las señas de un hotel.... que no existe en París. Entre bobos anda el juego, y al descuidado no le favorece la ley.

### TIRABEQUE EN LA CAMARA DE LOS DIPUTADOS.

Hé aqui una de las cosas que asegura mi buen lego Pelegrin que no habia soñado nunca, verse él en la cámara de los diputados de Francia. Asi suceden al hombre cosas que no habia pensado ni por sueños. Y estoy seguro que cuando en 1804 se encargó al arquitecto Poyect la construccion de un peristilo cuya magnificencia anunciára por la parte del Sena la entrada al palacio de las sesiones del cuerpo legislativo, tampoco pensó ni pudo soñar que al cabo de treinta y siete años habian de entrar por alli Fr. Gerundio y su lego Tirabeque.

Al pie de una soberbia escalera de piedra de 100 pies de largo, se ven dos estátuas de Témis y de Minerva. Poco mas arriba, sentadas en sillas cu-



rules sobre pedestales, otras cuatro estatuas gigantes-cas que reproducen las imágenes de Sully, de Colbert, y de los cancilleres de l' Hopital y d' Aguesseau. Sobre la plataforma en que termina la escalinata se eleva un peristilo de 100 pies de longitud, adornado de doce columnas corintias, en cuyo fronton triangular se representa la Ley apoyada sobre las tablas de la Carta, sostenidas por la Fuerza y la Justicia. A su izquierda la Paz restableciendo el Comercio; á su derecha la Abundancia marchando bajo los auspicios de la Ley, y seguida de las Ciencias y las Artes.

—¿Qué te parece de este pórtico, Pelegrin? le preguntaba yo á mi lego.

—Señor, me respondió, aunque no tengo el honor de conocer esta familia, paréceme gente mas decente y de mas forma que la que hay á la entrada de las córtes de allá.

—Y no solo de mas forma, Pelegrin, sino tambien de mas materia, pues todas estas estatuas son de piedra sólida, mientras las del pórtico de nuestro Congreso ya me contentára yo con que fueran de mediano estuco.

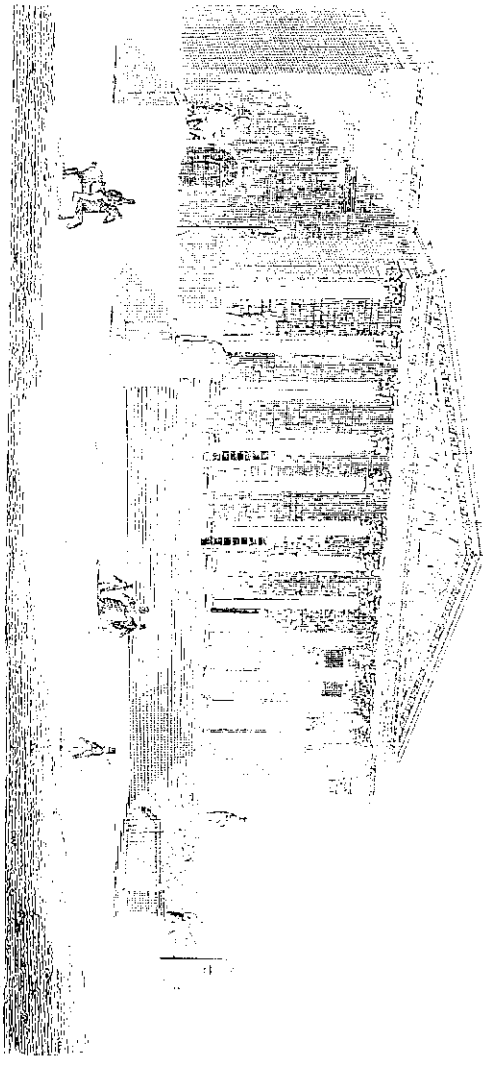
—Señor, ¿cuándo tendremos nosotros un buen edificio para las córtes?

Aquí me permitirá el gerundiano lector una ligera digresioncilla hácia el estado en que cuando esto escribo se encuentra el santuario de nuestras leyes.

Derribándose está en estos momentos el edificio

del Congreso para construir sobre el mismo solar otro de nueva planta con arreglo á la ley decretada en córtes. Yo he visto las Virtudes que decoraban su portada desnudas de la blanca corteza que las embellecía. Yo he visto la Justicia denegrida y sin espada ni lanza. Yo he visto la Prudencia sin cabeza; la Fortaleza sin manos; el Patriotismo despojado de la cascarilla exterior; y la España mutilada y rotas sus vestiduras: no eran unas Virtudes sólidas: eran una materia floja y quebradiza, y solo tenían de bello la figura y el barniz. Yo veo el descarnado amazon de un edificio que retrata el estado de una nación que debió robustecerse allí y se quedó en su mayor parte en esqueleto. Yo veo los armadijos ocultos que sostenían sus paredes y sus bóvedas, símbolo de los manejos secretos que entraban en la confeccion de algunas leyes. Yo veo la escala que se ha puesto para subir á deshacer la cúpula del Santuario, emblema de la escala que cien veces se puso para subir á la cúpula del poder. Yo veo los escombros hacinaados por calles y plazuelas al modo que yacen hacinaados por estantes y cajones tantos códigos y proyectos de ley. Yo los veo afeando la poblacion y entorpeciendo el paso al público, á la manera que afean el cuadro de nuestra situación y entorpecen la marcha de los negocios públicos los embarazos que le dicta poner á cada uno su interés y su pasion. Yo he visto los operarios empleados en el derribo del que fué templo de la ley pro-





Alhóndiga antigua con el gradiente en la Cámara de los diputados de España.





clamar tumultuosamente una exigencia, justa si se quiere, y querer ellos dictar la ley. ¡Ah! ya que por ahora los legisladores hayan querido derribar, derribese cuanto antes, y ocúpese luego y pronto y sin descanso en levantar el edificio de la legislación, que no es espectáculo para visto mucho tiempo el cuadro descarnado del derribo en lo material y en lo moral.

Ahora entremos con Tirabeque en la Cámara de los diputados de Francia.

Un anciano respetable y de buen porte fué el que nos recibió y se mostró dispuesto á acompañarnos.

—Señor, me decía Pelegrin, este tiene trazas de presidente de la Cámara, será menester hablarle con respeto.

—No lo creas, hombre, será el conserje.

—¿Podríamos tener el gusto de ver el salon de las sesiones?

—Dignáos tomaros la molestia de seguirme.

En el primer departamento se veía el retrato del rey, rodeado de los del general Foy, de Casimiro Perrier, de Mirabeau y de Bailly.

—Hé aquí (nos dijo el venerable conserje al entrar en otro salon), aquí es donde se recibe al rey: estas estatuas representan el Océano, el Mediterráneo, el Garona, el Ródano y el Saona.

—Pues no le faltará humedad al amigo cuando éntre, dijo Pelegrin. En España es mas seco el recibimiento.

—Aquí teneis la sala de conferencias.

—Magnífica y bella es, por vida mia, dije yo.

—Diga vd, buen amigo, preguntó Tirabeque: ¿y aquí es menester tambien tocar la campana para llamar á votar á los diputados cuando se quedan los bancos desiertos por estarse en conversacion y fumando cigarros en la sala?

—¡Ah! perdonad, contestó nuestro guia; yo no puedo satisfaceros á esa pregunta.

Vése en aquel salon el retrato de Enrique IV con una inscripcion que dice:

«La violente amour  
que j'apporte á mes sujets  
m'a fait trouver tout  
aisé et honorable.»

En el testero de la sala hay dos estatuas doradas con una banda en que se lee: «*El 22 de enero,*» y debajo «*Napoleon en el cuerpo legislativo.*» En la parte superior se conservan una porcion de banderas; la mas desplegada era una española en que se leia: «*Fernando VII: voluntarios de.....*» Lo demás se ocultaba en los pliegues. Pregunté, y el conductor no supo darme razon. Le hice una indicacion de que me permitiese desenvolverla; él indicó tambien no estar muy dispuesto á ello; callé, la oché una mirada de sentimiento pátrio, me puse á examinar los cuadros de la muerte de Sócrates, y la minoridad de Luis XIV, y á la voz de: «entremos en el salon de las sesiones si gustais,» habimos de seguir en silencio á nuestro conduc-



tor, no sin lanzar otra mirada á la bandera española.

La sala de sesiones es de forma semicircular, ó mas propiamente de la figura de una concha, pequeña y muy recogida. apropiado para poder hacerse oír el orador de mas débiles pulmones: los bancos están en gradería, ó sea en forma de anfiteatro, al respaldo de cada asiento está escrito el nombre del diputado que le ocupa: los cuatro bancos mas bajos y mas cortos son los de los ministros: en la parte estrecha del hemiciclo está colocado en alto la silla de la presidencia: debajo de ésta la tribuna del orador: en derredor de la parte ancha del semicírculo las tribunas públicas y reservadas; el salon recibe la luz por el techo. Un magnífico y admirable cuadro, obra de *Mr. Cour*, llena la pared del testero. Representa la apertura de la sesión régia por Luis Felipe en 1830, y el juramento de la Carta. Encima se lee: «*Charte de 1830*» Todos los personajes de este bellísimo y sublime cuadro son retratos sacados del natural.

—Ved allí al rey, nos decia nuestro conductor, rodeado de la familia real: allí teneis á Benjamin Constant: aquel es *Mr. Guizot*; ved á Dupont de l'Heure: allí está Molé: aquel del pantalon blanco es *Mr. de Montalivet*:

—¡Oh! Guizot y Molé! exclamó Tirabeque, ¡buen par de pájaros!

—¡Oh, diablo! repuso el guía: perdonad, señor extranjero: vos no habeis comprendido: estos no son

pájaros, que son hombres: sin duda no mirais donde yo os señalo.

—Sí, señor, sí, allí miro; sólo que en España á los hombres que son como Guizot y Molé llamamos *pájaros*.

—¿Y por qué así?

—Nada, porque vaban mucho con la imaginacion.

—¡Oh, diablo! yo no lo sabia: ¿con que los llaman *pájaros*?

—Sí, señor, pájaros, ó por mejor decir pajarracos.

—¿Cómo, señor, *pajarracos*?

—Sí, monsieur, pajarracos.

—¡Oh, qué diablo de rareza! y reía el anciano como un niño.

A la izquierda del gran cuadro se lee en grandes letras de oro: «LIBERTAD,» y á la derecha: «ORDEN PUBLICO.» Debajo de la tribuna del orador hay un medallón con un busto de dos caras.

—Oiga vd., monsieur; preguntó Tirabeque; ¿este hombre de dos caras que está aquí es tambien el retrato de Luis Felipe?

—¡Oh! perdonad; ¿no veis que no se parece en nada al de arriba? es el busto del dios *Jano*; leed á la izquierda: «*Pasato*» ahora leed á la derecha: «*Porvenir*»

—¡Oh! esto significa que los legisladores para resolver con acierto deben mirar á lo pasado y al porvenir.

—Pues allá, dijo Tirabeque, por lo general, no se trata de más que de ver cómo se sale del día.

Dámonos en seguida á recorrer algunos bancos, y

Tirabeque, tomándose una confianza como si la cámara de los legisladores franceses fué su propia celda, se iba sentando en los sillones que mas en antojo le venian: y ¡oh misterioso instinto de las asentaderas de mi lego! Precisamente los diputados que después en las sesiones de 10 de marzo último y de 6 del presente mes de abril se han esplicado mas en favor de España, *Mauguin, Berville, Durant de Ronorantin, Glais Bizoin, Villaud, Edilon Barrot*, son cabalmente los que ocupan los asientos en que descansó momentáneamente mi Pelegrin.

—¿Lo ve vd., señor, me ha dicho lleno de júbilo cada vez que hemos leído ó recordado alguna de estas sesiones: una de dos, mi amo, ó yo tengo mucho instinto para conocer los diputados franceses que son buenos, ó yo dejé aquellos asientos impregnados de españolismo. ¡Vivan los diputados que se sientan donde estuve sentado yo!

Yo le reprendí entonces la libertad que se tomaba, no tanto por privarle de aquel gusto, cuanto por acreditar á nuestro buen anciano que reconocia estar abusando de su condescendencia. Ya íbamos á salir, cuando le ocurrió á Tirabeque dirigirme de nuevo la palabra.

—Diga, vd. señor presidente, ó secretario, ó lo que vd. sea: ¿y aquí en este salon se gasta tanto tiempo en fruslerías como allá en España?

—¡Ah, perdonadme; ya os he dicho que no me es posible contestar á esas preguntas.

—Pues vaya otra, aunque vd. perdone; como yo soy extranjero quisiera informarme de todo. ¿Y aquí se suelen pasar legislaturas enteras sin tratarse de los presupuestos del año como allá?

—¡Oh! vos me haceis unas preguntas...!

—¿Y por esta tierra se interpela todos los días por cualquier cosilla?

—Pelegrin, le dije, no molestes á este caballero con preguntas de que prudentemente quiere huir. Yo os suplico tengais la bondad de dispensar las impertinencias á que conduce á este mi compatriota un exceso de curiosidad. Yo os doy las gracias por la amabilidad que habeis usado con nosotros y tengo el honor de saludaros.

—Gracias, señor, yo os doy mil veces las gracias. Y nos despedimos.

—Señor, me preguntó luego Tirabeque, ¿por qué daba tan rendidamente las gracias ese hombre, cuando éramos nosotros las que se las debíamos dar á él?

—Sin duda por los dos francos que le dejé en la mano.

—¡Mire vd....! ¿Con que tomó tambien los franquitos? ¡Y le tenia yo por el presidente de la cámara!

—Yo tanto como eso nó, pero algo me temia ofender en ello la delicadeza de tan decente y respetable persona: mas he visto con satisfaccion que he tenido la fortuna de no resentir en lo mas mínimo su amor propio.

—Vaya, vaya, mi amo, está visto que los amores propios de aquí son muy duros, y no se resienten á dos por tres, aunque les dón de firme.

### LA TUMBA DE NAPOLEON.

Nueve meses hacia, poco mas ó menos, que se habian depositado las cenizas de Napoleon en la iglesia del cuartel de los inválidos, y otro tanto iba que yo habia ejereitado mi gerundiana péñola en la descripción de un suceso acaecido en el acto de las exéquias fúnebres (1). Natural era, pues, mi deseo de visitar personalmente el sepulcro del grande hombre.

Ya le estoy viendo..... Dejarme; yo quiero que mis ojos se hartén de mirar este féretro insigne. Contemplan vds. entretanto, si gustan (les decia yo á los que me acompañaban) las grandezas de este templo, obra maestra de la arquitectura francesa; yo no quiero ver mas que este sarcófago, este depósito precioso del mas grande mortal de los modernos siglos. ¡Cuántas águilas! ¡Cuántas banderas! ¡Cuántos trofeos de gloria anuncian á la entrada de la capilla el inanimado tesoro que encierra! Ya veo la urna cineraria. La

---

(1) Capillada 313, del 29 de diciembre de 1840, t. 21, pág. 119.

espada de las mil victorias, el sombrero que cubria aquella cabeza privilegiada reposan sobre la tumba del héroe. El negro pabellon recamado de estrellas de oro que cubre sus paredes, la luz de las lámparas que alumbran aquella mansion lúgubre, todo convida á la contemplacion y al recogimiento religioso. Mi imaginacion quiso abatear las glorias del ilustre difunto, y se paró asombrada, y no acertó á salir del estrecho recinto que servia de pasto insaciable á los ojos. Solo un pensamiento de orgullo pátrio se atrevió á asaltar-me en aquellos momentos: «¡y á este hombre! decia yo, ¡y á este hombre le humilló la España! ¡Oh, parece imposible, y sin embargo, es cierto que le humilló!» Y no era estraño que á mí me pareciese imposible cuando á él mismo le habia parecido tambien.

La tumba de Napoleon gozará siempre de un privilegio que no han podido alcanzar las de todos los demás grandes hombres, el de no necesitar de inscripcion alguna que indique quién es el mortal que en ella descansa. En aquel mismo templo, en una de las capillas laterales, se halla entre otros el sepulcro de mármol del mariscal de Turenna. Solo un nombre se vé grabado sobre su tumba; él solo puede espresar por sí mismo toda su gloria. Pero al fin ha habido necesidad de inscribir su nombre. ¿Será necesario jamás escribir el nombre de Napoleon sobre su sepulcro? Por muchos siglos que corran, ¿quién se llegará al templo de los Inválidos que necesite leer: «Esta es la

tumba de Napoleon?» Ni aun pudiera aplicársele el famoso epitafio del Grande Alejandro:

*«Sufficit hic tumulus cui non suffecerat orbis.»*

«Basta ahora este túmulo á quien no habia bastado el orbe entero.» Pues ni aquel túmulo basta á Napoleon: es pequeño todavía para hombre tan grande.

Aquel, que hasta ahora está en una de las capillas colaterales de la iglesia, es provisional: el sitio destinado para otro monumento mas grandioso, mas digno todavía del héroe, es el punto céntrico del templo: Yo ví en la esposicion de la Academia de Nobles Artes los innumerables modelos ó proyectos presentados por los artistas mas distinguidos: el de Mr. Vizconti parece que es el que ha merecido la preferencia: la gloria de Mr. Vizconti se eternizará con la de Napoleon. Hé aqui otro privilegio de los grandes hombres, arrastrar tras su gloria la gloria de los artistas.

Cuándo Tirabeque se acercó á la capilla de la tumba, se arrodilló, se persignó, y se puso á rezar muy fervoroso.

—¿A quién rezas, hombre? le pregunté.

—Señor, me respondió, rezo al *santo sepulcro*.

—No me admira, le dije riéndome, porque verdaderamente esto inspira una devocion religiosa tanto como una admiracion profana. Y bien, ¿qué es lo que

pidas en tus oraciones? Supongo que pedirás á Dios la gloria para Napoleon.

—No, señor, Napoleon bastante gloria tiene ya. Pido á su Divina Magestad que nos haga la merced de enviar á España siquiera un medio Napoleon... pero ha de ser español, mi amo, sinó no le quiero: para



ver si llegamos algun dia á ser algo, porque de otro modo.....

—Eso ya es otra cosa: en ese sentido reza cuanto quieras; lo peor será que pidas sin fruto.



—Tál me temo yo, señor, porque ya otras veces le he pedido á Dios lo mismo, y hasta ahora no le he merecido contestacion, pero, en fin, en rezar poco es lo que se pierde. «Padre nuestro.....»

### LOS INVÁLIDOS.

Concluida la oracion de Tirabeque, nos dirigimos á la parte del edificio destinada para asilo de los guerreros inutilizados en campaña. Nada diré de la grandeza material del *Hotel Royal des Invalides*, de aquel vasto recinto, refugio del valor, de la gloria y de la desgracia; ni de la estatua ecuestre de Luis XIV que descansa sobre el grande arco adornado de trofeos militares de la entrada principal, ni de las estatuas de las naciones vencidas, ni de las columnas jónicas, ni de las arcadas, ni del famoso cuadrante sostenido por el Tiempo y el Estudio, ni de los planos en relieve de las principales plazas y ciudades de Francia, ni de otras cien obras de escultura que le adornan. Hablaré solo de aquellos cuatro ó cinco mil veteranos, cuyos mutilados miembros y antiguas cicatrices, junto con las cruces de honor que ostentan en sus pechos, inspiran veneracion y respeto hácia los valientes que se sacrificaron por su patria, y que por merecido premio de su valor y sus virtudes disfrutaban

ahora de los consuelos que un gobierno sábio y compensador ha sabido proporcionarlos dentro de aquel grandioso edificio.

Entre ellos hay todavía muchos soldados del imperio. Con noticia de que éramos españoles se llamó á uno que habia perdido un brazo en la batalla de Talavera. Este antiguo guerrero manifestó mucho placer en ver á dos naturales de un país que habia sido el teatro principal de sus campañas, de sus glorias y de sus infortunios. Se complacia en hablarnos en mal chapurrado español, y nos acompañó en la visita de los dormitorios y de los comedores. Era la hora de comer, y esto nos proporcionó el gusto de poder atestiguar el buen trato que reciben en aquel establecimiento. Comían de cuatro en cuatro en cada mesa. El aséo en el servicio competía con el aséo en el vestir.

—¿Y cómo están vds. ahora en España en punto á este ramo? nos preguntó el veterano.

—A pedir de boca, le contestó Tirabeque.

—Mucho me alegro, replicó el francés.

—Es que no crea vd., añadió Pelegrin, que este *pedir de boca* significa hoy día lo mismo que cuando vd. estuvo en España. Ahora significa que los inutilizados en la guerra andan de puerta en puerta *pidiendo* que llevar *á la boca*.

—¿Será posible? ¿Pues no hay todavía en España ninguna cuartel de asilo para los inválidos?

Entonces tomé yo la palabra y le dije:

—Si, ya le hay; en Madrid, en el que fué convento de Atocha, ha fundado uno el ilustre duque de Zaragoza, general Palafox.

—¡Oh! ¿vive todavía el general Palafox?

—Vive, sí; á su celo se debe la creacion y el sosten de aquel establecimiento.

—¡Oh, el general Palafox! ¡Zaragoza, Zaragoza! Tambien estuve yo allí ¡Oh! monsieur Palafox era un general digno del emperador. ¿Y hay tantos inválidos en aquel hotel como aquí?

—Sobre corta diferencia, dijo Tirabeque; sobre unos cuatro mil ó cuatro mil quinientos.

—Muy bien; hay casi tantos como aquí.

—Es que son cuatro mil quinientos de diferencia.

—¡Diablo! eso es muy distinto. Y estarán bien sostenidos por el Estado.

—Si, bastante bien. Pero allí la caridad lo hace todo: se suelen abrir suscripciones, y se hacen tambien algunas funcioneillas en los teatros y en los liceos á beneficio de los inválidos, y con un poco de aquí y otro poco de allí van saliendo del día los pobrecitos.

—¡Oh! eso es una iniquidad, es una abominacion de la parte de vuestro gobierno.

—¡Ah! dije yo para mí: no sabes tú bien, pobre inválido, el mal rató que dan á un español amante de su pais estos recuerdos y estas comparaciones.

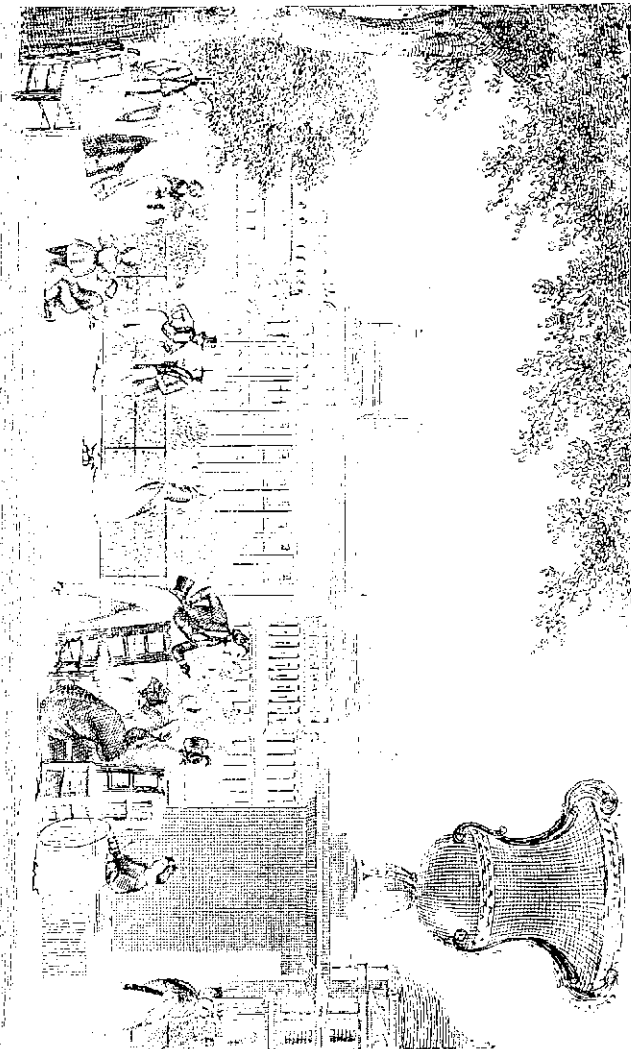
Un antiguo oficial nos condujo después á las cocinas, y en seguida nos enseñó..... lo que á Tirabe-

que le causó una inesplicable sorpresa que degeneró en mal humor; y á mí no me le produjo tampoco muy bueno, por esto de las comparaciones y los recuerdos que no se pueden evitar. Nos enseñó el servicio de mesa para los gefes y oficiales del establecimiento. Toda la vajilla era de plata: cubiertos, cucharones, platos, fuentes, soperas, salseras, palilleros y todos los demás utensilios de plata: ¡y esto para doscientos, ó trescientos ó mas oficiales! Creo que esto bastará por sí solo para escusarme de dar otros pormenores del estado de brillantez del cuartel de Inválidos de París.

Otra cosa, sin embargo, no puedo dispensarme de mencionar, por mas que en ello padeciese entonces y padezca ahora el amor pátrio, la cual no me fué menos sorprendente. Es la biblioteca del establecimiento, compuesta de veinte mil volúmenes, que está abierta todos los dias de trabajo desde las nueve hasta las tres, para instruccion, entretenimiento y recreo de los... iba á decir, de los desgraciados inválidos, pero diré mejor de los afortunados, pues como observaba mi buen lego, vale mas ser soldado sin piernas en Francia que soldado con todos los miembros sanos y corrientes en España.

—Señor, vámonos de aquí cuanto ántes, añadía, porque se me están representando los defensores de nuestra pátria pidiendo limosña por las esquinas, y si nos detenemos un poco he de tener que decirselo á estos





“Con permiso de Suo Señor conq á entuzame un ratito por un casa qe se repobran  
lo que tiene en ella”







hombres por desahogarime, y bien sabe Dios que sentiré que lo sepan.

Yo conocí la razon con que me apremiaba, porque precisamente experimentaba las mismas sensaciones, y dando gracias á aquellos beneméritos guerreros por su agasajo, salimos del *Cuartel de los Inválidos*.

### LAS TULLERÍAS POR DENTRO.

Con permiso de Luis Felipe voy á entrarle un rato por su casa y registrar lo que tiene en ella. He dicho mal, porque no obtuve el permiso de Luis Felipe, puesto que él no se hallaba á la sazón en París; pero obtuve el del intendente de palacio, y *ce m' était egal.....*

Entro, pues, por el arco de triunfo de la plaza del *Carrousel*. Llámase *Plaza del Carrousel* á un vasto paralelógramo, ó sea un dilatado espacio cuadrado dividido por una gran verja de hierro, que dá entrada á un patio dentro del cual pueden maniobrar quince mil soldados. Este patio antecede por la parte de Oriente al Palacio de las Tullerías. En la plaza del *Carrousel* fué donde estalló el 24 de diciembre del año 1800 aquella espantosa *máquina infernal* que se descargó contra Napoleón al tiempo que se dirigia á la Opera, siendo

primer cónsul de Francia, y que conmovió cincuenta casas que después fueron demolidas. Por la parte del *Carrousel* fué tambien por donde se atacó principalmente al Palacio de las Tullerías en la famosa y sangrienta jornada del 10 de agosto de 1792; los agujeros que abrieron en las paredes las balas de los asaltadores fueron cubiertos con piedras sobre cada una de las cuales se escribió: «10 de agosto.» Bonaparte hizo borrar después estas inscripciones, pero aun se distinguen las piedras en que estuvieron.

Sobre el *Arco de Triunfo* hay una estatua de la Restauracion en bronce, tirada por cuatro caballos de la misma materia. El grupo es imperfecto y los caballos parece que pertenecen á dos distintos partidos políticos, pues dos tiran por un lado y dos por otro. Antes habia en el arco unos bajo-relieves que representaban *los gloriosos hechos del duque de Angulema en España*. Han sido destruidos, y esta destruccion es la mejor obra que se ha hecho en aquel arco.

Desde aquel gran patio se abraza de un golpe de vista los cinco estensos é irregulares cuerpos de que se compone el Palacio de las Tullerías. No hay nada que represente mejor la marcha de nuestra última revolucion española que las fachadas de aquel palacio. Nuestros gabinetes y aquellos arquitectos, unos y otros han edificado sin unidad de plan; no hay un cuerpo del edificio que se parezca al otro; los órdenes de arquitectura están confundidos; cada profesor parece

que ha hecho estudio de seguir el sistema opuesto al de su antecesor. y que la obra ha sido dirigida por un espíritu de antipatía y de contradicción, viniendo á resultar un todo heterogéneo, irregular, feo y desagradable.

Así me decía, á mi Fr. Gerundio, un diplomático español que me acompañaba, y cuyo sistema gubernamental aun no ha sido ensayado.

—Verdad es, le dije, pero hay una diferencia de nuestros gobernantes á estos arquitectos; y es que éstos en medio de la ninguna armonía de sus sistemas, al fin cada uno siguió el suyo, cada uno edificó algo, y resultó un todo, si bien imperfecto y discordante, pero vasto, cómodo y anheloso para la vivienda de un gran monarca; mientras los nuestros, ó no han tenido sistema, ó no han edificado nada, ó se han ocupado en destruir lo que habian hecho sus antecesores, y el resultado es que el edificio de nuestra regeneración no ha podido salir de cimientos.

El diplomático se encogió de hombros, bajó la vista y.... entrémos, me dijo. si á vd. le parece.

—Cuando vd. guste, le respondí; y entramos por la puerta de la derecha.

Pero antes de todo no será malo explicar á mis lectores la etimología y significación del nombre de *Tullerías*, porque entre ellos los habrá que pueden haberlo olvidado de puro sabido, y los habrá tambien que absolutamente lo ignoren. Para los últimos es es-

te parrafillo, los primeros pueden proceder desde luego á la lectura del siguiente.

El terreno que ocupa hoy el palacio de los monarcas de Francia fué en lo antiguo una *tejeru* ó *tejeru* (*tuilerías*) que surtian de tejas á todo París. Este terreno fué comprado en 1342 por *Déssessats y Villeroy*, que construyeron en él dos buenas casas con patios y jardines. Andando el tiempo adquirió Francisco I aquellas posesiones por permuta, y sobre las ruinas de aquellas dos casas hizo Catalina de Médicis, muger de Enrique II, levantar un palacio para los reyes, que con el tiempo y á retazos y añadiduras se fué agrandando hasta lo que es hoy, conservando siempre el humilde nombre de Palacio de las *Tuilerías* ó de las *Tejeru*.

Lo primero que ví en el palacio de Luis Felipe fué una *Amaltéa* de plata. Tirabeque que sabia ya desde España lo que significaba la señora Amaltéa, me comenzó á decir:

—Señor, en un palacio donde lo primero que se encuentra son cuernos de plata, y donde la señora *Matea*, como yo la llamaba cuando era mas lego que ahora, empieza derramando riqueza, ¿qué tál será lo demás?

—Calla, le dije, temiendo que empezára á comprometerme con sus indiscreciones: cuando dimos vista á la escalera principal, ¿no viste en la primera meseta dos estátuas del *Silencio*?

—Sí, señor.

—Pues estas te quisieron decir que aquí lo que se hace es oír, ver y callar.

—Es que hablo en español, mi amo.

El diplomático se echó á reír, y entramos en la sala de los *Mariscales*, que ocupa todo el pabellón del centro.

Esta sala está rodeada de retratos de cuerpo entero, pintados al óleo, de los mariscales de Francia actualmente existentes.

—Señor, me preguntó Tirabeque al oído, ¿quién será aquel de la cara de pocos amigos?

—*Le voilà*, dijo al mismo tiempo el dependiente que nos guiaba, *le Marechal Soult*.

—Ya lo oyes, Pelegrín, el mariscal *Soult*.

—¿El compañero de *Guizot*?

—El mismo, el actual ministro de la Guerra.

—El había de ser, señor: ¿cómo se ha de portar bien con los españoles un hombre que tiene esa cara de vinagre?

—Calla, maldito.

—Y para que sea mas bonito le ha hecho el pintor una pierna mas larga que la otra.

—Pues qué ¿no sabes que el mariscal *Soult* es cojo como tú?

—Vaya por Dios, señor: ¿por cuánto no me había yo de parecer á cosa buena!

Rodea la sala un balcón sostenido por consolas, y

del lado del jardín hay una tribuna sustentada por cariátides ó estatuas en figura de muger.

—Pasemos, si gustais, nos dijo nuestro áulico conductor, al salon de los *Nobles*.

Lamábase antiguamente esta sala *de los Guardias*. Cuadros magníficos que representan batallas, marchas militares, triunfos y victorias decoran en derredor este salon. Sigue el llamado de la *Paz*, por una estatua colossal de la *Paz* que le adorna, además de los broncees, bustos, preciosos vasos, ricos muebles y soberbia araña que le embellecen. Contigua está la sala del *Trono*, donde el rey recibe los embajadores. La araña que cuelga del medio del techo es de una belleza extraordinaria; cubre sus paredes una finísima tapicería de los Gobelinos; en sus ángulos hay unos candelabros soberbios; en el plafon se vé á la *Religion* protegiendo la *Francia*.

—Este salon lo reconocerá vd. bien, le dije á nuestro diplomático.

—Algunas veces, me respondió, he tenido la honra de hablar en él al rey.

—Pero no habrá vd. tenido la honra de sentarse en su trono, nos dijo á este tiempo Tirabeque.

—En verdad que no.

—Pues yo sí.

—¡Cómo!

—Como vds. lo oyen. Mientras vds. estaban vueltos de espalda con este monsieur, entretenidos en ver uno

de estos tapices, yo me fuí acercando, acercando, como que no hacia nada al sillón, y... . plaf, me senté en él, y me volví á levantar mas listo que un pensamiento. Tengo el honor de haber estado sentado en el trono de Luis Felipe.

—¡Atrevido! ¿Y si te hubiera visto este ugieer.....?

—Señor, punto en boca, no lo oiga el rugier; acuérdesese vd. de las dos estátuas del Silencio: aquí oír, ver y callar.

Trabajo nos costó reprimir la risa, porque no viniera en sospecha ó conocimiento nuestro conductor. Pero ello es que mi Pelegrin tuvo el desvergonzado honor de sentarse en el trono de Luis Felipe, cosa que se puede asegurar no le habrá sucedido á otro lego alguno.

—Y bien, le decia yo despues que salimos, ¿qué tal encontraste el asientó?

—Señor, me respondió, pienso al revés de Luis Felipe: porque á mí me pareció que estaba lleno de espinas, y era sin duda el miedo de que me vieran en él el que me picaba, y me estremecí todo, y no deseaba mas que dejarle: y á Luis Felipe debe parecerle muy blando y muy mullido, y su único sentimiento debe ser no poder ir sentado en él al otro mundo.

A la sala del *Trono* sigue la sala del *Consejo*, brillante en dorados, pinturas y esculturas. Sobre una lujosa chimenea hay una magnífica péndola de Lepanto. A la estremidad de los grandes departamentos es-

tá la galería de *Diana*. Una oportuna combinación de espejos dá un brillo y una claridad extraordinaria al gran salon del *Comedor*. Las salas del *Concierto* y del *Billar* son notables por el gusto y elegancia de sus esquisitos muebles. Detrás de estos departamentos, y á la parte del jardin, están las habitaciones del rey: la sala de labor, donde el monarca recibe de confianza por la noche, mientras la familia se entretiene modestamente en hacer calceta y otras labores de manos al rededor de una gran mesa redonda, cubierta con un paño verde, y las habitaciones de dormir.

Yo me detuve é curiosear un poco la *Biblioteca particular* del rey. En los pequeños momentos que nos permitía la viveza ó la prisa de nuestro guia, pude atisbar las obras de *Voltaire*, de *Montesquieu*, y de *Racine*: la *Historia de las revoluciones*: un *Tratado del gobierno*, y la *Historia de España*.

—Padre Fr. Gerundio, me decia nuestro diplomático, no tiene malas obras en que estudiar el hermano Luis Felipe.

—Por parte del estudio, le respondí, no tengo cuidado, la dificultad está en las obras.

—Eso es lo que digo, que las obras son buenas.

—Mi cuidado, le repliqué no está en las *obras escritas* de los autores, sino en las *obras prácticas* del que las lee. Estas *obras* son las que yo quisiera buenas.

En la sala de *Consejo*, allí donde tantas veces se



habrá decidido la suerte de las naciones, llamó muy particularmente la atención de Pelegrin un cuadro que está á la izquierda de la entrada. Es un preciosísimo cuadro de perspectiva, que representa una comunidad de frailes en refectorio. Es de lo mas acabado en su género que jamás he visto: las figuras parece que hablan, que se mueven, que comen. Tirabeque se embelesaba contemplando la naturalidad de los legos que servian á la mesa, suscitándole las mas vivas reminiscencias de iguales menesteres en que tantas veces se habria ejercitado. Por otro lado decia:

—Señor, ¡un refectorio de frailes en una sala de consejo! ¿qué querrá decir esto, mi amo? ¿si querrá significar que los que aqui se juntan á disponer de los reinos y de las naciones son tan egoistas como los frailes, y que todos ellos no cuidan mas que del número uno?

—No creas tál, Pelegrin, le dije, será casualidad no más.

No quisimos ser mas molestos, y tomamos el camino de la salida. La *capilla* no tiene cosa alguna notable, igualmente que el *teatro*, aunque lindo y bien compartidas las localidades. El Palacio de Tullerías en su conjunto no deja de ser digno del monarca de un gran pueblo, si bien hay otros que aunque no tan vastos reúnen mas bellezas y mejor gusto que aquél.

## LOS CAMPOS ELISEOS.

Señor Píndaro, vd. ha padecido una equivocación. Señores Homero y Hesiodo, siento mucho tener que rectificar á vds. Señor Platon, vd. era muy sábio, pero tambien los sábios la yerran. Señor don Dionisio el geógrafo, mi ánimo no es ofender á vd.; pero no puedo menos de decir á vds., señores, que tanto vds. como otros respetables autores que nos han dicho y enseñado, los unos que los *Campos Eliseos* eran un lugar de placer á donde pasaban las almas justas despues de su muerte á gozar de un continuo jolgorio: los otros que estaban en la cuarta division del infierno, los otros que en la luna, los otros que en el centro de la tierra, los otros que en las islas Afortunadas, y los otros que en Sevilla y Jerez de la Frontera: todos se han equivocado vds. de medio á medio, y dispénsenme vds. que les hable con esta franqueza. Los *Campos Eliseos* están en París, y nadie me lo puede negar porque los he visto yo. Y no solo los he visto, si no que mas de cuatro veces ha paseado mi humanidad reverenda por aquellas larguísimas y frondosas carreras de árboles que van de la plaza de la Concordia hasta el Arco de la Estrella, y que llaman *Campos Eliseos*.

Si todo es farsa en este mundo, como dice, y creo

que con mucho fundamento, el castellano refran, los *Campos Eliseos* de París deben ocupar exactamente el punto céntrico del mundo, porque ellos son el centro de la farsa y el foco de los farsantes *cujusque génèris et speciei*.

Para gozar de lleno del divertido, variado y extravagante espectáculo que ofrecen los *Campos Eliseos* es menester verlos ó en una noche apacible de verano ó en una mañana despejada de otoño. Si es de noche, le dan nuevo realce y contribuyen á aumentar la ilusion los innumerables faroles nacionales de gás que iluminan el paseo en toda su larga estension, los infinitos otros farolillos de propiedad particular que alumbran la mesa ó tienda de cada farsante, y las inenarrables aventurillas nocturnas que *ab utroque látere* tienen lugar, como puede suponer el curioso lector. Si es de día, se disfruta al mismo tiempo de la animacion que dá al espectáculo el paso continuo de toda clase de carruages de lujo, los elegantes que concurren con el objeto de lucir sus cuerpos y sus caballos, y los cochecitos tirados por cuatro ó seis cabras con sus correspondientes arreos y penachos de color en que se pasean los niños por el módico alquiler de diez ó doce sous por cada vuelta.

Pero esta es la parte mas insignificante de aquellos nuevos *Campos de Farsalia*. Es de ver el enjambre de titiriteros, saltimbanquis, charlatanes, embaidores y farsantes de todas las especies, castas y raléas conoci-

das que pueblan aquel dilatado paseo. Aquí un corrillo de curiosos admirando embaucados la destreza de un jugador de cubiletes; allí otro corro entretenido con las gracias de un polichinela; allá un numeroso auditorio embelesado con la parodia de un vaudeville; mas adelante un estenso círculo extasiado con los experimentos de una máquina eléctrica; al lado una turba de muchachos regocijados con las habilidades de un perrito; acá un grupo recreándose en ver los juegos de fuerzas de los Alcides; en seguida una rueda de gentes alrededor de la rueda de la fortuna; allí inmediato una muchedumbre rodea al juego de la bola; y aquí un corro, allí otro corro, y acá otro corro, y allá otro corro, y mas adelante otro corro, y mas allá otro: porque aquí hay un viejo que convierte las estopas en cintas de colores dentro de la boca, y allí hay un jóven que baila el baile inglés, y acá hay dos niñas de ocho años que tocan dos violines á duo, y allá hay uno que publica sobre una mesa las virtudes de un elixir de larga vida, y mas adelante hay un hombre sin brazos que escribe con la boca como el mejor pendolista, y mas allá hay otro que se mete en el pecho una culebra domesticada, y á la izquierda hay un ventrilocuo, y á la derecha una muger bailando en la cuerda floja al son de un organillo.

De trecho en trecho están los teatros portátiles, especie de cajones destinados á las representaciones escénicas de dos gatos ó de un gato y un mono, con sus

correspondientes rótulos á la portada que dicen: *Gran teatro de Regnault*; *Gran teatro de Mr. Lambier*, etc. Y de cuando en cuando suele oírse, como oí yo, á uno de estos empresarios de teatros decir con mucha gravedad: «¿Qué valen las representaciones de *Mr. Lambier*, ni las de *Mr. Foucard*? ¿qué vale el gato de *Mr. Moulins* comparado con el nio? mirad qué bien vestido le tengo; venid á ver sus habilidades.»

Aquí los juegos de caballos, allí el juego de la paloma, acá el de las bochas, allá el de la cerbatana, y aquí y allá y por todas partes se oyen los disparos de los que se ejercitan en tirar al blanco á cuatro sueldos el tiro.

En los *Campos Elíseos* está el *Circo Olímpico nacional* dirigido por Franconi (que de paso sea dicho es uno de los locales de espectáculo mas bellos y mas grandiosos que tiene París); allí se encuentran los salones de baile titulados de *Marte* y de *Flora*: allí el *Diorama nacional* en que se representa *el gran incendio de Moscow*; allí el *Navalorama*, en que se ve la isla de Santa Elena y el acto de salir las embarcaciones surcando los mares con las cenizas de Napoleón: allí el *Cosmorama*, y el *Neorama*, y el *Panorama*, y todos los acabados en *rama*, y todo lo que pertenece al *ramo* de la farsa escénica y de la titiritaina y del embaucamiento, aumentado con la vocinglería de los charlatanes vendedores de estampas y de libros, que con uno en la mano levantando el brazo y enseñándole á los con-

currentes, «hé aquí, dicen, el libro misterioso que se encontró debajo de las murallas de la gran ciudad del Cairo cuando fué conquistada por el gran Napoleon; él ha sido traducido de oculto por el hombre mas sabio de la Francia y no ha quedado ya mas que este ejemplar que es muy rebuscado; el que no quiera quedarse sin este libro precioso, que se apresure, por que me lo están arrebatando de las manos: en diez sueldos le doy.» Y bien puede darle en diez sueldos, y aun en uno, porque son unos cuentos tontos para entretenimiento de niños, que nadie ha podido tener paciencia de leer enteros jamás.

Y á este símil son tantas las farsas y las estravagancias que se ven en los *Campos Eliseos*, en cualquier noche apacible de verano ó en cualquier mañana despejada de otoño ó de primavera, que bien puede decir que tiene la cabeza de bronce el que las primeras veces no salga de allí con el cerebro trastornado.

Todo esto lo ve cualquiera, pero lo que no habrán visto todos es cierto establecimiento de *doscientas figuras de cera* que hay al estremo de los *Campos Eliseos*, á la derecha ya cerca del arco del Triunfo. Entren vds. conmigo, que no cuesta mas que seis sueldos.

Gran cartelou. Un jóven y una jóven (de cera por supuesto) unidos y metidos en un cesto, anuncian á la parte exterior de la puerta que por allí se entra al gran establecimiento ceroplástico. El significado de aquella *cópula nefanda*, como llamó uno de nuestros diputados

la alianza carlo-cristina, no le puede averiguar. Un enjuto anciano, el hombre-oblea recortado en pergamino, que dice nuestro Fabiani en la comedia *Los polvos de la madre Celestina*, es quien nos va explicando las figuras, menos la suya que es indefinible, y no admite explicacion. La leccion la sabe de corrido, y charla como un cotorro sin hacer punto ni coma: oigamos al hombre papagayo.

«Señores, estos de la derecha todos son mónstruos; esta es una ternera con dos cabezas: estos son dos niños unidos por el pecho: estos son dos hombres pegados tambien por medio de ese tubo que va del pecho del uno al del otro: estos son tres enanos gemelos... esta es una muger que fué gefe de bandidos en Suiza... esta otra fué guillotizada en Burdeos... este es el ladrón Elavide... este grupo representa lo siguiente: los amores de *Píramo* y *Thisbe*, el bautizo del *Duque de París*, la hermosa *Galatea*, el cíclope *Polifemo*, Mademoiselle *Rachel*, Mademoiselle *Taglioni*, y el famoso *Bebé*, enano del rey de Polonia Estanislao.»

—¡Ira de Dios! dije para mí, y qué mescolanza mas prodigiosa y qué galimatías mas insigne! Parecióme una de las décimas de despropósitos de Iriarte reducida á figuras de cera; y púseme naturalmente á cantar por lo bajo:

Tocando la lira Orfeo,  
y cantando Jeremías,  
bailaban unas folías

los hijos del Zebedeo:  
 viendo esto el dios Himenéo  
 llamó á la casta Susana....

—Ah, *la casta Susana* (me interrumpió el hombre-oblea), *la voici*, aquí teneis á la casta Susana al lado del Arzobispo de París: este es Monsigneur el arzobispo, esta la casta Susana.

Yo reia como un simple, y sentia no tener allí si-quiera otros tantos compatriotas como eran las figuras de cera para tener el gusto de celebrarlo juntos.

—Decidme amigo: ¿y quiénes son estos personajes que están sentados alrededor de esta mesa en forma de cenáculo?

—¡Oh! estos son personajes muy famosos: aquí teneis á Luis Felipe, actual rey de los franceses: este es el trágico Talma: esta doña María de la Gloria: este don Miguel de Portugal: esta la reina Cristina: esta Isabel II: esta es una lilliputiense....

—¿Cuál decís que es Isabel II, ésta?

—Perdonad, esa es la lilliputiense: la reina Isabel es esta.

¡Pobre Isabel II! infamemente retratada está en la Guia de forasteros española de este año 42, pero voto á mi padre San Francisco que aquello era una heregía real de cera. Si hubiera estado allí Tirabeque es imposible que se hubiera contenido sin soplar al hombre-pergamino un sepan-cuantos.

—Proseguid, buen hombre, proseguid.



—Este es Guillermo IV de Inglaterra: esta la reina Victoria: estos son cuatro *paradistas* (farsantes): estos dos son el rey y la reina de los belgas: este es el emperador de Rusia : este el príncipe don Francisco de España....

—¿Y no está por aquí don Carlos?

—Aquí le teneis separado de la mesa con Abd-El-Kader.... esta figura de la izquierda es la muerte del Mariscal Lannes; ved aquí á Napoleon espirando....

—Bien, bien, no me enseñeis más; en lo único que habeis estado acertado es en haber colocado á don Carlos y á Abd-El-Kader juntos y sin participacion en la mesa.

En mi vida ví mas disparates reunidos y congreso de reyes mas de Carnaval: á no ser por la esplicacion del hombre enjuto se hubiera tenido por una comida de hostería. El que dude de la exactitud de los personajes y de su colocacion no tiene mas que ir á París y verlo. Sin embargo los farsantes franceses tienen desfachatez bastante para esponer esto al público.

Omito en beneficio de la brevedad otras muchas farsas de los *Campos Eliseos*, pero creo que basta esta ligera reseña para deducir, que si todo es farsa en este mundo, los *Campos Eliseos* de París deben ocupar el centro del *mundo farsático*.

:

## TEMPLO CALVINISTA.

A pesar de la libertad de cultos, en París como en toda la Francia la religion dominante, asi en la capital como en la mayor parte de los departamentos, es la católica romana, si bien en las provincias del Mediodía está mas arraigado y estendido el catolicismo que en las del Norte, donde el protestantismo, sin ser el dominante, cuenta muchos mas prosélitos que en el Mediodía. En París los templos católicos son innumerables, los no católicos pueden recorrerse en pocos dias.

Yo aconsejaria á todo español curioso que no dejára de visitar la *Capilla de la embajada rusa*, sita en la *Rue Neuve de Berry*, número 4, á la derecha de los Campos Elíseos, cerca del establecimiento de figuras de cera descrito en el artículo anterior. Pero le aconsejaria tambien que no hiciera falta entre diez y once de la mañana, pues si algo mas tarde fuese se espondría á hallar frustrada su curiosidad, como me acaeció á mí que hube de perder tres mañanas dominicales seguidas (pérdida no poco lamentable en París) para lograr en la cuarta asistir á los oficios del culto griego que se dá en aquella capilla. La novedad del rito, tanto por la parte del sacerdote como del

pueblo, como tambien del ornato y forma de aquel pequeño oratorio, merece bien la pena de consagrar al objeto un par de horas matinales, que no exige menos la distancia á que se halla la capilla del centro de la poblacion.

La principal *Sinagoga de los israelitas*, en la calle de Nuestra Señora de Nazareth, merece tambien ser visitada en la tarde de un sábadó cualquiera. El templo de los *luteranos* ó protestantes *de la confesion de Augsburgo* en la *rue des Billets*, donde se hace el servicio alternativamente en francés y en alemán, llama la atencion por una gran cruz de madera colocada en la pared del frontal, único signo y único adorno que hay en todo el templo. A mí me tocó ver los oficios en alemán, y como era peregrino en el idioma, aun cuando percibí que se cantaban los salmos 119, 114, 120 y 29, hube de contentarme con el *Christenthum* arriba y el *Christenthum* abajo, y perdone el señor Lutero que tan rápida y superficialmente pase por el culto que el fraile de San Agustin regaló á la Iglesia, un fraile de San Francisco en cuya educacion no entró por desgracia el estudio del alemán; y si no quiere perdonarme, no piense el atrevido innovador que de rodillas se lo he de suplicar.

Reservo para artículo aparte el culto de la iglesia *francesa del Faubourg-Saint-Martin*, por ser el mas nuevo, el mas curioso, el mas notable, el mas digno de ser conocido de cuantos he hallado, incluso los in-

finitos que ví después en Holanda y Alemania, hormigueros de sectas ó religiones; éntrome por ahora en la iglesia *calvinista* de la calle de *Saint-Honoré* llamada el *Oratorio*, antiguo nombre que conserva todavía.

El señor Calvino, á juzgar por sus sectarios franceses, debió ser hombre muy atento, urbano y político. Lo primero que se lee en una tablita es: «*on invite á s' asseoir*: se invita á tomar asiento.» Otra hay que dice: «*toutes les sieges sont libres après les commandements*: todas las sillas son libres despues de los mandamientos.» Y en otra se lee: «*on ne paye rien pour le sieges*: nada se paga por las sillas.» Esta generosidad calvinista de los asientos *gratis* debería avergonzar á los católicos franceses, que así especulan con los asientos en las iglesias como pudieran especular con los *stalles* de los teatros.

Las señoras calvinistas hacían al entrar una profunda reverencia, y meditaban algunos minutos *inclinato cápite*. En el cuerpo de la iglesia, frente al púlpito, había una mesa cubierta con lienzos, lo cual dió ocasion á que Tirabeque preguntára si los calvinistas acostumbraban á comer allí, y que supongo yo contendría las materias de la comunión bajo las dos especies. El sacerdote desde la cátedra, alternaba sus reflexiones y comentarios sobre algunos lugares de la Sagrada Escritura con el canto del pueblo, que entonaba los versos de los Salmos en el turno que les señalaban las tablillas indicadoras de la órden del día. Los salmos estaban peri-

fraseados en versos franceses, puestos en una música sencilla: cantábanlos á coro todos los concurrentes, cada uno con su libro ó salmodia en la mano: hé aquí algunos que pude leer en el de la señora que estaba delante de mí. El primero es el primer versículo del salmo 84, que dice en latín.

*Quam dilecta tabernacula tua, domine virtutum:  
Concupiscit et déficit anima mea in atria Domini.*

La paráfrasis francesa decia:

*Roi des Rois, éternel mon Dieu.  
Dieu, que ton tabernacle est un lieu  
sur tous les autres aimable:  
mon cœur languit, mes sens ravis  
ne respirent que ton parvis  
et ta presence adorable.*

Que con permiso del P. Seio y del señor Torres y Amat podria traducirse en español:

¡Cuán amables ¡oh Dios! y cuán amados  
me son tus tabernáculos sagrados!  
Mi alma desfallece á los encantos  
de contemplar, Señor, tus atrios santos.

Otro versículo de los que oí cantar y que he podido retener decia:

*Le jour de l' homme á l' herbe se compare  
dout á nos yeux la campagne se pare,*

*qu' un peu de temps a vu croître et mourir,  
et que soudain de l' aquilon battüe  
tombe et se fane et n' est plus reconnüe  
même du lieu qui l' a vü fleurir.*

Que con la misma licencia podría traducirse;

«Los dias del hombre son como la yerba de que vemos adornarse la campiña, que en breve tiempo crece y muere; azotada después por el aquilon soberbio cae y se marchita, y no es reconocida ya ni aun del lugar mismo que la vió florecer.»

Por el mismo orden se siguió cantando los versos 1, 4 y 5 del salmo 42, y los 1, 8 y 9 del salmo 103, que eran los señalados para aquel dia.

En honor de la verdad debo decir que en todos los templos protestantes, fuesen ingleses, alemanes ó franceses, igualmente que en el templo griego, ví siempre reinar el mayor decoro, compostura y circunspeccion; todos estaban llenos los domingos (único dia de oficios), y los concurrentes se conocia pertenecer á las clases mas acomodadas de la sociedad.

## TEATROS.

PARIS es sin disputa el pueblo mas escénico del mundo. Cómicos los franceses por naturaleza; dotados de una estraordinaria aficion activa y pasiva á las representaciones teatrales; favorecidos de una disposicion privilegiada para su desempeño; amantes de la novedad hasta el capricho; llevando el refinamiento del gusto hasta la relajacion, y afortunados en haber alcanzado una era de riqueza y de paz: careciendo por otra parte de los goces de las sociedades privadas y de confianza á que se amoldan mal su carácter y sus costumbres, han llevado el ramo de espectáculos públicos en París, y especialmente el de teatros, á un grado de lujo y de abundancia que no puede menos de admirar el estrangero de cualquier nacion que sea.

Veinte y tantos teatros hay abiertos diariamente en París, y aun no es excesivo número si se ha de calcular por la concurrencia cotidiana de que se les ve llenos y hasta henchidos, y hasta rebosando por lo comun. Cada uno de ellos está destinado casi esclusivamente á la representacion de piezas de cierto género, y desde el nombrado *Academia Real de Música* hasta el de *Monsieur Seraphin*, se recorre una escala inmensa descendente de todos los géneros y gustos de representacion que hasta ahora se han podido inventar.

Sus nombres son: el teatro de la *Grande Opera*, (Academia Real de Música); el *Teatro Italiano*; el de la *Opera cómica*; el *Teatro Real Francés*; el de *Palais Royal*; el del *Vaudeville*; el de *Varités*; el de la *Puerta de San Martin*: el *Gimnasio Dramático*; el del *Ambigu Cómico*; el de la *Alegria* (Gaité); el de las *Locuras Dramáticas* (Folies dramatiques); el del *Odeon*; el de la *Puerta de San Antonio*; el del *Circo Olímpico* (no es el circo Olímpico Nacional); el de los *Descansos cómicos* (Délassements comiques); el de los *Jóvenes Comediantes*; el de los *Jóvenes Alumnos*; el del *Gimnasio de los Niños*; el de *Luxemburgo*; el del *Temple*; el de los *Funámbulos*; el de *Seraphin*; el *Café-Espectáculo*, y otros que se nombran poco y de que yo no me acuerdo en este momento.

Consulte el aficionado su gusto y sus inclinaciones, y elija á su placer. Si le gusta una *grande ópera* puesta en escena con toda la pompa, con todo el lujo, con toda la magnificencia, y con toda la prodigalidad de trages, decoraciones, actores y orquesta que puede desear y aun discurrir su imaginacion, que vaya á la *Academia Real de Música*. Si desea oír los mejores cantantes que produce el país de los hechizos armoniosos, la Italia, que concurra al *Teatro Italiano*. Si le agrada más la ópera ligera, juguetona y alegre, allí tiene el de la *Opera-Cómica*. Si su génio propende al clasicismo trágico y al gusto del cómico sublime, nada le dejará que desear el *Teatro Francés*. Si le pla-



cen los dramas románticos, horripilantes y tonitruosos, acuda á la *Puerta de San Martín*. Si por el contrario le divierten los enredillos alegres, ligeros y saltantes, váyase al *Vaudeville* ó al *Palais Royal* y pasará un buen rato. Si le agradan las intrigas ingeniosamente urdidas y salpicadas de sales cómicas y pensamientos espirituosos, no haga falta en el *Gimnasio Dramático*. Si quiere reír á carcajada tendida, déjese la razón á la puerta y éntrese de rondon en el de *Varietés*. Si propende á los melodramas entremezclados de bailettes grotescos, ande unos pasos más, é ingiérase en el de la *Gaité*. Si apetece ver pantomimas, y mimo-dramas, y representar á un tiempo bípedos y cuadrúpedos, de los cuales no se sabe quién lo hace con mas maestría y habilidad, tome su billete para el del *Circo*. Si por capricho quiere ver puestos en escena los juguetes cómicos de Berquin ó las fábulas de La Fontaine, alternados con escenas de fantasmagoría y ventriloquia, concorra al de los *Jóvenes Alumnos* de Monsieur *Comte*. Si por estravagancia ó por curiosidad quiere pasar una noche inocente y puerilmente divertida, acuda al de figuras de movimiento de Mr. *Seraphin*, que aunque el último en categoría, estoy seguro que aun encontrará mucho que admirar.

Cometiera yo un pecado imperdonable de omision si me contentára con esta ligerísima reseña general, y no hiciera singular mencion de ciertas notabilísimas circunstancias, ya que no de todos, porque esto raya-

ría en temeridad, al menos de algunos de los mencionados teatros. Y aun no es obra de fácil desempeño para un pobre Fr. Gerundio el haber de decir algo en una materia que por su misma abundancia ahoga.

Una observacion anticiparé en este momento; y es que los franceses por precision tienen que salir cómicos sobresalientes. Empiezan á ejercitarse de niños en los teatros de jóvenes; van después recorriendo una escala gradual; tienen siempre grandes entradas y de consiguiente buenos sueldos; se les encomienda *esclusivamente* el desempeño de aquellos papeles para que tienen particular aptitud; y con todos estos y mil otros elementos seria menester que fueran muy duros de mollera para que no llegáran algun dia á ser buenos actores.

### LA GRANDE OPERA.

Si me preguntan á mí, Fr. Gerundio, qué es lo que he visto de mas grandioso en París, diré que la Grande Opera. Si me preguntan cuál es el espectáculo en que he hallado reunidos mayor número de encantos para halagar, para dar ilusion, contestaré que la Grande Opera. Si me preguntan cuál es en lo que los franceses han echado el resto de su ostentosa esplendidez, responderé que en la Grande Opera.

Por de contado aquella compañía lírica ya no es compañía sino batallon, pues consta de unas 950 plazas, poco mas ó menos; me aseguraron que no llegaban á mil. Asi es que cuando la pieza exige la presentación de un pueblo entero en la escena, el espectador está viendo un pueblo entero representado en todas sus clases, sexos, trages y edades, y no es raro ver en el escenario quinientas ó seiscientas personas á un tiempo. Cada coro de varones que se presenta deja muy atrás al de la catedral de Toledo en los tiempos de su apogeo, incluso canónigos, capellanes, racioneros, medio racioneros, niños y salmistas; y cada coro de doncellas parece una comunidad de beguinas, que son las comunidades mas numerosas que he conocido, como diré mas detenidamente cuando llegue á la Bélgica.

Los acompañamientos, si son régios, darian que envidiar al mismo Autócrata de las Rusias que los viese, y el número de coches que á veces atraviesan el escenario seria digna pompa del monarca mas rumboso. Si son militares, suele seguir al gefe un estado mayor y una escolta de caballería como la que acompañaba al duque de la Victoria cuando lo era de los ejércitos reunidos, que es cuanto se puede decir ni pensar, sin incluir en este número los gruesos piquetes, partidas y destacamentos de tropas griegas, romanas, persas, árabes, israelitas, cruzadas ó sin cruzar, segun la época y el lugar de la escena, que presentan en ocasiones un verdadero campo de batalla. Si son eclesiás-



ticos, suele ofrecerse á la vista un colegio de cardenales completo, ó un concilio general como el de Efeso ó el de Nicéa, ó una procesion como la del Corpus en España.

Compónese la orquesta de unos 110 á 115 instrumentistas; profesores escogidos. Asombrado se quedó Tirabeque al divisar los gruesos mástiles ó diapasones de los ocho ó diez contrabajos que semejaban los palos mayores de otros tantos buques anclados en aquella bahía filarmónica. Estruendoso y retemblante es allí un golpe de música á toda orquesta, ofensiva ya á algunos tímpanos, y que lo sería á los menos delicados en otro lugar menos vasto y anchuroso que el teatro de la Grande Opera.

En punto á decoraciones, desde luego dá idea de lo que puede esperar el espectador el magnífico telon de boca que con sus numerosas, históricas y alegóricas figuras, y su repetido lema: «*nec pluribus impar;*» ofrece que estudiar al artista y al curioso, para los entre-actos de mas de una funcion. Pero esto es un pequeño prefacio del aparato escénico que se presenta una vez alzado el gran lienzo.

Supongamos que es una decoracion de montaña: el espectador ve mecerse los árboles al impulso del viento, ve volar las aves; y cree que si le fuera permitido aproximarse al bosque arrancaría con la mano el musgo que cubre las rocas que en lontananza divisa. Supongamos que es el interior de un convento: el pú-

blico ve los cláustros y las galerías, ve la fuente del patio, ve á los religiosos salir de las celdas, los ve pasear y conversar, y lo ve de una manera que duda si está en el anfiteatro de la Academia Real de Música ó está realmente en el átrio de algun convento de la Merced. Si es un jardin, las rosas, los boxes, los arbustos no los trazó en el lienzo la mano hábil de un pintor; son frutas cuyas ramas se mueven, se encorban al contacto del que las roza al pasar; son yerbas que se abaten al impulso de la planta, y son rosas que se ve arrancar de su tallo, que se ve arrojar al medio del proscenio. En fin para formar idea de la perfeccion en las decoraciones, creo que bastaria al lector, como me bastó á mí, el ver en la escena quinta del segundo acto de la ópera *Le Freyschutz*, una cascada que se desgajaba de la cima de una roca, cuya corriente se veia, cuyo murmullo se oia, cuyas aguas mojaban, porque era agua natural. Entonces me acabé de convencer de que á los franceses nadie los aventaja en esto de presentar las mentiras bajo tal forma que parecen verdades, y las verdades bajo tal aspecto que parecen mentiras.

El cambio de decoraciones en la Grande Opera es tan súbito, tan momentáneo que casi se hace imperceptible; y es que han apurado tanto su mecánica teatral, que han hallado el medio de impulsar á un mismo tiempo todos los telones y bambalinas, elevando unos, hundiendo otros, y dando movimiento simultáneo *á supra* y *ab infra* y *ab utroque látere*. Cuando el

cambio de decoraciones exige algun mas espacio, suele el teatro quedarse á oscuras; empieza á elevarse un telon que figura una especie de nube de humo; el espectador se halla entretenido en contemplar la aparente humareda, y cuando acaba de elevarse el pardusco lienzo, tal vez en lugar de un paisaje romántico y severo con su castillo ruinoso de la edad media que hacia un minuto admiraba, se ofrece súbitamente á su vista una catedral gótica con todas sus capillas laterales, su altar mayor, sus arañas, sus sacerdotes, sus acólitos, su coro, y todos los adherentes al servicio del culto divino; con más un pueblo que ora devotamente arrodillado, todo en las dimensiones y á las distancias naturales de una catedral regular, porque el buque y capacidad del escenario son inmensos.

Pocas son las óperas que en aquel teatro se ejecutan: con cinco ó seis tienen bastante para invertir todo el año lírico: ¡tal y tan segura es la concurrencia á aquel grandioso espectáculo! Las principales son: *La Juive*, *Les Huguenots*, *Guillaume Tell*, *Robert le Diable*, *Le Freyschutz* y alguna otra; y cítolas en francés, porque en francés está la letra y en francés se cantan, en lo cual es admirable el partido que han sacado para la música de un idioma tan ingrato, duro é inflexible á la melodía, si bien no deja todavía de notarse cierta inevitable aspereza que se hace mas sensible en los recitados al oido acostumbrado á la dulzura de la música italiana. Asi es que ni *Duprez* podrá cantar nunca como *Rubini*, in

•

la *Nathan* y la *Dorus* podrán deleitar nunca como la *Grisi* y la *Persiani* (1).

Algunas noches se destina la parte principal de la funcion á *Bailes* en dos ó tres actos (de que me ocuparé luego), y entonces los antecede una piececita corta y de menos aparato escénico como *La Lucie*, *Le Conte Ory*, *La Xacarilla*, y tal cual otra. Cuando yo ví anunciada *La Xacarilla*, desde luego aprendí que seria cosa española, y no quise dejar de verla. No me engañé en efecto, y fué la noche mas divertida que he pasado en la Academia Real.

El argumento es español y la escena es en Cádiz. La letra, ó sea *las palabras* como ellos dicen, son de *Scribe*, y la música de *Marliani*, que no sé si será nuestro senador por Canarias. La cosa pasa entre LAZARILLO, *aspirante de marina*; NITHARDO, *primer corregidor de Cádiz*; COMEJO, *negociante* y RITA *su hija*.

Era de ver al corregidor de Cádiz vestido con su sombrero de canal como un arcediano, una especie de media sotana que le bajaba hasta medio muslo, su an-

---

(1) En prueba de lo que allí se repiten estas óperas bastará decir que á mi me tocó asistir á la 130.<sup>a</sup> representacion de los *Hugonotes* y á la 224 de *Roberto el Diabto*. Debe inferirse si tendrán algun aliciente, cuando en medio de ser tan repetidas, y costando 9 francos (36 rs.) un asiento regular, es menester acudir con mucho tiempo á proporcionarse billete, ó renunciar al placer de ver la funcion.

guarinita negra muy corta, su calzón corto con un par de pomposos lazos á cada embotonadura, su media blanca y su zapato de oreja y de boton. El alguacil apenas se distinguia del corregidor sino en que los tacones de los zapatos eran encarnados, y en que llevaba en la mano una larguísima vara, mayor todavía que las ahijadas que usan los carreteros de bueyes para aguijonear á los tardos animales. Pudiera creerse que el suceso pasaba en una época remota sino testificáran lo contrario el traje moderno de Rita y el comun de dos del bueno de Lazarillo, y el *totum revolutum* de los vestidos de los marineros, que unos parecian pertenecer á la flota de Cristóbal Colon ó de Hernan Cortés, otros semejaban ser de la tripulacion del buque correo que sale mensualmente para la Habana; unos parecian chisperos de las Maravillas de Madrid, y otros eran un trasunto de los choriceros de Extremadura. Por supuesto que no habia gaditano ni gaditana, incluso su señoría *el gran Corregidor*, que no llevára al lado la prenda de uniforme que los franceses creen inherente á todo español de cualquier clase y calidad que sea, desde la cuna hasta el sepulcro, á saber, el puñal.

Yo me reía como un simple; á Tirabeque se le llevaba el diablo, y juntos nos admirábanos de que los franceses, tan hábiles, y tan esmerados, y tan estudiosos, y tan exactos en la imitacion de la verdad en todo lo que pertenece á trages, costumbres, obras y sucesos de otros paises, incurran en tan absurdas aberraciones.



ciones, en tan abultados disparates cada y cuando que se les ofrece pintar escenas españolas, no conociendo un pueblo que solo divide del suyo una sierra de medianería, mas que pudieran conocer el pais de los *Aborígenes* ó del *Lilliput*, y pintando á los españoles tan á ciegas como pudieran pintar á los planetícolas.

### EL BAILE.

Hay en la compañía de la Grande Opera una seccion no menos numerosa que la de orquesta. Las piezas líricas de primer orden están dispuestas de modo que en todas ellas toma parte una fraccion de la comunidad saltante, y cuando la pieza es pequeña, entonces es cuando se ejecutan, como insinué atrás, los bailes pantomímicos en dos ó tres actos; pero bailes tan bellos, tan fantásticos, que la imaginacion no puede concebir nada mas risueño, nada mas encantador: tan primorosamente ejecutados, que despues de dos ó tres horas de baile se descaria que volviera á empezar. Sus argumentos son tan largos y tan complicados como los de una comedia, son dramas bailados; y aunque no se articula una sola palabra, tal es la expresion que saben dar al gesto y á la accion pantomímica, que el espectador se penetra de todas las situacio-

nes, conoce todos los sentimientos, y se interesa en pró ó en contra de los actores, odiosos ó amables, desgraciados, crueles, virtuosos ó impasibles: llegando el efecto de la sensacion hasta hacer enternecerse en favor de tal bailante, que brinca que se las pela, pero que ha demostrado que danza muy á su pésar y obedeciendo un hado funesto que le persigue.

La ejecucion escede á cuantas hipérboles se pudieran usar; la *Taglione* y la *Grissi*, por ejemplo, ya no parecen dos criaturas humanas, parecen dos séres aéreos que voltigean por los aires, dos blancos vapores que tan pronto tocan fugazmente al suelo como se elevan velozmente por la atmósfera. Acaso no hay nada en que medie tan *inmensa* distancia de nuestros teatros principales al de la Grande Opera de París como en los bailes; es distancia que solo la imaginacion del que ha visto unos y otros puede abarcar (1).

Los argumentos de estos bailes pantomímicos son tambien interesantes, ó por lo tiernos, ó por lo caprichosos. *La Tarántula*, *El Diablo amoroso*, *Gigelle ó las Willis*, todos son fantásticos, bellos, de una ilusion indefinible. Creo que mis lectores leerian sin disgusto

---

(1) Como conocerá el lector, esto está escrito antes que se introdujeran en los teatros españoles los bailes franceses. Hay, sin embargo, todavía una gran distancia de estos á aquellos en cuanto á la ejecucion y al aparato escénico.

el argumento de alguno de estos dramas singulares, y si leído es capaz de inspirar interés, calculen si les agradaría puesto en escena.

Por ejemplo, el titulado:

### GISELA Ó LAS WILIS.

Existe una tradición de la danza nocturna conocida en los países slavs bajo el nombre de Wili.

Las wilis son jóvenes desposadas, que murieron antes del día de sus bodas; estas pobres muchachas no pueden permanecer tranquilas en sus sepulcros. En sus corazones apagados, en sus pies muertos, ha quedado ese amor al baile que no han podido satisfacer en vida, y á media noche se levantan, se reúnen en cuadrillas en medio del camino, y desgraciado del joven que las encuentra, porque se vé obligado á bailar con ellas hasta que cae muerto.

Adornadas con sus vestidos de boda, coronadas sus cabezas de flores y brillando en sus dedos anillos preciosos, las wilis bailan á la claridad de la luna: sus semblantes, aunque de una blancura de nieve, son hermosos y llenos de juventud. Ríen con una alegría tan páfida y os llaman con un aire tan seductor, que estas bacantes muertas son irresistibles.

## ESPEDICION Á COMPIEGNE.

Yo deseaba conocer personalmente al hermano Luis Felipe, pero el hermano Luis Felipe no estaba en París. Hallábase en el palacio y sitio real de *Compiègne* á 19 leguas francesas de la capital, con toda su familia, la corte y la mayor parte de los ministros de la corona. En uno de aquellos días habia de pasar revista á un ejército de veinte y cinco mil hombres de todas armas con ocasion de poner por su mano algunas corbatas de la Legion de honor, y para dar á este acto mas solemnidad habia convidado á la mayor parte del cuerpo diplomático estrangero.

La ocasion me pareció oportuna para satisfacer mi curiosidad, con la ventaja de gozar al mismo tiempo del espectáculo de una revista solemne de tropas escogidas, y de conocer algunas notabilidades diplomáticas, políticas y financieras. La dificultad estaba solamente en el modo como lo habia de hacer; porque el verle rápidamente al pasar por algun sitio confundido con el vulgo me satisfacía poco; por otra parte yo no era de los convidados, y los antecedentes que habian mediado entre el rey de los franceses y el Fr. Gerundio de los españoles no eran los mas apropiado

que digamos para tomarme la confianza de convidarme por mí mismo. Era preciso, pues, valerme de alguna estratagema.

Yo me acordaba de la que habia usado cuando estuve en Ceuta fingiéndome médico para poder penetrar impune y libremente en territorio morisco, y ver y examinar á la hermosa *Aragma Benhesek*, hija del gobernador de Anghera *Mugamet-Ben-Ali-Deilel* que se hallaba enferma en una mezquita (1). Aquella por fortuna mia me habia salido bien, pero ni el estado de Luis Felipe era para necesitar de médicos, ni yo pudiera fácilmente pasar por médico en la corte de Francia como habia pasado en Marruecos. Discurri, pues, que siendo aquella una reunion de diplomáticos, ningun disfraz podia convenirme mejor que el diplomático, acordándome tambien de aquel ingenioso hermano que deseando asistir á un concierto al cual no estaba convidado, inventó el fingirse músico, y tomando un violin y untando las cerdas del arco con sebo se dirigió al salon, entró sin obstáculo por parte del revisor de billetes, porque ya se sabe que los músicos no los necesitan, se incorporó á la orquesta, fingió tocar como uno de tantos, y satisfizo su curiosidad sin menoscabo de la armonía, gracias al sebo, remedio tan suave como eficaz para la no desafinacion.

---

(1) Capillada 331 del 23 de abril de 1841.

Ea, pues, dije para mí, ya no hay que dudar en la eleccion de disfraz, y ocurrióme en el instante este raciocinio semi-poético:

Sí para examinar enfermas árabes,  
 conviene hacerse médico quirúrgico,  
 y si para conciertos filarmónicos  
 suplir al convite contrahacerse músico.  
 para asistir á fiestas diplomáticas  
 el disfraz diplomático es el único.

Y me dí á buscar un uniforme que se pudiese acomodar á la corporal estructura gerundiana. Afortunadamente se me deparó uno que me venia como de molde y parecia hecho de encargo para mí, y aun llegué á convencerme de que á veces las casualidades son mas sábias, y tienen mejor tijera que los sastres mas afamados: ¡tál ajustaba á mi gerundiano cuerpo el préstamo diplomático indumentario!

Con todo, no consideraba yo esto bastante todavía para poderse presentar ante la magestad de Luis Felipe la paternidad diplomática de Fr. Gerundio: y á falta de credenciales era menester un apoyo que autorizára de alguna manera la presentacion del supuesto encargado de negocios, y aun que le guiára en un teatro cuya maquinaria le era enteramente desconocida. Tambien quiso la buena suerte depararme este oportuno arrimo, habiendo tropezado con un plenipotenciario de los verdaderamente convidados á la fun-

cion de Compiègne, el cual no solo acogió con entusiasmo mi pensamiento, si no que le auxilió y fomentó cuanto de su parte estuvo.

Partimos, pues, los diplomáticos apócrifo y genuino, á las siete de la mañana corriendo la posta, y despues de habernos detenido á almorzar por espacio de mas de una hora en la pequeña ciudad de *Semlis*, notable por la elevadísima aguja de la torre de la catedral que parece lleva ánimo de abrir un ojal en el cielo, atravesamos unos inmensos y frondosísimos bosques de espesos y corpulentos robles, donde suelen hacerse las cacerías reales. Al bajar la pendiente de una colina, encontramos al ministro de la legacion de Constantinopla, que solo se distingue ya por el gorro encarnado con una gran borla que lleva en la cabeza, vistiendo en todo lo demás á la europea. Poco mas adelante hallamos al hermano *Guizot* que se dirigia á París. Mi compañero le saludó muy cortesmente, y el ministro de Negocios estrangeros por su parte nos correspondió con la mayor finura y urbanidad. Los dos se conocian; yo, modernísimo diplomático, era la primera vez que veia á *Monsieur Guizot*.

—¿De qué os reís? me preguntó el compañero.

—¿No he de reirme? le contesté: ¿cómo se figurará el amigo *Guizot* que acaba de saludar á quien tantas veces le ha hecho tema de sus bromas periodísticas? ¿Cómo se figurará que á quien acaba de hacer los ho-

nores es el mismo que en 10 de noviembre de 1840 se persignaba diciendo:

Por la señal  
de la santa cruz †  
libranos señor,  
de Guizot y de Soult (1).

El mismo que en 20 de diciembre del propio año le cantó con motivo de la derrota que había sufrido en la cámara aquellas coplas que empezaban:

Al ver, Monsieur, tu derrot,  
acabado en *t*,  
aquí lloró don Quijot,  
suprime la *e*,  
la derrota de *Guizot*.  
¡Caramba y olé (2).

A medida que nos acercábamos á *Compiègne* los postillones que estaban de servicio eran mas lujosos: su uniforme no dejaba de ser singular, y en derredor de sus sombreritos encerados ondeaban nuevas y vistosas cintas de raso de diversos colores.

Serian las dos de la tarde cuando el carruage de los dos diplomáticos entró desempedrando en el patio interior del palacio real de *Compiègne*. Al momento acudieron dos dependientes vestidos de gala á recibir

---

(1) Tomo 12, capillada 300.

(2) Id., capillada 310.



á los recién llegados, mientras otro con un libro en la mano se acercó á preguntarnos nuestros nombres para la competente anotacion. Primer compromiso para mí si no llevára ya estudiado el nombre y la categoría con que habia de ser conocido en la régia morada. En seguida fuimos conducidos á la habitacion que nos correspondia con arreglo á nuestra clase.

### DOS DIAS DE HUESPED EN EL PALACIO DE LUIS FELIPE.

Nuestra primera operacion fué hacernos la *toilette*, y en seguida convertirnos de viajeros en diplomáticos para presentarnos al rey cuando mas oportuno nos pareciese. Digo «cuando mas oportuno nos pareciese,» porque no dejaba de tener que estudiar la ocasion en que deberíamos verificarlo por la parte que á mí me concernia, pues no era cosa de *frivolité* el tener que jugar aquella partida á un rey como Luis Felipe, que no es por cierto de los que se dejan meter el dedo en la boca, como dice el vulgo español. Me pareció muy conveniente reparar ántes mi diplomático estómago para vigorizar al propio tiempo el cuerpo y el espíritu, á guisa de guerrero cuando se dispone á entrar con vigor y sin aprension en la batalla. Habíamos encargado á nuestro ayuda de cámara el buen

*Jacques*, que procurára averiguar cuándo el rey tuviese mas gente en el salon de recibimiento, y tan luego como vino á decirnos «ahora» nos encaminamos á hacer nuestra presentacion.

—¿A quién tendré el honor de anunciar? fuimos preguntados.

—Al embajador de... y al secretario de la embajada de...

—Entrad, señores, si gustais.

Y caten vds. á Fr. Gerundio en presencia del rey de los franceses confundido con los representantes y plenipotenciarios de casi todas las naciones. Los pensamientos que á mi gerundiana imaginacion se agolparían en aquel pequeño rato, lo podrán discurrir bien los lectores que estén al alcance de las relaciones que entre Luis Felipe y Fr. Gerundio han mediado siempre. Y tambien podrán discurrir que aunque el tiempo estuviera algo frio, como lo estaba realmente, faltaba poco para que por mi rostro corrieran gotas de sudor por si á S. M. le daba el capricho de fijarse ó de dirigir alguna pregunta á mi sudorosa persona. Afortunadamente estas escenas son de corta duracion, y el rey se limitó á decirnos en general, «que estaba lleno de satisfaccion al verse rodeado de los dignos representantes de las potencias amigas, y que tenia la mayor confianza de que continuaríamos dándole las mismas pruebas de amistad y benevolencia que hasta entonces habia recibido.» Contestóle uno de

los compañeros ofreciéndole las mismas seguridades, ratificándolas yo con un signo de cabeza sumamente espresivo, con lo que tuvo el mas feliz remate aquella primera escena.

Nosotros nos retiramos á nuestra habitacion, y el compañero me abrazó felicitándome por la propiedad y desembarazo (eso Dios y yo lo sabemos) con que habia desempeñado mi papel. Ya teniamos allí los billetes de convite para la fuucion de teatro de aquella noche. Llegada la hora de comer, yo tuve por muy conveniente advertir á los criados que no asistiría á la mesa de estado, sino que comería en mi habitacion, con motivo de hallarme algo indispuesto: y asi se verificó con mucho beneplácito suyo, á juzgar por la obsequiosidad con que me sirvieron. La verdadera causa era evitar una peripecia que era muy posible pudiese ocurrir en la mesa. Pero crean vds. que no se come mal en el palacio de Luis Felipe, aunque sea aparte; y los sirvientes debieron conocer en el consumo que no era de mucho cuidado mi indisposicion.

Como yo despaché antes que en la mesa real, aproveché aquel intersticio para brujulear la estadística precautoria interior y exterior de palacio, y ví por mí mismo la multitud de guardias, de gendarmes, y de empleados de confianza, vulgo espías, que guarnecen por dentro y fuera la mansion del rey ciudadano. Sin embargo, en obsequio de la verdad debo decir, que á mí desde que me veian asomar todos me quitaban muy

rendidamente el sombrero y me acataban al pasar respetuosamente. A pesar del espionaje yo pasaria para ellos por el embajador de Rusia, ó de la Gran Bretaña; y era Fr. Gerundio que se reia de los espías de Luis Felipe.

A la hora del teatro acudí á ver la funcion. Como no habia asistido á la mesa, no creí deber incorporarme con el cuerpo diplomático, y preferí ocupar una de las lunetas confundido con la plebe de generales, inspectores, diputados y demás que aquellos sitios ocupaban. Un poco les llamaba la atencion á los que junto á mí estaban, y conociales que procuraban con mucha curiosidad leer los letreros de los botones, lo cual impedía yo haciendo algun movimiento: y estoy seguro que dirian «¿qué popular se conoce que es este diplomático! sin duda es el representante de alguna de las nuevas repúblicas de América.»

El teatro de palacio es obra de Luis Felipe, y dirigida por él, en lo cual tiene él su poquito de vanidad; y de su aficion á la edificacion y reparacion de obras, en que no deja de ser inteligente, le viene el llamarle muchos en Francia *le Roi mazon*: «el rey albañil.» El teatro es pequeñito; pero lindo. Cuando yo entré estaban ya ocupadas las dos largas galerías corridas que hay á un lado y á otro por dos filas de damas de córte, vestidas de gala, entre todas como unas ciento, que hacian un golpe de vista sumamente agradable. A poco rato entró el rey, la familia real, las damas del servi-

cio, el cuerpo diplomático y los ministros, ocupando todos la espaciosa tribuna ó llámese palco de frente del escenario en el orden siguiente. en medio el Rey y la Reina; á su derecha la duquesa de Nemours, madama Adelaida, hermana del Rey, y el duque de Orleans; á la izquierda la princesa Clementina, única hija soltera del rey, la duquesa de Orleans, y el duque de Nemours; detrás de las damas, y mas atrás y á los lados formando un semi-círculo el cuerpo diplomático y ministros, todos, incluso el rey y su familia, de gran gala.

Hallábanse allí la duquesa de Albufera; la condesa de Cabannes; el vizconde y vizcondesa Germiny; Mr. Kois, embajador de Dinamarca; el baron Stokinsen, ministro de Hannover; el conde de Lehon, ministro plenipotenciario de Bélgica; el señor Olózaga, que lo era de España; Thom, encargado de negocios de Austria; el baron de Schaeten, Mr. Salvandy, el mariscal Soult, Mr. Humman, Mr. Dufaure, y otros que no recuerdo ya: ah, y yo Fr. Gerundio; que tenia frente por frente y á distancia de dos pasos á Luis Felipe, con cuyo motivo pude contemplarle antes de dar principio á la funcion y en los entreactos tan á mi sabor como podia apetecer; no asi durante la representacion, porque entonces tenia el gusto de volverle la espalda, como está temiendo él á cada paso que se la vuelvan los ingleses, lo cual le importaría algo más.

Luis Felipe á pesar de sus 71 naïdades y de su pe-

lo blanco estaba robusto y bien tratado, y nadie á no saberlo le echaría su verdadera edad; su presencia es de rey, y en su fisonomía se lee la travesura gubernamental, y el talento político. La reina es una señora consumidita, en cuyo semblante se vislumbra un aire marcado de apacibilidad y hasta de virtud, y si se quiere hasta de mistiquez y ascetismo, con ciertas impresiones de sentimiento que no puede desechár por los atentados á las vidas de su esposo y de sus hijos. Madama Adelaida, jóven de 67 años, soltera, es un Luis Felipe vestido de muger; tanto es parecida á su hermano: la hacen señora de mucho talento. La princesa Clementina no representa los 24 años que tiene, y sin ser un Gall se conoce que no ha heredado todo el espíritu de su padre y de su tía. La duquesa de Orleans, que en lo rubia no desmiente su país natal de Meklemburgo, de regular talla y pronunciadas y bastantes buenas facciones, tiene toda la frescura que puede tener á los 27 años. La de Nemours, jóven de 20 primaveras, de baja estatura, es sumamente agraciada, y á juzgar por su rostro debe poseer un alma cándida y hondadosa. Los duques de Orleans y de Nemours, ambos con barba y bigote, rubio el primero y negro el segundo, uno y otro son bien parecidos y de bastante esbeltas figuras. Se les conoce educados para ganarse popularidad, y de ello puedo certificar algo habiendo tenido ocasion de fumar un cigarro del de Nemours en su compañía, sin conocersele su elevado rango si de antemano no lo hu-

biera sabido (1). En general la familia real de Francia es, como decimos los españoles, una familia lucida. El príncipe de Joinville, y los duques de Aumale y Montpensier, hijos menores, no se hallaban allí.

Representáronse aquella noche dos piececitas tituladas *La demoiselle á marier*, y *Bocquet pere et fils*. Los actores no me parecieron sobresalientes. En un entreacto se nos sirvió un refresco de helados. Yo tomando mi sorbete, colocado de pié como todos en faz de Luis Felipe, alternaba mis miradas entre él y el hermano Soult, que era con quienes más habia tenido que hacer en mis tareas periodísticas; y no podia menos de esclamar para mis diplomáticos botones: «¡para que se vea lo que es el mundo! Despues de tantas veces como he hecho á Luis Felipe objeto de mis gerundianas capilladas (siempre tratándole con el respeto que se merece, eso sí), héme aquí obsequiado por él, hospedado en su casa, comiéndole el pan, y regalado con sorbetes.» En seguida miraba al hermano Soult, y se me venian á la memoria aquellas coplillas que le canté cuando andaba buscando un ministerio, y que principiaban:

«Voto á la fuente Aganipe,  
voto á San Luis, Mariscal,

---

(1) Las demostraciones públicas de sentimiento, que posteriormente ha hecho la Francia por la desgraciada muerte del duque de Orleans, prueban bien la popularidad y el alto aprecio de que el príncipe gozaba.

voto á mi calzon de tripe,  
 que te hace hacer Luis Felipe  
 un papet original,

Mariscal (1).

Y me reía yo como un tonto de considerar lo que era el mundo.

Concluida la función, nada tuvimos que hacer sino irnos á acostar, y así se verificó, siendo testigo de la etiqueta con que la familia real se daba las buenas noches. Yo dormí mejor que un príncipe, y mejor que si hubiese sido embajador de veras.

Al día siguiente era la gran revista. Pero no tan temprano que no tuviésemos tiempo de hacer otras cosas ántes. En primer lugar con aviso que recibimos de la reina de que se iba á celebrar la misa de familia, pasamos á la capilla, teniendo con este motivo el gusto de darnos los buenos dias *toda la familia de casa*. En seguida se nos sirvió el desayuno, y concluido salimos el compañero y yo á dar una vuelta por la población, visitamos algunos templos, vimos el castillo en que fué hecha prisionera la famosa Juana de Arco por los ingleses en 1430, y el arco triunfal erigido por la ciudad á la entrada de los duques de Nemours despues de su casamiento, en el cual aun se leía: «*La ciudad de Compiègne á SS. AA. RR. el duque y la duquesa de Nemours.*»

---

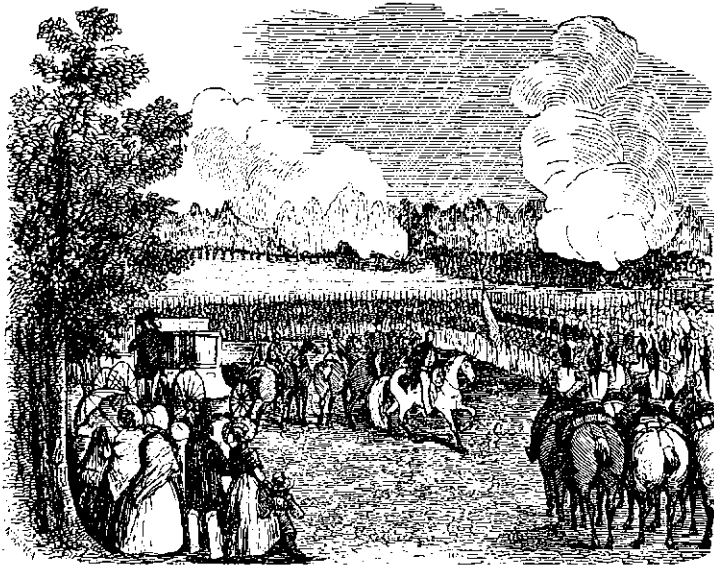
1) Capillada 144 de 17 de mayo de 1839.



Regresado que hubimos á nuestra casa y mientras llegaba la hora de la revista, yo me entretuve en escribir una epístola á mis suscritores de España (que á su tiempo recibirian), con la misma pluma con que este capítulo estoy escribiendo, y aquí me permitirán mis lectores que haga un pequeño acto de contrición por el único hurto que he hecho en toda mi vida, pues aunque el robar un Fr. Gerundio una pluma á Luis Felipe me parece que no pasará de un pecado muy venial, y ademas he tomado varias veces agua bendita para borrarle, con todo soy muy escrupuloso en materias del séptimo mandamiento, y cuanta penitencia pueda hacer me parece poca; y si bien conozco que la mejor penitencia en estos pecados es la restitucion, conozco tambien que me falta la suficiente virtud para restituírsela; estoy dispuesto, sí, á remunerarle en especie; pero en punto á volverle la misma me creo impenitente, no me hallo dispuesto á renunciar al gusto de decir cuatro cosas al hermano Luis Felipe con su misma pluma cuando se ofrezca, y no me queda otro recurso que el de borrar el pecado á fuerza de oraciones, y si éstas no alcanzan y me condeno.... ah! no, no lo puedo creer de la misericordia infinita de un Dios que nos conoce á Luis Felipe y á mí, y está penetrado de mis sanas intenciones.

La mañana se puso crudísima de agua y viento, y ya perdiamos las esperanzas de que pudiera efectuarse la revista; pero llegó la hora y todo se puso en movi-

miento; el rey no se había acobardado y se preparaba para salir. La comitiva emprendió el camino del campo de *Conventieu* donde aguardaban las tropas. Al horizonte lo dió el antojo de despejarse por un rato, pero aun no habíamos llegado á dar vista al ejército, cuando el señor Horizonte varió de humor, frunció el ce-



ño, y nos descargó un aguacero acompañado de viento tan recio como frío, que nos hizo desconfiar enteramente de que la revista se verificase. «Por lo menos el rey, decía yo, no podrá salir de la carretela.» Pero me engañé, pues apenas llegamos al campo ví á Luis Felipe salir del coche con toda resolucion, y acomodándose

un capote de hule montó con la ligereza de un jóven sobre un caballo blanco que le tenian dispuesto, y seguido de varios generales tambien á caballo y de los coches de nuestra comitiva dió principio á la revista de los cuerpos, que le iban saludando á su turno con el grito de: «*vive le Roi!*» Casi todos los revistó con el sombrero en la mano, cayendo el agua sobre su blanca cabellera que era un alabar á Dios. Puso por su mano las corbatas, y las tropas hicieron algunas evoluciones, durando el todo de la funcion por espacio de mas de dos horas y media. Retirados á nuestra casa, el ejército desfiló por delante de palacio.

Yo bien me temí aquella noche una pulmonía régia, pero S. M. no tuvo novedad alguna, que no fué para mí pequeño testimonio de la robustez y fortaleza del hermano Luis Felipe.

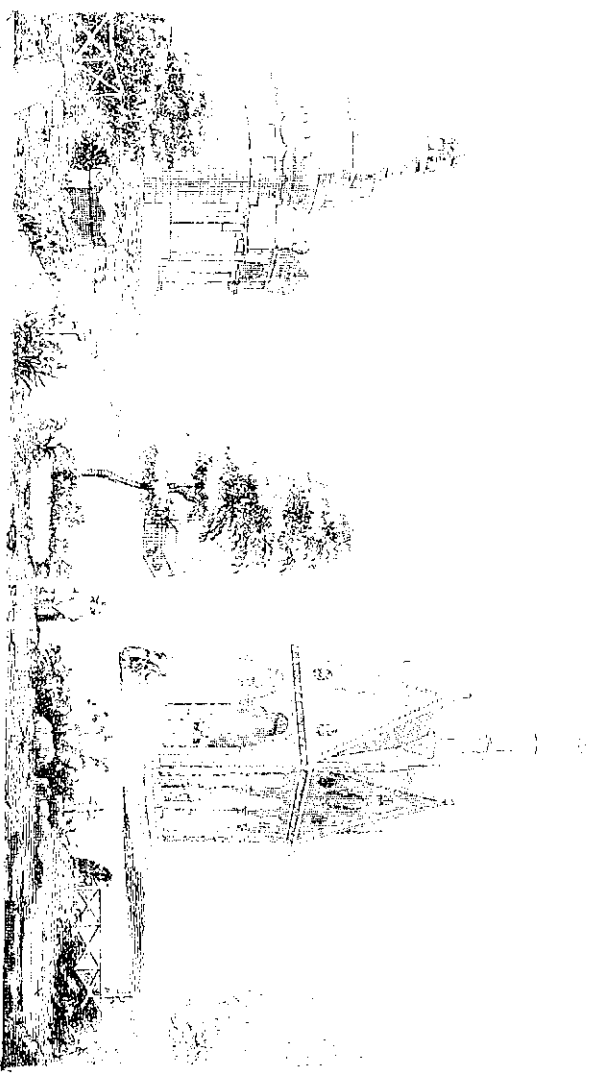
Por la tarde aprovechamos algunos claros que hubo para pasear por el hermoso y estensísimo parque de palacio, obra de Napoleon, dirigida por él, y el mas bello acaso de todos los parques de Francia. Los prados artificiales de que abunda dispuestos en líneas espirales, dejando en medio multitud de amenos y frondosos bosquecillos, son de un efecto sorprendente. Pero lo que mas admira es un deliciosísimo emparrado con verjas de hierro de una media legua de longitud. Debajo de sus euramadas y verdes bóvedas nos encontramos con *Mr. Salvandy*, nombrado ya entonces embajador de España, que paseaba con otro diplomático. Incor-

porámonos á ellos, ó por mejor decir, ellos se unieron á nosotros, y juntos continuamos nuestro paseo, hablando primero sobre la belleza de aquellos bosques y jardines, y recayendo después la conversacion sobre su mision á España. Allí tuve el gusto de oir de boca del hermano *Salvandy* sus sentimientos acerca de nuestro pais, que por cierto no están muy en armonía con los que acá hemos podido vislumbrar después, atendido su comportamiento y tenacidad en la ruidosa cuestion de credenciales. Pero ya veo que no es lo mismo hablar en Compiègne debajo del emparrado del parque, que obrar en Madrid en la casa-embajada de la calle del Barquillo. Y en cuanto á los términos en que venian redactadas las credenciales, que fue y está siendo todavía el gran caballo de batalla, si lo hubieran estado como las que á mí me acreditaban cerca de Luis Felipe, no hubieran dado lugar á tantas disputas, contestaciones y casi ruptura de amistades, ó al menos, aumento de frialdad y poca inteligencia en ambas naciones. Otro nuevo aguacero nos hizo retirarnos.

La segunda noche no habia funcion teatral. En su defecto esperábamos que la jóven y amable duquesa de Nemours cantaria algunas arietas y cancioncillas que sabia, pues asi se lo habiamos suplicado NOS la diplomacia entera, y por mas que su modestia lo habia rehusado, esponiendo ruborosamente, por una parte no poseer la habilidad del canto en términos que mereciera ser escuchada por tan distinguida concurrencia, y



CRUCIFIXO DEL P. LAHAYE.



*El céntro que cubren en medio del mundo de piedra viva que nació con el mundo.*







por otro la imposibilidad en que se reconocia de vencer su timidez natural, todavía nos lisonjeaba la esperanza de oirla. Pero nó, la tímida duquesita nos dió al fin el sentimiento de privarnos de este gusto, sin el cual la reunion nocturna, política por demás y de demasiada etiqueta, ofrecia poca amenidad y sí una buena dosis de secatura. Motivo por el que, despidiéndonos del rey y de la familia todo lo mas á la francesa que pudimos, porque á mí me importaba mucho evitar el exámen á que pudiesen dar lugar las largas conversaciones, nos retiramos los dos compañeros tempranito á descansar un rato, y de noche todavía emprendimos nuestro regreso en posta para París.

Las circunstancias del viage de vuelta fueron un poco azarosas y del género cómico-trágico; serian curiosas de contar, y lo hiciera si no me hubiera estendido ya demasiado en este capítulo. Pero todo lo llevé á bien, y todo lo compensaba la satisfaccion de haber llenado cumplidamente la delicada mision cerca de Luis Felipe del fingido diplomático Fr. Gerundio.

## EL CEMENTERIO DEL PADRE LACHAISSE.

Un recinto que contiene  *cincuenta mil* túmulos de piedra creo que merece bien ser visitado. Y si á la circunstancia de ser el cementerio del  *Padre Lachaisse*  el

mayor y mas notable de los muchos cementerios de París se agrega el llevar el nombre de un *Padre*, de un jesuita que fué confesor de Luis XIV, era otra razon más para interesar á los dos esclaustrados viajeros. Asi es que á pesar del poco aliciente que ofrece la vista de una mansion de difuntos, Tirabeque se prestó á acompañarme.

El paseo era largo, porque el cementerio está ya fuera de barreras, al oriente de la poblacion, y no distará menos de una legua del centro.

—Tomarémos, le dije á Tirabeque, una *Dama blanca*.

—¡Cómo, mi amo! exclamó; ¡una *Dama blanca* para ir al cementerio!

—Creo que es lo que debemos hacer; lo mismo seria tomar una *Escocesa*, ó una *Favorita*, ó una *Parisiense*, ó cualquiera otra, pero pienso que las que acostumbran á ir son las *Damas blancas*.

—Señor, todas ellas podrán ser muy buenas para llevarlas á otra parte, pero lo que es á un cementerio tengo para mí que no es muy religioso llevar semejante gente. Pero en fin, si es empeño de vd. opino por que llevemos dos.

—Nó, con una tenemos bastante.

—Pues yo pienso que una es poco, mi amo.

El simple, ó no se acordaba ó no sabia que las *Damas blancas*, y las *Escocesas*, y las *Parisienses*, y las *Favoritas*, lo mismo que las *Orleanesas*, las *Bear-*

neas, las *Golondrinas*, las *Diligentes*, las *Bañolesas*, las *Damas reunidas*, las *Tricyclas*, las *Constantinas*, las *Gacelas* y otras muchas son otras tantas berlinas, ó por mejor decir, nombres de otras tantas empresas de carruages de esta clase, cada una de las cuales posee y tiene en movimiento 20, ó 30, ó 50, ó 100, ó 200, ó 500, ó mas berlinas que recorren periódicamente diferentes carreras. Las *Damas blancas* parten de la plaza de *Carroussel*, y llevan hasta el cementerio del *P. Lachaise*. Subimos pués en una de éstas, y no fué pequeño el chasco de Tirabeque cuando vió que era aquella la *Dama Blanca* que habíamos de llevar, ó mejor dicho que nos iba á llevar.

A los extremos de las calles de la *Roqueta* y *San Andrés*, que son las mas próximas al cementerio, casi todas las tiendas y talleres están ocupados por escultores, marmolistas, ó lapidarios que trabajan en la elaboracion de lápidas sepulcrales, pirámides, columnas y todo lo que pertenece á los monumentos fúnebres, asi como floristas y maestros de carpintería que se ejercitan en hacer cruces, coronas de siemprevivas, y ramos y guirnaldas de flores para ornato de los senderos.

—Señor, me decía mi buen Pelegrin, toda esta gente está siempre en pecado mortal.

—¡Cómo en pecado mortal!

—Si señor, porque están continuamente pecando contra el quinto mandamiento, que nos manda no de-

sear, ni querer, ni alegrarnos del mal del prójimo, y estos están siempre descando que se muera mucha gente y muy á prisa para que les compren lápidas y cruces y coronitas, pues en el consumo va la ganancia.

No me pareció desacertado el discurso de Tirabeque, si bien, como le dije á él, son oficios necesarios, y de consiguiente permitidos, que tál es la condicion de la vida humana, vivir la mitad de los hombres de los males y desgracias de la otra mitad. Apeámonos y entramos en aquella gran *Necrópolis* ó ciudad de difuntos.

El cementerio es un inmenso bosque situado sobre porcion de colinas y poblado de todas las especies de árboles y arbustos que pueden dar una triste belleza y una amenidad sombría á estos lugares de meditacion y de recuerdos. Colocado el contemplador en la cima de la colina mas elevada se presenta á su vista el mas estenso, el mas variado, el mas pintoresco y el mas rico cuadro que puede gozarse en las cercanías de París. Pudiera decirse el mas risueño, sino fuera una risa lúgubre y de muerte, como la risa de la convulsion, la que inspiran aquellos campos. A lo lejos se contempla una ciudad de vivos, la ciudad más bulliciosa del mundo; á los pies un pueblo de muertos, la mansion del descanso y del reposo. Allí el movimiento, la agitacion, la bulliciosidad de un pueblo alegre y frívolo: aqui un testimonio severo de que los pueblos mas frívolos, mas da-

dos á los espectáculos de disipacion y de recreo, no pueden menos de pensar en que hay otra vida, en que hay una religion que no pueden destruir los hombres, y que entre sus sagrados dogmas nos enseña el de la in-



mortalidad. Si alguno en París se hiciese ateo, éntre en el cementerio del P. Lachaise y creerá. Si alguno hubiese bebido las doctrinas del materialismo, penetre en

el cementerio, vea la madre arrodillada ante la tumba de su hijo, á la esposa evocando los manes de su esposo, escuche sus fervientes oraciones, oiga sus ardientes súplicas dirigidas al Eterno por las almas de los que fueron objeto del cariño de sus entrañas, y diga al salir si cree ó nó en la vida de los espíritus inmortales. Los cementerios son los argumentos indisolubles de la existencia de una vida eterna y espiritual.

El del *P. Lachaisse* lleva costados ya mas de 100 millones de francos (mas de 400 millones de reales), lo necesario para haber podido edificar una ciudad de 40,000 habitantes. Esto podrá dar una idea de su grandiosidad. En él, como en una poblacion de vivos, hay una infinidad de calles, rectas unas, muy tortuosas otras; y dos compañeros que se separáran allí pasarían fácilmente dos ó tres dias sin poder encontrarse. Por eso al emprender nuestro paseo de revista sepulcral encargué mucho á Tirabeque que no se apartára dos pasos de mi lado. ¡Qué variedad de sarcófagos! ¡Qué riqueza de monumentos! ¡Cuántos hombres grandes descansan allí! El suelo está cubierto de construcciones de madera, de mármol, de jaspe, de granito, de bronce, de las piedras y metales mas preciosos y bajo mil caprichosas formas trabajados.

Allí el monumento de *Masséna*, cuyo obelisco de un solo trozo descansa sobre un cubo de mármol blanco que le sirve de pedestal. Aquí el del mariscal *Suchet*, consistente en una enorme pila cuadrangular de már-

mol y granito: en su faz meridional se ve el busto del guerrero, y la Historia escribiendo sus hazañas sobre un cañon. Allá el del general *Foy*, en piedra de talla con su grueso basamento sobre el cual descansa un templete con cuatro columnas acanaladas del orden dórico. Acá el de *Casimiro Perrier*, con una soberbia estatua en bronce del grande hombre de estado, á cuyos lados se ve inscrito: «*Elocuencia, Justicia, Firmeza, La ley, Banco de Francia: 1837.*» Mas allá el de la princesa rusa *Demiduff* adornado de diez columnas que sostienen un templo períptero tristylo. Al otro lado el de *Monge*, erigido por el reconocimiento de los alumnos de la Escuela politécnica. Al otro el del célebre diputado *Manuel*, arrojado de la cámara por la entereza en la emision de sus opiniones en 1825. Aquí el del fogoso patriota *Emilio Vernet*, que dejó recomendado le decorasen su tumba con la bandera tricolor. Allí el que la ciudad de París levantó á las *Victimas de julio*, con su correspondiente inscripcion de LIBERTAD, ORDEN PUBLICO. Y por todas partes obcliscos, y columnas, y pirámides, y templos y capillas erigidos á la memoria de los innumerables hombres célebres que descansan en aquella populosa ciudad.

Las tumbas de los profesores distinguidos en ciencias y artes están regularmente embellecidas con los emblemas ó atributos propios de cada ciencia ó facultad. Asi se ve por ejemplo la del estatuario *Cartellier* en medio de dos grupos de tres estatuas cada uno; de-

bajo de las de la izquierda se lee: «*Gloria, Talento, Modestia;*» bajo las de la derecha: «*Amistad, Sabiduría, Bondad.*» A la tumba del *Dr. Gall* acompaña un emblema de la *Craneologia*, sobre el cual están inscritos los nombres de las cualidades frenológicas. Sobre la losa sepulcral de la famosa trágica *Duchesnois* se leen trozos enteros de las principales piezas que representó, y en que sobresalió aquella inmortal actriz. Y hasta el arte alegre de la música ha concurrido á dar animacion y encanto á aquella lúgubre mansion, pues sobre la tumba de *Reicha*, profesor de contrapunto en el Conservatorio, se ve una lira de piedra, y á sus lados varias composiciones músicas del contrapuntista difunto.

—Señor, me dijo Tirabeque cuando se las hice notar, bien dicen que genio y figura hasta la sepultura: el diablo son los músicos: hasta al campo santo llevan la aficion á contrapuntear. Lléveme Dios cuando me muera al departamento de los músicos.

—Yo no sé, Pelegrin, le dije, si escojerias el mejor lugar.

Hay inscripciones sábias, filosóficas y sublimes; pero las hay tambien ridiculas, y no pocas. Siento que hubieran borrado hacia poco una muy chistosa que decia:

*«Al mejor de los esposos: al buen padre de familias: al mas honrado de los ciudadanos: al mas tierno de los amigos: á la víctima mas sensible de las persecu-*



ciones. Su inconsolable viuda sigue despachando los géneros mas esquisitos de perfumeria en la calle tal, tienda número tantos, á precios muy equitativos. Se suplica á los que visiten estos santos lugares no dejen de seguir favoreciendo su establecimiento.»

Y tampoco se me olvidará una que decia: «*Famille RISSOAM* (en francés). *Mulierum exemplar et decus* (en latin). *Hic jacet sponsa, hic jacebit sponsus, hic jacebunt filius et nurus, hic jacebunt ex iis nati et nascituri, hic jacebit quoque M. L. Canappeville, quæ per tres et quadraginta annos in me, in meum natum, præsertimque in meam conjugem accuratissime officium contulit. Meum est hoc votum.* MR. FLEURY RISSOAM, pater et avus pharmacopeus parisiensis.

«Familia de RISSOAM. Ejemplar y ornato de las mujeres. Aquí yace la esposa, aquí yacerá el esposo, aquí yacerán el hijo y la nuera, aquí yacerán los que han nacido y los que nazcan de ellos, aquí yacerá tambien M. L. Canappeville, que por cuarenta y tres años me ha cuidado con mucho esmero á mí, á mi hijo, y principalmente á mi mujer. Esta es mi voluntad.

«*Mr. Fleury Rissoam*, padre y abuelo, boticario de París.»

Solo á un farmacéutico parisien le podia haber ocurrido la idea de tan singular epitafio.

Pasamos en seguida al sitio que llaman la *Isla de los Españoles*, donde están los sepulcros de varios españoles, célebres unos y no célebres otros.

Pero dejaremos los españoles, y á *Abelardo y Eloisa* para el siguiente capítulo, porque hoy es ya tarde para inquietarlos en sus tumbas.

## LA ISLA DE LOS ESPAÑOLES.

Y ABELARDO Y ELOISA.

Grande fué nuestro contento al hallar en el principal cementerio de la capital de Francia tantos sepulcros de españoles; que yo no sé cuál de las dos cosas causa mas satisfaccion, si encontrar en pais estrangero compatriotas vivos, ó hallar sus cenizas honradas y veneradas en estraños climas.

Bajo un elegante templete de mármol coronado por una cruz y sostenido por ocho columnas, reposan los restos de *don Mariano Luis de Urquijo*, antiguo ministro de Estado en España, que falleció en París el año 1817. En la parte posterior de la urna se lee:

*Il fallait un temple á la vertu,  
Un asile á la douleur.*

A la tumba del médico español *García Suelto* acompaña esta inscripción honrosa:

El doctor Tomás García Suelto  
español, médico, filósofo y poeta.  
*L'humanité, la société et les muses*  
*depleurent sa mort prémature (1).*

—Señor, señor, me dijo Tirabeque lleno de fuego y entusiasmo; recemos un padre nuestro y un Ave-María por este buen español que descansa aquí.

Esto me hizo notar un sepulcro en que se leía: «*Kindelan*, nacido en España, y empleado después en el servicio de la Francia: *Español! pide á Dios por el alma de un compatriota que no olvidó jamás su primera patria.*»

—En efecto, Pelegrin, le dije, justo es que roguemos por él.

Y pedimos por su ánima con todo el fervor que su patriótica recomendación merecía.

Veíanse además otras venerables tumbas, tales como la del brigadier *don Pedro José Fernández de la Cuesta*, muerto en 1826; la de *Ofarril*, en 1831; la del *Príncipe de Maserano*, grande de España de primera clase; la del embajador *Duque de Fernán Nuñez*; la

---

(1) La humanidad, la sociedad y las musas lloran su prematura muerte.

del marino *Guzman de Carrion*; la del sabio *Morales*, la de la *Marquesa de Arneva*; y otras mas ó menos notables, y mas ó menos grandiosas ó modestas.

Entre las sombrías calles de árboles que se elevan sobre la derecha de la capilla, é inmediato á los mausoleos de *Moliere* y *Lafontaine*, se ven dos monumentos, cada uno de los cuales bastaria para llenar de orgullo al amante de las glorias españolas, si no le llenáran al mismo tiempo de ruborosa indignacion al contemplar que los restos de nuestros ingenios mas preciaros han de reposar en una tierra estraña por los injustos desdenes de sus ingratos compatriotas. El primero es del distinguido cantor y compositor *Manuel Garcia*, padre de la immortal *Malibran*, ornato y admiracion de estrangeros teatros, y de la célebre *Paulina*, que hoy accidentalmente está recogiendo artísticos laureos en los salones de la córte del país que la vió nacer. Decora la tumba de aquel artista un relieve en bronce que representa un libro de música, en el cual se leen algunos compases del *Polo del Contrabandista*.

La siguiente inscripeion demuestra de quién es el segundo monumento fúnebre.

Aquí yace  
don Leandro Fernandez de Moratin,  
insigne poeta cómico y lírico,  
delicias del teatro español,  
de inocentes costumbres y de amenísimo ingenio.  
Murió en 21 de junio de 1828.

Hay algunos versos latinos dedicados á la memoria del erudito poeta lírico-dramático por su buen amigo y compatriota *don Manuel Silvela*, que ha querido enterarse con su familia en el mismo monumento que encierra las cenizas de su ilustre amigo. ¡Gloria á las letras! ¡Loor á la amistad! Séale permitido, virtuosos en-



Don Leandro Fernandez de Moratin.

terrados, á un viajero compatriota vuestro, quemar un granito de incienso sobre vuestras modestas tumbas.

En seguida nos dimos á buscar el sepulcro de los dos célebres amantes *Abelardo y Eloisa*. Y para que al español que visite aquellos santos lugares no le cueste tanto trabajo encontrarle como me costó á mí, ad-

viértole que se halla cerca de la entrada del cementerio á la mano derecha, pasados los primeros árboles. Yo no sé que especie de sensacion se experimenta al acercarse á la tumba de los tiernos y desgraciados amantes, cuya historia hace mas de siete siglos aprenden de memoria los jóvenes de todos los paises, y cuyas sentidas *cartas* nadie alcanza los veinte años sin leer.

El mausoleo es de piedra, y ha sido fabricado de las ruinas del oratorio del *Paraclete*, que *Abelardo* se hizo construir para sus solitarias meditaciones en la vida y para descanso de sus cenizas en la muerte. Pero ni éstas debian estar en un lugar retirado cerca de *Notre-Dame*, ni separadas de las de su tierna amada; y juntas fueron trasladadas y juntas reposan hoy en el cementerio de París. Sobre una elevada lápida se ven los retratos de los dos amantes de cuerpo entero en piedra, como durmiendo el sueño de la muerte. En diferentes ángulos del mausoleo hay varios relieves que representan el acto de la profesion religiosa de *Abelardo*, su entierro, y otros pasages de su historia. El sepulcro se halla circuido de una valla tambien de piedra. Sus cuerpos están cubiertos con multitud de coronas, guirnaldas y ramos de siemprevivas que otros amantes han ido colocando como otras tantas ofrendas consagradas á aquellos dos modelos de amor. Yo *Fr. Gerundio*, como padre amoroso y tierno, olvidando por un momento la severidad de los preceptos monásticos, y acordándome solamente de que tambien habia pagado mi tributo á

las impresiones del amor, salté la valla, y tuve el gusto de colocar una corona en la cabeza de *Eloisa*, y el de arrancar unas perpétuas de otra que ya le ceñía, para conservar una memoria de aquella visita funeraria.

Tirabeque me veía y se admiraba, pero al fin también cayó en la tentación. Solo que por no desmentir su genio me dijo:

—Señor, ¡cuántas absoluciones habrán negado á los muchachos los frailes españoles de nuestros tiempos por haber leído las cartas de estos dos ciudadanos!

—Déjate ahora de simplezas, le respondí, que no es esta ocasión de venirme con sandeces.

Con lo cual echamos una mirada de despedida á la tumba de *Abelardo y Eloisa*, y salimos de la ciudad de difuntos del *P. Lachaise*.

## VERSALLES.

Fatal-coincidencia es por cierto la de estos apuntes de viaje, tocarle al viajero reseñar el capítulo de *Versalles* bajo el influjo de la lastimosa relación que nos hacen los periódicos franceses llegados por el último correo, acerca de la horrorosa catástrofe que acaba de suceder en uno de los caminos de hierro que conducen de París á aquel sitio real.

Cuando esto escribo, acabo de leer el siguiente hor-

rible acontecimiento. Dos máquinas locomotrices impulsaban el convoy que salió de *Versalles* para París á las cinco y media de la tarde del domingo 8 del corriente mayo. En el paso de *Bellevue* se rompe el eje del primer locomotor, y al desprenderse las ruedas lanza la máquina fuera del carril. Acelerado el segundo por su propio impulso y el del convoy, salta por cima del primero: sucede lo mismo con dos de los wagones descubiertos, con otros dos de la segunda clase, y con una diligencia cuya parte delantera se sobrepone á la trasera de los carruages que la precedían. Al terrible choque se rompen los wagones, y quedan muertas y heridas varias personas. El fuego de la primera máquina se escapa del hogar y se esparce por el camino: al llegar los cinco primeros carruages á aquel ardiente brasero se incendian instantáneamente, y hombres y carros son devorados, consumidos por el fuego. Cerca de 50 desgraciados son quemados por las llamas, divididos y tostados sus miembros, en términos de hallarse apenas rastro y señal de humanas figuras; mas de otras tantas personas quedan mortalmente heridas ó lastimosamente magulladas. Llega la funesta nueva á París, y el llanto, la consternacion cunde y se generaliza por la capital de Francia. El rey, los ministros, las autoridades todas, los facultativos se apresuran á socorrer á los desgraciados que habian quedado con vida, y los salones del castillo de *Meudon* se transforman de repente en salas de enfermería. El dolor ahoga á



centenares de familias; la catástrofe ha sido horrible; las circunstancias inspiran una dolorosa curiosidad; el suceso dejará por mucho tiempo recelosas desconfianzas hácia los caminos de hierro, y hará tomar serias y escrupulosas precauciones.

Dos son los caminos de hierro que hay de París á Versalles, llamados el de la izquierda y el de la derecha. El uno parte de la barrera de Passy, de la barrera del Infierno el otro. Regularmente los extranjeros que van por primera vez á Versalles toman uno para la ida y otro para la vuelta, para disfrutar en una jornada de la perspectiva de ambos paisajes. Así hice yo también, y recuerdo haber salido de Versalles á la misma hora que partió este desgraciado convoy, y haber regresado por el mismo camino en que ha tenido lugar la catástrofe horrorosa. Este último es el que ofrece mas bellos puntos de vista. La suntuosa fábrica de porcelana de *Sevres*, el palacio y bosque de *Saint-Cloud*, el castillo de *Meudon*, las pintorescas campiñas de *Bellevue*, todo contribuye á amenizar aquel camino delicioso.

*Versalles* es á París lo que á Madrid es *Aranjuez*. No hay extranjero que se contente con visitar una vez aquel encantador é indescriptible sitio de recreo, á lo cual dá facilidad la distancia de solas cuatro leguas á que está de París, y la proporcion de los dos caminos de hierro, de cada uno de los cuales parten convoyes cada hora, y á veces cada media hora todos los dias,

empleándose en el viaje unos 39 minutos poco mas ó menos. En los dias en que se sueltan los juegos de aguas, que son los primeros domingos de cada mes y todos los de otoño, se calcula en veinte mil el número de personas que cada domingo sale de París á Versailles, que unido á las veinte y cinco mil almas de que consta la poblacion, hace que aquellos estensos é interminables jardines se pueblen de manera que llegue hasta embarazarse el paso por sus infinitas y pintorescas calles.

La descripcion del palacio y jardines de Versailles necesitaria de un volúmen entero, y aun seria menguada para dar á conocer toda su grandiosidad y bellezas. Es menester verlo para conocerlo. Sin embargo, procuraré dar á mis lectores una pequeña y sucinta idea de lo que encierra aquella rica posesion de los reyes de Francia.

El palacio de Versailles, esta imponente creacion de Luis XIV, no era mas que una vasta ruina, recuerdo interesante y triste de tantas prosperidades y grandezas. Luis Felipe concibió el pensamiento de hacer de él la joya de la Francia, y el templo de la fortuna francesa, y emprendió la atrevida obra de una completa y soberbia reparacion. Quiso después encerrar dentro de sus muros todos los reyes, todas las creencias, todos los grandes hombres del pais, y obedeciendo á su voz se levantaron del fondo de las tumbas de San Dionisio, de las cavernas de Chateau d' Eu, del museo de Agustinos,

de todas las viejas catedrales, de todos los antiguos monasterios, todos los templos ruinosos, todos los reyes de la primera raza, que vinieron con su corona en la cabeza y su cetro en la mano á ocupar su plaza en las largas galerías destinadas á las estatuas de mármol. Vinieron en seguida los de la edad media y siguieron los reyes de las postreras familias.

Allí ha hecho concurrir todos los hombres famosos, todas las mujeres ilustres que ha producido la Francia. Sabios, guerreros, magistrados, poetas, artistas, todos están reunidos bajo un techo en el palacio de Versalles. Luis Felipe ha hecho tambien cubrir todas las paredes de las galerías con magníficos cuadros de la historia de Francia desde el primer rey hasta nuestros dias. No hay batalla, no hay hecho notable, no hay suceso de algun interés, que no esté representado en algun cuadro. El museo de Versalles es la historia de Francia puesta en accion. Hé aquí en resúmen lo que contiene el palacio y el orden en que conviene verlo.

La capilla con sus escaleras y vestíbulo. Salas de cuadros históricos desde Clovis hasta Luis XVI. Galerías de estatuas y bustos. Salas de cuadros en los reinados de Luis XIII y Luis XIV. Sala de retratos de los reyes de Francia. Sala de las residencias reales. Sala de los Grandes Almirantes. Sala de los Mariscales. Sala de los Condestables. Sala de los guerreros célebres. Sala de las campañas de 1796 hasta 1805. Sala de Napoleon. Sala de las campañas de 1805 á 1810. Sala de Maren-

go. Sala de cuadros históricos desde 1792 hasta 1836. Teatro. Galerías de estatuas y bustos. Salon de Hércules. Salon de la Abundancia. Id. de Venus. Id. de Diana. Id. de Marte. Id. de Mercurio. Id. de Apolo. Id. de la Guerra. Gran galería de cristales. Salon de la Paz. Cámara de la Reina. Salon de la Reina. Salon del gran Cubierto. Sala de los Guardias de la Reina. Sala de Criados de á pie de la Reina. Sala de Guardias del Rey. Pequeños departamentos de la Reina. Salon del Ojo de Buey (1). Dormitorio de Luis XIV. Gabinete del Rey. Cámara de Luis XV. Sala del Meridiano. Gabinete de las Cazas. Sala de los Desayunos. Gabinete de los Ministros. Gabinete de Maintenon. Gabinete de Luis XVI. Biblioteca. Salon de las Porcelanas. Sala de Billar. Sala de las Bajillas de oro. Sala de las Cruzadas. Sala de los Estados generales. Sala de la Consagracion de Napoleon. Sala de las campañas de 1792 á 1795. Sala de 1792. Galería de Batallas. Sala de 1830. Galería de estatuas y bustos. Sala de las pinturas á la aguada. Salas de retratos históricos anteriores á 1790.

El número de cuadros históricos es de 1031. El de estatuas y bustos es de millares.

¿Y quién es capaz de describir los interminables jardines de Versalles? ¿Quién sus juegos y saltos de aguas,

---

(1) Así llamado de una ventana oval practicada en el plafon de donde recibe la luz.

sus cascadas, sus estanques, sus pabellones, sus grutas rústicas, sus bosquecillos y prados artificiales, sus innumerables grupos de diosas, de ninfas, de amorcillos, de sátiros, de faunos, de delfines, de tritones, de nereidas, de genios, de héroes de la gentilidad, de emperadores griegos y romanos, de oradores y filósofos, de las estaciones, de las partes del mundo, de los frutos de la tierra, de los ríos, de las aves y de todo cuanto simbolizarse puede por medio del buril y del cincel en las piedras y en los metales? ¿Quién los vasos, y las estatuas, y las pilastras, y las columnas, y los caprichos del grande y del pequeño Trianon?

Sin embargo á pesar de la vasta estension de aquellos jardines, y de todas las bellezas en ellos reunidas, el español que los contempla admira, sí, los esfuerzos del arte y la profusion de la riqueza, pero todavía recuerda con orgullo las fuentes de la Granja y los jardines de Aranjuez. Allí hay lujo de arte, aqui hay una naturaleza pródiga. Y sobre todo no cambiaría yo un vaso de agua de la Granja por toda la de las fuentes, surtidores, estanques y canales de Versalles, por la sencilla razon de que la de la Granja limpia, fija y dá esplendor, y la de Versalles no se puede beber.

## FOURIER Y LOS FOURIERISTAS

Hé aquí cómo me escribía á París una señora española desde una de las mas bellas ciudades de la Bética:

«Mi amigo Fr. Gerundio: ya que vd. se halla en la capital de Francia, y penetrada como estoy de la afición de vd. á adquirir toda clase de conocimientos que puedan contribuir al bien de la sociedad y á la felicidad del género humano, me tomo la libertad de rogarle no deje de aprovechar su estancia en esa para estudiar cuanto pueda la nueva doctrina de *Fourier*, de ese grande hombre en cuyo solo sistema se encuentra el verdadero saber, la verdadera felicidad, la única política positiva. Yo tuve mi época de entusiasmo y de ilusión por la política que hoy agita los ánimos en nuestro suelo, pero aficionada á la lectura, me dieron á conocer la doctrina de *Fourier*, y quedé desencantada. Si acaso alcanzó á vd. en Madrid el «*Manifeste de l' Ecole Societaire*,» publicado por los discípulos del grande hombre, no dudo se hallará vd. muy dispuesto á abjurar de toda otra política que la de *Fourier*. Tengo el gusto de dirigir á vd. «*El porvenir de las mujeres*,» obra de la *Escuela Societaria* y traducido por mí: el artículo adicionado que con el título de «*Una palabra á las es-*

*pañolas*» leerá vd. en el mismo folleto, es original mio. Le he hecho sin pretensiones de ningún género, y le someto gustosa á la imparcial censura de vd.

»Esta doctrina, como todos los nuevos descubrimientos, sufre ataques é impugnaciones, y hasta sarcasmos de los que no quieren tomarse el trabajo de estudiarla, ó carecen de capacidad para comprenderla. Por lo mismo es necesaria filosofía y valor para no desmayar en sostenerla, y á mí no me falta en verdad, por que me la dá el convencimiento.

»Yo estoy segura que con presentarse vd. á los padres de esta escuela y decirles: «soy el redactor de Fr. Gerundio» bastará para que sea vd. acogido con benevolencia y hasta con distincion. Sin embargo, ruego á su paternidad reverendísima visite á *Mr. Francois Devay*, que vive rue..... á nombre de la *Falansteriana* española, y tengo una completa confianza de que se alegrará de la visita y proporcionará á vd. entrar en relaciones con los demás individuos de la escuela.... etc. etc.»

Yo habia tenido el gusto de conocer á esta señora en mi viaje al Mediodía de la España, y la carta descubre bastante por sí sola que su educacion, sus inclinaciones y su instruccion en los conocimientos mas profundos de la filosofía social no son por cierto los que suelen tener comunmente las mujeres de nuestro país. Del sistema de *Fourier* tenia yo algunas noticias aunque escasas, porque sus doctrinas son poco conocidas en

España todavía. Así pues, me dí con mucho gusto á cumplir su encargo. Confieso que en ello no tuvo la mas mínima parte el ensayar si la *Politica positiva de Fourier* me desencantaba de esta otra política no positiva que preocupa todos los ánimos en España, porque de ésta me hallaba completamente desencantado ya, sin que me quedára rastro de ilusion por ella, ó por mejor decir, aun conservo alguna ilusion por cierto sistema que yo me sé y que cada uno es dueño de crearse, pero en cuanto á los hombres protesto que no me ha quedado reliquia ni señal de ilusion política.

Pasé á visitar á *Mr. Devay*, y en efecto la hermana *Falansteriana* no se habia equivocado. *Mr. Devay* me recibió tan afectuosamente como yo pudiera desear: conocia mis pobres escritos, y con sorpresa y satisfaccion mia comenzó á recitarme artículos casi enteros: él era tambien redactor de *La Falange*, periódico de la *sociedad Falansteriana* dedicado á la propagacion de las doctrinas de *Fourier*. *Mr. Devay* habia estado en España, y como tal reunia á la urbanidad francesa la franqueza española; que los únicos franceses con quienes puede tratar un español (y sea esto dicho de paso) son los que han visitado la España y han tenido la fortuna de que se les pegue algo de la hermosa naturalidad, de la insinuante y generosa franqueza que distingue y singulariza y hace apreciables en todas las regiones del mundo á los privilegiados habitantes (que en esto podemos tener el orgullo de serlo) de este suelo favorito



de la naturaleza. Con los franceses puros (salvo como en todo algunas escepciones) no sé si habrá español que pueda congeniar.

Hablé detenidamente con *Mr. Devay* sobre las bases de la teoría societaria de *Fourier*, y sobre el estado y altura á que se encontraban sus doctrinas, y me manifestó que en los diez años que se cuentan de su nacimiento no solo se hallan representadas en Francia por la *Falange* de París, sino tambien en Inglaterra por la *Falange* de Lóndres, y en los Estados Unidos por la *Falange* de New York; y que en Alemania, en Rusia, en Suiza, en el norte de Italia cunde su propagacion por medio de los periódicos y las revistas filosóficas. En París tienen los *Fourieristas* tres periódicos dedicados al propio objeto, que son *La Falange*, *El Nuevo Mundo*, y la *Crónica del movimiento social*, y además hay establecida en la calle del Sena una *Librería social*, donde se imprimen, publican y despachan á módicos precios las obras de los discípulos de *Fourier*, tales como el *Almanaque social*, el *Porvenir de las mujeres*, el *Porvenir de los obreros*, la *Historia y sistema de Carlos Fourier*, *Cálculos agronómicos*, *Resúmen de la Teoría Falansteriana*, *Bases de la política positiva* y otras muchas.

Escusado es decir que cumplida mi visita volví á mi casa cargado de obras, periódicos y folletos. Si el hijo del comerciante de Besanzon, el buen *Carlos Fourier*, hubiera resucitado (porque es de saber que el gran

reformista murió en 1837), y hubiese visto el cargamento que llevaba, á no dudar hubiera tenido á Fr. Gerundio por el mas apasionado de sus sectarios y por la mas firme columna de su sistema.

Al dia siguiente me honró con su visita *Mr. Devay*, y tuvo la bondad de convidarme á comer aquel dia con sus compañeros los *Socialistas*. Yo quise escusarme sin dejar de agradecer el obsequio, pero *Mr. Devay* me instó diciendo que se habia tomado la libertad de proponerlo anticipadamente á la sociedad, que ésta habia acogido la proposicion con el mayor placer, y contando con mi condescendencia me esperaban reunidos á la hora en el *Restaurant Tavernier*, Galería Valois de *Palais Royal*, donde acostumbraban á comer juntos los discípulos de Fourier el miércoles de cada semana, y justamente lo era aquel dia. Que seria una comida frugal y literaria, «comida de reformadores de la sociedad,» añadió con gracia *Mr. Devay*. A semejantes razones no me pareció decoroso escusarme ya, y pidiendo permiso por un momento á *Mr. Devay* salí á decir á mi lego Tirabeque que no me esperára á comer.

—¿Pues á donde vá vd., mi amo, (me preguntó) sino es un secreto?

—De ninguna manera, Pelegrin, le dije: voy á comer con los discípulos de *Fourier*.

.—Señor, exclamó, no hay duda de que serán aventajados los discípulos de un *Furriel!* Por fuerza serán algunos que le llevarán á vd. engañado. Créame usted

señor, no coma vd. ni con *Furrieles* ni con cabos de escuadra, que tengo para mí que los *Furrieles* de Francia no deben ser gente muy de fiar (1).

—Déjame, Pelegrin, no tengas cuidado.

Caten vds. ya, hermanos míos, á Fr. Gerundio sentado á la mesa con veinte y tantos ó treinta *Fourieristas*, entre los cuales se hallaban *Mr. Victor Considerant*, redactor en jefe de *La Falange*; *Mr. Czynski*, que lo era en jefe del *Nuevo Mundo*, y autor del *Porvenir de las mugeres*, del *Porvenir de los obreros*, de la *Historia de Polonia*, de la *Colonización de Argel* y de otras varias obras; *Mr. Le Moine*, ingeniero en jefe de puentes y caminos, y autor de la *Asociación por Falanges*, y de los *Cálculos Agronómicos*; y otros varios escritores socialistas.

La comida fué en efecto propia de reformadores del mundo, es decir, nada opípara: la conversacion propia de literatos, animada é instructiva; mucho mas hallándose presentes un poseedor de la ciencia del magnetismo (que me hizo el obsequio de convidarme á presenciarse unos experimentos que pensaba hacer en el domingo próximo); un sabio mecánico que se ocupaba de hacer ensayos para dar impulso á una gran fábrica por la pre-

---

(1) *Nota para los franceses.* Se llaman *Furrieles* en España ciertos cabos en la milicia, que entienden en el ramo de alojamientos y raciones de las tropas de servicio.

sión del aire; un profesor de medicina *homeopática*, y otras notabilidades, ó por mejor decir, otras rarezas literarias y artísticas.

La conversacion giraba alternativamente sobre los efectos de la homeopatía, sobre las cualidades del vapor, sobre las propiedades del magnetismo, sobre las venta-



jas de los Falansterios, sobre los vicios de la Sociedad, sobre las costumbres de España, y se pronunciaban en graciosa mescolauza los nombres de *Galvani*, de *Mesmer*, y de *Puysegur*: de *Dionisio Papin*, de *Sawery*, de *Bettancourt*, de *Blasco de Garay*, de *Hahnemann*, de *Schmit*, y de *Maroncellet*, de *Fourier*, de *Epicuro* y de

*San Simon*, y de todos los que han escrito de mesmerismo, de mecánica, de filosofía, de medicina y de moral. Cualquiera que hubiese entrado nos hubiera tenido por locos, y yo no sé hasta qué punto sería falso semejante juicio. Sin embargo, quizá entre aquellos que á fuerza de animacion parecian desjuiciados se encontraban los que han de hacer cambiar la faz del mundo y convertir este valle de lágrimas en paraíso terrenal, que no aspira á menos la doctrina de *Fourier*.

Pero supongamos que se ha concluido ya la comida. Voy á esponer ahora lo mas brevemente posible el gran pensamiento de *Fourier*, su sistema, y el modo de desenvolverle para hacer la felicidad del género humano.

«La sociedad humana actual, dice *Fourier*, está corrompida: la discordia, la envidia, el egoismo, la ambicion, el vil interés, todos los vicios la tienen inundada, cancerada, corroida. Cada uno de los sistemas ensayados hasta aquí para hacer de la tierra un paraíso de delicias es falso é incompleto. Nadie ha sabido salir de los castigos, de las leyes de represion para corregir los delitos; yo voy á hacer á todos los hombres virtuosos y felices sin violencia, sin repugnancia; yo voy á desterrar la pobreza del mundo, voy á hacer que todos tengan lo que les hace falta, y voy á hacer más, voy á hacer que todos los hombres se quieran bien y vivan como hermanos: voy á hacer que todo el mundo desée trabajar, y que cuando trabaje esté en sus glo-

:

rias (1). ¿Qué es ahora la sociedad? dice: cada clase está interesada en la desgracia de las demás.» En esto tiene *Fourier* razon que le sobra, y ya dije yo el otro día que medio mundo vivía de la ruina del otro medio. «El curial desea que riñan los ricos, y que haya *buenos pleitos*: el militar desea una *buena guerra*, y que el plomo y el acero se vendimien siquiera la mitad de sus camaradas para poder lograr un grado: el cura desea que la guadaña ande lista, y haya *buenos entierros*: el juez desea que haya muchos y *buenos delitos*: el almacenista de granos desea que haya *buena hambre*: el arquitecto, el carpintero, el albañil desean que haya *buenos incendios*, y así todos los demás. Yo voy á reformar los hombres de tal modo, que nadie desee, que nadie pueda desear, que á nadie le convenga desear el mal de su conciudadano.»

—Pues bien, mostrad cómo.

—Ahora lo voy á demostrar yo, Fr. Gerundio, con *Fourier* y con sus discípulos mis comensales. La materia creo que es la mas interesante de cuantas en mis apuntes de viajes he tocado. Así pues, estadme atentos.

---

(1) Si consiguiera esto *Fourier* en España, era menester colocar un *Fourier* en cada altar mayor, aunque hubiera que declarar cesante al mismo apóstol Santiago.

## REFORMA COMPLETA DEL MUNDO.

El mundo social debe ser regido por un sistema de *atraccion social*, como el mundo físico se rige por la *atraccion fisica*. Esto último lo descubrió Newton; lo primero lo ha descubierto *Fourier*. El mundo físico está perfectamente regido y gobernado por el sistema de atraccion: ¡tales manos lo amasaron! la mano misma de Dios: Newton no hizo mas que descubrir lo que ya existía. El gobierno del mundo social le desempeña tambien Dios por sí mismo en cuanto á las leyes primarias, eternas, absolutas y esenciales: pero en cuanto á las secundarias y disciplinales, les dejó á los hombres en libertad de arreglárselas como mejor les cumpliese. Así es que cada nacion es dueña de gobernarse á su modo y manera (1). Pero el hecho es que ninguno hasta ahora ha dado en el *quid* del buen gobierno; porque lléveme el diablo si se han visto nunca ni se ve en el mundo mas que miseria, trabajos, flaquezas y necesidades. *Fourier* es el solo hombre que ha descubierto este

---

(1) Si se exceptúa la España, á la cual se empeñan algunos paisanos de *Fourier* y otros que no lo son, en no dejarla gozar de esa libertad que Dios le ha dado.

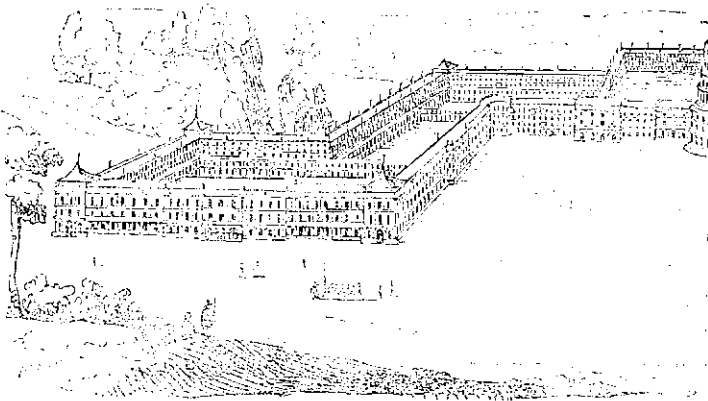
gran registro, el sistema de *atraccion* que ha de convertir la tierra en un semi-cielo. Sus discípulos son los que han de obrar esta gran revolucion, y yo, Fr. Gerundio, que comí con ellos y he procurado estudiar á Fourier.

Afuera esos mezquinos sistemas de absolutismo, de democracia, de progreso, de conservacion; ó si se quiere consérvense todos, porque yo sin oponerme á ninguno, pues ni estorban ni hacen falta al mio y todos me son indiferentes, voy á reformar el mundo en términos, que habrá todo lo siguiente: *multiplicacion de riquezas y abundancia general; igualdad absoluta de derechos sin dejar de respetar las desigualdades naturales; utilizacion de todas las pasiones; mantenimiento de todos los lazos y afecciones de familia: DESTRUCCION DE LOS INTERESES ESCLUSIVOS, ORDEN COMPLETO Y LIBERTAD COMPLETA; progreso fijo y conservacion progresiva; sustitucion del trabajo gustoso al trabajo molesto; y finalmente que nadie pueda querer su bien particular sin querer al mismo tiempo el bien de los demás, y nadie pueda querer el mal de otro porque seria querer el suyo*, que es lo mismo que haber descubierto el secreto de la felicidad en esta vida, cosa que hasta ahora pasaba por imposible. Todo por el sistema de atraccion.

Para esto era menester hacer de todos los hombres del mundo una gran *unidad social*, una gran asociacion, una gran familia, que habria de vivir en perfecta armonía y fraternidad, y de consiguiente sin ódios, sin



rencores, sin pleitos, sin guerras, sin ejércitos, sin cadalsos, sin cárceles, sin presidios, sin castigos, porque todos los hombres serian buenos, virtuosos y hourados. Pero como esto seria imposible plantearlo de un golpe en todo el universo, de aqui la necesidad de hacer ensayos en pequeñas asociaciones ligadas por intereses comunes, combinados de tal modo que nada faltase á cada uno de los asociados, y viviesen todos en perfecta



Mitad de un Falansterio.

armonía. Estas sociedades se irian multiplicando, y serian partes de la gran unidad esférica del gran congreso del mundo deliberando á nombre del globo entero.

Cada una de estas sociedades constituiría un *Falansterio* ó *Comun*. El número menor de que podria componerse seria de 400 individuos ú 80 familias, y el número mayor de 400 familias ó 1,800 personas.

Mas ó menos que estos harian imposible la armonía. Supongamos un *Falansterio* de 400 familias, compuesto de gentes de diferentes oficios, de diferentes fortunas, de diferentes aptitudes ó cualidades intelectuales, que viven dentro de un establecimiento, de un gran edificio, de un pueblo-palacio distribuido en esta forma. El centro está destinado á las salas de comer, de bolsa, de consejo, de biblioteca y de estudios, y al templo ó capilla. A una de las alas están los talleres de oficios mecánicos. A la otra la hospedería, la sala de recibir, y las de baile y de recreo. Los almacenes y establos frente del edificio, y el patio de honor y plaza de maniobras entre el palacio y los almacenes. Hay tambien un patio de invierno con sus jardines. Y el todo construido de manera que las relaciones puedan ser prontas, y los cuarteles puedan recorrerse facilmente y al abrigo en el invierno.

Pues bien, supongamos esta comunidad de 400 familias que vive dentro de un *Falansterio*, y que cada uno de sus individuos lleva una parte de capital, de trabajo y de talento, ó de una sola de las tres cosas. El que concurra con más á la asociacion aquel recibe mas premio. El que no lleva mas que su trabajo, recibe adelantado el minimum, que se reduce á mesa, habitacion y vestido de tercera clase; item más, el valor de su trabajo. Si estudia, si inventa, si perfecciona, entra á participar de la retribucion del talento. Allí todos han de trabajar, no ha de haber nadie que huelgue. A

los niños, enfermos ó imposibilitados se los mantiene de los fondos de la asociacion, y lo que van ganando los niños con su trabajo se les conserva y garantiza sin gastos hasta la mayor edad, y para ello se les abre una cuenta en el gran libro. La tarifa de distribucion á las tres facultades industriales es de esta manera: cinco duodécimos al trabajo manufacturero, cuatro al capital accionario, y tres á los conocimientos prácticos y teóricos.

Voy ahora á demostrar, yo, Fr. Gerundio, que hoy hablo por Fourier, que esta sociedad podria ser feliz, que no podria menos de ser feliz. Aquí de mi sistema de *atraccion*. Y digo. Lo que al hombre le cansa, le molesta, le fastidia, es el trabajo forzado, el obligatorio, el monótono, el excesivo y continuado. Al contrario todo trabajo voluntario y variado le divierte, le agrada, se le hace dulce. Tal es por ejemplo la caza para los aficionados. El estado normal del hombre es trabajar con utilidad y con placer. Hé aquí el estudio de los atractivos: hé aquí el secreto del sistema de la *atraccion*. Para hacer pues ameno y gustoso el trabajo, se seguirán en cada *Falansterio* ó Comun las siguientes reglas. Primera: Cada uno elegirá los trabajos á que le llame su aptitud y su inclinacion: segunda; las ocupaciones serán alternadas, sirviendo la una de desahogo y descanso á la otra: tercera; nadie se ocupará en un mismo trabajo mas de dos horas: cuarta; todos los trabajos estarán organizados por *séries* ó clases, *grupos* ó

géneros, y *semi-grupos* ó especies, de modo que los trabajadores siempre reunidos sean constantemente animados por la emulacion, las rivalidades y el entusiasmo: quinta; cuando menos agradable sea un trabajo, mayor será la recompensa: sesta; las lecciones irán siempre acompañadas de la práctica, y cada uno asistirá á la leccion que sea mas de su inclinacion y agrado.

Solo la vida armoniosa puede proporcionar á las *mujeres* la emancipacion moral, es decir, una independencia de posicion que no las permita jamás *venderse*, jamás entregarse contra sus inclinaciones. Dedicadas á un trabajo gustoso y productivo, propio de su sexo, no tendrán necesidad de sacrificarse á un enlace de especulacion ó de recurso; no se verán en la precision ó en el peligro de vender su honor. Todo en fin será virtud; todo abundancia, todo gloria. Los gritos de la desesperacion y los gemidos de los desgraciados serán reemplazados por las continuas fiestas y por los cantos de alegría; la impiedad será vencida, la humanidad entonará un himno de reconocimiento á la gloria del Criador: vosotros vereis con vuestros mismos ojos este paraíso terrenal, si os prestais á adoptar el sistema de Fourier.

Tras de la creacion de un *Falansterio* vendria la de otro, y así sucesivamente hasta que toda la sociedad se organizára bajo este pié. Para la fundacion de cada *Falansterio* se abririan suscripciones voluntarias por acciones de pequeñas cantidades que pudieran estar al alcance de los mas medianamente acomodados.

Hé aquí en resúmen la teoría de la reforma societaria de *Fourier*, que tanto ruido ha hecho en Francia, y que cuenta ya prosélitos en las regiones de ambos mundos. Hallándome yo en Bélgica á principios de noviembre del año pasado de 1841, se embarcaron en el Havre para el Brasil 700 *Fourieristas* llamados por el emperador para fundar un Falansterio; les hacia los gastos de viaje, y les adelantaba los fondos necesarios para dar principio á los trabajos.

Pero lo mas notable es que en nuestra España, que es donde la *Teoria social de la politica positiva de Fourier* ha cundido menos, se trata tambien de formar un *Falansterio*: y á la vista tengo una esposicion que hace al Regente del reino don Manuel Sagrario de Beloy, vecino y propietario de Cádiz, acompañada de un proyecto de ley para la formacion de una *poblacion-palacio* ó sea *Falansterio* en los campos de *Tempul*, término de Jerez de la Frontera, y perteneciente á sus propios, cuyo territorio *le ha cedido* al efecto *el ilustre y filantrópico Ayuntamiento* de aquella ciudad. En ella promete el hermano *Beloy* (bajo las bases de 31 condiciones que espresa,) construir un palacio general para 2,000 almas, en el que cada uno de sus individuos tendrá baño, caños de agua fria y caliente á todas horas, y en algunos casos comodidades de que carece el primer soberano de Europa; que todo el palacio se iluminará por igual; que en invierno se podrá vivir de dia y de noche con ropas ligeras, pues al dirigirse á la

gran fonda, á los salones, biblioteca, talleres, oficinas, iglesia, teatro, etc., etc., no incomodarán los vientos, las aguas, el lodo ni el frio, pues habrá hermosas galerías de cristales cubiertas, que estarán siempre al temple de primavera; que se promete que este pueblo será una de las maravillas del mundo, etc., etc. Todo con arreglo al sistema de *Fourier*.

Aquí entreveo, yo Fr. Gerundio, la influencia de la *Falansteriana* de la Bética que me escribió á París, en la propagacion del sistema societario de *Fourier*. ¡Qué bueno será que se dé principio á la gran reforma del mundo por Jerez de la Frontera! Pero si la creacion del Falausterio español pende de las córtes y el gobierno, ¡desgraciado el proyecto del señor Beloy!

He indicado en qué consiste la doctrina social de *Fourier*. Ahora, españoles, estudiadla. Por mi parte me he limitado hoy á esponerla brevemente: en otra ocasion acaso me ocuparé de ella, y emitiré mi pobre parecer.

### TIRABEQUE EN EL PANTEON.

Grandemente se gozaba mi buen lego cada vez que encontraba en Francia algun vice-versa. París ofrece uno muy notable en dos de sus más suntuosos templos, la *Magdalena* y el *Panteon*. El primero es uno de los

templos mas bellos del mundo, y uno de los monumentos dignos de la grandeza y magnificencia de los romanos. Rodeado de 52 elegantes columnas corintias de 60 pies de altura, arrebató la admiracion del espectador curioso, y testifica el buen gusto de la arquitectura francesa. Pero su forma es enteramente profana; todo lo parece menos templo cristiano; es elegante, esbelto, bellissimo, pero falto enteramente de gravedad; y á no saber que estaba dedicado al culto de una santa penitente, se tomaria por un teatro. Diez años estuvo destinado á *Templo de gloria*, y esto debía ser, ya que aquello no fuera.

El segundo (*el Panteon*) está destinado á *Templo de gloria* para los *grandes hombres*, y debía ser iglesia cristiana, debía ser lo que fué en un principio, el templo de *Santa Genoveva*. Pero estas dos santas han tenido que habérselas con la revolucion, y venció la que habia de haber quedado vencida, y la que habia de haber sucumbido fué la que quedó vencedora. Justicia revolucionaria. Venció pues la *Magdalena*, y se apropió el templo que por su arquitectura estaba indicado para *Panteon de hombres ilustres*. La pobre *Santa Genoveva* fué la victima sacrificada á la revolucion de Julio, despojándola de un templo que de justicia le pertenecía, y destinando su santa casa para morada de gente *non saneta*. Asi pagaron los parisienses á su buena compatriota, la illustre princesa de Bravante, el servicio que les hizo cuando Atila, rey de los hunos, invadió las Galias con un ejército formidable. Asi paga el diablo á quien le sirve.

De modo que si en el ciclo se conserváran las pasiones de la tierra, *Santa Genoveva* debería llorar el desaire como una *Magdalena*, y la llorona *Magdalena* debería estarse riendo de *Santa Genoveva* como una tonta. La revolucion de julio seria todo lo justo que se quiera con los hombres, pero á fé que con las santas no se portó muy bien.

Este vice-versa es tan notable, que á Tirabeque mismo, con ser lego, no se le pudo escapar, y es uno de los que menos favor hacen á los franceses.

Yo tenia curiosidad de ver ese famoso *Panteon* tan nombrado, y al efecto me dirigí á él con mi lego Pelegrin. El templo tiene la forma de una cruz griega, y es efectivamente magestuoso y grande. Desde que la Asamblea constituyente la metamorfoseó en templo de gloria, se ve en su fronton representada *la Francia* distribuyendo coronas de palmas á sus grandes hombres; y sobre su friso se lee en abultadas letras de oro:

«AUX GRANDS HOMMES LA PATRIE RECONNAISSANTE.»

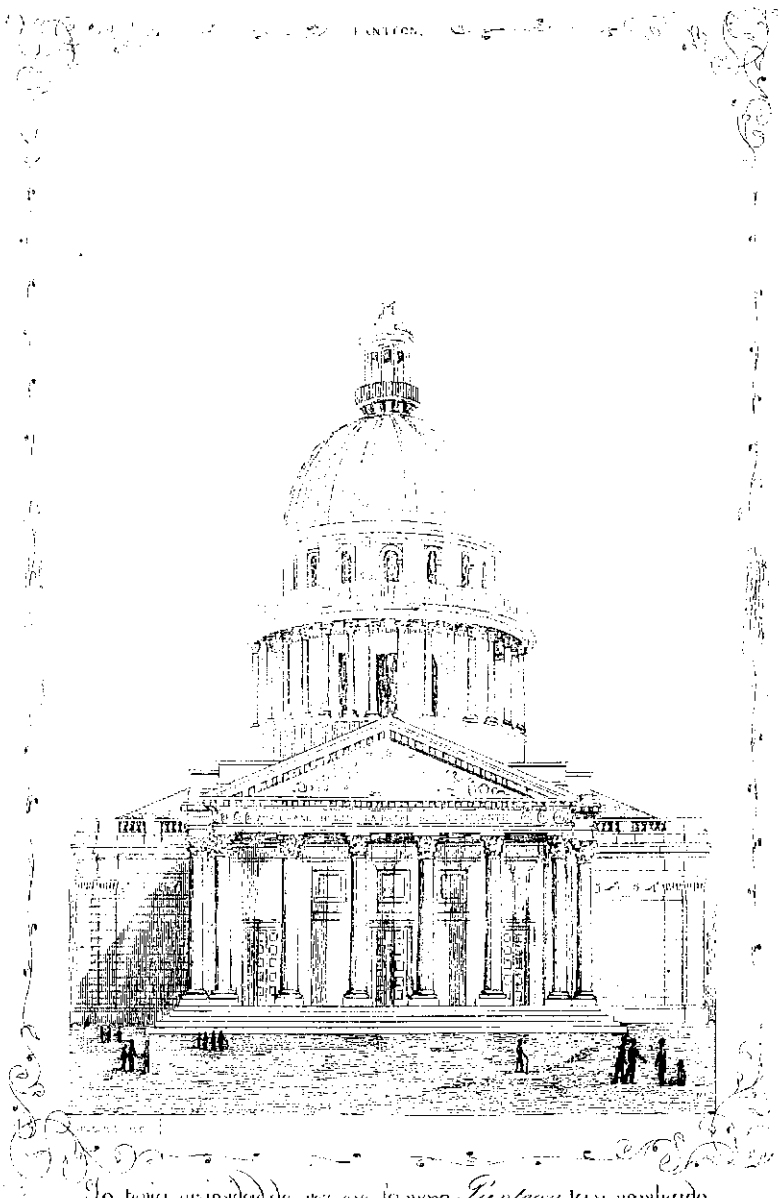
A los grandes hombres la patria reconocida.

—Señor, me decia mi lego, apiñaditos deberán estar aquí los *hombres grandes*, y no tendrán mucha anchurosidad que digamos, porque aunque el templo es grande tambien, ellos deberán ser muchos y por fuerza









No tenía curiosidad de ver ese famoso *Capitol* tan renombrado,  
y al apeto me dirigí a él con mi hijo Salagán.



habrán de estar unos sobre otros y como peces en cesta de pescador.

—Ya veremos, Pelegrin; y vamos entrando, que te detienes demasiado en la contemplacion del frontispicio.

Entramos, pues, y al momento exclamó Tirabeque:

—Señor, señor, válgame la Virgen y que hombre tan grandon se ve allí en frente!

Era un *Genio* colosal, con una espada en una mano y un ramo de laurel en la otra, sobre la cual se veía á Napoleon abrazando la Gloria coronada de estrellas. Ningun otro hombre grande veíamos en el templo de los Hombres Grandes.

—Diga vd., buen amigo, le preguntó Tirabeque á nuestro conductor, al conductor que está siempre para recibir y guiar á los estrangeros; ¿me dará vd. razon si acaso están de paseo los hombres grandes que veniamos á visitar? Porque yo no veo por aquí mas que ese gigante que dice el amo que no es hombre, sino un geniazo muy atroz.

—¡Oh! respondió nuestro guia, tomaos la molestia de bajar conmigo; allí los vereis.

Y nos condujo á las bóvedas subterráneas (*caveaux*), donde esperábamos hallar la numerosa coleccion de hombres ilustres que deseábamos ver. Hé aquí, nos dijo el conductor, la tumba de *Voltaire*: ella es de precioso mármol; ved los emblemas que decoran el sepulcro de ese grande hombre; un globo y una cítara.

—Si señor, dijo Tirabeque; tengo noticias de este sugeto; los frailes de allá de España le querian mucho: en tiempo del Rey absoluto apenas habia sermon en que no le citáran.

—Oh! precisamente; él es uno de los grandes hom-



Voltaire.

bres de la Francia. Tomáos la molestia de venir por aquí... Estais viendo la tumba de *Rousseau*.

—Si señor, sí, tambien conocemos por allá á este ciudadano.

—Oh! yo no lo dudo.

—Oiga vd.: parece que no se encuentra muy á gusto

el mancebo, porque veo que está sacando un brazo como quien quiere salirse de la tumba.

—Si, pero reparad que ese es un brazo de madera; ¿veis que lleva una bugía encendida en la mano?

—Alumbra vd. mas de cerca con la suya, porque no veo bien.

—Pues es el emblema de lo que el grande hombre ilustró al mundo con la luz de las obras de su ingenio. Leed esa inscripcion:

*«Ici repose l'homme de la nature et de la verité.»*

Aquí yace el hombre de la naturaleza y de la verdad.

—Está bien, repuso Tirabeque, aunque eso de la verdad necesitaria alguna mas esplicacion.

—Ahora venid por aquí.

Y nos condujo á otro de los departamentos subterráneos, donde habia porcion de jarrones de mármol.

—Esta urna de piedra contiene los corazones de *MM. Sers* y *Monard de Gales*; en esta otra urna está encerrado el corazon de *Hecreau de Sennarmort*; esta otra está vacía; esta otra contiene el corazon del ilustre senador.....

—Por lo visto, dijo Tirabeque sin dejarle concluir, vds. han ido descorazonando gente para colocar sus corazones en estos jarros. Y diga vd.: ¿se puede saber qué clase de sugetos eran todos estos descorazonados?

—Oh! si señor; eran senadores, generales, condes, marqueses, abogados, pares de Francia, etc.

—¿Y todos eran hombres grandes? Porque si el ser hombre grande en Francia ha de servir para que á uno le arranquen el corazon, estoy mas contento con ser en España hombre pequeño que si fuera en Francia hombre grande.

—No eran muy grandes que digamos, contestó el conductor, pero fueron ciudadanos bien reputados.

—Pues crea vd., replicó Pelegrin, que de ninguno de ellos he oido hablar una palabra: no debieron ser muy grandes cuando su fama no ha llegado á mí.

—Si os parece, señores, podemos salir cuando gustéis.

—Qué, ¿se acabaron ya los hombres grandes?

—Si, señores, se acabaron.

—¿Conque es decir que toda la bulla de los *Hombres Grandes* del famoso *Panteon* se reduce á dos que son *Rousseau y Voltaire*? Y para eso tanta bambolla de: «á los *Grandes hombres la patria reconocida!*»

—¡Ah! pero habrá mas.

—¡Ah! pero ahora no los hay. Está visto, hermano conductor, que los franceses son vds. muy ponderativos.

—Calla, imprudente, le dije al oido; calla esa boca y salgamos.

Subimos otra vez á la iglesia. Nosotros caminábamos derechos hácia la salida, pero el conductor mostraba interés y empeño en llamarnos la atencion hácia algun otro punto. Tirabeque y yo mirábamos, y nada se ofrecia



á nuestra vista que presentase novedad. Caminábamos hácia la puerta y el conductor nos entretenia de nuevo.

—¿Qué será esto, Pelegrin? le dije por lo bajo.

—Señor, no sé lo que puede significar, me contestó.

—Ea, pues, despedámonos de este hombre.

—Dios os guarde, amigo: os damos las gracias por vuestra atención.

—Perdonad, señores, vos no habeis leído sin duda este escrito.

Entonces miramos á una tablita que colgada de una columna estaba, en la cual se leía:

*«L' inspecteur des travaux du Pantheon certifie que les conducteurs-guides n' aient autre salaire que les gratifications des personnes qui vont le voir.»*

«El inspector de los trabajos del Panteon certifica que los guías-conductores no tienen mas salario que las propinas de los que vienen á visitarle.»

Esto esplicaba la conducta de nuestro guía, y sus ardidés indirectos para llamarnos la atención. Yo eché mano al bolsillo riéndome de tan extraño modo de pedir, y Tirabeque con su natural marcialidad le dijo al conductor:

—Oiga vd., señor mio, ¿para pedir una propina, se necesita andar con esos circunloquios? Sepa vd. que somos españoles y que en España se piden las cosas clarito y sin rodeos. ¡Habrá vd. visto gazmoñería

como ella! Para decir: «¿no hay alguna cosilla para el conductor?» no es necesaria andar con certificaciones ni garambainas.

—¡Ah! perdon, señor.

—¡Qué perdon ni qué as de bastos! Tome vd. ese par de francos y cálle. ¡Pues para qué quiere mas renta el hombre!

Y salimos riéndonos del modo de pedir de los franceses. Ellos no piden, ni hacen memoriales; espiden un certificado para que les den. Testimonio de la franqueza del pais.

## TEATRO ITALIANO.

Por la noche nos fuimos al *Teatro italiano*. ¡Hola! y que no es poca fineza llevar á un lego á un teatro donde una localidad regular cuesta 13 francos, ó sea 52 reales; y para eso si se quiere estar á gusto hay que apresurarse á tomar posesion del asiento, porque de otra manera, con arreglo á la bendita costumbre francesa del *primo capientis*, se espone uno á pagar trece francos enteros para no ver mas que la mitad del escenario. Pero de estas finezas merecia Tirabeque por los importantes servicios que en algunas ocasiones me prestaba.

El *Teatro italiano*, asi llamado por ser de italianos

la compañía lírica que en él trabaja, es el segundo de París en categoría; aunque no tan grandioso y magnífico como el de la *Academia Real de música*, es sumamente bello y elegante, y la sociedad que á él concurre es acaso mas escogida todavía que la de la Grande Opera. Como los franceses y francesas acostumbran á vestirse de sociedad para ir al teatro, especialmente á los de primer orden, la concurrencia del *Teatro italiano* representa el lujo y la elegancia de las clases de mas tono de París. La compañía distribuye el año escénico en dos temporadas ó mitades, de las cuales la de otoño é invierno la dedica á París y la de primavera y verano á Lóndres. No dá mas que tres funciones cada semana, alternando con las de la *Academia Real*.

Allí tuvimos el gusto de oír á la *Grissi*, la *Persiani*, la *Albertazzi*, la *Amigo*, á *Tamburini*, *Mario* y *Lablache*, primeras notabilidades líricas de Europa y aun del mundo. *Rubini*, el célebre *Rubini*, el rey de los tenores, que tambien habia pertenecido á aquella compañía, se habia retirado ya de la escena á gozar privada y descansadamente de las glorias y los triunfos artísticos, y de otra cosa todavía mas positiva y material para pasar el resto de su vida con decencia, de los millones que su habilidad y sus talentos líricos le habian proporcionado. Dichosos los que en este siglo filarmónico lo ganan cantando.

Sorprendióme y no poco Tirabeque cuando me dijo en uno de los entreactos:

—Señor, señor, allí estoy yo.

—¡Cómo que allí estas tú! ¿Dónde? yo no te veo mas que aquí.

—No señor, no, allí arriba; mire vd. el antepecho de aquella segunda galería de palcos; ¿no me vé vd. allí escrito con letras de oro? ¿quién les habrá dicho á estos italianos que me hallo yo en París? ¿y cómo habia yo de pensar nunca que me habian de hacer el honor de ponerme en letras de oro, cuando creí que las de plomo de la imprenta eran ya demasiado para lo que yo merezco?

—Calla, calla, simplon que tú eres, tú debes estar soñando.

—Señor, ¿no vé vd. allí escrito en un lado *Malibran*, en otro *Barilli*, y en otro *García*?

—Eso sí.

—Pues bien: no vé vd. allí cerca *Pelegrin* con todas sus letras? Pues ese ¿quién es mas que yo? ¿Tiene vd. noticia de que haya por aquí ningun otro *Pelegrin*?

—¡Ah, pobre badulaque! miserable tontuelo! Lee bien, y verás que hay mas letras de las que has pensado: repara y vé que no dice *Pelegrin*, sino *Pellegrini*.

—Señor, eso consiste en que como son italianos han escrito mi nombre tambien á estilo de Italia.

—Vaya, no has de ser majadero: creí que la temporada que llevas de París te habria civilizado más.

—*Barilli* y *Pellegrini* supongo que han sido dos célebres cantantes italianos que han merecido el honor de

que sus nombres se inscriban en este templo de gloria lírica; y no es poca gloria, Tirabeque, para nosotros los españoles el ver tambien esculpidos aqui los nombres de dos compatriotas insignes, cuales fueron el señor *García*, aquel cuyo honroso sepulcro vimos en el cementerio del P. Lachaisse, y el de su hija la inmortal *Mallibrán*; y no es poca gloria, digo, que de los cuatro célebres artistas cuyos nombres se ven aqui grabados en bronce, dos sean compatriotas nuestros.

Quedóse Tirabeque un poco mústio, si bien no podia dejar de serle satisfactoria la fama y reputacion artística de dos paisanos que á tan distinguido honor se habian hecho acreedores. Y concluida la funcion salimos admirados de las estraordinarias facultades, y de la robusta, pastosa y suave voz del gefe de los bajos cantantes *Lablache*, y no tan satisfechos como esperábamos de la fama y mérito que habiamos oido dar á *Tamburini*.

## LA PRISION DE MUCHACHOS.

El estado de las prisiones y el sistema carcelario es una de las cosas que prueban más el buen ó mal gobierno de un pais. En España los presos se pudren en las cárceles, en Francia trabajan y se corrigen, en Bélgica casi es una cacaña estar preso, y ha llegado á

questionarse si el estado escesivamente brillante y cómodo de las prisiones desmoraliza ya indirectamente la sociedad en vez de corregirla, pues hay hombres que cometen delitos con el fin de que los encarcelen.

Para visitar las cárceles de París se necesita una permision ó licencia especial del Prefecto, pero se consigue fácilmente. Hé aquí los términos en que están concebidas.—«Prefectura de Policía.—El consejero de Estado, Prefecto de Policía, autoriza á los directores de las prisiones del Sena á dar entrada en estos establecimientos el dia que se presente á visitarlos á *Mr. N...* Los señores directores le dispensarán todas las facilidades compatibles con su deber y responsabilidad. Anotarán en esta licencia el dia en que les sea presentada; y el director que la reciba el último, la retendrá para volverla á enviar á la prefectura de Policía.—El consejero de Estado, Prefecto, *Deupui.*»

Cada cárcel de París está destinada á detenidos de diferente condicion, edad, sexo y delitos. La de *Santa Pelagia* por ejemplo, en que ántes se encerraba á los perseguidos por deudas, está ahora destinada á los condenados por delitos políticos, á algunos prevenidos de robo, y á tal cual individuo condenado á una corta detencion. En la *Conserjería* se encierran los acusados que esperan el fallo de la *Cour d' Assises*. La de la *Abadía de San German* está destinada á los militares prevenidos de crímenes de la competencia de los consejos de Guerra: esta es una prision estremadamente fuerte. La

de la *Deuda* es la que ha reemplazado á la de *Santa Pelagia*. La de *San Lázaro* es la casa de detencion para mugeres condenadas á prision temporal ó perpétua: es una de las mejores de París, y las detenidas se emplean en trabajos propios de su sexo, que al paso que las preservan del enojo y la desesperacion, y les endulzan la privacion de la libertad, les preparan recursos para el dia en que hayan de recobrarla. La de la *Pequeña fuerza* está destinada á las prostitutas, á quienes se ocupa en hilar lana ó algodon: el reglamento de esta cárcel es sumamente severo. La de la *Roquette ó Nouveau Bicetre* está dedicada á los sentenciados á muerte ó á penas corporales y duras hasta que salen á sufrir sus castigos. En la *Penitenciaría de jóvenes detenidos* se encierra á los muchachos de 7 á 14 años por vía de correccion y por tiempo determinado. Y así de las demás prisiones.

Las cárceles de París se han mejorado estraordinariamente de algun tiempo á esta parte, tanto respecto al estado sanitario como al tratamiento que en ellas se da á los presos. Para prueba de ello, y en beneficio de la brevedad que exigen unas ligeras observaciones de viaje, hablaré solo de dos de ellas, que como las otras tuve el gusto de visitar en compañía de mi Tirabeque. Ambas están junto al cementerio del P. Lachaisse, enfrente una de otra: son las dos últimas que he citado.

Cuando Tirabeque supo que entraba en el depósito de rematados á llevar la cadena y á sufrir la pena capi-

tal, le entró cierto sudorcillo de miedo que en vano procuraba disimular. El edificio consta de dos pisos altos, donde se hallan los cuartos ó celditas para cada preso: en el piso bajo están los talleres, refectorio, capilla, etc.; en medio hay un gran patio cuadrado: el establecimiento puede contener 3.000 presos.

—¿Qué tienes, Pelegrin?

—Nada, señor; el poquillo de respeto con que siempre mira uno á estos colegiales mayores.

El conserje nos condujo á uno de los talleres, donde habria sobre 20 ó 30 presos trabajando en obras de sastrería. A nuestra entrada todos se pusieron en pie, descubriendo sus cabezas, y teniendo sus gorritas en la mano. Aquel acto de urbanidad y respeto no dejó de tranquilizar un tanto la zozobrosa inquietud de Tirabeque. Examinamos ligeramente sus obras, permaneciendo entretanto los presos en la misma humilde y respetuosa actitud.

—Señor, me decia Tirabeque al oido, ¿estos son presos, ó son los sastres de la casa?

—Sí, los sastres de la casa son; pero tan humildes como los ves, son tambien de los presos, acaso son grandes criminales, acaso facinerosos y asesinos.

—Señor, si parecen sastres de tijera honrada.

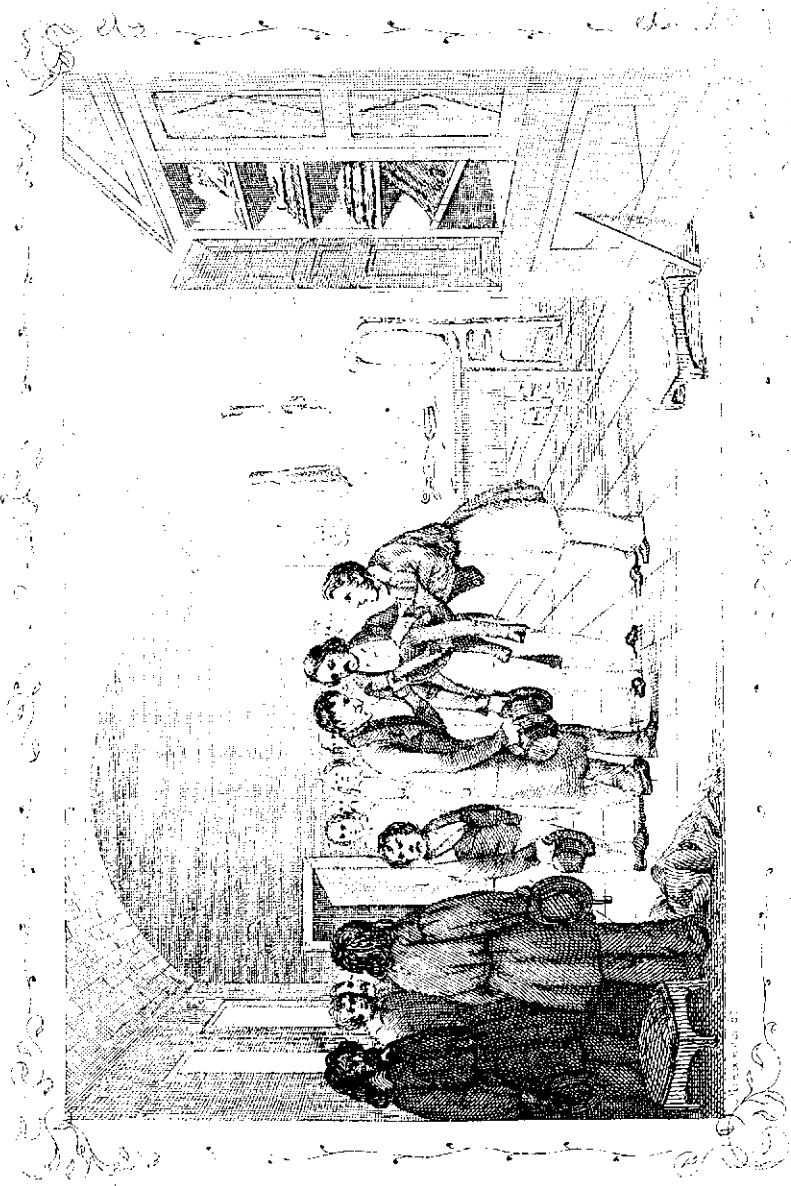
—Hé ahí, Pelegrin, los efectos de un buen gobierno carcelario.

—Pasamos en seguida á los talleres de herrería, de zapatería, de carpintería y demás. En este último vi-









Una mujer con sus hijos y su marido en pie de la cama, en un momento de la vida.



mos trabajar obras sumamente delicadas y de muchísimo gusto; neceséres, cajas, pupitres, almohadillitas para señora, adornadas de embutidos de muchísimo y muy minucioso trabajo formando elegantes dibujos. Tirabeque se quedó asombrado de ver tan esquisitos trabajos, y á mí me sucedió lo mismo. En todos los talleres fuimos recibidos con iguales muestras de respetuosa y humilde atencion. Subimos á ver las celdas, donde admiramos la limpieza y el asco, y mas que todo la decencia y comodidad de las camas. En seguida visitamos la cocina, que hallamos mas limpia y aseada que la de nuestros antiguos conventos; probamos las viandas, y convenimos en que podian comerse mejor que los almodrotos que nos hacian nuestros cocineros del cláustro.

Pero la prision en que mas hallamos que admirar fué la de los *muchachos* ó sea de *jóvenes detenidos* que está enfrente. El edificio parece mas bien un castillo feudal que una cárcel. Es un sexágono regular, en cada uno de cuyos ángulos iguales descuella una torre cuadrada. Consta de otros tantos departamentos de tres pisos cada uno, con otros tantos patios. Cada uno de estos seis departamentos está aislado de los otros, y en medio hay una especie de rotonda desde la cual se dominan todos. Cuando nosotros visitamos esta cárcel habria unos quinientos jóvenes presos, todos de 7 á 14 años; cada uno vive y trabaja separadamente en su celda, conforme al sistema de aislamiento del célebre Ben-

tham. Los de un departamento no se rozan ni comunican para nada con los de otro, y aun los que habitan en uno mismo no se conocen por sus nombres, sino por el número con que á cada uno se señala. Trabajan todo el día, y solo cada dos dias se concede á cada preso un cuarto de hora de recreo en el patio; pero cada uno juega solo, cada uno tiene su cuarto de hora diferente; no se reúnen sino para oír misa en la capilla y para recibir las esplicaciones de doctrina cristiana en la rotonda del medio. En cada manzana de celdas hay continuamente un vigilante que inspecciona los trabajos de la seccion que está á su cuidado, y asiste y suministra á cada preso lo que necesita para sus trabajos. La vigilancia es rígida; ningun preso podría holgar seis minutos sin conocimiento del inspector, y sin que le siguiera inmediatamente el castigo; pero el socorro en cualquier indisposicion, en cualquier necesidad que se les ocurra, es tambien pronto y seguro; el vigilante no falta nunca de allí; al menor llamamiento de un preso acude en el minuto. Estos vigilantes (*surveillants*) son todos retirados del ejército, lo mismo que los conserges y demás empleados del establecimiento, escogidos por su moralidad.

El que á nosotros nos guiaba era un hombre sumamente fino, atento é instruido. Nos hacia las esplicaciones con la mayor minuciosidad y con una amabilidad que no dejaba que apetecer. No hubo seccion que no visitáramos; en vano fué indicarle varias veces, en

las tres largas horas, que se estaba molestando demasiado por nosotros; su respuesta era siempre que no hacia mas que cumplir su deber, que aquella era su obligacion, y que además tenia gusto en que los extranjeros á quienes tenia el honor de guiar no dejaran de informarse de todo cuanto al establecimiento pertenecia. ¡Cuántas veces me acordé de la general aspereza de nuestros alcaides! Bien que esto, atendido el estado de nuestras cárceles, es un bien; y aun deberían poseer en grado mas eminente esta cualidad para que nadie viese lo que es afrentoso ver.

No hay género de trabajo á que no se dediquen aquellos jóvenes, segun las inclinaciones de cada uno. Allí se fabrica toda clase de ropa y de calzado, de tejidos, de cerrajería, de botonería, de ebanistería, de cincelería, de hebillería, etc., etc.: lo mismo se elaboran telas de hilo, seda y estambre, que instrumentos de hierro, bronce y acero, que muebles de madera, y artefactos de todo género. Allí ví cincelar esas figuras y grupos de bronce que sirven de remate y adorno á los relojes de mesa; allí ví trabajar esos instrumentos músicos que llaman *acordiones*, de los cuales habia un bien surtido almacén de todos tamaños, que tocaban tambien los presos con maestría; y por este estilo otra porcion de manufacturas, de que se surten varias casas de comercio de París, y de cuyos productos, parte se destina á beneficio del establecimiento y parte se deposita en la caja de ahorros de cada preso, para que el

dia que salga de la prision pueda contar con un pequeño capital.

Divertida en gran manera fué nuestra visita carcelaria con las preguntas que Tirabeque ó yo hacíamos á los chicos, segun que en cada celda entrábamos, y con las respuestas que ellos nos daban.

—Oyes, niño, ¿por qué estás tú aquí?

—Yo, pór vago, nos respondia con admirable candidez.

—¿Qué edad tienes?

—Ocho años.

—¿Y qué sabes hacer?

—Hago cademitas de alambre de varias clases (y todo esto sin dejar de trabajar).

—¿Y cuánto tiempo llevas de prision?

—Cuatro meses.

—¿Y cuánto te falta?

—Cuatro años menos el tiempo que llevo aquí

Pasábamos á otra celda y preguntábamos.

—¿Qué edad tienes tú, niño?

—Ocho años y medio.

—¿Y pór qué estás en la prision, picarillo?

—Por indócil.

—¿Qué sabes hacer?

—Hebillitas y llaves de relój.

—¿Por cuánto tiempo estás preso?

—Por seis años: llevo ya mas de uno en ella.

—Enseña, enseña á estos señores, decia el conserge,



las muestras de escritura. Sabed que este niño ha ganado el último premio de escribir.

Esto nos dió á conocer la esmerada enseñanza de primeras letras que recibian los jóvenes penitenciados.

—Diga vd., señor conserge, le preguntó mi Pele-



grin: supongo que les darán á vds. mucho que hacer estos diablejos, porque aquí vendrá lo peor de cada casa.

—Viene en efecto, pero es admirable el cambio que en ellos produce este sistema desde el momento que entran en la prision. Como desde luego se ven aisla-

dos, como nadie se les presenta ni les habla sino los gefes é inspectores del establecimiento, y los maestros de religion, de primeras letras y de su oficio respectivo, y como siempre se los tiene ocupados, adquieren una docilidad admirable, y apenas se ofrece castigarlos alguna vez. ¿Y vos no teneis en España, (dijo dirigiéndose á mí) establecimientos de esta clase?

—Sí, le contesté; en Madrid se ha creado uno el año pasado, *y se proyecta* crear otros.

Tirabeque iba á echarme á perder la contestacion, pero le lancé una mirada que le hizo temblar y calló como un muerto.

Al despedirnos quise poner en la mano de nuestro amable conductor la decente propina de que era digno. Pero de tal manera y con tales razones de delicadeza la rehusó, que hube de desistir, y aun de pedirle mil perdones. Unico ejemplar de este género que se me presentó en toda la Francia.

Salimos amo y lego, no acabando de admirar bastante un establecimiento en que se encerraban 500 jóvenes, que hubieran sido otras tantas carcomas de la sociedad, que hubieran corrompido un cuádruple número de los de su edad, y que al cabo de algunos años de *penitenciaría* salen con un oficio aprendido, con un caudalito ahorrado, y pueden ser otros tantos ciudadanos honrados y laboriosos. ¡Ojalá en lugar de ocuparse los españoles en intrigas políticas, pensarán en crear establecimientos de esta clase!

## LA ERMITA Y EL PABELLON DE ROUSSEAU.

Una de las escursiones que suele y debe hacer el curioso viajero que se halle en París es á *Montmorency*, pequeña ciudad á tres leguas norte de la capital, tanto por su situacion pintoresca, como por hallarse allí la célebre *Ermita* de *Rousseau*, su *Pabellon* y otros no menos curiosos monumentos.

El día que se destine á esta escursion pueden hacerse, como decimos en España, de una via dos mandados, visitando las tumbas de los reyes de Francia en la catedral de *Saint Denis*, distante dos leguas en el camino mismo de *Montmorency*. En el arrabal llamado de *San Dionisio* hay diferentes empresas de carruajes que parten diariamente cada media hora á la ciudad de este nombre y conducen al viajero por el módico precio de 3 rs. (75 céntimos); desde *Saint Denis* á *Montmorency* se apresla otro carruaje, de que hay siempre y á todas horas grande abundancia. Esta expedicion la hicimos cuatro españoles reunidos.

*Montmorency* está situada en una altura que domina el valle del mismo nombre, valle feracisimo y risueño, sembrado de lujosas casas de campo, de bosques de castaños, hermosos parques, paseos deliciosos, fuentes

y baños de aguas sulfurosas, la casa de Catinat y el famoso lago de Enghien, al cual en las fiestas patronales tienen costumbre los elegantes parisienses de bajar montados en pollinas, de donde le viene el nombre de la fiesta ó paseo de *las Asnas*, y en el cual se embarcan y juegan despues en lindos barquichuelos. Todo este conjunto hace que las vistas de *Montmorency* sean acaso las mas pintorescas y amenas de las cercanías de París.

Nosotros habiamos emprendido nuestra viajata ni mas ni menos que como *Rousseau* habia empezado á recibir su primera instruccion, es decir, sin guia ni amigo que supiese dirigirle. Pero confiados en el adagio español, «preguntando se va á Roma,» preguntando á unos y á otros logramos dar con la famosa *Ermita* (*l' ermitage*), que está cerca del bosque llamado *el Castañar*, destinado para las danzas en las citadas fiestas. En el jardin contiguo á la *Ermita* hay un busto de *Juan Jacobo*, y un mausoleo de mármol blanco erigido á la memoria del célebre músico *Gretry*, autor de 40 óperas, entre ellas la de *Ricardo corazon de leon*, que habitó tambien aquella *Ermita* y murió en ella en 1813.

Mirábamos nosotros la casita en que vivió el filósofo ginebrino con la curiosidad y respeto que inspiran naturalmente las viviendas de los grandes hombres.

—Aquí, decia uno, fué donde compuso el escritor ilustre las obras que le abrieron tan distinguido lugar en la literatura moderna.

—Esta es la morada, decia otro, que le proporcionó su querida Madama de Epinay cuando le dijo: «Oso mio, ahí tienes tu asilo; tú le has escogido y la amistad te le ofrece.» Esta puede llamarse el regalo del amor.

—Sí, añadí yo, pero bien pronto en este mismo sitio se prendó de la condesa de Houdetot, cuñada de la Epinay, cuyos locos amores la acarrearón los disgustos que era natural le produjesen los celos de su generosa querida, y aun el tener que romper las amistosas relaciones que le unian con Diderot, y casi las de todos sus amigos. Y no hablemos de sus antiguos amores con la baronesa de Warens, á quien en medio de sus infidelidades no pudo nunca olvidar.

Tirabeque que habia estado callado oyendo estas conversaciones, rompió el silencio y me dijo:

—Señor, por lo que vds. hablan, ese hombre era de aquellos de «tantas veo, tantas quiero.» ¿Y es ese aquel *grande hombre* del PANTÉON que sacaba el brazo con una candela para iluminar el mundo?

—El mismo, Pelegrin.

—Pues señor, dígole á vd. que por sus luces no diera yo seis maravedises.

—Pues no sabes lo mejor. Mira: aquí en esta misma *Ermita* tan nombrada vivió con las que él llamaba *sus amas de gobierno*, que eran una madre y una hija que habia conocido en una posada de París: y de la hija refieren que era tan estúpida, que nunca pudo contar por

su orden los meses del año, y le sucedia tambien lo que cuentan de nuestro difunto picador de toros Sevilla, que le costaba trabajo entender las horas de una muestra de reloj. Pues bien, el *grande hombre* se enamoró tambien de aquella *gran muger*, y la *antorecha del mundo* se dejó dominar de aquella *ilustrada moza*, y se casó con ella y le hizo padre, ó por mejor decir, le hizo padre antes de casarse con ella.

—Pues señor, me gusta la vida que hacia el *santo ermitaño*.

—Para que veas, Pelegrin, cómo los hombres mas grandes son los que incurren tambien en las mas grandes flaquezas. Sin embargo, aunque la vida de *Rousseau* tuvo períodos que no fueron sino un tejido de aventuras y hechos inmorales, tuvo tambien el hijo del relojero de Ginebra otros períodos de heroismo y de sentimientos virtuosos y pensamientos sublimes. *Rousseau* tuvo mucho de bueno y mucho de malo: como literato calavera, su vida fué una série de desgracias y de fortunones, de persecuciones y proteccion: como filósofo extravagante, tuvo rarezas sin cuento y rasgos de génio privilegiado y de hombre vulgar.

—Señor, y estos hombres son los que despues de muertos son venerados mas que si fueran santos, y todo el mundo se hace lenguas de ellos, y los colocan en los grandes panticones, y vienen los estrangeros á visitar su ermita como si fuese la ermita de San Pablo ó el Santo Sepulero de Jesueristo! ¡Válgame Dios, mi amo,

y cuánto aprende uno y cuánto se desengaña en los viajes!

—Para eso no es necesario viajar, Pelegrin; porque también en España, como en todas partes del mundo, acacee detestar los hombres á tál ilustrado sugeto en vida por sus servicios, y despues de muerto hacerle una media apoteosis. En todos tiempos ha sucedido así. No hay cosa como morirse, Tirabeque; la muerte es una pintura que hace mucho favor á algunos retratos, pues con su negro pincel suele borrar lo malo y dejar solamente lo bueno.

—Si á vds. les parece, dijo uno de los compañeros, podemos pasar á ver el *Pabellon*.

—Cuando vds. gusten, les respondí.

Y nos dirigimos al pueblo, donde nos habian informado se hallaba.

Acusado el filósofo de Ginebra de traición por la mayor parte de sus amigos, y ereyéndose cercado de lazos y emboscadas, se trasladó en 1758 en el rigor del invierno á una pobre habitacion cuyo techo de tablas podridas estaba amenazando ruina, y la cual le cedió su amigo el duque de Montmorency. Esto es lo que hoy se llama el *Pabellon de Rousseau*. Tomando lenguas fuimos conducidos á una humilde casita, que estaba cerrada. Usando de la libertad de estrangeros y de la franqueza española, llamamos, y salió á respondernos una vieja cuya fachada no dejaba de consonar con la de la casa. Nos preguntó qué se nos ofrecia, y le respon-

dimos que éramos cuatro extranjeros que tendríamos gusto en visitar el *Pabellon del grande hombre*, si en ello no habia inconveniente. Con su otorgamiento de concecion entramos en un pequeño pasillo descubierto que conducia á la casita. Sobre el dintel de la puerta se leia la siguiente inscripcion, de la cual lo mareado con puntos estaba borrado.

« . . . . . llamado . . . . . transportado el 15 de diciembre de 1758 por sus amigos el difunto Mariscal de Luxemburgo, propietario del castillo de Montmorency y el difunto príncipe de Conty, que quisieron sustraerle al decreto de arresto lanzado contra él el 8 del mismo mes por el parlamento de París despues de la publicacion del *Emilio*. El escribia el 7 á uno de sus amigos en estos términos: «He dado gloria á Dios, he hablado para el bien de los hombres: por una tan noble causa no rehusaré jamás el sufrir: hoy se vuelve á abrir el Parlamento, espero tranquilo lo que guste decretar. »

Debajo de esta inscripcion se añadia, que él habia escrito el *Contrato Social*, una carta al Parlamento, y que habia dado la última mano á su *Julia*.

La vieja se nos habia retirado, pero no por eso dejamos nosotros de irnos internando con nuestra franqueza española (y á fé que fué la que nos valió, pues de otro modo nos hubiéramos quedado sin verlo). Encontr-



trámonos en una cocina, donde se hallaba nuestra vieja (que en verdad no era la mas digna sustituta de la *Nueva Eloisa*) ocupada en atizar sus pucheros.

—Madama, ¿se pasa por aquí al *Pabellon*?

—Sí señores, sigan vds. por ahí, que allá voy yo.

Entramos, pues, en el famoso *Pabellon*, que es una especie de pequeño terraplen con su emparrado y sus árboles á la orilla: á uno de sus extremos habia una mesa redonda de piedra, con una plaucha de bronce embutida en medio en que se leia: *Aquí es donde ha pasado los bellos dias un grande hombre: veinte diversas obras maestras han señalado su curso: aquí nacieron el Saint-Preux y la Julia, y esta simple piedra es el altar del génio.*—*El 27 de marzo de 1787.*—*Gabriel Ri-sard.*

—Hé aquí, les dije á mis amigos, donde nacieron aquellas dos célebres obras, de las cuales decia el mismo *Rousseau*: «*El que no idolatre á mi JULIA, no sabe lo que es necesario amar, y el que no es amigo de SAINT-PREUX no puede serlo mio.*»

—En efecto, me respondió uno de ellos; pero segun la inscripcion de la puerta tambien nació aquí aquella obra destructora de toda organizacion politica existente.

—¿Habla vd. del *Contrato social*? le preguntó el otro compatriota.

—Sí señor.

—Pues amigo, perdone vd., que para mí es el mas acertado código de instituciones políticas que se ha es-

crito: el fué el que adoptó la Convencion haciendo á su autor el merecido honor de colocar su busto en el salon de sesiones.

—Pues yo detesto sus doctrinas fundadas sobre la soberanía nacional.

—Cabalmente es por lo que á mí me gustan: la soberanía de todos es la única ley omnipotente.

—Mejor dirá vd. que es el principio subversivo de toda sociedad.

—Así hablan los retrógrados.

—Y como vd. piensan los anarquistas.

Así se iban explicando mis compañeros de expedición, los cuales no hay que decir el partido político á que cada uno pertenecía.

La cuestion política los iba acalorando en términos que temí que la polémica tuviera un resultado disgustoso. ¡Achaque fatal de esta época de discordias políticas! Viven dos españoles en la mas envidiable y fraternal armonía; hasta que se suscita una cuestion política cualquiera: no se necesita más para que la buena armonía se la lleve el diablo, y falte poco, si algo falta, para que anden al morro los mismos que fuera de la maldita política serian buenos amigos. Mi mediacion y la entrada de la vieja cortaron la fastidiosa disputa.

—Vengan vds., si gustan, nos dijo ésta, al gabinete del grande hombre.

Y nos llevó á una piececita que está al lado del *Pabellon*.

Allí nos enseñó el *fac-simile* de una carta de *Rousseau* á Mr. Latour, pintor del rey, en octubre de 1764 con ocasion de haberle enviado su retrato, la cual no deja de ser curiosa. El gabinete está circundado de cuadros, de retratos de las personas con quienes habia tenido relaciones de amistad Juan Jacobo: entre ellos tengo presente que se hallaban los de *Franklin*, *D'Alambert*, *David Hume*, *Beaumont*, *Voltaire*, *Diderot*, *Madame Geoffrin*, *Miguel Angel* y otros varios, los cuales ha tenido el gusto de reunir en aquel cuartucho *Mr. Bidoc*, hoy dueño de la casa.

Concluida nuestra visita, y alargando Tirabeque de muy mala gana una espresion á la vieja, nos fuimos á tomar un refrigerio al hotel del *Gran Ciervo*. Durante la refeccion rodó la conversacion sobre las cualidades del filósofo cuyas viviendas acabábamos de visitar. Uno de los compañeros le tenia por un hombre cabal, y podia decirse que era uno de esos que llama Grimm *verdaderos devotos de Juan Santiago*. El otro la tomaba por la inversa, y para él no era *Rousseau* mas que un hombre sedicioso é inmoral. Por mi parte fuí siempre y soy ahora de la opinion de uno de sus biógrafos que dice: «el carácter moral de este hombre célebre parece imposible de analizar, porque es un compuesto de elementos tan encontrados que admira verlos reunidos en un solo hombre.»

Tirabeque tambien echaba por el atajo, y tomando parte en el juicio de calificacion decia:

—Señor, él sería todo lo grande que le quieran hacer los franceses, pero para mí el hombre que se enamora de una criada tan tonta que no entendía las horas de un reloj, tiene hecha la pología.

Echámonos todos á reir del juicio crítico de Tirabeque; al mismo tiempo sonó una corneta de piston; salimos á ver y era la del coelero que avisaba ser la hora de regresar á *Saint-Denis*; con lo cual acordamos trasladar nuestras cuatro humanidades de la mesa al carruage, y á los dos minutos ya estábamos en camino.

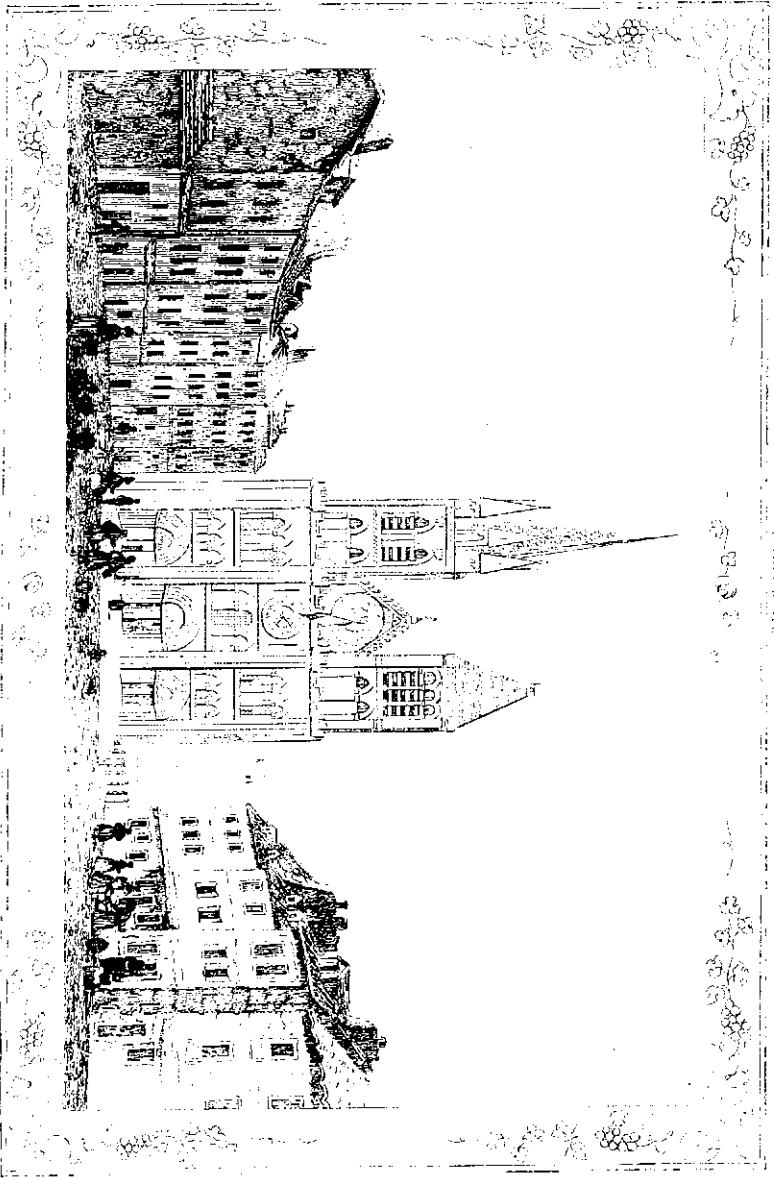
### SAINT-DENIS.

Como decia Tirabeque, el ir á visitar los sepuleros de los reyes de Francia no impedía reparar lo que se hallase al paso; y en efecto á la entrada de la poblacion nos hizo notar el retumbante rótulo de una cantina que decia: «*Cantina del fuerte de la doble corona del Norte.*» Mire vd. señor, añadía, que llamar á una cantina «*del fuerte de la doble corona del Norte*» no les ocurre mas que á los franceses.» En efecto es así, y esto bastará para que el lector se figure los allisonantes titulos con que ellos bautizan cualquier insignificante establecimiento.

La pequeña ciudad de *Saint-Denis* es poblacion de



—Venezo notade en *Abim-llani* en an ho'moni n' tresta catolical adreco.









unos 5.000 habitantes: tiene muchas y excelentes fábricas de manufacturas, y un colegio de educación para 500 señoritas, hijas de individuos de la Legión de Honor. Pero lo notable en *Saint-Denis* es su hermosa y vasta catedral gótica. Cuando nosotros estuvimos se hallaba en reparación. Un cabildo de 10 obispos y 24 canónigos ha reemplazado á los cenobitas de la antigua y célebre abadía. Destinada á sepulcro de los reyes de Francia desde Godoberto I, fué profanada y destruida por la revolución, quedando sin techo, sin altares, sin reliquias y sin tesoro. Después ha sido reedificada, y hoy se encuentra en mas brillante estado que nunca. Los restos de los monarcas destrozados en aquella época calamitosa han vuelto á encontrar allí un asilo, y se han agregado las cenizas de Luis XVI, de la reina María Antonia y de sus tias, y los despojos de Luis XVIII y del duque de Berry.

Nuestro conductor empezó enseñándonos los sepuleros de mármol que decoran el cuerpo de la suatiosa iglesia, especialmente los de los reyes Enrique II y su muger, que se hallan á la izquierda, y los de Francisco I y su muger que se encuentran á la derecha del altar mayor; cada uno de estos monarcas descansa al lado de su esposa, y todos cuatro están desnudos como su madre los parió, única cosa en que los reyes nacen iguales á los demás hombres. En derredor del sepulcro de Francisco I están retratadas en bajos relieves todas las batallas del gran monarca. Yo me puse á examinar-

las despacio por la curiosidad de ver si encontraba la famosa batalla del *sitio de Pavía*, donde Francisco I quedó prisionero del emperador Cárlos I de España, y no la hallé. Entonces pregunté al conductor (maliciosamente en verdad.)

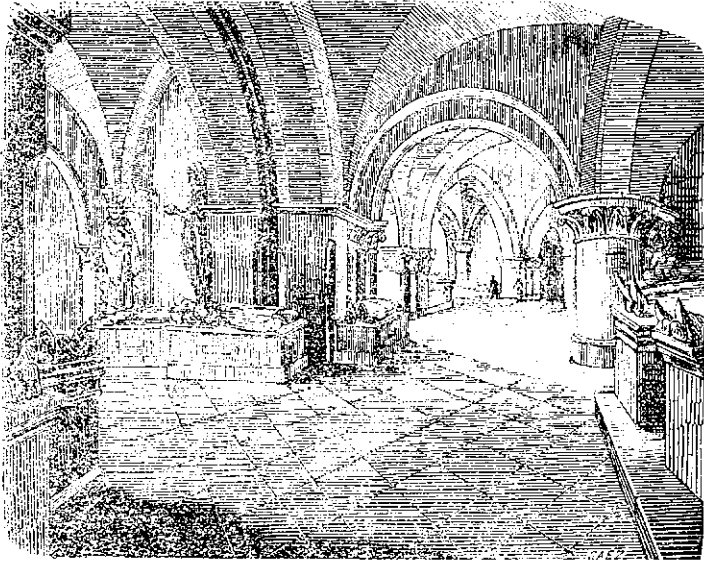
—¿Podreis decirme cuál de estas es la batalla de *Pavía*?

—¡Ah! me respondió: perdonad; la batalla de *Pavía* no está aquí; todo el espacio le han ocupado las otras; no ha quedado lugar para ella.

Todos á la una admiramos la sutileza de la respuesta, y bromeábanme mis compañeros compatriotas diciéndome que habia encontrado con la horma de mi zapato, no pudiendo dejar de reconocer yo mismo el mérito de la ingeniosa y pronta evasiva del francés.

En seguida nos condujo á las catacumbas ó bóvedas subterráneas, donde descansa un pueblo entero de reyes en magníficos y costosos mausoleos. Honda y sublime es la sensacion que se experimenta al contemplar las tumbas de los monarcas de quince siglos, al repasar las páginas de mármol de aquella larga cronología de reyes, en que á cada paso se encuentran recuerdos históricos y monumentos de príncipes de sangre española. Pero lo que se nos hizo mas notable á todos fué hallar el sepulcro y estatua de Luis XVII, de aquel jóven y desgraciado príncipe hijo de los infortunados Luis XVI y María Antonia, víctima de la crueldad revolucionaria.

Era ya tarde, y la necesidad de regresar á París puso término á aquella importante revista, que suspendimos con ánimo resuelto de hacerla otro dia mas despacio, como lo ejecuté por mi parte, y como aconsejo



á todo español que lo verifique, pues no debe visitarse menos que dos veces la interesantísima y memorable catedral de *Saint-Denis*.

## LA GRAN MURALLA.

—Señores, nos decía Tirabeque en el camino, saquen vds. sus relojes.

—¿Y para qué? le dije yo; á las cinco en punto hemos salido de Saint-Denis.

—No señor, no es para saber á qué hora hemos salido; es por una curiosidad: á ver si pasa un minuto sin que encontremos algun carruage.

En efecto, es tal y tan activa la comunicacion de Saint-Denis con la capital, que con dificultad, especialmente á la caida de la tarde, hora en que salen tambien las diligencias de París que van en aquella direccion, con dificultad, digo, se pasará un minuto ni aun medio sin encontrar algun carruage en el espacio de las dos leguas. Puede decirse que no se interrumpe la línea que forman entre los de ida y los de vuelta. Los oidos padecen considerablemente con aquel ruido insoportable.

Una de las cosas que en esta jornada fueron objeto de nuestra conversacion y de nuestras reflexiones, fué la obra de la *gran muralla de París*, esa obra gigantesca, concebida y proyectada por Luis Felipe, y aprobada por las cámaras despues de tantos y tan acalorados debates. Esta obra colosal se está llevando á efecto con actividad y con teson. A la distancia de media legua ó

tres cuartos de las *barreras* ó puertas de la ciudad en cualquier direccion que se salga, se ven los trabajos de esa obra que ha de producir un cambio en la importancia militar y política de aquella inmensa poblacion, no sabemos si para bien ó para mal suyo, si para bien ó para mal de la Francia entera, si para su libertad ó para su esclavitud.

Creo que no bajará de doce á catorce leguas la zona que comprenderá la muralla con sus fortines avanzados, y que no será de menos de sesenta ú ochenta mil hombres el ejército necesario para defender el amurallado pueblo de una invasion. Los millones de francos que se lleva invertidos, y los que se invertirán en la construccion de tan vastísima muralla, el lector los podrá calcular, si cálculo hay que abarcarlo pueda. Nosotros admirábamos únicamente la docilidad de un millon de corderos que se dejan encerrar dentro de aquel gran redil, y la atrevida resolucion del pastor que le hace fabricar para su ilustrado rebaño. Y haciendo esta reflexion llegamos á París.

### UN CULTO RARO.

Ofrecí hablar de un culto religioso, el que más me ha llamado la atencion de cuantos cultos ví en Francia, Holanda y Alemania, y voy á cumplirlo.

Yo había visto anunciado el culto de la *iglesia Católica francesa* en París, sin otra circunstancia que la de celebrarse los oficios en *idioma francés*, y aunque creí que sería esta sola la novedad que ofreciera, determiné dedicar á él la mañana del domingo en compañía de Tirabeque: se entiende, despues de haber cumplido nuestras obligaciones cristianas á lo católico rancio español. A las doce, hora en que se anunciaba la misa, ya estábamos los dos en el número 59 de *Faubourg-Saint-Martin*, donde se halla la iglesia.

Desde luego nos causó estrañeza encontrar en el pórtico una mesa cubierta de libritos y folletos, que despachaba una muger, con arreglo á la costumbre general de despacharse todo por femeninas manos. Me acerqué á examinar los escritos y hallé que eran el *Catecismo de la iglesia católica francesa*, el *Nouvel Eucologe*, ó nuevo Ordinario de la Misa; varios discursos, entre ellos uno sobre el *Celibato de los sacerdotes*, el prospecto y primer número de un periódico para la propagacion de las doctrinas de la nueva iglesia, todo escrito por su primado el *abate Chatel*, junto con su biografía y una coleccion de estampas que representaban á este *obispo fundador* en actitud de predicar á los fieles. De todos tomé un ejemplar, y mientras salía el celebrante á decir la misa me puse á leer con viva curiosidad, lo primero el mencionado *Catecismo*, donde esperaba hallar los principios que constituian la creencia de esta nueva religion, que bien puede llamarse nueva, puesto que empezó á

proclamarse en 1831. A ello me alentaba Tirabeque diciendo:

—Lea vd., señor, lea vd. á prisa, que tengo para mí que hemos de ver hoy unas heregías muy raras en este templo.

No me engañé efectivamente. Hé aquí el *símbolo de la Iglesia francesa*, segun consta en el capítulo 4.º del *Catecismo*.

«1.º *Creo* en un Dios, solo poderoso, solo justo, solo inmutable, solo bueno, que recompensa eternamente y castiga segun la gravedad del mal que se ha hecho.

»2.º *Creo* que el hombre está dotado de un alma inmortal que volverá á entrar en el seno de Dios cuando sea digna de ello.»

—Señor, hasta ahora parece que no vamos mal, y que esta es gente de razon. Siga vd. otro poco á ver, que estos franceses suelen principiar con buenas palabras, y concluir con malas obras.

«3.º *Creo* que el bien viene de Dios, y el mal de las imperfecciones del hombre.

»4.º *Creo* que no hay mas religion verdadera, buena y útil que la religion natural grabada en el corazon de todos los hombres.»

—¿Lo vé vd., mi amo? Cuando yo dije que nos esperaba ver muchas heregías en este templo.....

—Deja, que esto se presenta curioso.

«5.º *Creo* que Jesucristo, en razon á la sublimidad



de su doctrina y de su moral, y particularmente por consideracion á su ilimitado amor á la humanidad, debe ser mirado como un modelo de virtud y honorificado como tál.

»6.º *Creo* que el hombre puede salvarse en todas las religiones, cualquiera que sea; con tal que su creencia sea de buena fé.»

—¿Qué le vá á vd. pareciendo de la doctrinita, mi amo?

—Ya lo puedes suponer, Pelegrin; pero concluyamos con los artículos de este *Credo*.

»7.º *Creo* que todo el fondo de la religion y de la moral consiste en creer en Dios y amar al prójimo.

»8.º *Creo* que se pueden resarcir las faltas por medio de las buenas obras, que son la sola penitencia agradable á Dios y útil á la sociedad.

»9.º *Creo* que el hombre está obligado á examinar algunas veces su conciencia y á confesarse á Dios á fin de hacerse mejor.

»10.º *Creo* que debiendo la criatura un tributo de homenaje y adoracion al Criador, la oracion y el culto exterior son obligatorios á todo hombre que cree en Dios.»

—Hé aquí, Pelegrin, los diez artículos de la fé de esta iglesia! son cuatro menos que los nuestros.

—Y en verdad, mi amo, que pueden arder en un candil. ¿Y tienen mandamientos y sacramentos como nosotros?



—Ahora lo veré..... Sí: los mismos. Pero escucha lo que dice de Jesucristo en el capítulo 3.º

*Preg.* ¿Quién es Jesucristo?

*Resp.* Jesucristo es el hijo de José y de María, y el fundador de la religion cristiana.

*Preg.* ¿Qué hay de notable en la vida y muerte de Jesucristo?

*Resp.* Jesucristo durante su vida se atrevió á decir y á practicar lo que nadie antes que él habia tenido valor de enseñar, y menos de practicar.

*Preg.* ¿Qué enseñó pues, y que practicó que le haya merecido esta preeminencia que los cristianos le dan sobre todos los hombres?

*Resp.* Enseñó y practicó la verdad, toda la verdad, y nada mas que la verdad.

*Preg.* ¿Y por qué?

*Resp.* Porque proclamó por todo dogma, por toda creencia, por toda religion, la ley natural, nada mas que la ley natural.»

Hasta aquí no tenemos una gran novedad en el culto religioso de esta iglesia, porque no es nuevo en el mundo el que haya sectarios de una religion puramente natural. Pero ya vá á dar principio la *misa*, y aquí empieza la originalidad y la estravagancia.

## MISA ORIGINAL.

El pueblo espera ya la salida del celebrante (este pueblo serían unas 600 personas): hombres y mugeres, cada uno tiene en la mano su *Eucologio* ú Ordinario de la misa: Fr. Gerundio y Tirabeque se hallan sentados entre el pueblo *católico francés*: el abate *Fernando Francisco Chatel*, fundador de la *Iglesia católica francesa* y nombrado por los votos de los fieles *Obispo Primado* de ella, sale vestido de capisayo y se sienta en un banco al lado del altar mayor, acompañado de su prosecretario *Mr. Bonnet*; óyense las voces de un organillo que hay colocado á la izquierda del altar mayor; sale el celebrante *Mr. Vandelier*, vicario general honorario, revestido de un traje en nada parecido al de nuestros celebrantes; los ojos de Tirabeque se clavan en él, su boca se entrecabre naturalmente al impulso de la curiosidad, y empieza el sacerdote á cantar el *Introibo ad altare Dei* en estos términos:

*Penetrés de respect, aprochons de l'autel,  
du Dieu dont l'univers est le trône immortel.*

A lo cual respondia el pueblo tambien cantando:

*Du Dieu qui nous remplit de joie et de tendresse,  
et répand dans nos cœurs la plus vive allegresse.*

SACERDOTE.—*Dieu juste! en ce moment daigne exaucer non cœur,  
rãmene á la vertu l' homme injuste et trompeur.*

PUEBLO.—*En te priant, Seigneur, que notre àme est ravie!  
Ta grace est notre bien, notre espoir. notre vie, etc.*

que puede traducirse:

SACERDOTE.—Con respeto profundo  
lleguemos al altar  
de Dios, que tiene al orbe  
por su trono inmortal.

PUEBLO.—De ese Dios que nos llena  
de gozo y de ternura;  
y en nuestros corazones  
derrama la ventura.

SACERDOTE.—Dios mio! en este instante  
oye mi corazon,  
y á la virtud convierte  
al hombre engaador.

PUEBLO.—Orando á tí, Dios mio.  
nuestra alma se arrebata;  
tu gracia es nuestra vida,  
nuestro bien es tu gracia, etc.

El sacerdote sube al altar y entona algunas oraciones en prosa y verso. Hé aquí como canta los *Kiries* el coro de fieles.

*Bien fuiteur tout puissant!  
L' homme reconnaissant  
bénit á chaque instant,  
la bonté paternelle!  
La douceur,  
le bonheur,*

*pour notre âme immortelle,  
est de t'aimer,  
te révéler,  
et toujours t'adorer.*

¡Oh Dios omnipotente!  
El hombre reverente  
bendice eternamente  
tu bondad paternal!  
La dulzura  
la ventura  
para un alma inmortal,  
es adorarte,  
reverenciarte,  
y siempre, siempre amarte.

Seguia otra estrofa. Del mismo modo cantó el pueblo la *Gloria* tambien en verso, é igualmente la *Epístola* el celebrante. Los himnos coreados, cantados por las dulces voces de las mugeres, que se conocía estar muy prácticas y muy ensayadas en los diferentes aires de la música, y acompañados del organillo, hacian un efecto sumamente agradable. Tirabeque echaba tambien de cuando en cuando sus piadas, pero tan desacordes que llamaba la atencion de los fieles.

—No cantes, Pelegrin, le decia yo por lo bajo: ¿no ves que desafinas?

—Algo me parece que desafino, señor, pero debe consistir en que esta religion no está por la misma música que la nuestra.

Y luego añadía: «mi amo, estos *kiries* y estas *epístolas* no los conoce el padre que los engendró: ¿quién

habia de creer que *Kirieleyson* se decia en francés *bien-fetor tupuisán?* Pero al fin hasta ahora no parece que cantan cosas malas.»

En esto entonó el sacerdote una oracion diciendo:

*Prions.*—*Oh mon Dieu....!*

—Señor, me decía Tirabeque, el *mon Diú* bien lo entiendo, y esto es muy propio de los franceses, hacer el *mondiú* aunque sea en la misa; pero *Prión* lléveme el diablo si sé lo que quiere decir.

—*Prions*, Tirabeque, quiere decir *Oremus*.

—Vaya: vaya, mi amo, esto ya es estropear las cosas: imposible es que esta religion sea buena, y que á Dios le gusten estos *Priones* ó *Priorones* ó como ellos dicen.

Pero lo peor fué cuando oyó al celebrante empezar el *Evangelio* diciendo: «*Evangelio segun la version atribuida á San Lucas.*»

—¡Atribuida dice, mi amo! Señor cura, eso ya pasa de raya: el evangelio de San Lucas...

—Calla, maldito, le dije yo; tú me estás comprometiendo.

A este tiempo llegó el *Suizo* ó gendarme de la iglesia, y le intimó que si otra vez volvía á alzar la voz, se veria precisado á hacerle salir del templo. Afortunadamente Tirabeque se habia espresado en español, y no habia conocido el *Suizo* toda la trascendencia de sus palabras, que sinó no se hubiera contentado con un apercibimiento.

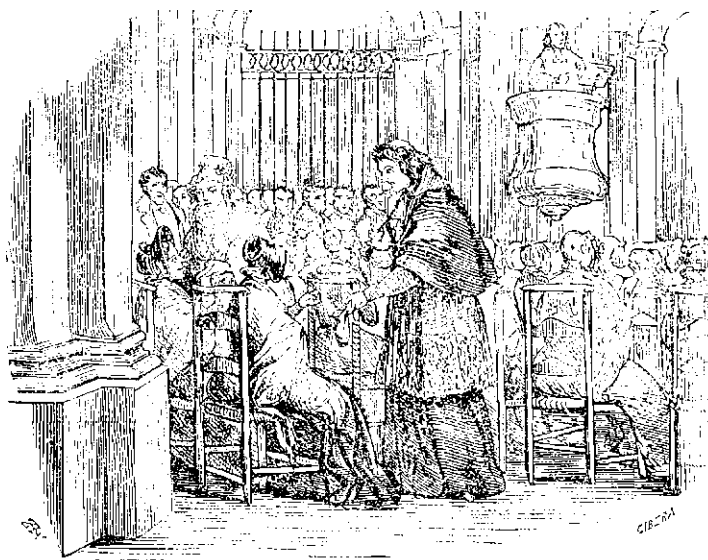
Despues del Evangelio subió *Mr. Bonnet* al púlpito á predicar: mientras á él se encaminaba cantaba el pueblo lo siguiente:

*Fa, ministre du tout puissant,  
du Dieu juste, du Dieu clement,  
annoncer la sainte parole,  
qui fortifie et qui console!  
Que l' Evangelie de Jesus  
nous offre le touchant symbole!  
En son nom, dans nos cœurs emus  
repands les germes des vertus.*

«Vé, ministro del Todopoderoso, del Dios justo, del Dios clemente, á anunciar la divina palabra que fortifica y consueta! Que el Evangelio de Jesus nos ofrezca el interesante símbolo! En nombre suyo derrama los gérmenes de las virtudes en nuestros enterrecidos corazones.»

El sermón fué *leído*: su tema era: «DIOS Y LA LIBERTAD.» El discurso se redujo á referir los horrores y mortandades que en todos tiempos se habian cometido bajo la capa de religion católica, entendida como la comprenden la generalidad de los hombres: que la religion *católica francesa* fundada por el abate Chatel, repudiaba, anatematizaba este sistema de intolerancia y de rigorismo; que sus armas eran la dulzura y la mansedumbre evangélica, sus medios la persuasión y el convencimiento: que ella admitia en su seno á todos los que

diesen culto á Dios é hiciesen bien á la humanidad, cualquiera que en lo demás fuese su creencia: que Dios habia regalado á los pueblos la libertad política y la libertad religiosa: concluyendo con declamar mucho en favor de la libertad. Por supuesto que en la reseña de las persecuciones horrosas por causa de la religion hizo un papel muy principal la Inquisicion de España.



Tirabeque cada vez que oia nombrar la España, sin entender lo que de ella decía, me indicaba tentaciones de arrojar el libro á la cara del predicador, porque estaba convencido que de ella no diria cosa buena, mucho mas cuando despues de nombrada la España, solia añadir: «*¡quel horreur, mon Dieu!*»

—Si no fuera por mi amo y por el *Suizo*, me decia por lo bajo, yo te daria el *mondiú* y el *horror*.

Durante el sermon presenciarnos una escena que nos hizo mucha gracia. La muger, que como es de costumbre en todos los templos franceses, recoge la contribucion de asientos ó sillas, salió á hacer su recaudacion por la iglesia, y con una bolsita en la mano recorría las filas en requisicion de los dos *sous*. Al mismo tiempo el obispo con otra bolsa se ocupaba de ir recogiendo limosna para los pobres de la *iglesia católica francesa*. Unas veces iba el obispo delante de la muger, y otras la muger delante del obispo, y en ocasiones se encontraban en una misma fila de asientos, recaudando la una la contribucion ordinaria forzosa y el otro la estraordinaria gratuita.

—Señor, me decia Tirabeque: ¿mandará tambien esta ceremonia la religion natural?

Concluido el sermon, mientras el predicador se restituia á su antiguo asiento, cantaba el pueblo á coro:

*Celebrons la Divinité!  
Gloire à l' auguste vérité  
qui repand, du haut de la chaire,  
sa clarté vive et salutaire!  
Qu' en tous lieux, au nom du Seigneur,  
elle régne en fin sur la terre;  
du fanatisme et de l' erreur  
que l' Evangile soit vainqueur....!*

«Celebremos la divinidad. ¡Gloria á la verdad au-



gusta que derrama desde lo alto de la cátedra su claridad viva y saludable! Que reine en fin en todos los ángulos del mundo el nombre del Señor, y que el Evangelio salga vencedor del error y del fanatismo...!»

El *Credo*, el *Ofertorio*, el *Cánon*, todo era en verso, todo cantado, y siento que la naturaleza de unas observaciones de viaje no me permitan copiar algunos himnos de particular belleza y singular mérito poético, tanto que no vacilaré en afirmar que los versos del abate Chatel no ceden en dulzura y dignidad á los de Racine.

Concluyó la misa cantando todo el pueblo á coro:

*Jurons, Français, jurons, par le fils de Marie,  
d'adorer le Seigneur, de servir la patrie.  
Ces nobles sentiments, dans tous les cœurs français,  
soutenus par l'honneur, regneront à jamais.*

«Juremos, franceses, juremos por el hijo de María, adorar al Señor y servir á nuestra patria. Estos nobles sentimientos, sostenidos por el honor, reinarán por siempre en los corazones de todos los franceses.»

Terminado el sacrificio, se puso en pié el *Obispo primado*, y tomando la palabra anunció á sus fieles que auxiliado de algunos colaboradores habia empezado á publicar un *periódico*, cuyo prospecto y primer número habrian visto ya, con el objeto de propagar las verdaderas doctrinas de la nueva iglesia. Y en una larga

arenga les esplicó las bases y condiciones del periódico, y les invitó á suscribirse á él para que de este modo contribuyesen al sostenimiento y propaganda de la nueva religion. Y en efecto, allí mismo se recogieron bastantes suscripciones.

—Aprenda vd., señor, aprenda vd. á agenciarse suscripciones. Vaya, el diablo son estos obispos hereges.

—Calla, y vámonos, que si te oyen esta palabra, de seguro en lugar de dormir en el hotel, nos llevan derechos á pasar la noche *en el Depósito de la Prefectura de Policía*.

### MISA POR NAPOLEON.

Napoleon es el hombre-Dios de la Francia: y aun habrá franceses que no crean en Dios y adoren en Napoleon.

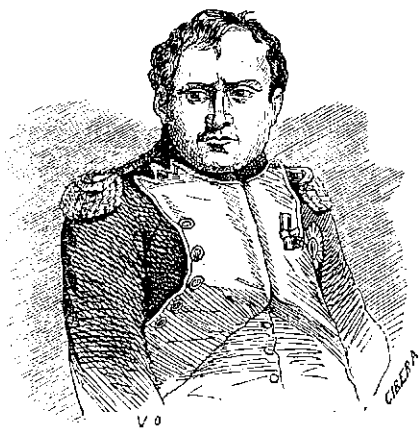
—¿Y cómo pensais los españoles de Napolcon? me preguntó en el discurso de una conversacion un francés.

—Prescindiendo, le contesté, de la cuestion española, en la cual me permitireis que no pueda elogiar su conducta, por lo demás los españoles reconocemos que fué un grande hombre, el hombre del siglo, y que tendrá pocos semejantes en ningun tiempo.

—¡Oh, mi querido español! Permitidme la libertad de abrazaros.

Y me estrechó tan apretadamente y con tanto entusiasmo como pudiera estrechar el mas ardiente enamorado al objeto de sus amores.

Napoleon se encuentra en Francia en todos los lugares y bajo todas formas. En calles, en paseos, en caminos, en monumentos públicos, en casas particulares, en edificios del estado, en fondas, en jardines, en soberbios salones, en tabernas humildes, en ciudades, en aldeas,



Napoleon.

en casas de campo, donde quiera que se dirija la vista infaliblemente se ha de ver un Napoleon, ó en estampa, ó en bronce, ó en mármol, ó en yeso, ó en tela, ó en inscripcion, ó en estátua, ó en relieve ó de cualquier modo que sea. Faltaba que se le hubiera dedicado una *misa*, y esto lo ha hecho la *Iglesia católica Francesa*.

Hé aquí algunas de las oraciones de la *Misa de aniversario por Napoleon*, tal como se encuentra en el misal del abate Chatel.

«INTROITO.—¡Padre de todos los hombres! protector de las naciones! ¡por tu poder, en el último siglo apareció entre nosotros un grande hombre! ¡por tí fué destinado á hacer la felicidad de la Francia! ¡Su vasto genio debía hacerla célebre, y ya de Oriente á Ocaso se la llamaba la gran nacion! ¡Si la noble tarea del grande hombre no ha podido cumplirse, á lo menos dió la noble señal de una alta civilizacion, y los pueblos la han comprendido! ¡Gloria te sea dada por tus beneficios!

»EPISTOLA A LOS CRISTIANOS.—Hermanos míos, celebremos el aniversario del hombre mas grande que acaso salió jamás de las manos del Criador! Su fama nos parece brillante con aquella gloria humana que dispensa á su voluntad el que es fuente fecunda de toda gloria y de todas las virtudes!... ¡Tolon! ¡Lodi! ¡Arcole! ¡Montebello! ¡Pirámides! ¡Marengo! ¡Ulm! ¡Austerlitz! ¡Eylau! ¡Friedland! ¡Essling! ¡Wagram! Cada una de estas sonoras palabras forman uno de los principales rayos de su esplendente aureola, y reimprime en nuestros corazones franceses el recuerdo de una victoria! Algunos rayos oscurecidos nos ofrecen, es verdad, las voces siniestras de *invasion* y de *Waterlloo*, pero á pesar de la fúnebre venda que las cubre, Fleurus y Montmirail les reflejan bastante gloria para eclipsar aun la de todos los enemigos que se reunieron para der-

ribar al grande hombre, y emplearon tan vergonzosos medios para hundir á este ser prodigioso cuya planta pisó tantas veces sus coronas, que si él no hubiera mandado nunca mas que franceses, hubiera sometido el mundo y asegurado la felicidad de los pueblos (1); idea sublime que acariciaba su grande alma, y que su genio y su brio hubieran realizado, si la afrentosa traicion de los que le eran mas queridos no hubiera venido á poner límites en su inmensa carrera al grande, al inmortal Napoleon! El era hombre: como tál cometió faltas; y estas faltas, hermanos míos, fueron grandes; pero opongámosle su genio, el Código civil, el puerto de Cherbourg, el de Amberes, los caminos milagrosos del monte Cenis, el del Simplon, la Francia, tan grande y tan gloriosa, cuando él la conducia á la victoria; y creamos que si sus grandes acciones y sus faltas han sido pesadas en la balanza inmortal, el alma del gran Napoleon debe gozar en el seno de Dios de la felicidad que recompensa las virtudes en la celeste morada.»

A la *Epistola* sigue un himno que por su mérito me parece digno de copiarse.

Napoleon n' est plus; une froide poussiere  
est ce qui reste, hélas! á cet illustre nom!  
Français! ce roi des rois n' est plus qu' un peu de terre!  
Donnons un souvenir au grand Napoleon!

---

(1) Allá vá esa fanfarronada.

A tes mânes, salut, toi qui fis de la France,  
 quand tu la gouvernas, la grande nation!  
 Les cœurs de tes hauts faits gardent la souvenance,  
 et disent: Gloire, honneur au grand Napoleon.

Si tu fus un héros dans les champs de carnage,  
 ton cœur commut aussi la douce émotion  
 que cause le bienfuit quand il est notre ouvrage!  
 Tendre et doux souvenir au grand Napoleon!

.....

Trahí, persecuté par un destin barbare,  
 sur un rocher desert un cruel abandon  
 a fait briller en toi la grandeur la plus rare!  
 Honneur, cent fois honneur au gran Napoleon!

Ah! puissions nous bientôt au pied de ta colonne  
 sur ton urne funébre inclinant notre front,  
 répéter en t'offrant une simple coronne,  
 eternel souvenir au grand Napoleon!

«¡Napoleon no existe: un polvo frio es lo que queda  
 ¡ay de mí! á su ilustre nombre! ¡Franceses! ¡aquel rey  
 de reyes no es ya mas que un poco de tierra! ¡Dedique-  
 mos un recuerdo al gran Napoleon!

» ¡Salud á tus manes! ¡Tú que hiciste á la Francia,  
 mientras la gobernaste, la gran nacion! ¡Los corazones  
 guardan la memoria de tus altos hechos, y dicen:  
 Gloria, honor al gran Napoleon!

» Si fuiste un héroe en los campos de la matanza,  
 tu corazon conoció tambien la dulce emoción que causa  
 el hacer bien. ¡Tierna y dulce memoria al gran Na-  
 poleon!

» Vendido, perseguido por un destino bárbaro, en  
 una roca desierta el cruel abandono ha hecho resaltar

la grandeza de tu alma. ¡Honor, cien veces honor al gran Napoleon!

» ¡Ah! Ojalá que pudiéramos pronto al pie de tu columna, inclinando nuestra frente sobre tu urna fúnebre, repetir, ofreciéndote una sencilla corona: «eterna memoria al gran Napoleon!»

Por este estilo las demás oraciones. En el himno del *Prefacio* se leen estos hiperbólicos versos:

Dont le plus bel eloge est son auguste nom!  
¿Qué diré après avoir nommé Napoleon?

Así honra la Francia á su grande hombre. Sin embargo Tirabeque decía que por la misa de Napoleon no daría dos reales y medio, que es el minimum á que las tomaban en el convento los frailes de misa y olla.

---

## EL PRÍNCIPE DE LA PAZ.

Hé aquí uno de los documentos históricos que ví con mas interés en París. Hallábame yo Fray Gerundio, en casa de uno de aquellos ricos capitalistas españoles que huyendo los peligros y calamidades de las guerras de América vinieron á principios del siglo con ánimo de establecerse con sus capitales en su país natal, y á quienes una de las infinitas estupideces del gobierno

absoluto cerró casi directamente las puertas de la madre patria, obligándolos á fijarse en pais extranjero, donde han sido y están siendo otros tantos manantiales de prosperidad y otros tantos testimonios de la incomprendible necesidad y estólida ingratitud de nuestros gobernantes de aquel tiempo: de aquellos españoles honrados á quienes en mi viaje he oido suspirar mil veces ansiando el momento de poder volver á su patria seguidos de unos capitales pingües que puestos en circulacion darian á este amortiguado pais una reanimacion y una vida que tanto ha menester, pero á quienes detiene en tan santo pensamiento la falta de órden y seguridad, madre de la confianza y fundamento de la riqueza pública; seguridad y confianza, que por nuestro mal cada dia vemos menos probable y mas remota.

Hallábame, digo, en casa de uno de estos ricos hispano-americanos, cuando entró un anciano, cuyo gentil continente, animado semblante y nevados cabellos, al tiempo que presentaban cierto aire de magestosa dignidad, revelaban todavía marcadas huellas de la frescura de su pasada juventud, semejante á aquel otro de quien decia el poeta:

«Y al través de los rasgos y perfiles  
de su vetusto rostro, se leía  
la fresca lozanía  
que debió embellecerle en sus abriles.»

Era este personaje el célebre en los fastos españoles *don Manuel de Godoy*, PRINCIPE DE LA PAZ. Al descubri-



miento de su nombre se agolparon instantáneamente en mi imaginación todas las reminiscencias que no podía menos de inspirar aquella historia viva de España del primer tercio de este siglo, aquel animado compendio de los memorables sucesos que hicieron cambiar la faz de esta nación, y que pueden considerarse como el primer hilo de la madeja en que seguidamente nos hemos ido enredando, y cuyo último cabo nadie es capaz de prever á donde nos conducirá.

Contemplaba yo con ávida curiosidad aquel documento contemporáneo en su postrera página (documento que no sé si ha sido juzgado hasta ahora con exactitud por la generalidad de los españoles), hasta que nuestro compatriota nos dió á conocer mutuamente el uno al otro, y entonces se entabló un franco coloquio entre el Príncipe de Paz y Fr. Gerundio, girando al principio la conversacion sobre los *sucesos de octubre* en España, que en aquella sazón tenían en expectativa á toda Europa, y de cuyo curso se esperaban con ansiedad noticias en París. El Príncipe discurría sobre aquellos acaecimientos y sobre la situación de España con la claridad y buena razón de quien ya no había de participar de sus resultados, cualesquiera que fuesen, y lamentaba los males del país lo mismo que si él no le hubiera causado ningunos.

Como entre españoles se tarda poco en adquirir confianza, yo le hablé en seguida de sus *Memorias*, y conocí que no le desagradaba al autor el juicio que yo

hacía del mérito de su obra. ¡Pero cuál fué mi sorpresa al ver que no solo manifestó no serle desconocidas mis *Capilladas*, sino que me citó sonriendo cierto parrafito que muy á los principios de mis tareas periodísticas habia yo puesto, directamente alusivo á él!



—Ahora podrá Fr. Gerundio, me dijo, hablar con entero conocimiento acerca de la nariz del Príncipe de la Paz.

Confieso que me dejó un poco turbado á pesar de la suave sourisa con que acompañó el picante recuerdo.

El párrafo á que aludia decia así (en el tomo 1.º página 102: capillada 7.): «Si la nariz de don Manolito, esto es de S. A. el Príncipe de la Paz, hubiera sido

roma, ó bien abundosa ó redundante como la que á su Divina Magestad le plugo colocar en el rostro de Fr. Gerundio, ó como la del mismo Cárlos IV, ¿quién sabe si el susodicho don Manuel hubiera privado tan íntimamente con la reina nuestra señora, la madre del rey nuestro señor don Fernando VII (Q. D. D. G.)? Puede ser que nó; y en este caso, que de posible nadie le apea (por que tengo entendido que los ojos de la señora no se enamoraban de lagañas), ni el válido tuviera como tuvo que envolverse en la estera allá en Aranjuez, ni quizá hubiera habido abdicacion, ni proclamacion, ni guerra, ni córtes: Dios sabe lo que habria. ¿Y qué habria ahora? Para adivinarlo estamos. Conque no podemos definir lo que hay de presente, si es que hay algo, ni quién lo hace, si es que cada uno no deshace lo que puede, ¡y sabríamos el porvenir hipotético solo por conjetaras y adivinaciones!»

Figúrese el discreto lector si el parrasito tenía ó nó su poquito de *intrínquis*, para que la cita hecha por boca misma del interesado, y de un interesado á quien veia por primera vez, dejára de colorcar un poco las megillas gerundianas. Sin embargo, el partido que me quedaba que tomar no era dudoso, á saber, el de ratificar el aserto con otra sonrisa análoga á la suya, ó lo que se llama echarlo á broma.

Despreocupado y filosófico se mostró á fé mia el hermano *Godoy* en las esplicaciones á que este incidente dió lugar, y puedo decir que tuve una satisfaccion en

oirle discurrir sobre su pasada grandeza y sobre su humilde situacion presente. En efecto, aquel mónstruo de la fortuna, aquel favorito privilegiado del capricho, que habia llegado á ser un monarca sin corona, que habia tenido en su mano todas y mas que todas las preeminencias de la magestad sin el peso y la responsabilidad del cetro, y que después se ha visto en el caso de co-verse por su misma mano los pantalones en una pobre é ignorada habitacion en la capital de un reino extraño (que á tal grado de pobreza se ha visto reducido en alguna ocasion el que en otro tiempo eclipsó con su lujo el brillo de los reyes de España), habla y se produce, y se conduce y obra como un verdadero filósofo. No solamente manifiesta una conformidad y resignacion admirable, sino que su humor es generalmente festivo, lo mismo ahora que vive de una corta pensioncilla que le dá lo preciso solamente para subsistir, sino cuando se ha encontrado en el estado de estrechez que acabo de indicar. Su trato es dulce, y su conversacion revela un entendimiento despejado.

En cuanto á las consecuencias que ha traído á la España su pasada elevacion, su conducta como político y como privado, y los primeros pasos que atrevidamente dió en la carrera de las reformas, quédese esto para el historiador crítico; que si hay en España un Gibbon ó un Montesquieu que escriba sobre las causas de la grandeza y de la decadencia de nuestra nacion como aquellos lo hicieron sobre el engrandecimiento y caída

de los romanos, él será á quien incumba desmenuzarl y calificarlo.

Animado con la confianza que me inspiraba, me atreví á tomarme con él la libertad que mas puede probar la amabilidad y despreocupacion de un viejo, que es la de preguntarle cuántos años tiene. Pero sin mos trarsentido de la pregunta me respondió que tenia setenta y cinco cumplidos. Su semblante, sin embargo, conserva animacion, su tez es tersa, su color sano, y en cuanto á facultades intelectuales, voto á mi santo hábito que la cita de aquel parrafito demostró que conservaba el órgano de la retentiva en mejor estado del que á mi serenidad en aquella ocasion conviniera. En punto al física fisiognómico, sus facciones son bastante pronunciadas, y la nariz acaso calza todavía algunos puntos mas que la de Fr. Gerundio de que mas de una vez he hecho honorífica mencion, y que á su presencia bajó algunos grados de vanidad.

El hermano Godoy, pues, es uno de aquellos pocos ejemplares que la Providencia deja vivir setenta y seis años para que el hombre pensador aprenda á apreciar los caprichos de la fortuna: es una leccion viva de lo que suele dar de sí esta señora, y un desengaño auténtico de lo que hay que yar en este pícaro y pedercedero mundo.

Viendo al hermano *Godoy*,  
dije para mi capilla:  
«¡Oh flor de la maravilla!  
¡lo que vá de ayer á hoy!»

## MI RETRATO.

Habíanme aconsejado algunos amigos compatriotas que aprovechará la ocasion de hallarme en París para hacerme litografiar: y aunque yo estaba cansado ya de someter mi gerundiano rostro á ese género de despotismo contra el cual no hay revolucion que se atreva, el de los retratistas, accedí á sufrir la duodécima esclavitud facial, aunque no fuese sino por experimentar en cabeza propia á los artistas franceses. Al efecto tomé consejo de nuestro distinguido pintor don Genaro Villaamil, que se hallaba en París publicando la *España artística y monumental*, obra maestra, y de singularísimo mérito, que le ha dado á conocer ventajosamente en la capital de Francia, y de la cual recoge abundante gloria el artista y no poco honor la España. El hermano Villaamil me dirigió á uno de los litógrafos de mas antigua fama y reputacion en París, *Mr. Grevedon*, que vive *rue des Martirs*, núm. 17.

Ya está Fr. Gerundio en la sala de estudio de *Mr. Grevedon*, dispuesto á no apartarse una línea de las estrechas órdenes de la soberanía artística. Las paredes del salon estaban, como era natural, cubiertas de ejemplares de las obras que á su juicio le hacian mas honor.

—¿Y no habeis retratado acaso, le pregunté, alguno ó algunos españoles?

—Ah, sí, me respondió; allí teneis dos, juntos los he puesto: veamos si los conoceis.

—En efecto, los conozco, y esto os acredita bastante para mí. Este es el conde de Toreno... esta es la marquesa de Villagarcía.

—¡Oh! yo me felicito de que los hayais conocido al primer golpe de vista. Ahora tomaos la molestia de sentaros. Un poquito mas allá... ahí... volved un poco el cuerpo á la izquierda; inclinad un tantico la cabeza á la derecha... esperad... así, fijada la vista en *Mr. el conde de Toreno*. Está bien.

La maldita casualidad de haberme tocado clavar la vista ya en uno ya en otro de los dos únicos retratos españoles de Mr. Grevedon tan de hito en hito como se sabe que es menester, influyó lo que ni el artista ni yo pudiéramos imaginar en el mio, y dió ocasion á incidentes curiosos y notables por demás.

La detenida contemplacion de Toreno me suscitaba ideas y memorias, que sin que yo pudiese advertirlo, necesariamente habian de dar á mi fisonomía una actitud y carácter no muy apropiado para favorecerla, pero cuyos trazos se iban retratando en la piedra litográfica. La naturaleza de las impresiones que Toreno me causaba hacía que, sin advertirlo, tambien se fuese inclinando la visual insensiblemente hácia la derecha, y entonces sin duda el semblante adquiría una animacion

que trasladada á la piedra no debía armonizar mucho con los rasgos anteriores. Tan luego como el artista lo advertía.

—Perdonad, me decía, no mireis á madama la marquesa, mirad á Mr. el conde.

Yo le obedecía y tornábase otra vez hácia Toreno.

—Vos podeis hablar, me decía Mr. Grevedon, con tal que no volvais la cabeza.

Y sin duda por obligarme á no alterar la posicion.

—¡Oh! me dijo; Mr. el conde de Toreno creo que es el gran financiero de España: á lo menos así me ha sido dicho.

—Ciertamente, le respondí, no os han engañado.

—Muy bien (continuó). ¡Entonces la España sería feliz si Mr. el conde estuviera encargado del ministerio de las *finanzas*. ¿Por qué no lo está pues?

—Por causas que yo recuerdo en este momento, pero que siento no poder explicaros, porque, como habreis advertido, no poseo bien el idioma francés.

—Perdonad, vos le hablais perfectamente (1); yo os comprendo todo lo que me decís. Y Mr. el conde deb ser sugeto muy rico, porque ya sabeis que en París es muy difícil hacerse notar por el lujo, y Mr. el conde llama la atencion en París por el fausto que gasta... ¡Oh diablo! Vos poneis el semblante muy sério; parece que

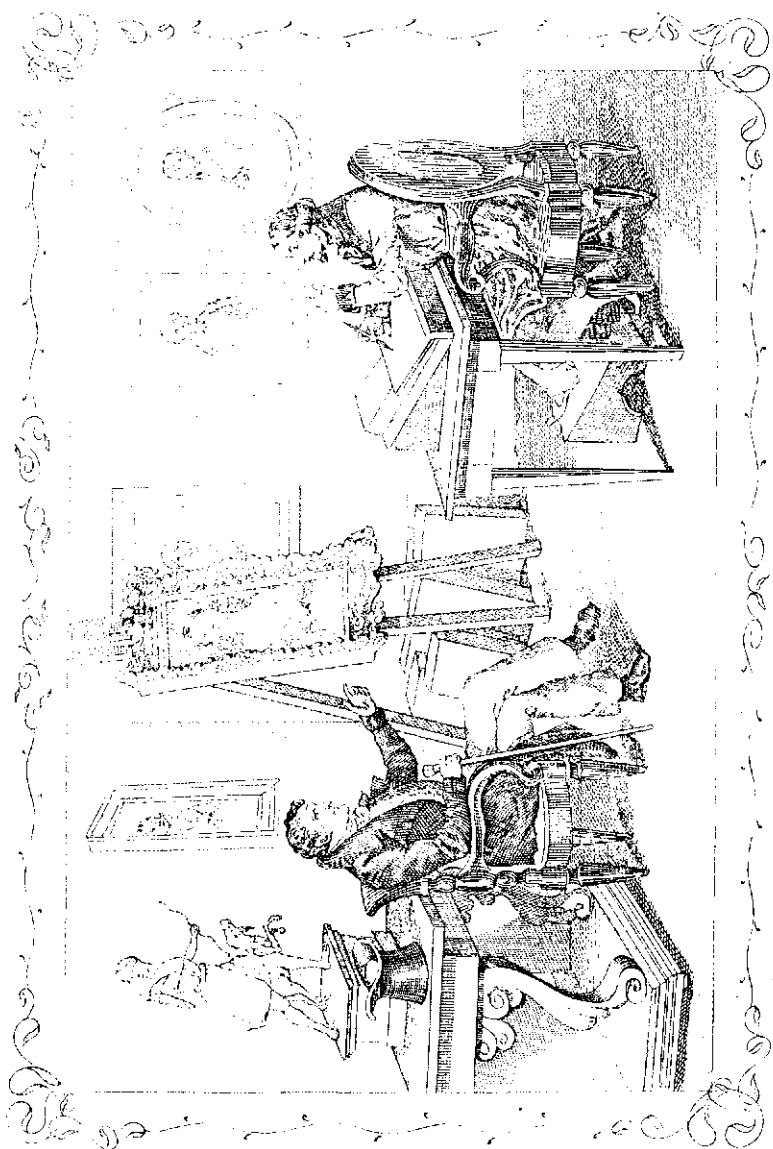
---

(1) Esto dicen siempre los franceses, aunque vean estropear lastimosamente el idioma.









Un petit salon, meuble de la époque, en tel que no existe. La Galerie. —



estais enfadado; procurad estar mas risueño, porque sino el retrato no os hará favor.

Entonces yo me volví un poquito hácia el de la Villagarcía, y el rostro gerundiano debió recobrar mucha animacion, pues me dijo el artista:

—Así, así, estais bien; solo que habeis inclinado un



Toreno

poco la vista á la derecha: torcedla un poquito, y conservad la fisonomía en la misma actitud.

—Ah, eso será difícil, le respondí.

—Sin duda, me dijo sonriéndose, os agrada mas mirar al retrato de madama la marquesa: madama es una bella muger, ¿no es verdad?

—Ciertamente,

—Pero Mr. el conde sería el ministro que podría sacar á la España de los apuros financieros en que dicen vuestros diarios que está... ¡Oh diablo! Otra vez habeis arrugado el ceño. Este retrato no vá á mi gusto: cuando entrásteis en mi estudio no erais así; y cuando volveis un poco la cabeza tampoco sois así.

—Pues, Mr. Grevedon, si quereis retratarme tal cual soy, hacedme la gracia de colocarme en otro sitio, ó de trasladar á otra parte el retrato del gran financiero.

—¡Oh que bizarría! Con nadie me ha sucedido cosa tál. ¿Acaso está mal hecho?

—Todo al contrario; está muy bien: pero los recuerdos que me suscita.....

—Está bien; le quitaré, pero el caso es que me habeis hecho perder esta piedra.

—Eso no importa: poned otra, y se os pagará lo que calculeis que merece el trabajo perdido.

Quitó Mr. Grevedon el retrato del hermano conde y se dió principio de nuevo al mio. Ya iba bastante adelantada la obra cuando le ocurrió al artista decirme:

—Vos, Monsieur, me podreis explicar lo que son los *toradores* de España.

—Os lo explicaré de la manera que me sea posible.

Y me puse á hacerle la explicacion de lo que son nuestras corridas de toros. Pero como yo no era un maestro en el idioma, y por otra parte las voces técnicas de la tauromaquia no son de las que se pueden aprender

á traducir por los libros, me veía y me deseaba para haber de darle una idea siquiera aproximada de lo que es esta fiesta nacional.

—¿Me comprendeis? le preguntaba yo.

—Oh, sí, todo os lo comprendo. Y despues que juegan con los toros, ¿cómo los matan? ¿á pistola?

—Ah, no señor, con espada, y brazo á brazo y cuerpo á cuerpo.

Esto le parecía increíble, y las demostraciones de admiracion y horripilacion que hacía eran tales que me daba temores de que la exactitud de la obra se resintiese algo de ellas. Pero la sorpresa mia fué cuando despues de tantas esplicaciones, despues de una conversacion tan larga me preguntó con un aire admirable de candidez é ingenuidad:

—Decidme, Monsieur, ¿los toros se juegan en los teatros?

A esta pregunta salté de la silla, y aun si me hubiera dejado llevar del genio se la hubiera arrojado, á no haber venido á templarme dos reflexiones, la de la sencillez del interrogante, y la de considerar que otros franceses que tenian mas motivos de conocer la España me habian hecho en otras ocasiones preguntas no menos desatinadas que aquella.

—Vos os habeis alterado, me dijo.

—No, es que me ha picado una pulga, y los españoles somos muy sensibles á las picadas de estos insectos, ó por mejor decir, tenemos muy malas pulgas.

Sentado otra vez en la silla de la paciencia, me preguntó Mr. Grevedon qué eran las *manolas*. Las *manolas* y los *toreadores* son las dos cosas por que pregunta todo extranjero á cualquier español. No se engañará el lector que suponga que las ideas que Mr. Grevedon tenia de las *manolas* eran poco mas ó menos que las que tenía de los *toreadores*.

—Yo he leído, me dijo, en el *Bosquejo de España* de Mr. el baron Cárlos Dembowi que las *manolas* tienen por signo de buen agüero encontrar un perro negro, y por de agüero funesto hallar un perro blanco ó pinto

—Lo que tienen por de siniestro agüero, le dije, es encontrar un francés.

—¡Oh diablo! ¡qué decís!

—Ciertamente. Por eso no pueden ver á los franceses.

—¡Oh! ¡qué diablo de *manolas*! Y si es cierto, como cuenta el mismo baron, que llevan todas el puñal en la liga ó en la cintura, no podrá ningun francés andar por Madrid sin ir muy armado.

—Eso por supuesto.

—¡Cáspita con madamas las *manolas*!

Así me divertía yo con Mr. Grevedon, ya que tan estrambóticas ideas tenía (¡como todos sus paisanos!) de nuestras costumbres.

El retrato se concluyó: y bien fuese por haber dejado el de la distinguida española en que por reemplazo de Toreno tenia que fijar la vista, bien por la influen-



cia de las sensaciones que imprimieran en el rostro gerundiano los agradables recuerdos de las costumbres pátrias, que me sirvieron de entretenimiento durante la operacion, lo cierto es que el retrato gerundiano parisien, que á estas fechas andará rodando por las provincias de España, resultó (sea dicho sin modestia) mas favorecido por el lápiz de Mr. Grevedon, que lo fué por la mano del supremo Criador el original. Siendo lo mas triste de todo el no poder enmendar la plana á la Providencia en la obra gerundiano-humanal que producir le plugo, y en que bien pudiera haberse lucido más, puesto que lo mismo le costaba, aunque me hubiera costado á mí pagarla doble que la de Mr. Grevedon.

### LO MUCHO QUE QUEDA.

Un tomo en fólío mayor, no que en octavo prolongado, fuera menester para haber de mencionar todas y cada una de las cosas notables que ofrece París al estrangero observador; y acaécele al viajero que intenta consignar sus apuntes, recuerdos ú observaciones, lo propio que al pecador abandonado (salva sea la comparacion) que pasa una larga série de años dando larga rienda á los vicios, sin cuidarse de confesar sus culpas, que cuando una vez se arrepiente y se resuelve á con-

fesarlas no puede hacerlo sino en conjunto y por mayor, y siempre es menos lo que confiesa que lo que deja de confesar.

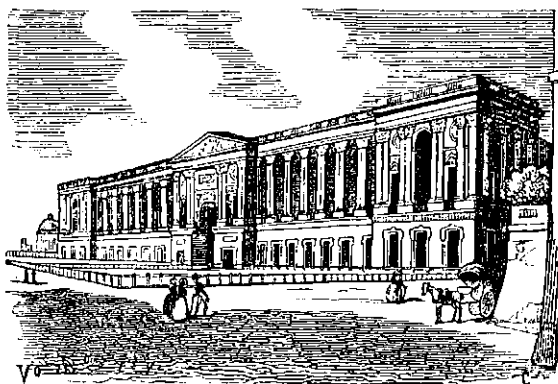
Así me acontece, á mí Fr. Gerundio, y así sospecho tiene que acontecer á todo el que quicra reducir á volúmen la abundosa é inagotable materia que suministra aquella inmensa poblacion; que por mucho que diga, siempre es más lo que le queda por decir; y no pocas veces cuando cree próximo el término de su obra, si hace un pequeño exámen rememorativo, se topa con que se le quedó trasconejado en los senos y rincones de la primera potencia lo de mas bulto y gravedad.

Por tanto, sin perjuicio de anotar á mi regreso por París del viaje á Bélgica, Holanda y orillas del Rhin lo que al paso se me recuerde y ocurra, indicaré ligeramente á mis lectores varios de los muchos otros monumentos y curiosidades que todo estrangero vé ó debe ver en París.

## EL LOUVRE.

A la orilla del Sena, y contiguo al palacio de *Tu-llerias*, con el que hay proyecto de unirle por la plaza de *Carroussel*, se encuentra el palacio del *Louvre*, el mas grande palacio, á decir de los franceses, que han edificado jamás los hombres, con su celebrada colum-

nata, y con su estensísima *galería de pinturas*, la mas larga que diz se conoce en el universo, y no lo estrañaré, porque apenas hay vista que la abarque de un extremo á otro, y sería tambien la mas bella del mundo si no fuera tan irregular. Es la que sirve principalmente de *Museo Real*, y de consiguiente es una coleccion inmensa de cuadros de los mas célebres pintores de todas las escuelas. En cualquier dia que el extranjero visite la *Galería de pinturas del Louvre* esté seguro de encon-



Louvre.

trar una numerosa concurrencia de curiosos espectadores, así como multitud de artistas copiando cuadros, y el español notará con agradable sorpresa las muchas jóvenes señoritas que hallará siempre manejando el pincel con maestría y aplicacion. En las diferentes ocasiones que yo visité la gran galería, tuve el gusto de ver siempre á un padre y tres hijas copiando á un tiempo

una vírgen de Murillo en otros tantos lienzos de diferente tamaño.

Pero lo mas interesante y curioso que para un español tiene el palacio del *Louvre*, y no sé si se diga lo mas disgustoso ó lo mas agradable, porque disgusto y placer se experimenta simultáneamente, es la parte llamada *Museo español*, que consiste en *cinco salas* del segundo piso llenas de cuadros *esclusivamente españoles*, obras de Murillo, de Cano, de Zurbaran, de Velazquez, y de otros distinguidos artistas compatriotas nuestros. Entre ellas las hay de un mérito singular, y las hay tambien que testifican haber echado los señores franceses en España, siempre que han podido, la red barredera, arrebañando con todo lo que han encontrado *en proporcion*, bueno con mediano y duro con maduro, siguiendo sin duda la máxima de que en recoger no hay engaño. Si alguno no quiere creer todavía en el *apego* que han mostrado siempre los franceses á las *cosas de España*, vaya al *Louvre*, visite las *cinco salas del Museo español*, y se convencerá: allí están de manifesto para que nadie alegue ignorancia. Algunos de los que aquello veíamos, nos consolábamos con la idea de que no era malo estuviesen allí las obras de nuestros inmortales artistas para que sirviesen de honrosa muestra á todos los estrangeros de los genios sublimes que la España ha producido en el noble arte de la pintura. Pero Tirabeque no entraba por esta reflexion, y decia que si San Pedro estaba bien en Roma,

bien estaba cada cosa en su lugar, y que el lugar de aquellos ricos cuadros era la España, y no otra parte alguna de *estrangis*, y comentando á su modo aquella máxima del derecho: «*res, ubicumque sit, domino suo clamat,*» añadía lleno de fuego patrio:

—Digo y repito que esto es nuestro, y que no veo razon para que esté aquí: no señor, yo lo reclamo á nombre de la España y de la ley de Dios.

En vano era hacerle cargos de que pudiera muy bien haber sido adquirido por donacion ó por venta, ó por cualquier otro legítimo título; no habia reflexiones para él; en nada de esto creia, y nos hubiera comprometido á no haberle arrancado de allí y conducidole á las *Salas de la Marina* que están en el mismo piso; depósito y coleccion de modelos de toda clase de embarcaciones, de instrumentos náuticos, de arsenales, de puentes, de máquinas, y de todo lo que á la marina pertenece y atañe, y que constituye una de las riquezas del *Louvre*.

Pasamos por las salas de las momias, de los dioses egipcios, de los vasos etruscos, y de los objetos hallados en las ruinas de Herculano y de Pompeya, y descendimos á los salones bajos de las estatuas, bustos, relieves, altares, baños, candelabros, tumbas, vasos, columnas y demás antigüedades egipcias, griegas y romanas, de que hay una preciosísima y abundantísima coleccion, siendo incalculable la riqueza que en los ramos de pintura y escultura encierra el magnífico palacio del *Louvre*.

En él tiene el extranjero donde pasar entretenidamente muchos días; y cuente con que no le bastarán ni tres ni cuatro visitas para formar una pequeña idea de las preciosidades que aquel palacio contiene.

Sin embargo, respecto á Museo de pinturas, me ratifiqué en la idea de que nada tiene que envidiar el Museo de Madrid á los mas ricos del extranjero, á pesar de todos los saqueos que ha sufrido.

### TEMPLOS.

Los mas notables de París, además *de la Magdalena y el Panteon*, son los siguientes:

*Notre Dame* ó la catedral, ó sea la basílica de Nuestra Señora; esa *Notre Dame de París* de *Victor Hugo*, mas curiosa para leida en las páginas del poeta, que para vista en su material estructura, pues no pasa de una catedral gótica antigua, magestuosa, imponente y severa en su conjunto, pero en cuyos detalles dudo que no sean mas las irregularidades que las bellezas, y que no sobrepuje la *bizarrería* á la elegancia.

*San Sulpicio*, con sus dos torres, de desigual altura, en que están colocados los telégrafos, su magestuoso pórtico, sus vastas naves, su historiado púlpito, y sus altares desnudos.

*San Roque*, con su concurrencia aristocrático-cris-

tiana, su profusion de adornos, sus decoraciones teatrales, su magnífica y esbelta cátedra y sus cuadros sagrados y profanos. En esta iglesia se confesó Tirabeque, aprovechándose del aviso que vió en un confesonario, en que anunciaba administrarse el sacramento de la Penitencia en español.

*Nuestra Señora de Loreto*, con su abundancia y riqueza de cuadros hechos allí y para allí, y con sus adornos de moda que constituyen como un templo de elegancia ó como una capilla del buen gusto. *Nuestra Señora de Loreto*, por su situacion cerca y en frente del Boulevard y al remate de la concurrida calle *Lafitte*, viene á ser á París lo que es á Madrid la iglesia del *Buen Suceso*.

*Saint-Germain L' Auxerrois*, templo enteramente gótico en un principio, y en el que se ha querido enmaridar en las reparaciones posteriores el género arabesco con las bellezas regulares del estilo griego. El extranjero que visite esta iglesia no debe dejar de fijar la atención en el altar de madera de la capilla de Nuestra Señora de la Compasion, obra delicada de filigrana que protesto le admirará. Mucho le dió en que entender á Tirabeque haberse encontrado en esta iglesia con dos patronos: *San German*, patrono 1.º, y *San Vicente Diácono*, patrono 2.º: escala de patronatos nueva para él, como si los templos cristianos (decia) se hubiesen de regir á estilo de los distritos militares de España con su capitán general y su segundo cabo.

*San Nicolás de los Campos*, en cuyo pórtico se ven colocadas tiendas de bisutería, de cintería, de fósforos y otros utensilios tan apropósito como estos para adornar la entrada de un templo cristiano. Aviso á los que creen que en las iglesias de Francia todo es religiosa severidad.

El *Val de Gracia*, templo de un hospital militar, donde hallamos un sacristan aun mas enciclopédico en su traje que el *Sacristan de San Ignacio* de Madrid, que me dió en el año 39 materia para un artículo en la capillada 124; pues si el de San Ignacio era un tratado de incoherencia, voto á mi padre San Francisco que el de *Val de Grace* no le iba en zaga, antes le escedia mucho en la desacorde mistura de su vestimenta; y sinó que me digan la armonía que hay entre un bonete negro, un mandil blanco de cocina y una chaqueta militar.

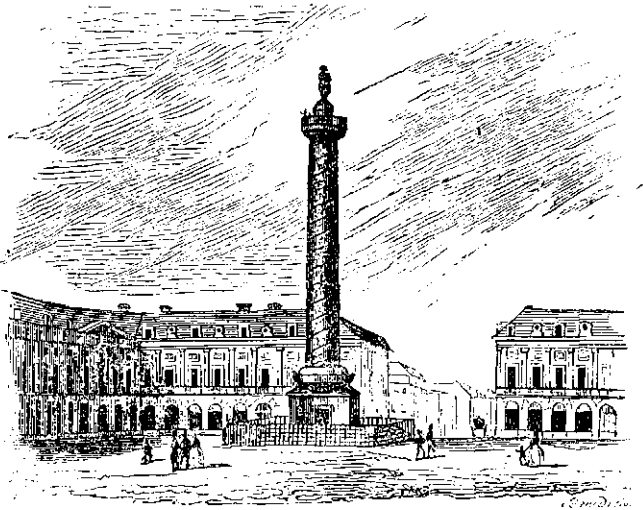
—Señor, decia Tirabeque, en todas partes cuecen habas, y en Francia á calderadas.

El viajero es muy dueño de visitar á *Nuestra Señora de las Victorias*, *San Eustaquio*, *San Vicente de Paul*, *la Sorbona*, *San Severino*, y todos los demás templos que guste, pero pienso que no hallará en ellos gran novedad; y notará en la arquitectura de los templos modernos franceses mucha elegancia y mucha solidez, pero tambien mucha monotonía; todos son por un mismo estilo.



## COLUMNS.

Algunas pudieran llenarse con la descripción, no diré de todas las columnas de honor ó de triunfo que hay en París, sino solo de las dos principales y mas suntuosas; á saber, la de la plaza *Vendôme* y la de *Julio*.



Columna del grande ejército.

Colocada la primera en medio de una plaza octógona, en que desembocan dos de las mas anchas y hermosas calles, la de Castiglione y la de la Paz, atrae magestuosamente y desde una larga distancia las mira-

das del extranjero. Es una dozava parte mas grande que la columna de Trajano en Roma. El objeto de este monumento colosal le esplica bien la inscripcion latina que se lee sobre la puerta, y cuyo sentido es:

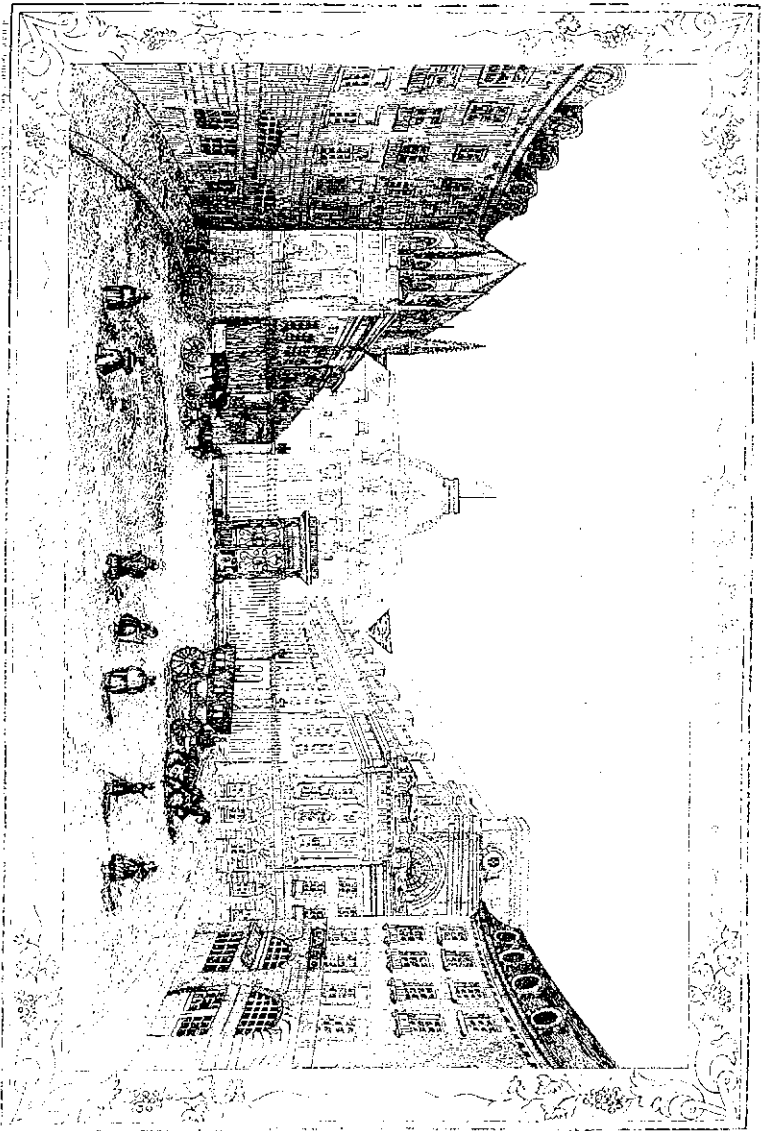
*Napoleon, emperador augusto, consagró á la gloria del grande ejército este monumento hecho de cañones cogidos en la guerra contra el Austria, que fué terminada bajo su mando, en tres meses, el año 1805.*

El molde es de piedra de talla, y está revestido por su parte exterior de láminas de bronce que le ciñen veinte y dos veces en línea espiral, y en las cuales se hallan representadas en bajos relieves todas las batallas y acciones memorables de aquella prodigiosa campaña. Súbese por una escalera interior de 176 peldaños á una galería que rodea su capitel; y constituye el remate de la columna una estatua colosal de Bonaparte, de 10 á 11 pies de altura, vestido con el largo leviton y el sombrero de tres picos que de ordinario usaba el gran capitán.

La *columna de Julio* en la plaza de la *Bastilla* fué erigida en honor de las víctimas de la revolucion de Julio de 1830, y en su derredor se ven esculpidos en letras de oro mas de quinientos nombres de otras tantas víctimas de los tres dias. Es bastante mas alta que la columna *Vendôme*, como que su escalera interior, toda de bronce, y por la cual pueden



Madrid. - Calle de San Martín.



1850. E.T.





subir dos personas apareadas con toda comodidad, consta de 210 escalones. Para calcular su elevacion bastará decir que sobre su capitel hay un Génio alado en bronce dorado que representa la Libertad, el cual mirado desde abajo parece un jugueteillo con alas, y sin embargo tiene doce pies y cuatro pulgadas de altura.

Este soberbio monumento está hecho de piezas ensartadas á tornillo, y la columna colosal de *Julio* podria trasladarse á cualquier punto que se quisiera; siendo lo mas admirable de todo que por debajo de esta obra de tan enormísimo é incalculable peso corre un canal.

Los franceses han querido sobrepasar en estas dos columnas la magnificencia de los romanos, y lo han conseguido.

## PALACIOS.

Además de los que van mencionados en el discurso de estos apuntes de viaje, merecen ser visitados el de *Luxembourg* ó de la cámara de los Pares, con su museo y sus magníficos jardines; el de las *Bellas Artes*, el de las *Termas*, el de *la Legion de Honor*, el de *la Justicia*, el de *la Bolsa*, el de *Borbon*, y otros varios, cada uno de los cuales ofrece materia vasta para largas observaciones, incompatibles con la ligera reseña que puede encerrar un volúmen.

## MUSEOS.

Sin contar el de *Louvre*, de que acabo de hacer mérito, y los infinitos museos particulares de que abunda París, aun puede recorrer el extranjero el de *Artillería*, el de *Antigüedades*, el de *Escultura francesa* (en cuyo arte, sea dicho de paso, no me parecen muy aventajados los vecinos); el museo *Naval*, el de *Dibujo*, el de *Historia natural*, y otros diferentes que no recuerdo ahora.

## BIBLIOTECAS.

Confieso que desde mi llegada á París habia hecho ánimo resuelto de no dejar biblioteca alguna por visitar; ánimo é intencion que como yo formarán acaso todos los aficionados á las letras y á la bibliografía. Mas aconsejo al que con tan buena resolucion llegue, que si ha de llevarla á cabo procure dar principio por la del *Arsenal*, ó por la del *Hotel de ville*, ó por la de *Mazarino*, ó por la de *Artes y oficios*, ó por cualquiera otra, y recorrerlas todas antes de visitar la *Biblioteca del Rey* de la calle de *Richelieu*; porque si principia por aquel



gran depósito del saber humano, si vé antes aquel inmenso almacén de las producciones científicas y literarias de los hombres de todos los siglos y de todas las comarcas de la tierra, aquellos *ochocientos mil* volúmenes impresos, aquellos *sesenta y dos mil* manuscritos, aquellos *cinco mil* tomos de grabados, y aquella colección monstruosa de monedas y medallas de todas las edades, se encontrará desanimado y desfallecido para ver ya toda otra biblioteca que no sea la *Biblioteca Real*, como á mí me aconteció.

#### ACADEMIAS Y SOCIEDADES LITERARIAS DE BENEFICENCIA.

Larga tarea se impusiera á fé mia el aficionado á este género de estudios, si quisiera revistar en poco tiempo, si á costa de una corta estancia en París pretendiera sacar el provecho que pueden darle el estudio y conocimientos de tantas academias y sociedades científicas, literarias y filantrópicas como le ofrece aquella populosa capital. Consulte, pues, el viajero con sus inclinaciones, ó con los deberes de su profesion, ó con las conveniencias de su posición social, y en la imposibilidad de estudiarlas todas, á no sentar por mucho tiempo los reales en París, bueno es que lleve meditado las que entre esta larga nómina le pueda convenir escoger.

Sociedad *Biblica*, sociedad *Asiática*, id. de *Anticua-*

rios, id. de los *Hijos de Apolo*, id. académica de *Escritura*, id. de *Amigos de las Artes*, id. *Católica de los buenos libros*, id. de *Agricultura*, id. de *Horticultura*, id. de *Geografía*, id. de la *Caridad maternal*, id. de la *Moral cristiana*, id. de *Fomento de la industria nacional*, id. de *Medicina de París*, id. de *Medicina práctica*, id. *Médico filantrópica*, id. de *Farmacia*, id. de *Socorros mútuos entre obreros*, id. de *Buenos libros*, id. *Gramatical*, id. *Helvética de beneficencia*, id. *Filantrópica*, id. *Filomática*, id. *Politécnica*, id. de *Instrucción elemental*, id. de *Mejoramiento de cárceles*, id. de *Establecimiento de salas de asilo para la infancia*, id. de *Alivio y socorro de presos*.

Academia francesa, id. real de *Bellas Artes*, id. de las *Inscripciones*, id. de *Medicina*, id. de *Lenguas*, id. de *Música*, id. de *Ciencias*, id. *Universitaria de París*, etc. etc., amen de los infinitos colegios, escuelas, institutos, gimnasios y ateneos, donde podrá pasar ratos de mucho deleite y de mucho aprovechamiento el que aprovechamiento y deleite á su espíritu quisiese dar.

## Y MUCHAS OTRAS COSAS.

De estas las hay que generalmente todo extranjero, por poco curioso que sea, las vé. Tal es el *Jardín de plantas*, con sus estensísimos gabinetes de Mineralogía y de Historia natural, con sus parques, sus jardines, sus montañas, sus estufas, con su muchedumbre de casas y jaulas de fieras, y animaluchos, y cuadrúpedos, y aves y reptiles de todas castas, y con su galería circular enrejada de alambre, dentro de la cual juguetean, y suben, y bajan, y triscan y retozan mas de 200 monos, que sirven de continuo recreamiento y solaz á una muchedumbre de espectadores bobalicones, género que por lo que he observado abunda por todos los países del mundo, y cuyo número aumentó Tirabeque mas de cuatro días.

Las hay tambien que no las visitan todos, sin embargo que todos las debieran visitar, tales como la *Fábrica de tapices de los Gobelinos* y la de *Porcelana de Sevres*; lo mejor y mas admirable que en su respectiva línea se conoce acaso en el universo, y cuyos artefactos no sé si asombran más cuando se los vé hechos ó cuando se los vé elaborar.

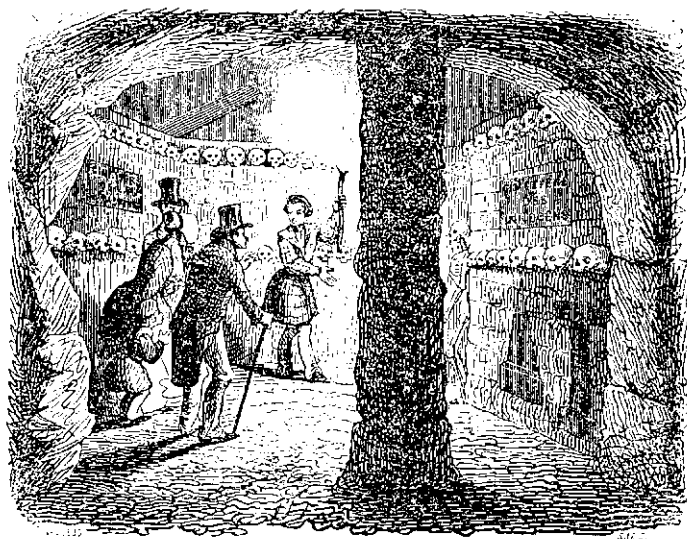
Tampoco visitan todos, y todos debieran visitar, la *Institucion de jóvenes ciegos*, donde se vé el grado de

instruccion que puede llegar á darse, y que se dá en efecto á los infelices que nacen privados del sentido de la vista, y donde seria de desear que hubiera un conserge mas amable, y que no hiciera al pobre estrangero dar tantos paseos y repetir el viaje tantas veces para lograr ver el colegio. Y si alguno visitase tambien, como debe visitar, el *Hospital de ciegos adultos*, llamado de *Quinze-Vingts*, que sirve de asilo á 300 ciegos que ejecutan obras sumamente curiosas, guárdese de que le introduzcan en la habitacion de *Mr. Galliod*, porque con su calendario perpétuo de su propia invencion, con su sistema de conocer los dias por los dedos, sus obras impresas, su caja para operaciones matemáticas, sus crucecitas de piezas intrincadas, y su charla interminable y sempiterna, le hará pasar allí *velis-nolis* las horas muertas, y se le marchará el dia en la celda del hermano *Galliod* sin poder ver las obras de manos de los demás ciegos.

Lo que los ciegos ni Fr. Gerundio ven, ni logra ver ya nadie en París son las famosas

## CATACUMBAS.

Las *catacumbas* son unos vastos subterráneos que sirven de fúnebre depósito á mas de siete millones de cadáveres, cuyos huesos se hallan ordenados en tal dis-



posicion, que con ellos se han formado puertas, arcos, paredes, calles enteras que corresponden debajo de tierra á otras tantas calles de la poblacion. El cuartel del Observatorio, el Panteon, el Luxemburgo, las calles de San Sulpicio, Santiago, de la Harpe, del Infierno,

de Tournon, y otras muchas están fundadas sobre aquellos abismos subterráneos, que están á 90 pies de profundidad de la superficie del suelo. Tres órdenes de calaveras forman como la cornisa de aquellas murallas de huecos, que constituyen largas galerías llenas de inscripciones fúnebres, de altares, de cruces colocadas de trecho en trecho. La sala llamada del *Memento*, la fuente de la Samaritana, todo es allí misterioso y lúgubre. ¡Quién entrará en aquel imperio de la muerte sin experimentar un sudor frío, sin que su espíritu se abata y anonade á la contemplacion de aquella ciudad subterránea edificada con los despojos de treinta ó cuarenta generaciones? ¡Pensamiento asombroso y raro, y obra pasmosa y terrible de que pienso no haya ejemplar en el mundo, la de haber construido una poblacion de huesos debajo de otra poblacion de vivos!

En el día no se concede á nadie absolutamente permiso para visitar las *Catacumbas*, sin duda por las muchas desgracias que á los curiosos han ocasionado las impresiones fuertes que no pueden menos de experimentar en aquella mansion de terror.

**POSTAS, CORREOS, CORRESPONDENCIA PÚBLICA.**

El servicio de la correspondencia pública en un pueblo de la estension de París necesitaba una organizacion ingeniosa y estudiada para que pudiese hacerse con rapidez, regularidad y concierto, y esta organizacion ha sabido dársela el gobierno francés con admirable comodidad de naturales y extranjeros.

Además de la Direccion general, ó Gran Posta ó *Poste restante*, sita en la calle de *Juan Jacobo Rousseau*, hay en París otras doce *Petites Postes*, que son otras tantas administraciones generales distribuidas en otros tantos barrios, en las cuales se recibe y franquea para Francia y el extranjero, ni mas ni menos que en la *Grande Poste* ó Direccion general. Para la correspondencia dentro del caseo de la poblacion y comarcas vecinas hay establecidas 225 estafetas, de donde se recoge y reparte á diferentes horas del dia, por cuyo medio se logra la mas rápida, fácil y activa comunicacion entre los mas apartados barrios y cuarteles de París.

Los carteros (factores) concurren á determinadas horas y en elegantes carruages al gran patio de la Direccion general á recoger las correspondencias para la competente distribucion; vuelven á salir en sus coches

y cada uno se va quedando en el barrio, cuartel ó distrito que está á su cargo.

Las oficinas de franqueo están abiertas diariamente desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde, y hasta las dos los dias festivos. A las seis parten todos los dias de la direccion general las *Malles Postes* ó coches del correo para todos los puntos de Francia, y es una de las cosas mas curiosas de París el ver salir del patio de correos á una misma hora tantísimos coches con la correspondencia para todos los puntos del globo, llamando cada conductor á sus viajeros, y rompiendo la marcha con su toque de trompeta, que semeja aquello un pequeño juicio final.

El gasto de correo es uno de los renglones no despreciables con que tiene que contar el español en París. Cinco reales, poco mas ó menos, cuesta cada carta sencilla que se dirige, y otro tanto cada una que se recibe de España. Un solo medio pliego que se añada hace subir el precio considerablemente.

Y dije «con que tenia que contar el *español*», porque los belgas por ejemplo y los holandeses no tienen que franquear, en virtud de tratados ó convenios mútuos entre sus respectivos gobiernos; y bien podia el de España agenciar á su imitacion igual convenio, porque asi es de justicia, tanto mas cuanto en la tarifa que rige salimos perjudicados los españoles y gananciosos los franceses, como por fortuna nuestra nos sucede en todas las cosas menos en esto.





COSTUMBRES VARIAS



Los señores de guerra como los hombres de todos los países hacen calidades buenas y malas.





**CARACTER Y COSTUMBRES DE LOS FRANCESES.**

Reconozco que para penetrar y conocer á fondo la índole de un pueblo no basta una residencia de corto tiempo en él, por mas que se procure estudiarle con esmero. No obstante, los pueblos como los hombres tienen su fisonomía mas ó menos marcada, en la cual si bien no es posible sondear al primer golpe de vista la naturaleza y cualidades al pormenor del espíritu que la anima, se descubren sin embargo ciertos rasgos característicos que bastan á distinguirla de todas las demás.

Voy á ver si acierto á juzgar con imparcialidad, sin espíritu de prevención, sin hostilidad, ni apasionamiento, el genio y carácter del pueblo francés, tal como mi limitada penetracion y las escasas relaciones de un viajante extranjero le hicieron aparecer á mis ojos.

Los franceses, como los hombres de todos los países, tienen cualidades buenas y malas, y tiéennlas tambien que parece envolver contradiccion entre sí mismas; sus *vice-versas*, por usar de la espresion con que he solido calificar las anomalías que tan frecuentemente se observan en nuestra España.

Por de contado la cualidad radical de los franceses de este siglo, la que descuella entre todas, la que sirve de móvil á todas sus operaciones y les imprime su sello,

es un individualismo eminente, un egoísmo refinado, pero egoísmo cuyo norte fijo son los goces positivos de la vida, y cuyos medios por consecuencia son los intereses materiales, el dinero, los francos. A los francos sacrifica un francés su reposo, su orgullo y sus afecciones. Estos tres efectos del positivismo, que procuraré ir demostrando, y que parece no pueden conducir á nada bueno, son sin embargo principio y origen de no pocas acciones recomendables, que algunas veces me han hecho dudar, á mí Fr. Gerundio, de la verdad de aquel axioma «*non potest mala causa bonos effectus producere*; no puede una mala causa producir buenos efectos.» Y si no hubiera sido un autor inspirado ó infalible el que dijo que, el árbol malo no puede dar frutos buenos, me haría también dudar del aserto el resultado que produce en los franceses el principio del interés.

He dicho que un francés sacrifica *su reposo* á los francos, al deseo de adquirir, y así es la verdad. Pero esto mismo los hace laboriosos y aplicados, esto mismo los hace ingeniosos é inventores, esto mismo promueve entre ellos la emulacion y la rivalidad, manantiales de la riqueza y del progreso y adelantos de la industria y de las artes; porque el que mas asidua y cuidadosamente trabaja, el que mejor elabora sus artículos, el que inventa cosas mas útiles, aquél gana mas francos, aquél recibe mas premio. Para lo cual cuentan también, y no es poco contar, con la solicitud de un gobierno (y en

esto quisiera yo que paráran mientes los gobernantes de nuestra España) que no deja por premiar invento alguno artístico de que puedan reportar los hombres provecho ó comodidad. Desde el que inventa una nueva y complicada máquina de fabricación que causa una revolución completa en la mecánica, hasta el que descubre un método mas sencillo ó mas económico de espantar las moscas ó de esterminar las pulgas, puede estar seguro de ser premiado por el gobierno con un *brevet d'invention*. El que encuentre el medio de aplicar la presión atmosférica á la locomoción, como el que invente una nueva forma de fósforos ó de pajuclas; el que halle el secreto de dar dirección á los globos aerostáticos, como el que descubra mejor unto ó betun de botas, todos obtienen su respectiva célula de premio, su competente privilegio de invención.

De aquí la multitud de rótulos en los establecimientos artísticos é industriales de Francia: *Brevet d'invention: Brevet du Roi*. De aquí la aplicación y laboriosidad de los franceses, hijas del egoísmo y del interés por un lado, y de la sabiduría del gobierno por otro, que sabe sacar partido de este egoísmo y de este interés. Efecto bueno que nace de una causa buena y de otra mala, así como de semejantes y opuestas causas, loable la una y vituperable la otra, nace la fatal apatía y el consiguiente atraso de nuestra industria, á saber: del excesivo desprendimiento y encrosidad española, que contrasta admirablemente con el egoísmo francés, y

de una vergonzosa desatención á la aplicación y al invento de los artistas por parte del gobierno de acá, que choca maravillosamente con el sistema de gobierno de allá..

¿Por qué las mugeres en Francia se sujetan dia y noche al potro de un mostrador, ó se desojan y se desdedan ante un bastidor á fuerza de bordar ó de coser, ó se hacen esclavas de un libro de contabilidad, y se afanan, y sudan, y reman, y ejercen y hacen toda clase de oficios y menesteres sin reparar en que sean masculinos, ó femeninos, ó neutros? Por adquirirse una posicion independiente, me contestará un francés. Por ganar francos, diré yó, y ambos diremos bien, porque aquella independencia servil á que ántes se sujetan por adquirir francos conduce á la independencia que los francos les proporcionan después.

Sin embargo, estos dos efectos del egoismo producen dos bienes á la sociedad, el de hacer útil y productivo el bello sexo, que en otras partes no es mas que consumidor, y el evitar con la ocupacion continua los vicios y desmanes á que conduce la ociosidad. En España el trabajar es virtud, en Francia es egoismo, es una cucaña. Pero está visto que el egoismo tiene mas fuerza para hacer trabajar que la virtud.

*Orgullo.* Los franceses no tienen orgullo: esto es muy bueno. Pero es por que le sacrifican al interés; esto ya muda de especie. Cuando Tirabeque y yo vimos por primera vez en una de las calles principales de



París á un hombre que vestía levita y á una muger que gastaba papalina, uncidos á guisa de un par de mulas tirando de una carreta que llevaba algunos cubetos de vinos, nos santiguamos á un tiempo en señal de admiracion. Y no menos nos admiraba el observar que nadie les hacia caso ni fijaba mientes en ellos. Pero no tardamos en conocer la causa de esta indiferencia, ni tardamos en tenerla nosotros mismos, puesto que era una cosa diaria y corriente en París.

—Señor, me dijo en aquella ocasion Tirabeque, de buena gana le sacudia un bofetón de buena mano á ese hombre, para que otra vez no hiciera un oficio tan bajo como ese.

—¡Oh! le contestó un francés despreocupado que nos acompañaba, él se le dejaria dar muy gustoso.

—¿Qué es lo que vd. dice? ¿Se burla vd?

—De ninguna manera. Vos tendríais que darle 25 francos en indemnizacion, y él se dejaría pegar con mucho gusto á fin de ganarse los 25 francos á tan poca costa.

—Pues mire vd., en España 25 pesetas y aun 25 onzas darian algunos.....

—¿Por recibir un bofetón?

—No señor, por darle.

El oficio bajo para los franceses es el que no produce francos. Y este principio es muy provechoso para los extranjeros, porque á él se debe encontrar en todas partes quien sirva con tanta obsequiosidad, amabilidad

y esmero, que no hay con qué compararlo. Se estudian los gustos, se quiere adivinar los pensamientos, se previenen las necesidades, se escitan los antojos, se disputa cómo satisfacer los caprichos, y se cuestiona la primacía entre los aspirantes al alto honor de servir al extranjero. En los hoteles se pelean entre sí los *garzones* sobre quién ha de ser el primero en tomar la maleta y ofrecer sus servicios al huésped. En los *restaurants*, cada garzon convida á sentarse en alguna de las mesas del distrito de su cargo, y recibe un placer inesplicable con la aceptación, y se desvive y esmera con la esperanza de los cuatro *sous* de gratificación.

Se va á subir á un coche, y jamás deja de aparecerse como por ensalmo un ciudadano para abrir la portezuela y preparar el estribo: dos *sous* le vale la operación. Donde quiera que se ofrezca apearse, no bien ha parado el coche, una mano invisible parece que ha venido pegada al pestillo de la puerta; ábrese, y se aparece otro ciudadano dispuesto á servir de sosten al que se va á apearse: otros dos *sous* cuesta la obsequiosa fineza.

¿Se vuelve de una expedición? Al salir del carruaje se encontrará de seguro á tres ó cuatro satélites con sus cepillos en la mano, dispuestos á limpiar al viajero el polvo que cogió en el camino. Y no se me olvidará un día que volviendo por el *Boulevard Poissoniere* cansado de dar un paseo á pié, me ví sorprendido por un atento ciudadano que, dirigiéndoseme con una silla en la mano:

—Monsieur, me dijo, vos parece que venís fatigado, y os será muy conveniente descansar: tened si gustais.

Accepté el generoso ofrecimiento, me senté un rato, al cabo del cual me levanté, le alargué cuatro *sous*,



y creí que se deshacía el hombre en cumplidos y demostraciones de agradecimiento.

No hay que buscar en Francia este tipo de pobres soberbios, y de entonados tontos tan frecuentes en España, que se dejarán morir en un rincón transidos de hambre, antes que ejercer una ocupación que desdiga de la noble alcurmia de que descienden, ó de la primera educación que recibieron. Aquí la preocupación es ya una risible necesidad que cuesta muy cara: allí la despreocupación lleva ya hasta la bajeza ridícula, que cuesta muy barata.

La falta de orgullo en los franceses, nacida de la sobra de la afición á los francos, engendra no obstante en ellos una cualidad que á fuerza de hábito ha llegado á ser una virtud, á saber: la amabilidad. En los comercios, en los hoteles, en toda clase de establecimientos, se experimenta una amabilidad seductora, que resalta más, como es tambien mas propia, en el bello sexo. Ni una mala respuesta, ni una contestacion áspera, ni una demostracion de enojo ó de molestia, por mas que ó se les importune en el regatéo, ó se pasen algo los límites de la fina y decorosa galantería, ó se corresponda mal á la dulzura con que hacen sus ofrecimientos.

Concederé de buen grado que esta amabilidad sea dulce guerra que se hace á los bolsillos. Tanto es, no obstante, el influjo que en el corazon del hombre ejerce la mimosa y bien manejada zalamería, que rinde gustoso las armas al blando é ingenioso ataque, y entrega sin replicar los pertrechos de la fortaleza numismática. En España se pide gruñendo y se paga rabian-do; en Francia se sonsaca halagando, y se contribuye sonriendo. Aquí le pedirán á uno el justo precio, y se resiente del modo; allí le desplumarán á uno, y se ve obligado á dar las gracias por la manera.

Pero no es solo en la clase mercante donde se encuentra esta amabilidad; ella ha llegado á hacerse parte de la general educacion, y se nota en todo el trato social. Y una de las cosas en que el extranjero advier-

te y agradece más esta agradable finura, es en la prudente tolerancia con que los franceses sufren que se maltrate su idioma. No hay que temer que un francés se ría ó burle por mas solecismos que cometa, por mas disparates que diga el que no conoce la lengua. Al contrario, ellos ayudan siempre al estrangero novicio, procuran facilitarle la esplicacion, y ¡adivinándole muchas veces el pensamiento, en lo cual tienen una práctica y una penetracion exquisita, se complacen en sacarle de mil embarazos.

La misma recomendable afabilidad se nota cada y cuando el estrangero necesita ser guiado en todo lo que ignora ó no conoce. ¿Se preguntan las señas de una calle ó de una casa? La *dame au comptoir* descende de su alto solio, y el artesano suspende los trabajos de su taller para salir á informar al estrangero tan minuciosamente como informarle pueden. Y á más le dan muchas veces las gracias por haberles preguntado, porque los franceses dan las gracias por todo, así como por todo piden perdon, y á todo acompañan el consabido «*s'il vous plait*, si vd. gusta.» De manera que el *merci*, el *s'il vous plait*, y el *pardon* son las tres palabras que *semper et pro semper*, se oyen en boca de todo francés: sin ellas no acertarian á hablar. Tirabeque habia entrado tan de lleno en la fórmula, que muchas veces cuando alguno le decia:

—Vos sois estrangero, respondia él: «oui, monsieur: *s'il vous plait*.—¿Italiano acaso?—*Pardon, Mon-*

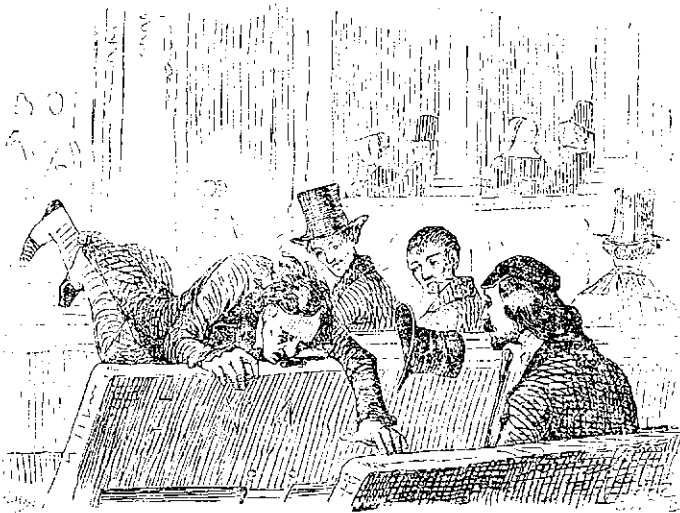
*sieur, spagno! s'il vous plaît.*—Ah, yo había creído que seriais italiano.—*Merci bien, Monsieur.*»

En las puertas de las oficinas, de los escritorios, etc., se ve por lo comun escritas en letras de bronce estas palabras: «FERMEZ LA PORTE, S. V. P.» las iniciales significan: «*s'il vous plaît*, cierre vd. la puerta, si vd. gusta.» Los conductores de postas ó diligencias, que son los hombres mas despóticos que se conocen, avisan de esta manera á los viajeros: «*Allons, messieurs, en voiture, s'il vous plaît*: vamos, señores, al coche, si vds. gustan.» Este «*si vds. gustan*,» equivale á decir, «y sinó, se quedarán vds. ahí, porque yo no tengo consideraciones con nadie, y por nadie espero.»

En cuanto al «*pardon*,» yá puede un francés molestar, empujar, magullar un pié ó romper las narices á otro, que con decir: «*pardon, monsieur*,» no necesita mas salvaguardia para ser absuelto de culpa y pena. Pero lo notable y particular es, que no solo pide perdón la parte activa ú ofendente, sino que el magullado, pisado ó confundido, pide tambien perdón á su vez, y el contratiempo que á un español haría prorumpir en una letanía de interjecciones al uso del país, y produciría acaso una colision de graves consecuencias entre ofendente y ofendido, entre dos franceses no tiene mas resultado que pedirse mútuamente perdón, y aquí tuvo fin la escena.

Recuerdo que hallándome en el teatro de la Acade-

mía Real de música, venia un francés saltando de asiento en asiento (¡costumbre infame teatral!), y al llegar cerca de mí, resbaló, cayó, y se rompió un brazo. «*Pardon, monsieur,*» me dijo, en medio del dolor que es de suponer y del divertido humor de que le pondría



la catástrofe. Confieso que no pude remediar el que se me soltara la risa; y Tirabeque, que junto á mí estaba, me dijo:

— Señor, ¿con que se ha estropeado un brazo, y le pide á vd. pardon? Pues á vd. ¿con qué le ha ofendido?

— Sin duda en que me ha tocado con el sombrero.

Es hasta donde pueden llevar los franceses la amabilidad y falta de orgullo.

*Afecciones.* Dije que los franceses de este siglo sacrificaban sus afecciones al egoísmo ó interés individual. En efecto, no sé si me equivocaré, ni si será aventurado el decir que de cien matrimonios que se concierten, en dos de ellos entrará para algo el amor, y los noventa y ocho se harán á guisa de especulacion mercantil. Con lo cual está muy en consonancia y armonía ser el matrimonio en Francia un contrato civil que se sanciona ante el *Maire* ó alcalde; requisito que basta para su validez, y después se solemniza ó eleva á sacramento eclesiástico con la bendicion sacerdotal, que se recibe ó nó *ad libitum* de los contrayentes.

Hasta qué punto se observe allí la comunidad de bienes que establece entre dos cónyuges el santo matrimonio, pruébalo la conservacion del *mío* y el *tuyo*, entre marido y muger. Bien que no es maravilla que esto suceda, cuando entre padres é hijos, desde que estos nacen, se lleva una escrupulosa cuenta y razon, como pudiera llevarse entre sócios de una empresa en comandita, ó entre el principal y dependientes de una casa de comercio; y las asistencias filiales, bien alimenticias, bien con destino á la educacion ó carrera que les den, figuran y van aumentando las partidas de haber en el libro del padre-administrador, para cuando llegue el caso de hacer los dividendos ó la distribucion del peculio. Juzgue el piadoso moralista si el sistema es á propósito para intimar y consolidar las afecciones paternales, filiales y conyugales.



No me parece tampoco lo más conforme y lo más compatible con la unidad de almas que entre dos esposos requirió el divino fundador del matrimonio, cuando dijo: «*et adhærebit uxori suæ et erunt duo in carne una,*» la etiqueta con que de ordinario se tratan en Francia marido y muger, de que es harta prueba la ceremoniosa nomenclatura de *Madame*, que para dirigirse ó llamar á su muger usan no pocos casados. Singular antítesis y reparable contraste con el *sansfaçon* y con el *à la buena de Dios*, con que en este nuestro país suelen tratarse muchos cónyuges desde el punto y hora que se dan posesion mútua del matrimonio; que llega á ser tanta la confianza y lisura y la franqueza que entre ellos se establece, que se creen dispensados de toda recíproca consideracion; lo cual pienso que tampoco entró en las intenciones del que mandó la union del varon y de la hembra, ni lo tengo por el medio mas apropósito para el mantenimiento de las ilusiones y del *suum unicuique jus*, pudiéndose pecar en esto como en todo, tanto por carta de menos, como por carta de más.

Que en los matrimonios franceses éntre de ordinario para poco el amor, encuéntrolo, yo Fr. Gerundio, muy natural y muy en armonía con sus otras costumbres y modos de vivir adoptados. En primer lugar, por el principio indicado del general apego á la *numera-ta pecunia*, palanca y móvil del edificio social francés. En segundo lugar, por las menos ocasiones y menor

facilidad que dá á los jóvenes la falta de confianza y franqueza en el trato para entablar y proseguir las negociaciones amorosas, puesto que si el trato es el que engendra el cariño, mal puede nacer y desarrollarse y crecer este cariño en un joven que desde luego encuentra obstáculos y dificultades para penetrar en el *sancta sanctorum* de la familia donde hay otra joven; y que si lo consigue, acaso á las dos ó tres visitas es requerido de tomar una resolución definitiva; ó lo que es lo mismo en la gramática vulgar, de errar ó dejar el banco, lo que equivale también á intimarle un *elijan*, entre llevarse la niña ó dejar la casa.

En tercer lugar, porque á ello contribuye, y no poco, la facilidad que los francos dan á todo francés de poder vivir matrimonialmente *vel quasi*, asociándose temporal ó indefinidamente *quoad torum et habitacionem*, sin la traba de la indisolubilidad, á una de esas mugeres que ellos llaman *femmes entretenues*, mugeres entretenidas; tipo, que si bien por desgracia no es desconocido en otros países, pero no tiene el carácter de consentimiento legal que tiene allí, y que como decía Tirabeque: lleve el diablo semejantes entretenimientos.

En cuarto lugar, por el sistema sabido de establecimientos públicos con que los franceses han querido, dicen, moralizar el vicio, y cuyo efecto inmediato es también alejar las ocasiones del trato íntimo y familiar, que si bien á veces conduce á escollos y resbaladeros peligrosos, es muchas más, conducido con prudencia,

el origen de un cariño decoroso y de un amor honesto, que unido al conocimiento que proporciona de las buenas cualidades de una persona, debiera ser siempre el fundamento de todo enlace matrimonial. Pero esta es consideracion que no pesa nada en un pais donde los matrimonios los hacen..... los francos con que cuenta cada uno.

Paréceme que queda probado que los franceses sacrifican su reposo, su orgullo y sus afecciones al principio del positivismo material, al egoismo del individuo, á los francos. Contentárame yo ahora con poder decir: «*non taliter contingit in nostra natione*, no sucede así en nuestra España.» Pero precisamente los españoles tenemos tal tino para la imitacion, tal acierto para la aclimatacion de las costumbres exóticas, que regularmente nos traemos lo malo y dejamos lo bueno; y el sistema del positivismo se va inoculando tan prodigiosamente en el pais de la generosidad y del desprendimiento, que si Dios permite (y por los síntomas parece ser esa su intencion), que sigamos así otro poco, no tardaremos en nivelarnos con nuestros vecinos, ó en escederlos quizá, porque nosotros, puestos á progresar, avanzamos que es una maravilla. No hemos adoptado el sistema de premiar de su gobierno, no hemos tomado su laboriosidad, pero nos vamos apropiando su egoismo; y si perdemos la bella cordialidad, la hermosa franqueza, la inapreciable cualidad de amigos entrañables, y de generosos hasta en la enemistad,

que hace de la España el pueblo del corazón y de los nobles afectos, y cuya sola prenda basta para que desde cualquier otro país del mundo, esté siempre un español suspirando por la amada patria, con todo su atraso y con todas sus calamidades y sus desarreglos políticos, entonces *factum est de nobis*, perdimos lo mejor que nos había regalado la Providencia.

En una cosa tienen los franceses un orgullo harto subido de punto. Esta cosa se esplica por estas frases que no omite ningún francés que escriba de ciencias, de política ó de industria: «Esta gran nación que marcha al frente de la civilización europea.» «La Francia, que va delante de todas las naciones en la industria y en las artes..... etc.» Yo no entraré ahora en calificar hasta qué punto sea fundada ó infundada esta vanidad, que pienso tiene de todo; cítole solamente como uno de los rasgos que caracterizan al pueblo francés de este siglo.

#### VARIOS VICE-VERSAS.

Los franceses tienen fama de ligeros, versátiles, vivos, y de consiguiente de hombres de poca espera. Sin embargo, estos mismos franceses se encaminan á las cinco de la tarde á un teatro cuya función principia á la seis y media. Se colocan á la puerta en dos filas, unos tras otros según van llegando, lo cual llaman

hacer *cola*. El objeto de esta *cola* es tomar la vez para conquistarse el mejor asiento de cada localidad (con arreglo á la infame distribucion de las localidades teatrales), por cuyo medio se economizan tambien algun franco. Al cabo de la hora y media de *cola*, entran, y los ligeros y vivarachos franceses tienen flema y pachorra para ver en una noche un drama en cinco actos, una comedia en tres, un vaudeville en uno, y un baile grotesco, y para servir de prensa á una banqueta ó una silla desde las seis y media hasta las doce. Esto no se esplica sino por la regla de los *vice-versas* y por su excesiva pasion á los espectáculos.

Créese generalmente en España, que cada francés ha de ser un figurin de modas, puesto que de allí nos vienen, y de allí salen para derramarse é inundar toda la haz de la tierra. Sin embargo, por un vice-versa muy notable, se ven muchos más figurines ambulantes de ambos sexos por las calles y paseos de Madrid, que por las de la capital de Francia, mucho mas esmero y mas exagerada elegancia en vestir. Bien es verdad que los franceses, y francesas generalmente, por las calles no andan *vestidos*, y solo se *visten* para las *soirées* y visitas de etiqueta, y entonces no se les vé, porque van en coche. Ningun parisien ó parisienne que vaya *restido* va á pié, y esto no por lujo, sino por necesidad y economía, porque en las siempre húmedas y lodosas calles de Paris, siempre baqueteadas de carruages y de gente, hay un continuo é imminentísimo peligro de

encontrarse inutilizado de un salpicon cualquier trapito de algun valor, y la economía del coche costaria un *plus ultra* de francos que se trata de evitar.

Vistense tambien los parisiens para asistir á los teatros, especialmente al Italiano y al de la Academia Real, donde el brazo desnudo en las señoras (que en el código indumentario femenino se llama ir muy *vestidas* las que van mas *desnudas*), y el guante blanco en los caballeros, son casi de ordenanza.

Ni fuera de estrañar tampoco que en la cuna de las modas fuese donde menos esmero y afan hubiera por ellas, puesto que por otro *vice-versa internacional* sucede que, no usándose en Francia mantillas y abanicos, se están surtiendo de Francia nuestros comerciantes españoles de abanicos y mantillas, en lo cual dejo á la consideracion de los que intervengan en la ley de aranceles y de los directores de aduanas y resguardos, el favor que resulta á la industria nacional.

Pasan los franceses por gárrulos ó charlatancs. Sin embargo, por otro *vice-versa* del pais, cuando van de viaje andan y callan, y en las mesas callan y comen. Pero no en vano tienen reputacion de lo primero, siempre que lo creen necesario para la atraccion de los francos.

Varios otros *vice-versas* quedan notados en el discurso de estos apuntes de observaciones.

## OTRAS CÓSILLAS SUELTAS.

Los franceses son espirituosos, entusiastas, de fácil comprension y de imaginacion viva, pero poco previsores: ven mucho para hoy, y poco para mañana. Aunque egoistas, no son generalmente avaros, porque su aficion á los goces de la vida les hace gastar lo que adquieren. Y esta misma adquisibilidad y este mismo apego á la fruicion, cuando ó no pueden satisfacer tantos goces como se han propuesto, ó no encuentran ya nuevos goces que inventar, los conduce á la desesperacion ó al hastío, y por consecuencia al suicidio.

La lectura es una de las aficiones, que tambien ha llegado á hacerse una de las necesidades de los franceses. Mas de cien diarios de todas las materias se publican en París, y los gabinetes de lectura, los cafés, los teatros, los hoteles, todo lo inundan los periódicos. Allí todo el mundo lee; la clase alta, la media, el pueblo, no hay nadie que no lea; y hasta los cocheros de alquiler entretienen los ratos de estacionamiento en hojear una novelita, en foliar una comedia, ó en repasar una fisiología. Bien es verdad que tambien todo el mundo escribe bien ó mal, de lo que conoce ó de lo que no conoce, en lo cual suelen no ser muy escrupulosos los vecinos, antes sí un tanto arrojados; y á no hallar ya

cosa nueva de que escribir, publican *La vida privada de Napoleon*, *Los amores secretos de lord Byron*, *El arte de seducir*, y otros artes peores ó menos decentes, que se hallan de manifiesto con sus correspondientes láminas en los *boulevarts* de los *Capuchinos* y de la *Magdalena*.

Otras de las cosas que marcan y caracterizan al pueblo francés, es el rotulage de las tiendas: *A la gran campana: á la bola de oro: al almacén del Olimpo: á la pluma encantada: al gran Tamerlan: al cisne misterioso: al águila negra: á la estrella del Norte: al anillo de Saturno: al gigante Gedeon: á las tres Gracias: á las mil columnas: á la redención del mundo: al ángel exterminador*; y mil y cien mil y un millón de títulos mas pomposos y estravagantes que estos, con que bautizan si se ofrece una tienda de aceite y vinagre ó un almacén de ropas de desecho.

## HISTORIA DE MI BASTON.

Yo que soy de aquellos hombres que no aciertan á andar con los piés sin llevar algun cachivache en la mano, habia comprado en Burdeos un baston, ó sea un palo de sarmiento que me costó diez cuartos. Pues bien, esta alhaja, que es una de las prendas que conservo como uno de los recuerdos históricos de mi viaje, me



tenia ya de coste á los tres meses *cinco duros*. Este secreto, esta habilidad para sacar contribuciones indirectas, solo la poseen los franceses.

Es el caso que allí no se puede entrar en ninguna parte con baston: al entrar en el teatro, en el museo, en la biblioteca, en el hospital, en la cárcel, en el templo, hay que dejar el baston en la oficina destinada al efecto, y no se recoge sin entregar en mano del depositario recaudador dos sous, tres sous, ó cuatro ó seis sous, que al cabo del trimestre vienen á sumar la cantidad de 25 francos por lo menos con que ha aumentado el estrangero investigador las rentas públicas de la Francia. Esta contribucion pudiera ahorrarse con renunciar á este utensilio innecesario; pero el cálculo de los franceses todo lo ha previsto, y ha tenido á bien imponer el mismo gravámen sobre los paraguas, y como la Francia es un pais donde llueve con tanta frecuencia que hace el susodicho mueble casi de diaria necesidad, la contribucion indirecta viene á ser sobre corta diferencia la misma.

Este ingenioso medio de sacar los francos no es mas que uno de tantos otros *ejusdem generis et speciei*, que no harán mal en tener presentes los que se propongan visitar el pais para el competente avance bur-satil que debe preceder.

## Y VOY A SALIR.

Omito pues mis escursiones á *Saint-Cloud*, á *Fontenbleau*, y á otros puntos, con muchas otras observaciones que se quedan por apuntar, en gracia de las muchas páginas que ya lleva este tomo, y dispóngome á salir de París en compañía de mi inseparable lego Tirabeque. Tenemos ya entregados los cien francos que nos cuestan los dos billetes de diligencia para Bruselas; vamos al despacho de mensajerías reales de Nuestra Señora de las Victorias; entramos en nuestro carruage; suenan las doce; la última campanada se confunde con el *hú* del conductor; emprenden los caballos su compasada marcha; ponémonos en camino en medio de una densa niebla, y llegamos á comer á *Peronne*, pequeña ciudad llamada *la Doncella*, porque nunca ha sido conquistada, y donde murió prisionero Cárlos el Simple, que fué la última y la mas solemne simpleza que cometió. Allí tuvimos el gusto de hallarnos con otros dos españoles que llevaban la misma ruta.

## Y ME PARO AL INSTANTE.

A las dos de la mañana estábamos en *Cambray*, ciudad de cerca de 16,000 habitantes, donde se hizo el famoso tratado de paz de 1529 entre Francisco I y Cárlos V. El ser de noche y el habernos detenido pocos momentos me privó del gusto de ver el monumento que se ha erigido en honor del inmortal Fernelon.

Serian como las nueve cuando llegamos á *Valen-*



*ciennes*, ciudad fuerte como fronteriza ya, dividida por el Escalda en dos partes desiguales; una de las mas manufactureras de la Francia, y notable por sus fortificaciones y por su casa consistorial.

—*Descendez, Messieurs, s' il vous plait*, nos dijo el conductor á eso de las doce.

—¿Pues con qué motivo bajamos aquí?

—Porque hay que dar los pasaportes y que entregar los equipages para el registro.

Era que nos hallábamnos en *Quiévrain*, pimer pueblo de Bélgica, y primera línea de aduanas.

Aquí daremos tiempo á los dependientes de la aduana belga para que registren los bagages tan á su satisfaccion y tan despacio como gusten, y el lector tendrá la dignacion de dar un descanso á los viajeros, que proseguirán su marcha, si no tan pronto como quisieran, tan pronto como pueda ser.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

# INDICE

DE LOS ARTICULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.



	PAGS.
Salida de Madrid. . . . .	3
Modelo de administracion. . . . .	6
Somosierra. . . . .	7
Y prosigue su camino. . . . .	9
Entrada y salida de Burgos. . . . .	11
Vamos andando. . . . .	20
Entre dos peñas feroces. . . . .	23
San Isidro y un comisario de guerra. . . . .	24
Bien seria, pero no es necesario. . . . .	26
Provincias vascongadas. . . . .	29
Artículo aparte. . . . .	32
Pero adelante. . . . .	33
FRANCIA.—El paso del Bidasoa. . . . .	43
Conocimiento y reconocimiento. . . . .	45
La mano del gobierno. . . . .	48
¿Y Tirabeque? . . . . .	51
BAYONA.—Cosas generales. . . . .	55
Cosas particulares. . . . .	57
La misa. . . . .	59
Cositas varias. . . . .	61
Pasaportes. . . . .	62
La Malle-poste. . . . .	63
Las Landas. . . . .	66
El que no habló. . . . .	72
Idea general. . . . .	74
Jean y Jeannelte, ó Juan y Juanita. . . . .	77
La mesa redonda. . . . .	79
Carruages de ciudad. . . . .	85

	PÁGS.
Omnibus. . . . .	87
El paseo de Tourny. . . . .	91
Guía del extranjero en España. . . . .	94
Los templarios. . . . .	101
Sermon protestante. . . . .	104
Visperas católicas. . . . .	107
Si quieres silla daca la monedilla. . . . .	109
El castillo de Montesquieu. . . . .	111
Aventurillas de un día de ausencia. . . . .	118
La fiesta de los poluqueros. . . . .	122
Las montañas rusas. . . . .	124
El cementerio. . . . .	126
El hospicio. . . . .	130
Los teatros. . . . .	131
La plaza de toros. . . . .	133
Mórnias. . . . .	148
Primer camino de hierro. . . . .	154
El infante don Francisco de España. . . . .	161
Otra escursión en vapor. . . . .	163
El puente de Cobzac. . . . .	171
Agua, vino, cerveza, helados y otras cosas potables. . . . .	177
La Raquel y el gracioso de brocha gorda. . . . .	181
La muerte del viajero. . . . .	186
Antes de salir. . . . .	190
Angulema. . . . .	192
Poitiers. . . . .	197
Santa Cruz de Mudela. . . . .	198
El jardín de la Francia. . . . .	199
Aun prosigue. . . . .	202
Orleans. . . . .	204
Las cercanías de París. . . . .	207
París.—Primera dificultad. . . . .	210
Primeras impresiones. . . . .	214
Primera y segunda diligencia. . . . .	217
Palais royal. . . . .	224
Los Boulevarts. . . . .	230
Los anuncios. . . . .	239
La casa de Fieschi. . . . .	245
Plaza de la Concordia. . . . .	247
Tirabuzo en la cámara de los diputados. . . . .	258
La tumba de Napoleón. . . . .	267
Los Inválidos. . . . .	271
Las Tullerías por dentro. . . . .	273
Los campos Eliseos. . . . .	284
Templo calvinista. . . . .	292
Teatros. . . . .	297
La grande Opera. . . . .	300

	PAGS.
El baile. . . . .	307
Gisela ó las Willis. . . . .	309
Espedicion á Compiègne. . . . .	310
Dos dias de huésped en el palacio de Luis Felipe. . . . .	315
El cementerio del P. Lachaisse. . . . .	327
La Isla de los españoles, y Abelardo y Eloisa. . . . .	336
Versalles. . . . .	341
Fourier y los Fourieristas. . . . .	348
Reforma completa del mundo. . . . .	357
Tirabeque en el Panteon. . . . .	364
Teatro italiano. . . . .	372
La prision de muchachos. . . . .	375
La ermita y pabellon de Rousseau. . . . .	385
Saint-Denis. . . . .	394
La gran muralla. . . . .	398
Un culto raro. . . . .	399
Misa original. . . . .	404
Misa por Napoleon. . . . .	412
El principe de la Paz. . . . .	417
Mi retrato. . . . .	424
Lo mucho que queda. . . . .	431
El Louvre. . . . .	432
Templos. . . . .	436
Columnas. . . . .	439
Palacios. . . . .	441
Museos. . . . .	} 442
Bibliotecas. . . . .	} 443
Academias y sociedades literarias de beneficencia. . . . .	443
Y muchas otras cosas. . . . .	445
Catacumbas. . . . .	447
Postas, correos, correspondencia pública. . . . .	449
Carácter y costumbres de los franceses. . . . .	451
Varios vice-versas. . . . .	466
Otras cosillas sueltas. . . . .	469
Historia de mi baston. . . . .	470
Y voy á salir. . . . .	472
Y me paro al instante. . . . .	473





# PLANTILLA

## PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

ENTREGAS.	LAMINAS.	PAGS.
1. <sup>a</sup>	Entrada en Búrgos.	15
2. <sup>a</sup>	Plaza de Oyarzun.	37
3. <sup>a</sup>	Vista de Bayona.	54
4. <sup>a</sup>	Id. de Burdeos.	74
5. <sup>a</sup>	Paseo de Tourny.	92
6. <sup>a</sup>	Castillo de Montesquieu.	112
7. <sup>a</sup>	Fiesta de los peluqueros.	123
8. <sup>a</sup>	Mórnias de Burdeos.	152
9. <sup>a</sup>	Orleans.	207
10	Vista de París.	216
11	Plaza de la Concordia.	247
12	Cámara de los diputados.	261
13	Tallerías.	275
14	Cementerio del P. Lachaisse.	327
15	Panteon.	366
16	Prision de muchachos.	378
17	Saint-Denis.	395
18	Mi retrato.	426
19	Palacio de Justicia.	441
20	Costumbres francesas.	451

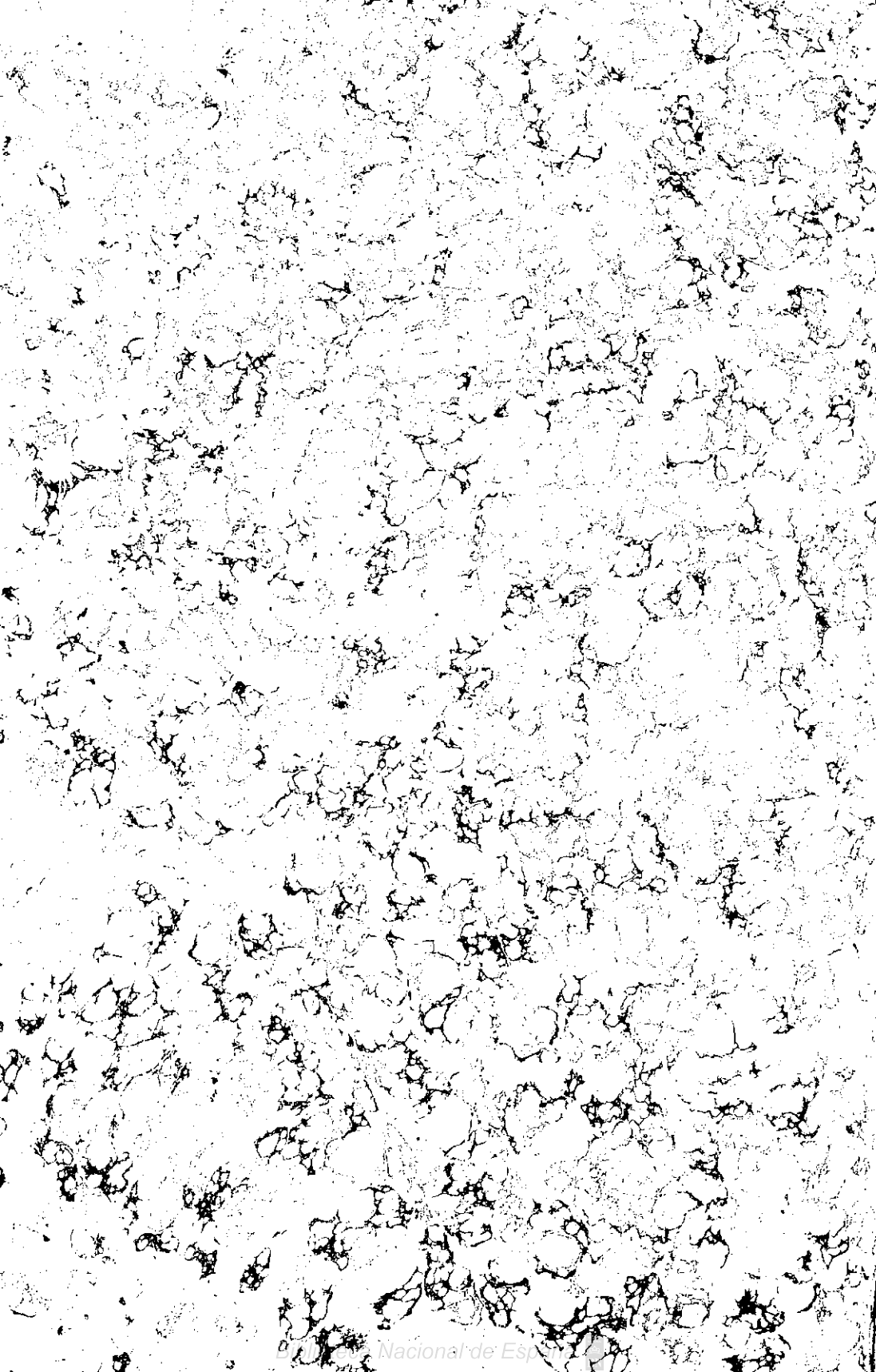














BIBLIOTECA NACIONAL



1000541086



560868053856

